Michael Moorcock

# La Fortaleza de la Perla



Ediciones Martínez Roca, S. A.

**Colección dirigida por Alejo Cuervo Traducción de José M. Pomares.**
**Cubierta: Lloreng Martí**
**Ilustración: Frank Brunnes/Agencia Luserke**

**Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta, fuera del ámbito de la Comunidad Económica Europea.**

Título original: *The Fortress of the Pearl*
© 1989, by Michael Moorcock
© 1993, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Gran Via, 774,7.°, 08013 Barcelona
ISBN 84−270−1761−8
Depósito legal B. 23,486−1993
Fotocomposición de EPC, Caspe, 162,5.° A, 08013 Barcelona
Impreso por Romanya/Valls, Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)
*Impreso en España − Printed in Spain*

*A Dave Tate*

*Y una vez que Elric le hubo contado sus tres mentiras a Cymoril, su prometida, y hubo puesto a su ambicioso primo Yyrkoon como regente en el trono Rubí de Melniboné, y le hubo pedido permiso a Rackhir el Arquero Rojo, emprendió el camino hacia tierras desconocidas, para buscar un conocimiento que estaba convencido le ayudaría a gobernar Melniboné como nunca antes había sido gobernado.*

*Pero Elric no había contado con un destino que ya había determinado que aprendiera y experimentara ciertas cosas que ejercerían un profundo efecto sobre él. Antes de encontrarse con el capitán ciego y el Barco que Navegaba por los Mares del Destino se hallaba destinado a ver puesto en peligro su vida, su alma y todo su idealismo.*

*En Ufych−Sormeer se vio retrasado a causa de una cuestión relacionada con un malentendido entre cuatro brujos poco mundanos que afable pero inadvertidamente amenazaron con la destrucción de los Reinos Jóvenes antes de que éstos hubieran servido para el propósito último del Equilibrio; y en Filkhar experimentó un asunto relativo al corazón del quejamos volvería a hablar; estaba aprendiendo, con cierto coste, el poder y el dolor de llevar la Espada Negra.*

*Pero fue en la ciudad de Quarzhasaat, en pleno desierto, donde se inició la aventura que ayudaría a establecer el curso de su misterio durante años...*

Crónica de la Espada Negra

# *Primera parte*

*¿Existe un loco con una mente capaz*
*deponer orden en las pesadillas,*
*de aplastar a los demonios y dominar el caos,*
*capaz de abandonar su reino, renunciar a su esposa*
*y, zarandeado por mareas contradictorias,*
*sacrificar su orgullo en aras del dolor?*

Crónica de la Espada Negra

# 1
# Un señor condenado y moribundo

Fue en la solitaria Quarzhasaat, destino de muchas caravanas, pero a la que muy pocas lograban llegar, donde Elric, emperador heredero de Melniboné, último descendiente de un linaje que contaba con más de diez mil años de antigüedad, conjurador a veces de terribles recursos, yacía preparado para la muerte. Durante los últimos días de su largo viaje a través del borde meridional del Desierto Susurrante ya había utilizado todos los medicamentos y las hierbas que habitualmente lo sostenían, y no había podido encontrar forma alguna de reponer sus existencias en esta ciudad fortaleza, mas famosa por su tesoro que por su abundancia de vida.

Lenta y débilmente, el príncipe albino extendió hacia la luz sus dedos marcados por los huesos, e hizo cobrar vida a la sangrienta joya del Anillo de Reyes, el último símbolo tradicional de sus antiquísimas responsabilidades; luego, dejó caer la mano. Era como si, por un instante, hubiera confiado en que los Actorios pudieran reanimarle, pero la piedra era inútil mientras a él le faltara la energía para controlar sus poderes. Además, no sentía grandes deseos de convocar aquí a los demonios. Su propia estupidez lo había llevado hasta Quarzhasaat; sus ciudadanos no le habían hecho nada que pudiera despertar su venganza contra ellos. De hecho, habrían tenido causa para odiarle de haber conocido sus orígenes.

En otros tiempos, Quarzhasaat había gobernado un territorio recorrido por los ríos y salpicado de valles encantadores, con verdeantes bosques y llanuras de abundantes cosechas, pero eso había sido antes de que se pronunciaran ciertos hechizos imprudentes durante el transcurso de una guerra con la amenazadora Melniboné, más de dos mil años antes. El imperio de Quarzhasaat se había perdido para ambas partes. Se había visto invadido por una vasta masa de arena, que avanzó sobre él como una marea, y que sólo dejó incólumes la capital y sus tradiciones que, con el transcurso del tiempo, se convirtieron en la razón principal de la misma continuación de su existencia. Sus ciudadanos estaban convencidos de la necesidad de conservar Quarzhasaat a cualquier precio, a través de la eternidad, aunque sólo mera porque siempre había estado donde estaba. A pesar de que no tenía función o propósito alguno, sus dirigentes sentían la pesada obligación de continuar procurando su existencia por cualquier medio que les pareciera conveniente. En catorce ocasiones, los ejércitos habían tratado de cruzar el Desierto Susurrante para saquear la fabulosa Quarzhasaat, pero otras tantas veces se vieron derrotados por el desierto.

Mientras tanto, las elaboradas intrigas entre sus dirigentes constituían las principales obsesiones de la ciudad, y algunos dirían que incluso su industria más importante. Una república, aunque sólo de nombre, y centro de un vasto imperio interior, aunque totalmente cubierto por la arena, Quarzhasaat era gobernada por el Consejo de los Siete, caprichosamente conocido como Los Seis y El Otro, que controlaban la mayor parte de las riquezas de la ciudad, así como la mayoría de sus asuntos. Otros hombres y mujeres poderosos, que preferían no servir en esta Septitocracia, ejercían una influencia considerable, sin caer en ninguna de las trampas del poder. Según pudo saber Elric, una de esas personas era Narfis, baronesa de Kuwai'r, que vivía en una sencilla pero hermosa villa situada en el extremo meridional de la ciudad, y que dedicaba buena parte de sus atenciones a su notable rival, el viejo duque Ral, mecenas de los más exquisitos artistas de Quarzhasaat, cuyo propio palacio se elevaba en las alturas septentrionales y era tan poco ostentoso como encantador. Según supo Elric, cada uno de ellos había elegido a tres miembros del Consejo, mientras que el séptimo, siempre sin nombre conocido y al que sencillamente se le llamaba el Sexócrata (que gobernaba a los Seis), mantenía un equilibrio, con capacidad para inclinarse a uno u otro lado con su voto. Contar con el beneplácito del Sexócrata era lo que más profundamente deseaban todos los numerosos rivales que había en la ciudad, incluidos la baronesa Narfis y el duque Ral.

Sin el menor interés por la complicada política de Quarzhasaat, como tampoco lo había tenido por su propio imperio, la única razón por la que Elric se encontraba allí se debía a la curiosidad, y al hecho de que, sin duda alguna, Quarzhasaat era el único lugar habitado en un gran territorio desértico que se extendía al norte de las montañas sin nombre que separaban el Desierto Susurrante del Yermo Lloroso.

Tras mover sus exhaustos huesos sobre la escasa paja del jergón donde yacía, Elric se preguntó con sorna si acaso iba a ser enterrado aquí, sin que los habitantes de la ciudad llegaran a saber nunca que el gobernante hereditario del mayor enemigo de su nación había terminado sus días entre ellos. Se preguntó si ése sería, después de todo, el destino que le tenían reservado sus dioses; nada parecido a la grandiosidad con la que a veces había

soñado, a pesar de lo cual no dejaba de tener sus atractivos.

Después de haber dejado a Filkhar con cierta precipitación y confusión, había tomado el primer barco que zarpaba de Raschil y había llegado a Jadmar, donde había decidido confiar caprichosamente en un viejo borracho ilmiorano que había logrado venderle un mapa donde se señalaba la situación de la fabulosa Tanelorn. Tal y como había medio sospechado el albino, el mapa resultó ser un engaño, y le condujo muy lejos de cualquier lugar habitado por humanos. Había considerado la idea de cruzar las montañas para llegar a Kaarlaak a través del Yermo Lloroso pero, tras consultar su propio mapa, creado de forma mucho más fiable en Melniboné, descubrió que Quarzhasaat se hallaba bastante más cerca. Tras cabalgar hacia el norte sobre un corcel medio muerto de calor y hambre, sólo se encontró con resecas cuencas de ríos y agotados oasis, puesto que, en su sabiduría, había elegido cruzar el desierto precisamente en tiempos de sequía. No había logrado descubrir la fabulosa Tanelorn y, por lo que parecía, tampoco iba a lograr ver una ciudad que era casi tan fabulosa en las historias de su propio pueblo.

Como era habitual en ellos, los cronistas de Melniboné sólo mostraban un interés pasajero por los rivales derrotados, pero Elric recordaba que, según se decía, la propia brujería practicada por los hombres de Quarzhasaat había contribuido a su extinción como una amenaza para sus enemigos medio humanos. Por lo que tenía entendido, Fophean Dais, el duque brujo, antepasado del actual duque Ral, había expresado torpemente una runa con la intención de inundar de arena al ejército de Melniboné y de construir de ese modo un baluarte alrededor de toda la nación. Elric todavía tenía que descubrir cómo se explicaba ahora aquel accidente en Quarzhasaat. ¿Habían creado mitos y leyendas para racionalizar la mala suerte de la ciudad como resultado del mal emanado de la Isla del Dragón?

Elric reflexionó acerca de cómo su propia obsesión por el mito lo había llevado casi hasta las puertas de una inevitable destrucción.

-Con mis errores de cálculo -murmuró volviendo unos apagados ojos de color carmesí hacia el Actorios-, he demostrado que también tengo algo en común con los antepasados de este pueblo.

A unas cuarenta millas de distancia de su caballo muerto, Elric había sido descubierto por un muchacho que se dedicaba a buscar las joyas y objetos preciosos ocasionalmente dejados a la intemperie por las tormentas de arena parcialmente responsables de la supervivencia de la ciudad, así como de la asombrosa altura de las magníficas murallas de Quarzhasaat. También se debía a ellas el origen del melancólico nombre de aquel desierto.

De haberse encontrado en mejor estado de salud, Elric habría disfrutado contemplando la belleza monumental de la ciudad. Era una belleza derivada de una estética refinada a lo largo de los siglos, en la que no se observaba muestra alguna de influencias exteriores. Aunque muchos de los curvados zigurats y palacios mostraban proporciones gigantescas, no había en ellos nada de vulgar o de feo; poseían una cierta cualidad etérea, una muy peculiar ligereza de estilo, que les hacía parecer como si hubieran sido creados mágicamente a partir del aire, con sus terracotas rojas y su brillante granito plateado, con sus estucos enjalbegados y sus vivos azules y verdes. Los exuberantes jardines ocupaban terrazas maravillosamente complejas, y sus fuentes y cursos de agua, extraída de profundos pozos, ofrecían sonidos serenos y perfumes maravillosos a sus viejas calles empedradas y amplias avenidas bordeadas de árboles; sin embargo, toda esa agua, que podría haberse desviado para utilizarse en la obtención de cosechas, sólo se empleaba para mantener el aspecto de Quarzhasaat tal como había sido en los mejores momentos de su poder imperial, a pesar de ser ahora más valiosa que las mismas joyas, de que su uso estuviera racionado y su robo fuera castigado por las leyes más severas.

El propio alojamiento donde ahora se encontraba Elric no era en modo alguno tan magnífico y apenas consistía en una cama destartalada, unas losas cubiertas de paja, una sola ventana alta, una sencilla jarra de cerámica y una jofaina que contenía un poco de agua salobre que le había costado la última esmeralda que le quedaba. A los extranjeros no se les concedían permisos de agua, y la única que había a la venta era el artículo más caro en toda Quarzhasaat. Casi con toda seguridad, el agua de la que ahora disponía Elric había sido robada de alguna fuente pública. Los castigos establecidos para esa clase de robos raras veces eran discutidos, ni siquiera en privado.

Elric necesitaba de hierbas raras para sustentar a su sangre deficiente, pero aunque las hubiera podido encontrar, su coste habría estado fuera del alcance de sus medios actuales, que habían quedado reducidos a unas pocas monedas de oro, una verdadera fortuna en Kaarlaak, pero virtualmente sin ningún valor en un lugar donde el oro era tan corriente que se utilizaba para recubrir los acueductos y cloacas de la ciudad. Las expediciones que había emprendido por las calles habían sido agotadoras y deprimentes.

El joven que había descubierto a Elric en el desierto y que le había llevado hasta esta habitación, le visitaba una vez al día, y le observaba como si se tratara de un insecto curioso o de un roedor capturado. El joven se llamaba Anigh y aunque hablaba la *lingua franca* de los Reinos Jóvenes, derivada del melniboneano, tenía un acento tan fuerte que a veces resultaba imposible comprender lo que decía.

Elric intentó levantar una vez más el brazo, para dejarlo caer en seguida. Esa mañana, se había reconciliado con el hecho de que ya nunca volvería a ver a su amada Cymoril y jamás volvería a sentarse sobre el Trono de Rubí. Experimentaba un cierto pesar, pero de naturaleza muy distante, pues su enfermedad hacía que se sintiera

extrañamente eufórico.

-Había confiado en venderos.

Elric miró, parpadeando, hacia las sombras de la estancia, a donde llegaba un solo rayo de luz solar. Reconoció la voz pero apenas si pudo distinguir algo más que una silueta borrosa cerca de la puerta.

- Pero, por lo visto, todo lo que voy a poder ofrecer en el mercado de la próxima semana será vuestro cadáver y el resto de vuestras posesiones. -Era Anigh, casi tan deprimido como el propio Elric ante la perspectiva de la muerte de su presa-. Seguís siendo una rareza, claro. Vuestros rasgos son los de nuestros antiguos enemigos, pero estáis más blanco que el hueso, y esos ojos no los he visto nunca en ningún otro hombre.

-Siento desilusionar vuestras expectativas -dijo Elric incorporándose débilmente sobre un codo.

Le había parecido imprudente revelar sus orígenes por lo que dijo ser un mercenario de Nadsokor, la Ciudad Mendiga, en la que se cobijaban toda clase de seres monstruosos.

- Luego confié en que fuerais un brujo que me recompensaría con un poco de ciencia arcana, capaz de permitirme llegar a ser un hombre rico, y quizá incluso en un miembro de los Seis. O podríais haber sido un espíritu del desierto que me conferiría alguna clase de poder útil. Pero, por lo que parece, he desperdiciado mi agua. No sois más que un empobrecido mercenario. ¿No os queda ninguna riqueza? ¿Alguna curiosidad que pueda tener algo de valor, por ejemplo?

Los ojos del joven se desviaron hacia un bulto, alargado y delgado, que se encontraba apoyado contra la pared, cerca de la cabeza de Elric.

-Eso no es ningún tesoro, muchacho -le informó Elric con una mueca-. De aquel que lo posea podría decirse que llevará sobre sí una maldición imposible de exorcizar.

Sonrió ante la idea de que el muchacho intentara encontrar un comprador para la Espada Negra que, envuelta en una desgarrada túnica de seda roja, emitía ocasionalmente algún que otro murmullo, como un anciano senil que intentara recuperar el poder del habla.

-Es un arma, ¿verdad? -preguntó Anigh, cuyos rasgos delgados y bronceados hacían parecer más grandes sus vivaces ojos azules.

-Así es -asintió Elric - . Una espada.

-¿Y antigua?

El muchacho se metió la mano por debajo de la chilaba a rayas marrones y se rascó la cicatriz del hombro.

-Eso sería una descripción justa -contestó Elric, a quien la conversación le resultaba entretenida, aunque agotadora.

-¿Cuánto de antigua?

Anigh avanzó un paso, de modo que quedó iluminado por el único rayo de luz que penetraba en la estancia. Ofrecía el perfecto aspecto de la criatura adaptada a vivir entre las rocas y arenas del Desierto Susurrante.

-Quizá unos diez mil años. -La expresión de asombro del muchacho ayudó a Elric a olvidarse momentáneamente del destino casi seguro que le aguardaba-. Pero probablemente, tiene más... ¡Eso sí que es una rareza! Y las rarezas son muy apreciadas por los señores y las damas de Quarzhasaat. Hay incluso entre los Seis algunos que coleccionan esa clase de cosas. El honorable Maestro de Unicht Shlur, por ejemplo, tiene las armaduras de todo un ejército ilmiorano, con cada pieza dispuesta sobre los cadáveres momificados de los guerreros que las llevaron originalmente. Y milady Talith posee una colección de instrumentos de guerra que alcanza varios miles de objetos, cada uno de ellos diferente al otro. Permitidme tomar eso, señor mercenario, y encontraré un comprador. Luego, os buscaré las hierbas que necesitáis.

-Con lo cual estaré lo bastante sano como para que me vendas, ¿no es eso? -preguntó Elric cada vez más divertido.

El rostro de Anigh mostró una expresión de la más exquisita inocencia.

-Oh, no, señor. Entonces estaríais lo bastante fuerte como para ofrecerme resistencia. Me conformaría con una comisión sobre vuestro primer trabajo.

Elric sentía afecto por el muchacho. Hizo una pausa para tratar de acumular fuerzas antes de hablar.

-¿Crees que puedo interesar a alguien que me ofrezca un empleo, aquí, en Quarzhasaat?

-Naturalmente -asintió Anigh con una mueca-. Quizá podríais convertiros en guardaespaldas de uno de los Seis, o al menos en uno de quienes les apoyan. Vuestro aspecto insólito os permitiría encontrar empleo inmediatamente. Ya os he hablado antes de los grandes rivales y conspiradores que son nuestros señores.

-Es alentador... -Elric hizo una pausa para tomar aliento- saber que puedo esperar una vida valiosa y plena aquí, en Quarzhasaat. - Intentó mirar directamente a los brillantes ojos de Anigh, pero la cabeza del muchacho se apartó de la luz del sol, de modo que sólo quedó expuesta a ella una parte de su cuerpo-. No obstante, y por lo que me has dicho, las hierbas que te he descrito sólo crecen en la distante Kwan, a días de distancia de aquí, en las estribaciones de las Columnas Accidentadas. Habré muerto antes de que un mensajero ágil pudiera llegar a medio camino de Kwan. ¿Tratas de consolarme, muchacho? ¿O acaso tus motivaciones son menos nobles?

-Ya os he dicho dónde crecen esas hierbas, señor. Pero ¿y si hubiera algunos que hubiesen ido a Kwan para recogerlas y ya estuvieran aquí?

-¿Conoces a un boticario así? Pero ¿cuánto no me cobrarían por unas medicinas tan valiosas? ¿Y por qué no me lo habías mencionado antes?

-Porque antes no lo sabía. - Anigh se sentó en el relativo frescor de la puerta-. Me he dedicado a hacer preguntas desde nuestra última conversación. Soy un muchacho humilde, señor, no un hombre instruido, y mucho menos un oráculo. Pero sé cómo desterrar mi ignorancia y sustituirla por conocimientos. Quizá sea un ignorante, señor, pero no un estúpido.

-Comparto la opinión que tienes sobre ti mismo, Anigh.

-En ese caso, ¿queréis que tome la espada y os encuentre un comprador?

Se adelantó de nuevo hacia la luz, con la mano tendida hacia el bulto. Elric se dejó caer hacia atrás, sacudió la cabeza y sonrió ligeramente.

-Yo también soy muy ignorante, joven Anigh. Pero, a diferencia de lo que te pasa a ti, creo que también soy un estúpido.

-El conocimiento trae consigo el poder -dijo Anigh-. Y el poder quizá me permita acercarme al séquito de la baronesa Narfis. Podría convertirme en un capitán de su guardia. ¡Quizá llegue a ser un noble!

-Oh, seguro que algún día llegarás a ser más que eso. -Elric inhaló el aire viciado y su estructura se estremeció, con los pulmones inflamados-. Haz lo que quieras, aunque dudo mucho que la espada esté dispuesta a irse contigo.

-¿Puedo verla?

-Desde luego.

Con movimientos torpes y dolorosos, Elric rodó hacia el borde del jergón y liberó la enorme espada de su envoltura. Tallada con runas que parecían parpadear inestablemente sobre la hoja de metal negro y brillante, decorado con filigranas antiguas y elaboradas, con dibujos misteriosos que representaban dragones y demonios entrelazados como si combatieran, la Tormentosa no era, desde luego, ningún arma corriente.

El muchacho abrió la boca de asombro y retrocedió, casi como si lamentara el trato que había sugerido hacer.

-¿Está viva?

Elric contempló su espada con una mezcla de reverencia y algo similar a la sensualidad.

-Algunos dirían que posee tanto una mente como una voluntad propias. Otros afirmarían que es como un demonio camuflado. Algunos creen que está compuesta a base de los vestigios de las almas de todos los mortales condenados, atrapados en ella como se dice en la leyenda que quedó atrapado un gran dragón en otra empuñadura distinta a la que ahora tiene la espada. -Ante su ligero disgusto, se dio cuenta de que experimentaba un cierto placer al observar el creciente desmayo del muchacho- . ¿No has contemplado nunca un artefacto del Caos, Anigh? ¿O a alguien que haya sido relacionado con una cosa así? ¿Con su esclavo, quizá? -Dejó que su mano larga y blanca descendiera hacia el agua sucia y la levantó después para humedecerse los labios. Sus ojos enrojecidos parpadearon como tizones moribundos-. Durante mis viajes he oído hablar de esta hoja, descrita como la espada de combate del propio Arioch, capaz de hendir las murallas entre los mismos Reinos. Otros, al morir bajo su filo, creyeron que era una criatura viviente. Existe la teoría de que no es más que un miembro de una raza entera, que vive en nuestra dimensión, pero que es capaz, si así lo deseara, de convocar a millones de hermanos. ¿Puedes oír cómo habla, Anigh? ¿Crees que esa voz encantaría y haría las delicias de los compradores casuales de tu mercado?

Y de los pálidos labios surgió un sonido que no era una risa, pero que contenía un desolado matiz de humor. Anigh se retiró apresuradamente hacia la luz. Se aclaró la garganta.

-¿Habéis llamado a esa cosa por un nombre?

-La he llamado *Tormentosa* pero, a veces, las gentes de los Reinos Jóvenes le dan otro nombre, que me aplican tanto a mí como a la espada. Ese nombre es *Ladrón de Almas,* porque ha bebido muchas almas.

- ¡Sois un ladrón de sueños! -La mirada de Anigh permaneció fija sobre la hoja-. ¿Por qué no habéis encontrado empleo?

-No conozco ese término y no sé quién podría emplear a un «ladrón de sueños».

Elric miró al muchacho como pidiéndole una explicación, pero la mirada de Anigh no se apartó de la espada.

-¿Se bebería mi alma, maestro?

-Sí, en el caso de que yo así lo decidiera. Para restaurar mi energía por un tiempo sólo tendría que permitir que *Tormentosa* te matara, incluyendo quizá a unos pocos más, y luego me pasara su energía. Entonces, sin lugar a dudas, podría encontrar un corcel y alejarme de aquí. Posiblemente para dirigirme a Kwan.

La voz de la espada negra se hizo entonces más melodiosa, como si aprobara aquella idea.

-¡Oh, Gamek Idianit! -exclamó Anigh poniéndose en pie, preparado para huir si fuera necesario-. Esto es como aquella historia sobre las murallas de Mass'aboon. Es lo que, según se dice, empuñaban los que causaron nuestro aislamiento. Ah, sus líderes llevaban espadas idénticas a ésta. Los maestros de la escuela hablaron de ello. Yo

estuve allí. ¡Oh, y la de cosas que dijeron!

Frunció intensamente el ceño, señal inequívoca para cualquiera que indicaba los beneficios morales de asistir a las clases. Elric lamentó haber asustado al muchacho.

-Mi joven Anigh, no estoy dispuesto a conservar mi vida a costa de la vida de aquellos que no me han hecho daño alguno. Ésa es, en parte, la razón por la que me encuentro en esta situación concreta. Tú me has salvado la vida, muchacho. No podría matarte.

-Oh, señor, ¡vuestro arte es peligroso!

En su pánico, dijo estas palabras en una lengua más antigua que la melniboneana, y Elric, que había aprendido esas cosas como medio de completar sus estudios, la reconoció.

-¿Cómo es que hablas esa lengua, ese Opish? -preguntó el albino.

A pesar de su terror, el muchacho lo miró sorprendido.

-Aquí, en Quarzhasaat, lo llaman la jerga del arroyo. Es el lenguaje secreto de los ladrones. Pero supongo que es lo bastante corriente como para que se oiga hablar en Nadsokor.

-Sí, claro, en Nadsokor.

Elric seguía intrigado por este pequeño giro de los acontecimientos. Se adelantó hacia el muchacho, con la intención de tranquilizarlo.

El movimiento hizo que Anigh levantara la cabeza bruscamente y emitiera un sonido gutural. Sin lugar a dudas, no daba mucho crédito al intento de Elric por recuperar su confianza. Sin hacer ningún otro comentario, abandonó la estancia, y el sonido de sus pies desnudos se alejó por el largo pasillo y por los escalones que conducían a la estrecha calleja.

Convencido de que Anigh se había marchado ahora en busca de comida, Elric experimentó una repentina punzada de tristeza. Ahora sólo lamentaba una cosa: que jamás volvería a reunirse con Cymoril, ni podría mantener su promesa de regresar a Melniboné para casarse con ella. Comprendía que siempre se había mostrado reacio a ascender al Trono de Rubí, y probablemente siempre sería así; sin embargo, sabía que era su deber hacerlo. ¿Había elegido deliberadamente este destino para sí mismo con objeto de evitar esa responsabilidad?

Elric sabía que aunque su sangre se hallaba manchada por su extraña enfermedad, seguía siendo la sangre de sus antepasados y no le habría resultado fácil renunciar a su derecho de nacimiento o a su destino. Con su gobierno había confiado transformar a Melniboné del vestigio introvertido, cruel y decadente de un imperio odiado que era, en una nación revigorizada, capaz de aportar paz y justicia al mundo, de presentar un ejemplo de ilustración que otros pudieran utilizar en ventaja propia.

Por una oportunidad para regresar junto a Cymoril estaría más que dispuesto a desprenderse de la Espada Negra. Pero en el fondo de su corazón guardaba pocas esperanzas de que eso fuera posible. La Espada Negra era algo más que una fuente de mantenimiento, que un arma contra sus enemigos. La Espada Negra le ataba a las antiguas lealtades que debía a su raza, al Caos, y no se imaginaba que el señor Arioch estuviera dispuesto a permitir el quebrantamiento de ese lazo tan particular. Al considerar todas estas cuestiones, esas alusiones a un destino más grande, su mente se volvió cada vez más confusa, y prefirió ignorar estos temas siempre que le fuera posible.

-Bueno, quizá en la estupidez y en la muerte termine por quebrantar ese lazo y frustrar a los viejos y malos amigos de Melniboné.

El aliento en sus pulmones parecía hacerse más tenue y ya no le ardía. De hecho, ahora sentía frío. La sangre se movió más perezosamente en sus venas cuando se volvió para levantarse y avanzar tambaleante hacia la tosca mesa de madera donde se encontraban sus pocas provisiones. Pero sólo pudo quedarse mirando fijamente el pan rancio, el vino avinagrado, los marchitos trozos de carne seca sobre cuyos orígenes era mejor no especular demasiado. No podía incorporarse; no lograba reunir la fuerza de voluntad suficiente para moverse. Había aceptado su muerte si no con ecuanimidad sí al menos con un cierto grado de dignidad. Cayó en una especie de lánguida ensoñación en la que recordó su decisión de abandonar Melniboné, la agitación de Cymoril, el brillo secreto en la mirada de su ambicioso primo Yyrkoon, las declaraciones hechas a Rackhir, el Sacerdote Guerrero de Phum, que también había buscado Tanelorn.

Elric se preguntó si Rackhir, el Arquero Rojo, había tenido más éxito en su búsqueda, o si se hallaba en alguna otra parte de este vasto desierto, con su vestimenta escarlata reducida a jirones por el viento siempre susurrante, y con la carne secándosele sobre los huesos. Elric confiaba con todo su corazón en que Rackhir hubiera logrado descubrir la mítica ciudad y la paz que prometía. Luego, su anhelo por la amada Cymoril se hizo mayor y en un momento creyó haber llorado.

Antes había considerado la idea de convocar a Arioch, su patrono duque del Caos, para que le salvara, pero seguía experimentando una profunda desgana a contemplar incluso esa posibilidad. Temía que, al emplear una vez más la ayuda de Arioch, perdería mucho más que su vida. Cada vez que ese poderoso ser sobrenatural estaba de acuerdo en ayudarle, fortalecía aún más un acuerdo implícito y misterioso a la vez. Pero el debate no era más que una especulación, reflexionó Elric con ironía. Últimamente, Arioch había mostrado una clara desgana en acudir en

su ayuda. Posiblemente, Yyrkoon lo había suplantado en todos los sentidos...

Ese pensamiento devolvió a Elric al dolor, a su anhelo por Cymoril. Intentó incorporarse de nuevo. La posición del sol había cambiado. Por un momento creyó ver a Cymoril de pie, delante de él. Luego, se transformó en un aspecto de Arioch. ¿Acaso el duque del Caos estaba jugando con él, incluso ahora?

Elric desvió la mirada para contemplar la espada, que parecía desplazarse en la suelta envoltura de seda, y susurrarle alguna clase de advertencia, o posiblemente de amenaza.

Elric volvió la cabeza.

-¿Cymoril?

Miró intensamente hacia el rayo de luz y lo siguió hasta que miró a través de la ventana, hacia el intenso cielo del desierto. Ahora creyó distinguir unas figuras que se movían allí, unas sombras que casi tenían las formas de hombres, de bestias y demonios. A medida que esas figuras se hicieron más claras terminaron por parecerse a sus amigos. Cymoril estaba de nuevo allí. Elric gimió, desesperado.

- ¡Mi amor!

Vio a Rackhir, a Dyvim Tvar, e incluso al propio Yyrkoon. Los llamó a todos.

Al escuchar el sonido desgarrado de su propia voz se dio cuenta de que tenía fiebre, de que estaba disipando en fantasías la poca energía que aún le quedaba, de que su cuerpo se alimentaba de sí mismo y de que la muerte ya debía de estar muy cerca.

Elric levantó una mano para tocarse una ceja y sintió el sudor que resbalaba sobre la frente. Se preguntó cuánto podría valer una gota de sudor en el mercado abierto. Le divirtió especular con esa idea. ¿Podría sudar lo suficiente como para comprar más agua o, al menos, un poco de vino? ¿O acaso iba la producción de líquido en contra de las extrañas leyes de Quarzhasaat con respecto al agua?

Volvió a mirar más allá de la luz del sol, y creyó ver hombres allí; quizá eran los guardias de la ciudad, que acudían para inspeccionar su alojamiento y exigirle su permiso para sudar.

Ahora parecía como si el viento del desierto, que nunca se hallaba muy lejos, se deslizara a través de la estancia y trajera consigo una acumulación elemental, quizá una fuerza destinada a llevarse su alma hacia el último destino. Sintió alivio. Sonrió. Se sentía contento de que su lucha hubiera terminado. ¿Quizá Cymoril se le uniría pronto?

¿Pronto? ¿Qué podría significar el Tiempo en el Ámbito intemporal? ¿Debería esperar quizá toda la Eternidad para que ambos pudieran volver a estar juntos? ¿O sólo sería un momento fugaz? ¿O acaso no la volvería a ver nunca más? ¿Era una ausencia, una nada, lo único que le esperaba en el futuro? ¿O entraría su alma en otro cuerpo, quizá tan enfermizo como el actual, para volver a enfrentarse con los mismos dilemas imposibles de dilucidar, con la misma terrible moral y desafíos físicos que lo habían acosado desde que se convirtiera en un adulto?

La mente de Elric se alejó más y más de la lógica, como un ratón a punto de ahogarse, que se ve arrastrado más y más lejos de la orilla, que gira sobre sí mismo de una forma cada vez más alocada antes de que la muerte traiga consigo el olvido de todo. Se rió. Lloró. Deliró y ocasionalmente durmió, mientras su vida disipaba lo último que le quedaba con los vapores que ahora fluían de su extraña carne, blanca como el hueso. Cualquier observador no informado habría visto a una especie de bestia enfermiza y contrahecha, y no a un hombre, que yacía allí, sobre el tosco jergón, en su última y sin duda alguna feliz agonía.

Llegó la oscuridad y, con ella, una brillante panoplia de personajes procedentes del pasado del albino. Volvió a ver a los brujos que lo habían educado en todas las artes de la brujería; vio a la extraña madre a la que nunca había conocido y a su todavía más extraño padre; a los crueles amigos de su infancia con los que, poco a poco, ya no podría disfrutar de los deliciosos y terribles deportes de Melniboné; las cavernas y claros secretos de la Isla del Dragón, las delgadas torres y los fantasmagóricos e intrincados palacios de su pueblo inhumano, cuyos antepasados sólo eran parcialmente de este mundo y que habían surgido como hermosos monstruos para conquistar y gobernar antes, con una profunda fatiga que ahora apreciaba mucho mejor, decayendo en el autoexamen y en sus fantasías mórbidas. Y gritó porque en su mente vio a Cymoril, con su cuerpo tan consumido como el propio mientras Yyrkoon, sin dejar de reír con un horrible placer, practicaba sobre él las más sucias de las abominaciones. Y luego, de nuevo, quiso vivir, regresar a Melniboné, salvar a la mujer a la que amaba tan profundamente que a menudo se negaba a sí mismo ser demasiado consciente de la intensidad de su pasión. Pero no podía. Mientras las visiones pasaban y sólo veía el cielo oscuro a través de la ventana, sabía que pronto estaría muerto y que ya no quedaría nadie para salvar a la mujer con la que había prometido casarse.

Por la mañana, la fiebre había desaparecido, y Elric supo que se encontraba apenas a una o dos horas del final. Abrió unos ojos de mirada nublada para ver el rayo de sol, ahora suave y dorado, que ya no entraba brillando directamente, como había sucedido el día anterior, pero que se reflejaba desde las paredes brillantes del palacio junto al que se había construido la casucha en la que se hallaba.

Al sentir repentinamente algo frío sobre sus agrietados labios sacudió la cabeza para apartarla y trató de alcanzar la espada, pues temía que le hubieran colocado un acero contra su cuerpo, quizá para cortarle el cuello.

- *Tormentosa...*

Su voz fue tenue, y su mano estaba demasiado débil como para alejarse de su costado y mucho menos para empuñar la espada murmurante. Tosió y se dio cuenta de que alguien le hacía gotear líquido en la boca. No era el agua sucia que había comprado con su esmeralda, sino algo fresco y limpio. Bebió e hizo esfuerzos por enfocar la mirada. Inmediatamente delante de él había un frasco de plata ornamentada, una mano dorada y suave, un brazo envuelto en un brocado exquisitamente delicado, un rostro sonriente que no reconoció. Volvió a toser. Aquel líquido era algo más que agua corriente. ¿Había encontrado el muchacho a algún boticario amable? La poción le sabía como una de sus propias destilaciones que le ayudaban a mantenerse. Respiró agradecida y ruidosamente y miró con debilitada curiosidad al hombre que lo había resucitado, por muy brevemente que fuera.

Sonriente, su salvador temporal se movió con una estudiada elegancia en sus vestiduras pesadas, que no correspondían a la época del año.

-Buenos días, señor Ladrón. Confío en no insultaros. Imagino que sois un ciudadano de Nadsokor donde se practican con orgullo toda clase de robos. ¿Estoy en lo cierto?

Elric, consciente de lo delicado de su situación, no vio motivo alguno para contradecirle. El príncipe albino asintió con lentitud. Todavía le dolían los huesos.

El hombre alto, perfectamente afeitado, deslizó un tapón sobre el frasco.

-El muchacho Anigh me ha dicho que tenéis una espada para vender. ¿Es cierto?

-Quizá. -Seguro ahora de que su recuperación sólo era temporal, Elric continuó mostrándose precavido-. Aunque yo diría que ésta sería la clase de compra que muchos lamentarían.

-Pero vuestra espada no es representativa de vuestro oficio principal, ¿verdad? Habéis perdido vuestro báculo curvado, sin duda. ¿Vendidos para comprar agua? -preguntó con expresión de quien sabe de qué habla.

Elric decidió seguirle la corriente. Se permitió a sí mismo confiar de nuevo en la vida. El líquido lo había reanimado lo suficiente como para permitirle recuperar su buen humor, junto con una parte proporcional de su fortaleza habitual.

-Sí -dijo al tiempo que miraba a su visitante-. Quizá.

-Pero ¿cómo? ¿Anunciáis así vuestra propia incompetencia? ¿Es ésa la forma habitual de comportarse de los ladrones de Nadsokor? Tenéis un arte mucho más sutil de lo que sugiere vuestro disfraz, ¿verdad?

Esto último lo dijo con la misma jerga que había utilizado Anigh el día anterior.

Ahora, Elric se dio cuenta de que este personaje indudablemente rico ya se había formado una opinión sobre su estatus y poderes que, aunque bien lejos de la realidad actual, podría proporcionarle quizá un medio de escapar de la situación inmediata en que se hallaba sumido. Elric se puso más alerta.

-¿Queréis decir que contratáis mis servicios? ¿Mis poderes especiales? ¿Los de mi persona y, posiblemente, también los de mi espada?

El hombre fingió despreocupación.

-Si así lo queréis -dijo, aunque estaba claro que reprimió un tono de urgencia en su voz-. Se me ha encargado informaros de que la Luna de Sangre arderá pronto sobre la Tienda de Bronce.

-Comprendo. - Elric aparentó sentirse impresionado por lo que para él no era sino un galimatías que no tenía ningún sentido-. En tal caso, supongo que tendremos que movernos con toda rapidez.

-Así lo cree quien me envía. Las palabras no significan nada para mí, pero tienen significado para vos. Se me dijo que os ofreciera un segundo trago si parecíais responder positivamente a ese conocimiento. Tomad.

Le tendió, sonriente, el frasco de plata, que Elric aceptó, al tiempo que sentía recuperar un poco más sus fuerzas y sus dolores se disipaban gradualmente.

-¿La persona que os envía daría un encargo a un ladrón? ¿Qué desea robar que los ladrones de Quarzhasaat no puedan robar para esa persona?

-Aja, señor, ahora veo que os tomáis las cosas demasiado literalmente. -Volvió a tomar el frasco-. Yo soy Raafi as−Keeme y sirvo a un gran hombre de este imperio. Creo que tiene un encargo que haceros. Hemos oído hablar mucho de las habilidades de los nadsokorianos, y llevamos algún tiempo a la espera de que a uno de los vuestros se le ocurriera darse una vuelta por aquí. ¿Tenéis la intención de robarnos? Nadie lo ha conseguido nunca. Creo que es mejor robar... para nosotros.

-Supongo que es un buen consejo. -Elric se incorporó en la cama y puso los pies sobre las losas del piso. La fortaleza que le había transmitido el líquido ya empezaba a disminuir-. ¿Queréis comunicarme la naturaleza de la tarea que me tenéis reservada, señor? -preguntó al tiempo que tendía la mano hacia el frasco que, sin embargo, se retiró hacia el interior de la manga de Raafi as−Keeme.

-De ningún modo, señor -repuso el recién llegado-. Antes tenemos que hablar un poco sobre vuestro pasado. El muchacho asegura que robáis algo más que joyas. Almas, le he oído decir.

Elric se alarmó un tanto y miró receloso al hombre, cuya expresión permaneció imperturbable.

-Es una forma de hablar...

-Bien. Mi amo desea hacer uso de vuestros servicios. Si tenéis éxito, recibiréis un barril de este elixir para que podáis regresar a los Reinos Jóvenes, o para que podáis marcharos adondequiera que deseéis.

-Me ofrecéis la vida, señor -dijo Elric con lentitud-, y eso es lo único que estoy dispuesto a pagar por ello.

-Ah, señor, por lo que veo tenéis verdaderos instintos de comerciante. Estoy seguro de que se podrá llegar a un acuerdo. ¿Queréis acompañarme ahora a un cierto palacio?

Sonriendo, Elric tomó a *Tormentosa* con las dos manos y se echó hacia atrás sobre la cama, apoyando los hombros contra la pared y la fuente de la luz solar. Colocó la espada sobre su regazo e hizo un gesto con la mano, con una muestra de burlona hospitalidad señorial.

-¿No preferiríais quedaros y probar lo que tengo que ofreceros, señor Raafi as−Keeme?

El hombre cubierto por ricas vestiduras sacudió la cabeza con un gesto vehemente.

-Me temo que no. Sin duda alguna ya os habéis acostumbrado a este hedor, y al de vuestro propio cuerpo, pero os aseguro que no es nada agradable para alguien que no esté familiarizado.

Elric sonrió y aceptó lo que implicaba aquel comentario. Se incorporó, se ajustó la vaina al cinto y deslizó la murmurante espada de runas en la funda de cuero negro.

-En tal caso, indicadme el camino, señor. Debo admitir que siento curiosidad por descubrir qué considerables riesgos debo correr como para que uno de vuestros ladrones rechace la clase de recompensas que ofrece un señor de Quarzhasaat.

Y mentalmente ya había decidido llegar a un acuerdo: no volvería a permitir por segunda vez que su vida se le escapara tan fácilmente de entre las manos. Decidió que eso era lo menos que le debía a Cymoril.

# 2
# La Perla en el Corazón del Mundo

En una estancia cruzada por suaves rayos de sol, que descendían sesgadamente en polvorientas bandas de luz desde una reja imponente, instalada en lo más profundo del tejado vistosamente pintado de un palacio llamado Goshasiz, cuya complicada arquitectura se veía manchada por algo más siniestro que el paso del tiempo, lord Gho Fhaazi atendía a su invitado con nuevos sorbos del misterioso elixir y buenos alimentos que, en Quarzhasaat, eran casi tan valiosos como los muebles.

Recién bañado y envuelto en vestiduras frescas, Elric poseía una nueva vitalidad, y los tonos azulados y verdosos oscuros de la seda no hacían sino resaltar la palidez de su piel y su largo y exquisito cabello. La espada enfundada se hallaba apoyada sobre el brazo de madera tallada del sillón donde se sentaba, y estaba preparado para desenvainarla y usarla en el caso de que esta audiencia demostrara ser una elaborada trampa.

Lord Gho Fhaazi iba peinado y vestido con elegancia. Su cabello y barba negros aparecían entrelazados en bucles simétricos, los largos mostachos encerados y puntiagudos, las pobladas cejas teñidas de rubio por encima de unos pálidos ojos verdes y una piel artificialmente blanqueada hasta parecerse casi a la del propio Elric. Llevaba los labios pintados de un rojo vivo. Se hallaba sentado en el extremo más alejado de una mesa que se inclinaba sutilmente hacia su invitado, de espaldas a la luz, de modo que casi se parecía a un magistrado que presidiera un juicio contra un malhechor.

Elric observó la forma deliberada en que se había dispuesto todo, pero no se dejó impresionar por ello. Lord Gho todavía era relativamente joven, pues aparentaba poco más de treinta años, y tenía una voz agradable, ligeramente aguda. Señalaba con dedos rollizos los platos de higos y dátiles colocados sobre hojas de menta, de langostas cubiertas de miel que había entre ellos, y empujó el frasco plateado del elixir en dirección a Elric, con una delicada muestra de hospitalidad, demostrando con sus movimientos que realizaba tareas que habitualmente habría reservado para sus servidores.

-Mi querido amigo, tomad más. -No parecía estar seguro de Elric, que le observaba con recelo y para quien cada vez estaba más claro que en aquel asunto había una cierta urgencia, a pesar de que no le había sido revelado todavía, ni por parte de lord Gho, ni del correo que había enviado a buscarle a la casucha-. ¿Hay quizá algún alimento favorito que no hayamos traído?

Elric se llevó una servilleta amarilla a los labios.

-Os estoy muy agradecido, lord Gho. No había comido tan bien desde que abandoné las tierras de los Reinos Jóvenes.

-Aja, mejor así. Por lo que he oído decir, allí abunda mucho la comida.

-Tanto como los diamantes en Quarzhasaat. ¿Habéis visitado los Reinos Jóvenes?

-Nosotros no tenemos ninguna necesidad de viajar -contestó lord Gho con cierta sorpresa-. ¿Qué hay más allá que podamos desear?

Elric pensó que el pueblo de lord Gho tenía muchas cosas en común con el suyo. Se inclinó y tomó otro higo del plato más cercano y, mientras lo masticaba lentamente y saboreaba su dulce suculencia, miró directamente a lord Gho.

-¿Cómo es que conocéis la existencia de Nadsokor?

-No viajamos mucho, aunque, naturalmente, los viajeros acuden hasta aquí. Algunos de ellos han llevado caravanas a Kaarlaak y a otros lugares. Nos traen algún que otro esclavo. Y nos cuentan mentiras tan asombrosas. -Se echó a reír, con una expresión de tolerancia-. Pero no cabe la menor duda de que siempre hay algo de verdad en lo que dicen. Aunque, por ejemplo, los ladrones de sueños se muestran reservados y circunspectos acerca de sus orígenes, hemos oído decir que en Nadsokor se da la bienvenida a toda clase de ladrones. Se necesita, pues, poca inteligencia para extraer la conclusión evidente...

-Sobre todo cuando uno sólo dispone de una información escasa sobre otras tierras y pueblos -dijo Elric con una sonrisa.

Lord Gho no se dio cuenta del sarcasmo del albino, o quizá prefirió ignorarlo.

-¿Es Nadsokor vuestra ciudad de origen o sólo la habéis adoptado? -preguntó.

-En el mejor de los casos, sólo es un hogar temporal para mí -contestó Elric ajustándose a la verdad.

-Tenéis un aspecto superficialmente parecido a las gentes de Melniboné, cuya avidez nos ha conducido a la presente situación -le informó lord Gho-. ¿Acaso hay sangre melniboneana entre vuestros antepasados?

-No me cabe la menor duda de ello. -Elric se preguntó por qué lord Gho no había extraído de ello la conclusión evidente-. ¿Todavía se odia al pueblo de la Isla del Dragón por lo que hizo?

- ¿Os referís a su intento por apoderarse de nuestro imperio? Supongo que sí. Pero, desde entonces, la Isla del Dragón se ha hundido bajo las aguas, víctima de nuestra venganza de brujería, y con ella se fue a pique su insignificante imperio. ¿Por qué íbamos a preocuparnos tanto por una raza extinguida que fue debidamente castigada por su infamia?

-En efecto.

Elric se dio cuenta de que Quarzhasaat había negado hasta tal punto su derrota, y había encontrado una razón para no emprender acción alguna, que en sus leyendas condenaba al más completo olvido a todo su pueblo. En consecuencia, él no podía ser un melniboneano, puesto que Melniboné ya no existía. En ese aspecto, al menos, tendría un poco de paz y algo menos de lo que preocuparse. Además, estas gentes parecían interesarse tan poco por el resto del mundo y sus habitantes, que lord Gho Fhaazi no demostró mayor curiosidad por él. El quarzhasaatino ya había decidido quién y qué era Elric, y se sentía satisfecho con ello. El albino pensó en el poder de la mente humana para construirse una fantasía propia y luego defenderla con la más completa determinación como si de una realidad se tratara.

Ahora, el principal dilema de Elric consistía en que no tenía ni la más ligera idea de la profesión que se suponía practicaba, ni de la tarea que lord Gho deseaba que realizase.

El noble quarzhasaatino introdujo las manos en un cuenco de agua aromatizada y se lavó la barba, dejando ostentosamente que el líquido cayera sobre los mosaicos geométricos del suelo.

-Mi sirviente me dice que habéis comprendido sus referencias -dijo, secándose con una toalla de gasa. También estaba claro que utilizaba habitualmente a esclavos para esta tarea, pero que en esta ocasión había preferido cenar a solas con Elric, quizá por temor a que se divulgaran sus secretos-. Las verdaderas palabras de la profecía son un poco diferentes. ¿Las conocéis?

-No -admitió Elric con inmediata franqueza.

Se preguntó qué sucedería si lord Gho llegara a darse cuenta de que estaba aquí porque había fingido saber lo que no sabía.

-Cuando la Luna de Sangre arda sobre la Tienda de Bronce, se abrirá el camino hacia la Perla.

-Aja -dijo Elric - . Eso es.

-Y los nómadas nos dicen que la Luna de Sangre aparecerá sobre las montañas en menos de una semana, y que entonces brillará sobre las Aguas de la Perla.

-Exactamente -asintió Elric.

-Y de ese modo, claro está, se revelará el camino que conduce a la Fortaleza. -Elric asintió con gesto grave, como si confirmara las palabras-. Y un hombre como vos, con un conocimiento a la vez sobrenatural y no sobrenatural, capaz de abrirse paso entre la realidad y la irrealidad, que conoce los caminos que bordean los límites del sueño y de la vigilia, podría irrumpir a través de las defensas, tomar por sorpresa a los guardianes y robar la Perla.

La voz de lord Gho era una mezcla de tonos lascivos, venales y ardientemente excitados.

-Podría ser -dijo el emperador de Melniboné.

Equivocadamente, lord Gho tomó la reticencia de Elric por una muestra de discreción.

-¿Estaríais dispuesto a robar la Perla para mí, señor Ladrón?

Antes de contestar, Elric aparentó considerar la propuesta por un momento.

-Imagino que ese robo me haría correr considerables peligros.

-Desde luego. Nuestro pueblo está convencido de que nadie, excepto alguien con vuestras artes, sería capaz de entrar siquiera en la Fortaleza, y mucho menos de llegar hasta la Perla misma.

-¿Y dónde está esa Fortaleza de la Perla?

-Supongo que en el Corazón del Mundo. -Elric frunció el ceño-. Al fin y al cabo -siguió diciendo lord Gho con cierta impaciencia-, la joya se conoce como la Perla en el Corazón del Mundo, ¿no es así?

-Comprendo vuestro razonamiento -asintió Elric reprimiendo la necesidad de rascarse el cogote. En lugar de eso pensó en tomar un nuevo trago del maravilloso elixir, aunque empezaba a sentirse cada vez más inquieto, tanto por la conversación de lord Gho como por el hecho de que aquel líquido pálido le resultara tan delicioso-. Pero no me cabe la menor duda de que debe haber alguna otra pista...

-Pensaba que eso os incumbía a vos, señor Ladrón. Tenéis que ir, claro está, hasta el Oasis de la Flor de Plata. Es la época en que los nómadas llevan a cabo una de sus reuniones. Algo relacionado, sin duda, con la Luna de Sangre. Lo más probable es que en el Oasis de la Flor de Plata se os abra el camino. Habréis oído hablar del oasis,

¿verdad?

-Temo no disponer de ningún mapa -le informó Elric sin mucha convicción.

-Se os proporcionará uno. ¿No habéis viajado nunca por el Camino Rojo?

-Como ya os he explicado, soy un extranjero en vuestro imperio, lord Gho.

-¡Pero vuestros conocimientos de geografía y de historia deben de estar relacionados con nosotros!

-Temo que somos un poco ignorantes, milord. Nosotros, los de los Reinos Jóvenes, sumidos durante tanto tiempo a la sombra de Melniboné, no tuvimos la oportunidad de descubrir las alegrías del aprendizaje erudito.

Lord Gho enarcó sus pobladas cejas.

-Sí -dijo-, supongo que así ha sido. Bien, bien, señor Ladrón, os proporcionaremos un mapa. Pero es fácil seguir el Camino Rojo, puesto que conduce desde Quarzhasaat hasta el Oasis de la Flor de Plata y más allá sólo se encuentran las montañas que los nómadas llaman las Columnas Accidentadas. Creo que no tienen ningún interés para vos, a menos que el Camino de la Perla os conduzca a través de ellas. Se trata de un camino mucho más misterioso y, como apreciaréis, no se halla marcado, al menos en los mapas convencionales que poseemos, y eso que nuestras bibliotecas son las más sofisticadas del mundo.

Elric se hallaba tan decidido a sacar el mejor provecho de este respiro temporal que estaba dispuesto a seguir con esta farsa hasta que se hubiera alejado de Quarzhasaat, cabalgando de regreso a los Reinos Jóvenes.

-Espero que también me proporcionaréis una montura.

-La mejor. ¿Necesitaréis reponer vuestro báculo curvado o sólo es una especie de señal de vuestra profesión?

-Puedo conseguirme otro.

Lord Gho se llevó la mano hacia su peculiar barba.

-Como digáis, señor Ladrón.

Elric decidió cambiar de tema.

-Habéis dicho bien poco sobre la naturaleza de mi tarea.

Vació la copa y lord Gho se la llenó torpemente.

-¿Qué pediríais normalmente? -preguntó el quarzhasaatiano.

-Bueno, éste es un encargo insólito. -Elric volvía a sentirse divertido ante aquella situación-. Como comprenderéis, hay muy pocos que posean mi habilidad, e incluso mi posición, ni siquiera en los Reinos Jóvenes, y todavía son menos los que vienen por Quarzhasaat...

-Si me traéis esa Perla, tendréis toda clase de riquezas. Suficiente, al menos, para convertiros en uno de los hombres más poderosos de los Reinos Jóvenes. Os proporcionaré todo aquello que le corresponde a un verdadero noble: vestiduras, joyas, un palacio, esclavos. Y si deseáis continuar vuestros viajes os ofrezco una caravana capaz de adquirir toda una nación en los Reinos Jóvenes. Allí podríais convertiros en un príncipe, e incluso en un rey.

-Una perspectiva embriagadora -dijo el albino con sorna.

-Añadid a eso lo que ya os he pagado y os pagaré, y creo que juzgaréis la recompensa suficientemente atractiva.

-En efecto. Es generosa, sin duda. -Elric frunció el ceño. Miró a su alrededor y observó la gran estancia, con sus colgaduras, sus ricos trabajos en gemas, sus mosaicos de piedras preciosas, sus cornisas y columnas elaboradamente adornadas. Tenía toda la intención de seguir regateando, aunque sólo fuera porque eso era lo que sin duda se esperaba de él-. Pero tengo una idea del valor que tiene la Perla para vos, lord Gho... ¿Qué os permitirá conseguir aquí? Admitiréis que el precio que ofrecéis no es necesariamente grande.

Esta vez fue lord Gho quien pareció regocijarse.

-La Perla me permitirá comprar el puesto en el Consejo de los Seis que pronto quedará vacante. La Séptima sin Nombre ha puesto la Perla como precio para ello. Ésa es la razón por la que debo tenerla pronto. Ya ha sido prometida. Como bien imagináis, hay rivales, pero nadie que haya ofrecido tanto.

-¿Y conocen esos rivales vuestra oferta?

-Siempre hay rumores. Pero os advierto que debéis guardar silencio sobre la naturaleza de vuestra misión...

-¿No teméis que pueda buscar un trato mejor en cualquier otra parte de vuestra ciudad?

-Oh, siempre habrá quien os ofrezca más, si es que fuerais tan ávido y desleal. Pero no podrían ofreceros lo que yo, señor Ladrón.

Y, al decir esto, en la boca de lord Gho Fhaazi apareció una mueca terrible.

-¿Por qué no?

Elric se sintió repentinamente atrapado y su instinto fue el de echar mano de *Tormentosa.*

-Porque no poseen esto -contestó lord Gho al tiempo que empujaba el frasco hacia el albino.

Elric se sorprendió un poco al comprobar que ya había bebido otra copa del extraño elixir. Llenó la copa una vez más y se bebió su contenido con aire pensativo. Una parte de la verdad se abría paso en su mente poco a poco, y temía que fuera cierto lo que pensaba.

-¿Qué puede ser más raro que la Perla? -preguntó el albino dejando la copa, convencido de tener una ligera idea sobre la respuesta.

Lord Gho lo miró intensamente.

-Creo que ya lo comprendéis -dijo con una sonrisa.

-Sí -asintió Elric al tiempo que se le hundía el ánimo y experimentaba un atisbo de profundo terror mezclado con una cólera creciente-. El elixir, supongo...

-Oh, eso es relativamente fácil de hacer. Se trata, desde luego, de un veneno, una droga que se alimenta de quien la toma, dándole sólo un aspecto de vitalidad. Finalmente, no queda nada de lo que la droga pueda alimentarse, y la muerte que sobreviene es casi siempre muy desagradable. ¡En qué llega a convertir a los hombres y mujeres que apenas una semana antes se creían tan poderosos como para gobernar el mundo! -Lord Gho empezó a reír haciendo mover al unísono los pequeños bucles del rostro y de la cabeza-. Y sin embargo, a pesar de estar moribundos ruegan e imploran aquello mismo que los mata. ¿No os parece una ironía, señor Ladrón? ¿Que qué es más raro que la Perla, preguntáis? Bueno, supongo que ahora ya tenéis clara la respuesta, ¿verdad? La vida de un individuo, ¿no os parece?

-¿Queréis decir que voy a morir? En tal caso, ¿por qué serviros?

-Porque existe, claro está, un antídoto. Algo que sustituye todo aquello que la droga sustrae, que no causa dependencia en quien lo bebe, que restaura la salud de quien lo toma en cuestión de días y extingue la necesidad de tomar la droga inicial. Como veis, mi oferta no ha sido vana. Puedo ofreceros el elixir suficiente como para que terminéis vuestra tarea y si regresáis a tiempo, también os proporcionaré el antídoto. De ese modo habréis ganado mucho, ¿no os parece?

Elric se enderezó en el sillón y posó la mano sobre la empuñadura de la Espada Negra.

-Ya he informado a vuestro correo que mi vida sólo tiene un valor limitado para mí. Hay ciertas cosas que valoro más.

-Os comprendo -dijo lord Gho con una cruel jovialidad-, y respeto vuestros principios. Lo habéis expresado muy bien. Pero en este asunto también hay otra vida que considerar, ¿no os parece? La de vuestro cómplice.

-No tengo cómplice alguno, señor.

-¿De veras? ¿No lo tenéis, señor Ladrón? ¿Queréis venir entonces conmigo?

Elric, que desconfiaba de aquel hombre, seguía sin ver razón alguna para seguirle mientras avanzaba con arrogancia a través del enorme dintel tallado de la puerta que daba a un vestíbulo. Pendiente de su cinto, *Tormentosa* gruñía de nuevo y se agitaba como un perro receloso.

Los pasillos del palacio, recubiertos de mármol verde, marrón y amarillo para transmitir la sensación de un bosque frío, despedían el aroma de las más exquisitas flores. Pasaron ante estancias ocupadas por criados, colecciones de fieras, tanques de peces y reptiles, un serrallo y una armería, hasta que lord Gho llegó ante una puerta de madera, custodiada por dos soldados que llevaban la armadura impracticablemente barroca de Quarzhasaat, con las barbas aceitadas que formaban figuras fantásticamente exageradas. Cuando lord Gho se acercó presentaron sus alabardas talladas.

-Abrid -les ordenó lord Gho.

Uno de ellos tomó una enorme llave maciza que llevaba colgada del peto, y la insertó en la cerradura.

La puerta se abrió a un pequeño patio que contenía una fuente sin agua, un pequeño claustro y una serie de alojamientos en el extremo más alejado.

-¿Dónde estás? ¿Dónde estás, mi pequeño? ¡Sal ahora mismo! ¡Rápido! -ordenó lord Gho con impaciencia.

Se oyó un tintineo metálico y una figura surgió de una puerta. Llevaba una pieza de fruta en una mano, una cadena en la otra, y caminaba con dificultad debido a que los eslabones se hallaban fijos a la ancha banda metálica que le rodeaba la cintura.

-Ah, maestro -le dijo a Elric -. No me habéis servido tal como yo habría esperado.

La sonrisa de Elric fue hosca.

-Pero quizá sí como te merecías, ¿verdad, Anigh? -preguntó dejando que se trasluciera la cólera que sentía-. No he sido yo quien te ha encarcelado, muchacho. Creo que, en realidad, la elección ha sido probablemente tuya. Has intentado hacer tratos con un poder que no sabe lo que es la decencia.

Lord Gho no se inmutó ante el comentario.

-Abordó a uno de los sirvientes de Raafi as−Keeme -dijo mirando al muchacho con un cierto interés-, y le ofreció vuestros servicios. Dijo actuar como agente vuestro.

-En efecto, eso era -admitió Elric con una sonrisa algo más comprensiva a la vista de la situación evidentemente incómoda de Anigh-. Pero eso no irá en contra de vuestras leyes, ¿verdad?

-Desde luego que no. De hecho, demostró ser muy emprendedor.

-En tal caso, ¿por qué lo habéis encarcelado?

-Sólo es una cuestión de conveniencia. Sin duda lo apreciaréis como tal, ¿verdad, señor Ladrón?

-En otras circunstancias sospecharía algún tipo de infamia -dijo Elric con precaución-. Pero sé que sois un noble, lord Gho. Estoy convencido de que no retendríais a este muchacho con el propósito de amenazarme. Eso no estaría a la altura de vuestra dignidad.

-Espero que se me considere como un noble, en efecto. Pero en ocasiones como ésta no todos los nobles de esta ciudad se sienten atados por los viejos códigos del honor, y mucho menos cuando las apuestas son tan fuertes. Seguro que sois capaz de apreciarlo así, aunque no seáis un noble, o incluso, supongo, un caballero.

-En Nadsokor se me considera como tal -replicó Elric con serenidad.

-Oh, claro... Pero eso es en Nadsokor. -Lord Gho señaló a Anigh que sonreía, desconcertado, y miraba a uno y otro, sin lograr comprender el sentido de la conversación-. Y en Nadsokor, estoy seguro de ello, retendrían a un rehén conveniente si pudieran.

-Pero esto es injusto, señor -dijo Elric con voz temblorosa por la cólera, teniendo que controlarse para no dirigir la mano derecha hacia la Espada Negra que colgaba de su cadera izquierda-. Si me matan mientras intento cumplir con la misión, el muchacho morirá como si yo me hubiera escapado.

-Bueno, en efecto, eso es cierto mi querido Ladrón. Pero espero que regreséis. Si no fuera así..., bueno, el muchacho *me* seguirá siendo útil, tanto vivo como muerto.

Anigh ya no sonreía. Una expresión de terror fue apareciendo lentamente en sus ojos.

- ¡Oh, mis señores!

-No sufrirá daño alguno -dijo lord Gho colocando una mano fría y empolvada sobre los hombros de Elric-, porque regresaréis con la Perla en el Corazón del Mundo, ¿verdad?

Elric respiró profundamente para controlarse. Experimentaba una profunda necesidad. Una necesidad que no lograba identificar. ¿Era sed de sangre? ¿Deseaba desenvainar la Espada Negra y sorber el alma de este astuto degenerado? Al hablar, lo hizo con voz serena.

-Milord, si dejáis en libertad al muchacho os aseguro que emplearé en ello mis mejores esfuerzos... Os lo juro...

-Buen Ladrón, Quarzhasaat está repleto de hombres y mujeres que ofrecen las más completas seguridades y que, estoy convencido de ello, son sinceros cuando lo hacen así. Harán grandes e importantes juramentos por todo aquello que sea más sagrado para ellos. Pero si cambiaran las circunstancias, pronto olvidarían lo que han jurado. Me parece que disponer de cierta seguridad siempre es algo útil para recordar las obligaciones a las que alguien se ha comprometido. Como comprenderéis, jugamos con apuestas muy elevadas. De hecho, no existe otra más elevada en todo el mundo. Un puesto en el Consejo.

Esa última frase fue enfatizada sin el menor asomo de burla. Desde luego, para lord Gho Fhaazi no podía haber otro objetivo más grande.

Sintiendo náuseas ante la sofistería del hombre, y desprecio por su provincialismo, Elric le dio la espalda y se volvió hacia el muchacho.

-Como habrás visto, Anigh, es muy poca la suerte que se derrama sobre aquellos que se coaligan conmigo. Ya te lo advertí. Sin embargo, haré todo lo posible por regresar y salvarte. -Su siguiente frase la pronunció con la jerga propia de los ladrones-. Mientras tanto, no confíes para nada en esta criatura nauseabunda, y haz todo lo que puedas por escapar.

- ¡Nada de jergas incomprensibles aquí! -gritó en seguida lord Gho, repentinamente alarmado-. ¡Si lo volvéis a hacer, moriréis los dos en seguida!

Evidentemente, no comprendía la jerga como la había comprendido su correo.

-Será mejor que no me amenacéis, lord Gho -replicó Elric llevando la mano hacia la empuñadura de la espada.

-¿Qué? -exclamó el noble echándose a reír-. ¡Cuánta beligerancia! ¿Es que no comprendéis, señor Ladrón, que el elixir que habéis bebido ya os está matando? Sólo disponéis de tres semanas para que el antídoto pueda salvaros. ¿No experimentáis acaso una necesidad de tomar la droga que roe vuestras entrañas? Si un elixir así fuera inofensivo, ¿por qué lo utilizaríamos todos y seríamos dioses?

Elric no estaba seguro de saber si era su mente o su cuerpo el que sentía los dolores. Se dio cuenta de que aun cuando sus instintos le impulsaban a matar al noble de Quarzhasaat, el anhelo que experimentaba por la droga amenazaba con dominarlo. Ni siquiera cuando se hallaba cerca de la muerte, a causa de la falta de su propio medicamento, había anhelado tanto una cosa. Permaneció de pie, temblándole todo el cuerpo, mientras trataba de controlarlo de nuevo. Al hablar, su voz sonó helada.

-Esto es algo más que una pequeña infamia, lord Gho. Os felicito. Sois un hombre de la más cruel y desagradable astucia. ¿Son tan corruptos como vos todos aquellos que sirven en el Consejo?

Lord Gho adoptó una actitud todavía más afable.

-Vamos, señor Ladrón, esto es indigno de vos. Lo único que hago es asegurarme de que actuaréis durante un tiempo en beneficio de mis propios intereses. -Volvió a emitir una risita-. En realidad, de este modo me he asegurado de que vuestros intereses serán los míos, al menos durante un tiempo. ¿Qué hay de malo en ello? No me

parecería apropiado que un ladrón confeso insultara a un noble de Quarzhasaat simplemente porque ha encontrado la forma de establecer un buen acuerdo.

El odio que Elric sentía por aquel hombre, que en un principio sólo le había disgustado, amenazaba todavía con consumirle. Pero entonces un estado de ánimo nuevo y más frío pareció apoderarse de él cuando logró controlar sus propias emociones.

-Estáis diciendo, pues, que soy vuestro esclavo, lord Gho.

-Decidlo de ese modo, si queréis. Al menos hasta que me traigáis la Perla en el Corazón del Mundo.

-Y si encontrara la Perla para vos, ¿cómo sé que me daríais el antídoto contra el veneno?

-Eso es algo que debéis decidir vos mismo -contestó lord Gho con un encogimiento de hombros-. Sois un hombre inteligente para tratarse de un extranjero, y habéis logrado sobrevivir hasta ahora. Estoy seguro de que gracias a vuestro ingenio. Pero no cometed ningún error. Esta poción sólo me la preparan a mí y no encontraréis una receta idéntica en ningún otro sitio. Será mejor, pues, que mantengáis nuestro acuerdo y os marchéis de aquí como un hombre rico, junto con vuestro pequeño amigo todo de una pieza.

El estado de ánimo de Elric había cambiado y ahora era de un cruel humor. Una vez recuperada su fortaleza, por muy artificial que fuese, podía causarle una considerable destrucción a lord Gho y, de hecho, a toda la ciudad si así lo decidía. Como si estuviera en consonancia con sus pensamientos, *Tormentosa* se agitó de nuevo en su cadera y lord Gho se permitió dirigir una breve y nerviosa mirada hacia la gran espada de runas.

Pero Elric no deseaba morir, y tampoco deseaba la muerte de Anigh. Decidió someterse por esta vez, fingir, al menos, ponerse al servicio de lord Gho hasta que descubriera más sobre el hombre y sus ambiciones, y quizá hasta descubrir más detalles sobre la naturaleza de la droga que tanto ansiaba. Quizá el elixir no matara, quizá sólo se tratara de un veneno corriente en Quarzhasaat, del que muchos poseían el antídoto. Pero aquí no contaba con amigos, a excepción de Anigh, y ni siquiera tenía aliados que sirvieran intereses dispuestos a ayudarle contra lord Gho como un enemigo común.

-Quizá -terminó por decir-. No me importa lo que sea del muchacho.

-Oh, creo que ya os conozco bastante bien, señor Ladrón. Sois como los nómadas, y los nómadas son como las gentes de los Reinos Jóvenes. Otorgan valores antinaturalmente elevados a las vidas de aquellos con quienes se asocian. Sienten debilidad por las lealtades sentimentales.

Elric se dio cuenta de la ironía de esta situación, pues los melniboneanos también se consideraban por encima de esas lealtades, y él era uno de los pocos a quien le preocupaba lo que pudiera ocurrirles a aquellos que no fueran de su familia más inmediata. Ésa era precisamente la razón por la que ahora se encontraba aquí. El destino le estaba enseñando unas extrañas lecciones. Suspiró y confió en que esas lecciones no terminaran por matarlo.

-Si el muchacho ha sufrido algún daño cuando regrese, lord Gho, encontraréis un destino mil veces peor que cualquiera por el que le hayáis hecho pasar a él. ¡O incluso a mí!

Miró fijamente al aristócrata, con ojos enrojecidos y centelleantes. Parecía como si los fuegos del infierno se agitaran bajo su cráneo.

Lord Gho se estremeció pero luego sonrió en un intento por ocultar su temor.

-¡No, no, no! -exclamó frunciendo el ceño - . No sois vos quien está en situación de amenazarme. Ya os he explicado las condiciones. No estoy acostumbrado a escuchar estas cosas, señor Ladrón, os lo advierto.

Elric se echó a reír y el fuego de su mirada no desapareció.

-Haré que os acostumbréis a todo aquello a lo que habéis acostumbrado a los demás, lord Gho. Suceda lo que suceda. ¿Me comprendéis bien? ¡Este muchacho no debe sufrir daño alguno!

-Ya os he dicho...

-Y yo os he advertido. -Los párpados de Elric cayeron sobre sus terribles ojos como si cerrara una puerta sobre el Ámbito del Caos, a pesar de lo cual lord Gho dio un paso atrás. Después, la voz de Elric sonó como un frío susurro-: Por todo el poder que reúna, me vengaré de vos. Nada podrá detener esa venganza. Ni toda vuestra riqueza..., ni la muerte misma.

Esta vez, cuando lord Gho intentó sonreír, no pudo.

De repente, Anigh sonrió como el muchacho feliz que había sido antes de que se produjeran estos acontecimientos. Evidentemente, él sí creía en las palabras de Elric.

El príncipe albino avanzó hacia lord Gho como un tigre hambriento. Luego, se tambaleó un poco y respiró con fuerza. Estaba claro que el elixir perdía su fuerza, o exigía más de la suya, no sabría decirlo. Nunca había experimentado nada igual con anterioridad, pero lo cierto es que anhelaba tomar otro trago. Sentía dolores en el vientre y en el pecho, como si unas ratas le estuvieran royendo por dentro. Abrió la boca para respirar. Entonces, lord Gho encontró un vestigio de su anterior humor.

-Negaros a servirme y vuestra muerte será inevitable. Os lo advierto con la mayor de las amabilidades, señor

Ladrón.

Elric se irguió con toda la dignidad que pudo.

-Deberíais saber, lord Gho Fhaazi, que si traicionáis cualquier aspecto de nuestro acuerdo, yo mantendré mi juramento y haré caer tanta destrucción sobre vos y vuestra ciudad, que lamentaréis haber oído pronunciar mi nombre. Y sólo sabréis quién soy, lord Gho Fhaazi, justo antes de morir, al tiempo que esta ciudad y todos sus degenerados habitantes perecen con vos.

El quarzhasaatiano hizo ademán de replicar, pero contuvo sus palabras y se limitó a decir:

-Sólo disponéis de tres semanas.

Con la fuerza que le quedaba, Elric desenvainó a *Tormentosa* de su funda. El metal negro parecía latir, y una luz negra surgía de él mientras las runas grabadas en la hoja se retorcían y bailoteaban y una horrible canción de anticipación empezaba a sonar en aquel patio, arrancando ecos de las viejas torres y minaretes de Quarzhasaat.

-Esta espada bebe almas, lord Gho. Podría beberse la vuestra ahora mismo y darme más fortaleza que ese veneno. Pero, por el momento, contáis con una pequeña ventaja sobre mí. Estoy de acuerdo con vuestra oferta. Pero si me mentís...

-¡Yo no miento! -exclamó lord Gho, que se había retirado al otro lado de la fuente seca-. ¡No, señor Ladrón, yo no miento! Debéis hacer lo que os digo. Traedme la Perla en el Corazón del Mundo y os recompensaré con todas las riquezas que os he prometido, con vuestra propia vida, y con la del muchacho.

La Espada Negra emitió un gruñido, exigiendo claramente el alma del noble allí mismo.

Con un grito, Anigh desapareció en la pequeña habitación.

-Partiré por la mañana -dijo Elric volviendo a envainar la espada, de mala gana-. Debéis decirme qué puerta de la ciudad debo utilizar para ir por el Camino Rojo que conduce al Oasis de la Flor de Plata. Y deseo el consejo más honesto del que seáis capaz en cuanto al uso apropiado de ese elixir envenenado.

-Venid -dijo lord Gho con nerviosa avidez-. Hay más en el salón. Os espera. No tenía el deseo de echar a perder nuestra entrevista con malas maneras...

Elric se pasó la lengua por los labios, cada vez más desagradablemente resecos. Se detuvo y miró hacia el umbral de la puerta donde apenas se divisaba el rostro del muchacho.

-Venid, señor Ladrón -dijo lord Gho volviendo a colocar la mano sobre el hombro de Elric-. En el vestíbulo hay más elixir. Ahora mismo. Lo deseáis, ¿verdad?

Era la verdad, pero Elric dejó que su odio controlara el afán que tenía de beber la poción.

- ¡Anigh! ¡Mi joven Anigh! -llamó.

-Sí, maestro -contestó el joven, que apareció a la vista. -Te juro que no sufrirás el menor daño a causa de una acción mía. Este estúpido degenerado ya ha comprendido que si te hiciera daño de alguna forma mientras yo estoy fuera, morirá sumido en el más terrible de los tormentos. Y, sin embargo, muchacho, debes recordar todo lo que te he dicho, pues no sé a dónde me conducirá esta aventura. -Y luego añadió en la jerga- : Quizá a la muerte.

-Os comprendo -dijo Anigh en la misma jerga-, pero os ruego que no permitáis que os ocurra nada. Tengo un cierto interés en que sigáis con vida.

- ¡Ya basta! -les interrumpió lord Gho haciéndole señas a Elric para que lo acompañara-. Vamos, os proporcionaré todo lo que necesitaréis para encontrar la Fortaleza de la Perla.

-Y os agradecería que no me dejarais morir. Os demostraría todo mi agradecimiento, mi señor -dijo Anigh desde atrás, al tiempo que se cerraba la puerta de acceso al patio.

# 3
# En el Camino Rojo

Y así fue como, a la mañana siguiente, Elric de Melniboné abandonó la antigua Quarzhasaat sin saber qué iba a buscar o dónde lo encontraría, pues lo único que sabía era que debía tomar el Camino Rojo que conducía al Oasis de la Flor de Plata, para encontrar allí la Tienda de Bronce, donde averiguaría cómo continuar su camino hasta la Perla en el Corazón del Mundo. Y si fracasaba en esta búsqueda ominosa, perdería en ella la propia vida, por lo menos.

Lord Gho Fhaazi no le había dado ninguna otra información, y era evidente que el ambicioso político no sabía más de lo que ya le había dicho: «Cuando la Luna de Sangre arda sobre la Tienda de Bronce se abrirá el camino hacia la Perla».

Al no saber nada sobre las leyendas o la historia de Quarzhasaat, y muy poco de su geografía, Elric había decidido seguir el mapa que se le había entregado para llegar al Oasis. Era bastante sencillo. Mostraba un camino que se extendía a lo largo de por lo menos cien millas, entre Quarzhasaat y el oasis de tan extraño nombre. Más allá estaban las Columnas Accidentadas, una cadena de montañas bajas. No se citaba la ubicación de la Tienda de Bronce, y tampoco se hacía referencia alguna a la Perla.

Lord Gho creía que los nómadas estaban mejor informados, pero no había sido capaz de garantizar que los nómadas estuvieran dispuestos a hablar con Elric. Confiaba en que se mostrarían amistosos una vez supieran quién era, con la ayuda de un poco del oro que lord Gho le había entregado, pero no sabía nada sobre el *hinterland* del Desierto Susurrante ni sobre su pueblo. Lo único que sabía era que lord Gho despreciaba a los nómadas, a quienes consideraba como seres primitivos, y se mostraba resentido cuando ocasionalmente se les permitía entrar en la ciudad para comerciar. Elric confiaba en que los nómadas tuvieran costumbres más educadas que las de quienes aún creían que todo el continente se hallaba bajo su mando.

El Camino Rojo merecía su nombre. Oscuro como la sangre medio seca, cortaba el desierto entre elevadas dunas, lo que sugería que hubiera podido ser en otros tiempos el río en cuyas riberas se había construido originalmente la ciudad de Quarzhasaat. A cada pocas millas, los bancos de arena descendían para dejar al descubierto el gran desierto, que se extendía en todas direcciones, como un mar de dunas ondulantes agitadas por la brisa, cuya voz era débil aquí, pero que aún seguía pareciéndose al susurro de un amante encarcelado.

El sol se elevó con lentitud hasta configurar un cielo brillante de color índigo, tan quieto como el telón de fondo de un escenario de teatro, y Elric agradeció la vestimenta local que le proporcionó Raafi as−Keeme antes de partir, compuesta por una capucha blanca, justillo y calzones sueltos, calzado de lienzo blanco hasta las rodillas, y un visor que le protegía los ojos. Su caballo, un animal corpulento y grácil, capaz de alcanzar gran velocidad y de fuerte resistencia, iba envuelto de modo similar en lienzo, para protegerlo tanto del sol como de la arena, arrastrada constantemente por las suaves ráfagas de viento que agitaban el paisaje. Parecía haberse hecho un claro esfuerzo por mantener el Camino Rojo libre de la arena que se acumulaba contra las orillas y que amenazaba con convertirlas en altas murallas.

Elric no había perdido nada de su odio contra esta situación o contra lord Gho Fhaazi; tampoco había perdido su determinación de permanecer con vida, rescatar a Anigh, regresar a Melniboné y reunirse con Cymoril. El elixir de lord Gho había demostrado ser un adictivo, tal como había afirmado el noble, y Elric llevaba consigo dos frascos en las alforjas. Ahora ya estaba convencido de que terminaría por matarle y de que sólo lord Gho poseía el antídoto. Esa creencia no hacía sino reforzar su determinación de vengarse del noble en cuanto se le presentara una oportunidad.

El Camino Rojo parecía interminable. El cielo se estremecía con el calor, a medida que el sol se elevaba en el cielo. Y Elric, que desaprobaba los lamentos inútiles, se encontró deseando no haber sido nunca lo bastante estúpido como para comprarle el mapa a aquel marinero ilmiorano, o para aventurarse por el desierto a pesar de ir tan mal preparado.

-Convocar a las fuerzas sobrenaturales para que me ayuden ahora no haría sino completar mi estupidez -dijo en voz alta en la soledad del desierto-. Y, lo que es más, quizá necesite esa ayuda cuando llegue a la Fortaleza de la Perla.

Sabía que el disgusto que sentía para consigo mismo no le inducía a cometer más estupideces, a pesar de que

seguía dictando sus acciones. Sin él, sus pensamientos habrían podido ser más claros y hasta podría haberse anticipado a la trampa de lord Gho.

Incluso ahora dudaba de sus propios instintos. Durante la hora anterior había imaginado que alguien le seguía, pero no había visto a nadie sobre el Camino Rojo. Hubo momentos en que miraba de repente hacia atrás, se detenía sin advertencia previa o retrocedía un trecho con el caballo. Pero, al parecer, se hallaba tan solo ahora como lo había estado desde el inicio del viaje.

-Quizá ese maldito elixir también afecta a mis sentidos -se dijo dando unas palmadas sobre la tela polvorienta del cuello de su caballo.

En el lugar donde se encontraba ahora, los grandes baluartes del camino descendían, convertidos en poco más que túmulos a ambos lados. Retuvo su caballo al creer que había percibido un movimiento que le pareció algo más que la arena desplazándose. Pequeñas figuras corrieron aquí y allá sobre largas piernas, erguidas como diminutos maniquíes. Las miró atentamente, pero luego desaparecieron. Otras criaturas más grandes, que se movían mucho más despacio, parecieron surgir justo desde debajo de la superficie de arena, al tiempo que una nube de algo negro se cernía sobre ellas, siguiéndolas mientras las figuras se abrían paso pesadamente sobre el desierto.

Elric empezaba a aprender que, al menos en esta parte del Desierto Susurrante, lo que parecía una extensión desolada y sin vida no lo era en realidad. Confiaba en que las grandes criaturas que había detectado no consideraran al hombre como una presa a la que valiera la pena cazar.

Volvió a experimentar la sensación de que algo se movía tras él; se volvió de repente y creyó distinguir un relampagueo de algo amarillo, quizá una capa, que desapareció tras un ligero recodo a su espalda. Sintió la tentación de detenerse, de descansar durante una hora o dos antes de continuar, pero ansiaba llegar cuanto antes al Oasis de la Flor de Plata. Disponía de poco tiempo para lograr su objetivo y regresar con la Perla a Quarzhasaat.

Olfateó el aire. La brisa trajo consigo un nuevo olor. De no ser por su experiencia, habría podido pensar que alguien estaba quemando desperdicios de cocina; era el mismo olor acre. Entonces, miró a lo lejos y detectó un débil hilillo de humo. ¿Estaban los nómadas tan cerca de Quarzhasaat? Tenía entendido que no les gustaba acercarse a menos de cien millas o más de la ciudad, a menos que tuvieran razones específicas para hacerlo así. Y si había gente acampada por aquí, ¿por qué no plantaban sus tiendas más cerca del camino? No le habían dicho nada acerca de la existencia de bandidos, por lo que no temía ningún ataque, pero no por ello dejó de sentir curiosidad, aunque continuó la marcha con cierto recelo.

Los bancos de arena volvieron a elevarse y le bloquearon la visión del desierto, pero el hedor se hizo cada vez más fuerte hasta que le resultó casi insoportable. Sentía como si aquello se le aferrara a los pulmones. Empezaron a llorarle los ojos. Era un hedor de lo más nocivo, casi como si alguien estuviera quemando cadáveres putrefactos.

Los muros de arena volvieron a descender, hasta que pudo ver por encima de ellos. A menos de una milla de distancia, por lo que era capaz de juzgar, vio unas veinte delgadas columnas de humo, ahora más oscuro, mientras que otras nubes bailoteaban y zigzagueaban a su alrededor. Empezó a sospechar que se había encontrado con una tribu que mantenía encendidos sus fuegos de cocina mientras viajaban en carromatos de alguna clase. Sin embargo, resultaba difícil imaginar qué clase de carromatos podrían cruzar con facilidad las profundas dunas. Y, una vez más, se preguntó por qué no se habían instalado más cerca del Camino Rojo.

Aunque se sentía impulsado a investigar, sabía que sería una estupidez alejarse del camino. Podría perderse y hallarse en peor situación que cuando Anigh lo encontró, hacía días, en el extremo más alejado de Quarzhasaat.

Estaba a punto de desmontar para dejar descansar durante una hora la mente y la vista, si no su cuerpo, cuando la duna más cercana a él empezó a agitarse y temblar, y grandes grietas aparecieron en ella. El terrible hedor de lo que se quemaba se acercó más y tuvo que aclararse la garganta y toser para librarse del olor nauseabundo, al tiempo que su caballo empezaba a relinchar y se negaba a obedecer mientras Elric intentaba obligarlo a seguir adelante.

De repente, un conjunto de criaturas se interpuso directamente en su camino, surgiendo de los huecos recién abiertos en los bancos de arena. Se trataba de los seres a los que había tomado por hombres diminutos. Ahora que los veía desde más cerca se dio cuenta de que se trataba de una especie de ratas, pero que corrían sobre largas patas traseras, con las delanteras más cortas y levantadas contra el pecho, y un rostro alargado y gris, lleno de agudos y pequeños dientes, con enormes orejas que les hacía parecer como criaturas voladoras a punto de abandonar el suelo.

Percibió grandes crujidos y rumores. Un humo negro cegó a Elric y el caballo retrocedió. Vio una figura que surgió de entre las dunas rotas, un cuerpo macizo, con el color de la carne, que caminaba sobre una docena de patas y unas mandíbulas que castañeteaban sobre las ratas a las que cazaba y que, indudablemente, eran su presa natural. Elric dejó que el caballo siguiera su camino y se volvió para ver mejor a la criatura que sólo creía pudiera existir en los tiempos más antiguos. Había leído algo sobre la existencia de tales bestias, pero estaba convencido de que ya se habían extinguido. Se las conocía con el nombre de escarabajos de fuego. Debido a un extraño truco de la biología, estos escarabajos gigantescos secretaban charcos aceitosos en sus pesados caparazones. Estos charcos, expuestos a la luz del sol y a las llamas que ya ardían en otros lomos, se encendían de modo que a veces había hasta veinte

lugares encendidos al mismo tiempo sobre otros tantos lugares de los impenetrables caparazones de las bestias, que sólo se extinguían cuando éstas se introducían en lo más profundo de la arena durante su período de apareamiento. Eso era lo que había visto en la distancia.

Los escarabajos de fuego habían salido de caza.

Ahora, se movieron con una terrible velocidad. Por lo menos una docena de los gigantescos insectos se desplazaban hacia el camino, y Elric se dio cuenta, horrorizado, de que tanto él como su caballo estaban a punto de verse atrapados por un movimiento de envolvimiento destinado a atrapar a los hombres−rata. Sabía que los escarabajos de fuego no discriminarían en lo que se refería a su consumo de carne, y que podría ser devorado por el más puro accidente por una bestia que no solía hacer presa en los hombres. El caballo continuó encabritándose y bufando y sólo dejó caer todos los cascos sobre el terreno cuando Elric recuperó el control sobre él. Desenvainó a *Tormentosa* y consideró por un momento lo inútil que sería esta espada de brujería contra los caparazones de color gris rosado de los que surgían y chisporroteaban las llamas. *Tormentosa* apenas si absorbía energía de criaturas naturales como éstas. Ahora sólo cabía confiar en un golpe de suerte que le permitiera hendir quizá un lomo y abrirse paso entre el apretado círculo, antes de verse completamente atrapado en él.

Dejó caer la gran hoja negra de batalla y cercenó un apéndice que se movía ante él. El escarabajo apenas pareció darse cuenta y no se detuvo ni un instante en su avance. Elric gritó, volvió a dirigirle un mandoble y el fuego se desparramó. Al golpear el lomo del escarabajo, el aceite caliente salpicó en el aire, pero tampoco esta vez su golpe causó ningún daño significativo en la bestia. Los relinchos del caballo y el gemido de la hoja se entremezclaron, y Elric empezó a gritar, al tiempo que hacía corcovear al caballo de un lado a otro, buscando una forma de escapar mientras que los hombres−rata se arremolinaban aterrorizados entre las patas del caballo, incapaces de enterrarse con facilidad en la dura arcilla de aquel camino tan transitado. La sangre salpicó las piernas y los brazos de Elric, así como sobre la tela que cubría al caballo hasta las rodillas. Pequeños puntos de aceite hirviendo salpicaron la tela y produjeron agujeros ardientes. Los escarabajos disfrutaban de un verdadero festín y se movían más lentamente a medida que devoraban. En todo el círculo no se veía un lugar lo bastante amplio como para que caballo y jinete pudieran escapar por allí.

Elric consideró la posibilidad de hacer cabalgar al caballo sobre los lomos de los grandes escarabajos, pero finalmente le pareció que sus caparazones serían demasiado resbaladizos como para permitirlo. No quedaba ninguna otra esperanza. Estaba a punto de obligar al caballo a avanzar cuando percibió un murmullo peculiar, a su alrededor, vio el aire repentinamente lleno de moscas, y se dio cuenta de que se trataba de los carroñeros que siempre seguían a los escarabajos de fuego, para alimentarse de los restos que quedaran y del estiércol que las bestias desparramaran a medida que se desplazaban. Ahora, empezaron a posarse sobre él y su caballo, aumentando si cabe el horror que sentía. Se dio manotazos para espantarlas, pero formaban una espesa capa y se arrastraban sobre cada parte de su cuerpo, produciendo un ruido al mismo tiempo nauseabundo y ensordecedor, hasta el punto de que sus cuerpos medio lo cegaban.

El caballo relinchó de nuevo y dio un tropiezo. Desesperado, Elric intentó mirar al frente. Pero el humo y las moscas eran demasiado como para que tanto él como su caballo pudieran ver. Las moscas le cubrían la boca y las ventanas de la nariz. Se pasó una mano por la cara, tratando de apartarlas, escupiéndolas hacia donde los pequeños hombres−rata gritaban y morían.

Otro sonido llegó débilmente a sus oídos y, milagrosamente, las moscas empezaron a remontar el vuelo. A través de unos ojos acuosos vio a los escarabajos que se dirigían todos a una en una sola dirección, lo que dejó un espacio a través del cual pudo avanzar. Sin pensárselo dos veces, espoleó el caballo hacia el hueco, al tiempo que aspiraba grandes bocanadas de aire en los pulmones, sin estar muy seguro de saber aún si había logrado escapar o si sólo había avanzado hacia el centro de un círculo de bestias todavía más amplio, pues el humo y el ruido todavía lo confundían.

Escupió más moscas de la boca, se ajustó el visor y miró hacia adelante. Ya no se veía a los escarabajos, aunque sí los oía a su espalda. Entonces, entre el polvo y el humo distinguió nuevas figuras.

Eran jinetes, que se movían a ambos lados del Camino Rojo y que hacían retroceder a los escarabajos con largas lanzas que introducían como palancas por debajo de los caparazones y que utilizaban como aguijones; no causaban daño alguno a las criaturas, pero sí parecían producirles el dolor suficiente como para hacerlas retroceder, cosa que la hoja de Elric no había conseguido hacer. Los jinetes llevaban túnicas amarillentas que aleteaban a su alrededor, llevadas por la brisa y por sus propios movimientos, como si se tratara de alas mientras ellos hacían retroceder sistemáticamente a los escarabajos lejos del camino, obligándoles a dirigirse hacia el desierto, mientras que los hombres−rata que quedaban, agradecidos quizá por esta salvación inesperada, se desparramaban por todas partes y encontraban madrigueras en la arena.

Elric no enfundó a *Tormentosa.* Sabía muy bien que quizá estos guerreros habían decidido salvarlo sólo momentáneamente, y que quizá lo acusaran por haberse interpuesto en su camino. La otra posibilidad, aparentemente más fuerte, era que estos hombres le hubieran estado siguiendo desde hacía rato y no deseaban que

los escarabajos de fuego les arrebataran su presa.

Entonces, uno de los jinetes vestido de amarillo se separó del resto del grupo y galopó hacia donde se encontraba Elric, saludándole con la lanza levantada.

-Os expreso mi más profundo agradecimiento -dijo el albino-. Me habéis salvado la vida, señor. Confío en no haber interrumpido demasiado vuestra caza.

El jinete era más alto que el propio Elric, muy delgado, con un rostro adusto y atezado, y unos ojos negros. Llevaba la cabeza afeitada y los labios decorados, aparentemente con diminutos tatuajes, como si llevara sobre la boca una máscara del más fino encaje multicolor. La lanza no descendió y Elric se preparó para defenderse, consciente de que sus posibilidades de defenderse contra tantos seres humanos eran mayores de lo que habían sido contra los escarabajos de fuego.

El hombre frunció el ceño al escuchar las palabras de Elric, extrañado por un momento. Luego, su ceño se aclaró.

-No cazábamos a los escarabajos de fuego. Vimos lo que ocurría y nos dimos cuenta de que no sabíais lo suficiente como para libraros de estas criaturas. Acudimos lo más rápidamente que pudimos. Soy Manag Iss, de la Secta Amarilla, pariente del Consejero Iss. Pertenezco a los Aventureros Brujos.

Elric había oído hablar de estas sectas, que habían constituido la principal casta de guerreros de Quarzhasaat, responsables en buena medida de los hechizos que inundaron el imperio de arena. ¿Acaso lord Gho no había confiado por completo en él, y lo había hecho seguir por ellos? ¿O eran asesinos con instrucciones de matarlo?

-Agradezco de todos modos vuestra intervención, Manag Iss. Os debo la vida. Me siento honrado de conocer a uno de vuestra secta. Yo soy Elric de Nadsokor, de los Reinos Jóvenes.

-Sí, os conocemos. Os veníamos siguiendo, a la espera de hallarnos lo bastante lejos de la ciudad como para poder hablaros con seguridad.

-¿Con seguridad? No tenéis nada que temer de mí, maese Aventurero Brujo.

Evidentemente, Manag Iss no era un hombre que sonriera con facilidad, de modo que cuando lo hizo ahora sólo consiguió realizar una extraña contorsión del rostro. Por detrás de ellos, otros miembros de la secta empezaban a regresar, al tiempo que guardaban las largas lanzas en las fundas sujetas a sus monturas.

-No pensábamos que tuviéramos nada que temer, maese Elric. Hemos venido en son de paz y somos vuestros amigos, si así nos lo permitís. Mi parienta os envía sus saludos. Es la esposa del Consejero Iss, aunque Iss sigue siendo el nombre de nuestra familia. Todos tendemos a casarnos con miembros de la misma sangre, del mismo clan.

-Me alegra conoceros -dijo Elric, a la espera de que el hombre continuara hablando.

Manag Iss hizo un gesto con una mano larga y atezada, cuyas uñas habían sido arrancadas y sustituidas por los mismos tatuajes que mostraba sobre la boca.

-¿Queréis desmontar y hablar? Venimos con mensajes y ofrenda de regalos.

Elric enfundó a *Tormentosa* en la funda y pasó una pierna por encima de la silla, deslizándose después hacia el polvo del Camino Rojo. Observó a los escarabajos, que se alejaban lentamente, quizá en busca de más hombres–rata, con sus lomos humeantes recordándole los campamentos de leprosos levantados en las afueras de Jadmar.

-Mi parienta desea que sepáis que tanto ella como la Secta Amarilla se hallan a vuestro servicio, maese Elric. Estamos dispuestos a ofreceros toda la ayuda que necesitéis en vuestra búsqueda de la Perla en el Corazón del Mundo.

Elric experimentó entonces un cierto regocijo.

-Temo encontrarme en desventaja, señor Manag Iss. ¿Viajáis a la búsqueda de un tesoro?

Manag Iss dejó que una expresión de suave impaciencia cruzara por su extraño rostro.

-Es sabido que vuestro amo, lord Gho Fhaazi, ha prometido la Perla en el Corazón del Mundo a la Séptima sin Nombre y ella, a su vez, le ha prometido a cambio el nuevo puesto que se producirá en el Consejo. Hemos descubierto lo suficiente como para saber que sólo un ladrón excepcional podría haber sido encargado de llevar a cabo esta tarea. Y Nadsokor es famosa por sus excepcionales ladrones. Es una tarea que, como estoy seguro sabréis, no han logrado llevar a cabo todos los Aventureros Brujos. Durante siglos, los miembros de cada secta han intentado encontrar la Perla en el Corazón del Mundo, cada vez que se elevaba la Luna de Sangre. Los pocos que lograron sobrevivir y regresar a Quarzhasaat se volvieron locos y murieron poco tiempo después. Sólo recientemente hemos obtenido un poco de conocimientos y pruebas de que la Perla existe en realidad. Sabemos, por lo tanto, que sois un ladrón de sueños, aunque ocultáis vuestra profesión al no llevar vuestro báculo curvado, pues sabemos que sólo un ladrón de sueños de la mayor habilidad sería capaz de llegar hasta donde está la Perla y traerla consigo.

-Me decís más de lo que yo mismo sé, Manag Iss -dijo Elric con seriedad-. Y es cierto que lord Gho Fhaazi me ha encargado una misión, pero también debéis saber que sólo la he aceptado de muy mala gana.

Y Elric confió en Manag Iss lo suficiente como para revelarle el dominio que lord Gho ejercía sobre él.

Manag Iss creyó sencillamente en sus palabras. Las puntas de los dedos tatuados se deslizaron levemente sobre los tatuajes de los labios, mientras reflexionaba sobre esta información.

-Ese elixir es bien conocido para los Aventureros Brujos. Lo hemos destilado desde hace milenios. Es cierto que se alimenta de la misma sustancia de quien lo utiliza. El antídoto es algo mucho más difícil de preparar. Me sorprende que lord Gho afirme poseerlo. Sólo ciertas sectas de los Aventureros Brujos poseen pequeñas cantidades. Si regresarais con nosotros a Quarzhasaat sé que podríamos administraros el antídoto en el término de un día como máximo.

Elric reflexionó cuidadosamente sobre lo que acababan de decirle. Por lo visto, Manag Iss estaba al servicio de uno de los rivales de lord Gho. Eso le hizo recelar de cualquier oferta, por muy generosa que pareciera. El Consejero Iss, o la dama Iss, o quien deseara colocar a su propio candidato en el Consejo, estaría preparado sin duda para impedir que ningún otro alcanzara ese propósito. A juzgar por todo lo que sabía, Manag Iss podía ser simplemente un medio de atraerle, de superar sus recelos, para luego poderlo asesinar con mayor facilidad.

-Me disculparéis si soy franco -dijo el albino-, pero no tengo medio de confiar en vos, Manag Iss. Ya sé que Quarzhasaat es una ciudad cuyo principal deporte es la intriga, y no tengo el menor deseo de verme envuelto en ese juego de conspiraciones y contraconspiraciones de las que tanto parecen disfrutar vuestros conciudadanos. Si el antídoto del elixir existe, como decís, estaré más dispuesto a considerar vuestras afirmaciones en el caso de que, por ejemplo, os encontrarais conmigo dentro de digamos seis días en el Oasis de la Flor de Plata. Dispongo de elixir suficiente para que me dure otras tres semanas, que es el tiempo en que aparecerá la Luna de Sangre, más el tiempo que necesito para ir y volver a la ciudad. Eso me convencería de vuestro altruismo.

-Yo también os seré franco -dijo Manag Iss con voz fría-. Se me ha encargado una misión, y me he comprometido a ello por mi juramento de sangre, mi contrato con la secta a la que pertenezco y mi honor como miembro de nuestro santo gremio. Ese encargo consiste en convenceros, por cualquier medio a mi alcance, para que abandonéis vuestra búsqueda o para que vendáis la Perla. Si no queréis abandonar la búsqueda estaré de acuerdo en compraros la Perla a cualquier precio salvo, naturalmente, un puesto en el Consejo. En consecuencia, estoy autorizado para igualar la oferta de lord Gho y añadir cualquier cosa que deseéis.

-No podéis igualar su oferta, Manag Iss -dijo Elric con expresión apenada-. Está la cuestión del muchacho a quien él mataría.

-Sin duda, el muchacho no tiene importancia.

-No, desde luego, en el gran plan de las cosas, tal como se juegan en Quarzhasaat -replicó Elric cansinamente.

Al darse cuenta de que había cometido un error táctico, Manag Iss se apresuró a añadir:

-Rescataremos al muchacho. Decidnos cómo encontrarlo.

-Creo que me atendré a mi acuerdo original -dijo Elric - . Parece que hay poco que elegir entre las dos ofertas.

-¿Y si lord Gho fuera asesinado?

Elric se encogió de hombros y volvió a montar.

-Os agradezco vuestra intervención, Manag Iss. Consideraré vuestra oferta mientras cabalgo. Como comprenderéis, dispongo de poco tiempo para encontrar la Fortaleza de la Perla.

-Maese Ladrón, os advertiría...

Entonces, Manag Iss se interrumpió. Miró tras él, a lo largo del Camino Rojo. Se observaba una ligera nube de polvo. De ella surgieron borrosas figuras en la distancia, con túnicas de color verde pálido, que ondeaban al viento mientras cabalgaban. Manag Iss lanzó una maldición. Pero al mismo tiempo esbozó aquella sonrisa tan peculiar, a medida que se acercaban los jefes del grupo.

A juzgar por su aspecto, Elric comprendió que estos hombres también pertenecían a los Aventureros Brujos. También ellos mostraban tatuajes, pero sobre los párpados y las muñecas, y las ondulantes túnicas, que les llegaban hasta los tobillos, mostraban una flor bordada, mientras que en el borde de las mangas se veía el mismo dibujo pero en miniatura. El líder de los recién llegados saltó del caballo y se acercó a Manag Iss. Era un hombre de corta estatura, elegante y perfectamente afeitado, a excepción de una diminuta barba de chivo, aceitada según la moda de Quarzhasaat, y entrelazada hasta un punto exagerado. A diferencia de los miembros de la Secta Amarilla, portaba espada, sin funda, sujeta por un sencillo arnés de cuero. Hizo una señal de saludo que Manag Iss imitó.

-Saludos, Oled Alesham, y que la paz sea con vos. Los de la Secta Amarilla deseamos gran éxito a los de la Secta de la Dedalera, y nos preguntamos con curiosidad cómo es que habéis viajado hasta tan lejos por el Camino Rojo.

Todo esto se dijo con rapidez y formalidad. Sin lugar a dudas, Manag Iss era tan consciente como Elric de la razón por la que Oled Alesham y sus hombres les habían seguido.

-Cabalgamos para ofrecer protección a este ladrón -dijo el jefe de la Secta de la Dedalera con un gesto de reconocimiento dirigido a Elric - . Es un extraño en nuestro país y le ofrecemos nuestra ayuda, como es nuestra antigua costumbre.

Al oír estas palabras, Elric sonrió abiertamente.

-¿Y estáis relacionado por casualidad, maese Oled Alesham, con algún miembro de los Seis y el Otro?

Oled Alesham tenía un sentido del humor bastante más desarrollado que el de Manag Iss.

-Oh, en Quarzhasaat todos estamos relacionados con todos, señor Ladrón. Nos dirigimos al Oasis de la Flor de Plata y pensamos que podríais necesitar ayuda en vuestra búsqueda.

-No tiene nada que buscar -intervino Manag Iss, quien lamentó en seguida la estupidez de su mentira-. Es decir, nada que no comparta con sus amigos de la Secta Amarilla.

-Puesto que las lealtades de nuestros gremios nos impiden combatir, espero que no vayamos a pelear para dirimir quién de nosotros debe acompañarlo al Oasis de la Flor de Plata -dijo Oled Alesham con una risita. Por lo visto, se sentía muy regocijado ante la situación-. ¿Vamos a viajar todos juntos, quizá? ¿Y cada uno de nosotros recibiremos un pequeño fragmento de la Perla?

-No hay ninguna Perla -dijo Elric-, y no la habrá si se me sigue impidiendo la continuación de mi viaje. Os agradezco vuestra preocupación, caballeros, y os deseo buenas tardes.

Esto causó cierta consternación entre las dos sectas rivales y trataban de decidir lo que debían hacer cuando, por encima de los desperdicios dejados por los escarabajos de fuego aparecieron media docena de jinetes vestidos de negro, guerreros con los rostros pesadamente velados y encubiertos con capuchas, que ya habían desenvainado las espadas.

Elric, al suponer que no tenían buenas intenciones, retrocedió un poco de modo que quedó rodeado por Manag Iss y Oled Alesham y sus hombres.

-¿Más de los de vuestra clase, caballeros? -preguntó con la mano en la empuñadura de la espada.

-Pertenecen a la Hermandad de la Mariposa Nocturna - explicó Oled Alesham-, y son asesinos. No hacen otra cosa que matar, señor Ladrón. Será mejor que os unáis a nosotros. Evidentemente, alguien ha decidido que debéis ser asesinado antes de que podáis ver siquiera la salida de la Luna de Sangre.

-¿Me ayudaréis a defenderme? -preguntó el albino al tiempo que se preparaba para luchar.

-No podemos -contestó Manag Iss, quien parecía lamentarlo de veras-. No podemos combatir contra los de nuestra propia clase. Pero no nos matarán si os rodeamos. Lo mejor que podéis hacer es aceptar nuestra oferta, señor Ladrón.

Entonces, la impaciente cólera que constituía una de las características de su sangre antigua se apoderó de Elric, que desenvainó a *Tormentosa* sin esperar más.

-Estoy harto de estos pequeños regateos -dijo-. Os pido que os apartéis de mi lado, Manag Iss, porque tengo la intención de presentar batalla.

-¡Son demasiados! -exclamó Oled Alesham, sorprendido-. Harán una carnicería con vos. ¡Son asesinos muy diestros!

-También yo lo soy, maese Aventurero Brujo, también yo lo soy.

Y tras decir esto Elric hizo avanzar su caballo, a través de las asombradas filas de miembros de las Sectas Amarilla y de la Dedalera, dirigiéndose directamente hacia el que parecía ser el jefe del grupo de la Hermandad de la Mariposa Nocturna.

La espada rúnica empezó a aullar al unísono con su señor, cuyo rostro blanquecino aparecía encendido por la energía de un condenado, mientras que sus ojos rojos relampagueaban. Los Aventureros Brujos se dieron cuenta por primera vez de lo extraordinaria que era la criatura que se encontraba entre ellos, y a la que habían subestimado.

*Tormentosa* se levantó en la enguantada mano de Elric y su metal negro captó los rayos del reluciente sol y pareció absorberlos. La hoja negra descendió, casi por casualidad y partió en dos el cráneo del jefe de la Hermandad de la Mariposa Nocturna, hundiéndose hasta el esternón, y aulló al tiempo que absorbía el alma del hombre en el mismo instante en que éste moría. Elric se dio la vuelta en la silla e hizo girar la hoja para hundir su punta en el costado del asesino que se abalanzaba sobre él por la izquierda.

-¡Me ha alcanzado! -gritó el hombre-. ¡Ah, no! Y también él murió.

Los otros jinetes de rostros encubiertos se mostraron más precavidos, y rodearon al albino a cierta distancia, mientras decidían la estrategia a seguir. Habían creído no necesitarla, convencidos de que lo único que tenían que hacer era derribar a un ladrón de los Reinos Jóvenes y destruirlo. Ahora sólo quedaban cinco jinetes negros. Gritaron a los miembros de las sectas amigas para que les ayudaran, pero ni Manag Iss ni Oled Alesham parecieron dispuestos a dar órdenes a su gente que pudieran tener como resultado una muerte tan infame como las dos que acababan de presenciar.

Elric no mostró la misma prudencia. Cabalgó directamente hacia el asesino más cercano, que detuvo su estocada con gran astucia y hasta intentó golpear por debajo de la guardia de Elric, antes de ver cortado su brazo y caer hacia atrás en la silla, con la sangre barbotando del muñón. Otro movimiento ágil, realizado a medias por Elric y a medias por la espada, y el hombre también vio absorbida su alma. Entonces, los otros retrocedieron y se mezclaron entre las túnicas amarillas y verdes de sus hermanos. Había pánico en sus ojos. Reconocieron la brujería, aunque ésta fuera mucho más poderosa de lo que hubieran podido esperar.

- ¡Alto! ¡Conteneos! -gritó Manag Iss-. ¡No hay necesidad de que muera nadie más! Estamos aquí para hacerle una oferta al ladrón. ¿Os ha enviado el viejo duque Ral?

-No desea que haya más intrigas a causa de la Perla -gruñó uno de los hombres encapuchados-. Dijo que una muerte limpia era la mejor solución. Pero estas muertes no son limpias para nosotros.

-Quienes nos han encargado nuestra misión han establecido el modelo de conducta a seguir -dijo Oled Alesham-. ¡Ladrón! ¡Envainad vuestra espada! No deseamos luchar contra vos.

-Eso me lo creo -replicó Elric con una mueca burlona. La sed de sangre todavía lo dominaba, e hizo esfuerzos por controlarla-. Estoy convencido de que simplemente desearíais matarme sin necesidad de luchar. Todos sois unos estúpidos. Ya se lo he advertido a lord Gho. Tengo el poder para destruiros. Tenéis suerte porque me haya jurado a mí mismo no utilizar mi poder simplemente para obligar a otros a cumplir con mis propios fines egoístas. Pero no tengo la intención de morir a manos de unos carniceros contratados. ¡Retroceded! ¡Regresad a Quarzhasaat!

Estas últimas palabras las pronunció casi a gritos y la espada se hizo eco de ellas al tiempo que él levantaba la gran hoja negra hacia el cielo, para advertirles de lo que caería sobre ellos si no le obedecían.

-No podemos, señor Ladrón -le dijo Manag Iss con voz suave-. Sólo estamos autorizados para cumplir con nuestra misión. Así es como actuamos en nuestro gremio, el de todos los Aventureros Brujos. Una vez que nos hemos comprometido a realizar una tarea, debemos cumplirla. La muerte es lo único que justifica el fracaso.

-En tal caso tendré que mataros a todos -dijo Elric con sencillez-. O tendréis que matarme a mí.

-Aún estamos a tiempo de llegar al acuerdo del que antes os hablé -dijo Manag Iss-. No os engañaba, señor Ladrón.

-Mi oferta también es buena -dijo Oled Alesham.

-Pero los de la Hermandad de la Mariposa Nocturna han jurado matarme -indicó Elric casi con regocijo-, y no podéis defenderme contra ellos. Supongo que tampoco podéis hacer otra cosa que ayudarlos contra mí.

Manag Iss intentaba apartarse de los asesinos de túnica negra, pero estaba claro que éstos se hallaban decididos a mantenerse dentro de las filas de los de su gremio.

Entonces, Oled Alesham murmuró algo al jefe de la Secta Amarilla que, por lo visto, hizo reflexionar a Manag Iss. Asintió y les hizo señas a los miembros de la Hermandad de la Mariposa Nocturna que quedaban. Por unos momentos, todos conferenciaron, hasta que finalmente Manag Iss levantó la mirada y se dirigió a Elric.

-Señor Ladrón, hemos encontrado una fórmula que os dejará en paz y nos permitirá a nosotros regresar a Quarzhasaat con honor. Si nos retiramos ahora, ¿nos prometéis no seguirnos?

-Siempre que cuente con vuestra palabra de que no permitiréis que los de la Mariposa Nocturna me ataquen de nuevo.

Elric se sentía ahora más tranquilo. Posó la canturreante hoja rúnica a través de su brazo.

-¡Guardad vuestras espadas, hermanos! -gritó Oled Alesham, y los de la Mariposa Nocturna obedecieron en seguida.

Después, Elric envainó a *Tormentosa.* La increíble energía que había absorbido de aquellos que habían tratado de asesinarle lo llenaba ahora a él, y volvía a experimentar toda la vieja sensibilidad de los de su raza, toda la arrogancia y el poder de su antigua sangre. Se echó a reír ante sus enemigos.

-¿No sabéis a quién habríais matado, caballeros? Oled Alesham esbozó una sonrisa burlona.

-Empiezo a suponer algo sobre vuestros orígenes, señor Ladrón. Es decir, que los señores del Imperio Brillante portaban hojas similares a la vuestra, en un tiempo muy anterior a éste. En un tiempo anterior a la historia; que esas hojas son cosas vivientes, una raza extraña a la nuestra. Tenéis el aspecto de nuestros enemigos, perdidos desde hace tanto tiempo. ¿Quiere eso decir que Melniboné no quedó anegada por las aguas?

-Dejaré que eso lo decidáis vos mismo, maese Oled Alesham. - Elric sospechaba que entre todos le preparaban alguna estratagema, pero eso le tenía casi sin cuidado-. Si vuestro pueblo perdiera menos el tiempo en el mantenimiento de sus propios mitos devaluados sobre sí mismos, y se dedicaran más a estudiar el mundo tal y como es, creo que vuestra ciudad contaría con una mayor probabilidad de sobrevivir. Pero tal como están las cosas, ese lugar se derrumba bajo el peso de sus propias ficciones degradadas. Las leyendas que ofrecen a una raza su sentido del orgullo y de la historia terminan por hacerse pútridas. Si Melniboné quedó anegada por las aguas, maese Aventurero Brujo, ése será el destino que le espera ahora a Quarzhasaat.

-Nosotros no nos ocupamos de cuestiones filosóficas -dijo Manag Iss con evidente mal humor-. No nos preocupan las motivaciones o las ideas de quienes nos emplean. Eso está escrito en nuestras cartas.

-¡Y por ello debéis obedecerlas! -exclamó Elric con una sonrisa-. De ese modo, celebráis vuestra decadencia y os resistís a admitir la realidad.

-Seguid ahora vuestro camino -dijo Oled Alesham-. No es asunto vuestro darnos lecciones de moral, como tampoco lo es nuestro el escucharos. Ya hemos dejado muy atrás nuestros días de estudio.

Elric aceptó este suave rechazo y volvió a su cansado caballo hacia el Oasis de la Flor de Plata. No miró hacia atrás ni una sola vez, pero imaginó que los Aventureros Brujos se hallarían más profundamente enfrascados que nunca en su conversación. Empezó a silbar mientras el Camino Rojo se extendía ante él y la energía robada a sus enemigos le llenaba de euforia. Sus pensamientos se desviaron hacia Cymoril, a su regreso a Melniboné, donde confiaba asegurar la supervivencia de su nación produciendo en ella los mismos cambios de los que había hablado a los Aventureros Brujos. En este momento, su objetivo parecía estar un poco más cerca, y su mente era más clara de lo que había sido desde hacía varios meses.

La noche cayó con rapidez y con un repentino descenso de la temperatura que dejó al albino estremeciéndose, y que le privó de una parte de su buen humor. Extrajo ropas más abrigadas de las alforjas y se las puso, mientras ataba al caballo y se disponía para encender un mego. Desde su encuentro con los Aventureros Brujos no había tocado el elixir del que dependía, y empezaba a comprender un poco mejor su naturaleza. El anhelo se había desvanecido, aunque seguía siendo consciente de él, y ahora podía confiar en liberarse de su dependencia sin necesidad de llegar a ningún acuerdo con lord Gho.

-Lo único que tengo que hacer es asegurarme de que me ataquen al menos una vez al día los miembros de la Hermandad de la Mariposa Nocturna -se dijo a sí mismo mientras comía frugalmente los alimentos que le habían proporcionado.

Guardó después los higos y el pan, se envolvió en la capa nocturna y se preparó para dormir.

Sus sueños fueron formales y familiares. Estaba en Imrryr, la Ciudad del Sueño, y Cymoril se hallaba sentada a su lado, mientras él se arrellanaba en el Trono de Rubí y contemplaba a su corte. Pero no era ésta la corte que habían mantenido los emperadores de Melniboné durante los miles de años en que habían gobernado. Era una corte a la que habían acudido nombres y mujeres de todas las naciones, de cada uno de los Reinos Jóvenes, de Elwher y del Este Innominado, de Phum y hasta de Quarzhasaat. Aquí se intercambiaban informaciones y filosofías, junto con toda clase de mercancías. Era una corte cuyas energías ya no se dedicaban a mantenerse imperturbable durante la eternidad, sino a toda clase de nuevas ideas y vivas discusiones humanas, que daban la bienvenida a los pensamientos frescos, a los que no se consideraba como una amenaza para su existencia, sino como una necesidad para la continuación del propio bienestar, y cuya riqueza se dedicaba a experimentar con las artes y las ciencias, a apoyar a todos los necesitados, ayudar a los pensadores y eruditos. La brillantez del Imperio Brillante no regresaría nunca desde el fulgor de la putrefacción, sino desde la luz de la razón y la buena voluntad.

Éste era el sueño de Elric, más coherente ahora de lo que había sido hasta entonces. Éste era su sueño y la razón por la que viajaba por el mundo, rechazaba un poder que era suyo, arriesgaba la propia vida, la mente, su amor y todo aquello que valoraba, pues estaba convencido de que no había vida que valiera la pena vivirse si no se arriesgaba en pos del conocimiento y la justicia. Y ésa era también la razón por la que tanto le temían sus propios compatriotas. Porque, estaba convencido de ello, la justicia no se lograba por la administración, sino por la experiencia. Uno tenía que saber antes lo que significaban la humillación y la impotencia, al menos hasta cierto punto, para poder apreciar por completo sus efectos. Uno tenía que ser capaz de renunciar al poder para alcanzar la verdadera justicia. No era ésta la lógica del Imperio, sino la lógica de alguien que amaba verdaderamente al mundo y deseaba ver el amanecer de una era en la que todos los pueblos fueran libres para ir en pos de sus ambiciones, con toda dignidad y respeto por sí mismos.

«Ah, Elric -dijo Yyrkoon, arrastrándose como una serpiente desde detrás del Trono de Rubí-, eres un enemigo de tu propia raza, un enemigo de sus dioses y un enemigo de todo aquello que venero y deseo. Por eso debes ser destruido y por eso debo poseer todo aquello que tú posees. Todo...»

Ante esto, Elric despertó de pronto. Tenía la piel húmeda y pegajosa. Extendió la mano hacia su espada. Había soñado con Yyrkoon y lo había visto como una serpiente, y ahora casi podía jurar que oía algo deslizarse sobre la arena, no lejos de donde se encontraba. El caballo lo olisqueó también y lanzó un bufido, al tiempo que mostraba una creciente agitación. Elric se incorporó, dejando caer la capa nocturna. El aliento del caballo lanzaba nubecillas de vapor en el aire. En el cielo había una luna que emitía una luz débilmente azulada sobre el desierto.

El deslizamiento se acercó más. Elric observó intensamente los altos bancos de arena del camino, pero no pudo distinguir nada. Estaba seguro de que los escarabajos de fuego no habían regresado. Y lo que oyó a continuación no hizo sino confirmarle en su certidumbre. Era un gran hálito de respiración fétida, un sonido impetuoso, casi un grito, y se dio cuenta entonces de que alguna bestia gigantesca debía de andar cerca.

También sabía que aquella bestia no era de este desierto, y ni siquiera de este mundo. Percibía el hedor de algo sobrenatural, de algo que había surgido desde el fondo del Infierno, convocado para que sirviera a sus enemigos, y se dio cuenta de repente de la razón por la que los Aventureros Brujos habían estado tan dispuestos a renunciar a su ataque, y de lo que habían planeado cuando los dejó marchar.

Maldiciendo ante su propia euforia, Elric desenvainó a *Tormentosa* y retrocedió con sigilo en la oscuridad, apartándose del caballo.

El rugido procedía desde atrás. Se dio la vuelta en redondo y allí estaba.

Era una cosa enorme, similar a un gato, sólo que su cuerpo se parecía más bien al de un babuino, con una cola arqueada, y mostraba espinas a lo largo del lomo. Mostraba las garras extendidas y levantadas. Trataron de alcanzarle, al tiempo que él daba un salto de costado, gritaba y lanzaba un mandoble contra ellas. Aquella cosa brillaba con una luz mortecina de colores peculiares, como si no perteneciera por completo al mundo de lo material. No abrigaba la menor duda acerca de sus orígenes. Esta clase de cosas habían sido convocadas en más de una ocasión por los brujos de Melniboné para ayudarles contra aquellos a los que trataban de destruir. Rebuscó en su mente para intentar encontrar algún hechizo, algo que lo hiciera retroceder a las regiones de las que había sido convocado, pero había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que él mismo practicara la brujería.

Ahora, aquella cosa había captado su olor y avanzaba en su persecución, mientras él corría rápida y erráticamente de un lado a otro, a través del desierto, tratando de interponer todo el espacio que pudiera entre él mismo y la extraña criatura.

La bestia emitió un grito. Tenía hambre de algo más que de la carne de Elric. Quienes la habían convocado le habían prometido por lo menos su alma. Era la recompensa habitual para una bestia sobrenatural de esta calaña. Sintió las garras silbando en el aire por detrás de él, al intentar apoderarse de nuevo de su persona. Se volvió hacia la criatura y lanzó un mandoble contra las patas delanteras. *Tormentosa* encontró una de las patas, y extrajo algo parecido a la sangre. Elric experimentó una nauseabunda oleada de energía que absorbía en él. Lanzó entonces una estocada y la bestia emitió un aullido, abrió una boca enrojecida y en ella brillaron unos dientes con los colores del arco iris.

-Por Arioch -balbuceó Elric - . Eres una criatura realmente fea. Es casi un deber enviarte de nuevo al infierno...

*Tormentosa* volvió a golpear la misma pata herida. Pero esta vez la bestia se libró y empezó a encogerse, preparándose para efectuar un salto al que Elric sabía tendría pocas probabilidades de sobrevivir. No resultaba tan fácil desembarazarse de una bestia sobrenatural, como lo había sido con los guerreros de la Hermandad de la Mariposa Nocturna.

Fue entonces cuando oyó otro grito y, al volverse, distinguió una aparición que se movía hacia él bajo la luz de la luna. Parecía tratarse de un hombre, y cabalgaba sobre un animal extrañamente corcovado, que galopaba incluso con mayor rapidez que un caballo.

La criatura–gato se detuvo, perpleja, y se dio media vuelta, escupiendo y gruñendo, para enfrentarse contra aquel que la había distraído, antes de ocuparse del albino.

Al darse cuenta de que no se trataba de ninguna nueva amenaza, sino sólo de un viajero que pasaba y que intentaba acudir en su ayuda, Elric gritó:

-Será mejor que os salvéis, señor. Esta bestia es sobrenatural y no se la puede matar con los medios habituales.

La voz que le contestó sonó profunda y vibrante, llena de buen humor.

-Soy consciente de eso, señor, y os agradecería que os ocuparais de esa cosa mientras yo atraigo su atención.

Y tras decir esto, el jinete hizo dar media vuelta a su montura y empezó a avanzar en dirección opuesta a paso más lento. La criatura sobrenatural, sin embargo, no se dejó engañar. Quienes la habían enseñado le habían dado por lo visto claras instrucciones en cuanto a quién era su presa. Olfateó el aire y volvió a buscar a Elric.

El albino se había situado por detrás de una duna, para reunir todas sus fuerzas. Recordó un hechizo menor que quizá pudiera emplear ahora teniendo en cuenta la energía que ya le había robado al demonio. Empezó a canturrear unas frases en el antiguo, hermoso y musical lenguaje conocido como melniboneano alto, al tiempo que tomaba un puñado de arena y lo arrojaba al aire con extraños y ágiles movimientos. Poco a poco, de entre los granos de arena se fue formando una espiral de arena que empezó a moverse hacia arriba, susurrando a medida que giraba sobre sí misma cada vez con mayor rapidez, bajo la luz de la luna extrañamente coloreada.

La bestia felina gruñó y se lanzó hacia adelante. Pero Elric se interpuso entre ella y la espiral giratoria. Luego, en el último momento, se apartó a un lado. La voz de la espiral se hizo todavía más elevada. Aquello no era más que un sencillo truco enseñado a los brujos jóvenes a modo de estímulo, pero tuvo el efecto de cegar a la bestia felina durante el tiempo suficiente para que Elric cargara contra ella y hundiera la espada por debajo de las garras, para introducir la hoja en lo más profundo de las partes vitales de la bestia.

Inmediatamente, la energía empezó a ser absorbida por la hoja y de ésta pasó a Elric. El albino gritó y aulló al tiempo que la materia lo llenaba. Aquella energía demoníaca no le era desconocida del todo, pero amenazaba con

convertirlo a él mismo en un demonio, pues era totalmente imposible de controlar.

-¡Aaah! Es demasiado. ¡Demasiado!

Se agitó, angustiado, mientras la esencia demoníaca de la vida se vertía sobre él y aquella cosa de aspecto felino rugía y moría.

Luego, desapareció, y Elric se quedó respirando con dificultad sobre la arena, mientras el cadáver de la bestia se desvanecía gradualmente hasta desaparecer por completo, regresando al ámbito del que había sido convocado. Durante unos pocos segundos, Elric deseó seguirla hasta sus regiones ignotas, pues la energía robada amenazaba con derramarse fuera de su cuerpo, abrirse camino con un estallido para surgir de su sangre y de sus huesos. No obstante, los viejos hábitos le permitieron luchar por controlar ese deseo hasta que pudo recuperar el dominio sobre sí mismo. Empezó a incorporarse lentamente del suelo cuando oyó el ruido de unos cascos que se aproximaban.

Se dio media vuelta, con la espada preparada, y se dio cuenta entonces de que se trataba del mismo viajero que antes había intentado ayudarle. *Tormentosa* no experimentó ningún sentimiento ante la situación y se agitó en su mano, dispuesta a cobrarse el alma de este amigo con la misma facilidad con que robaba el alma de los enemigos de Elric.

-¡No!-gritó el albino obligando a la hoja a regresar a su funda. Sentía náuseas a causa de la energía vertida por el demonio, pero consiguió hacer una grave inclinación de saludo ante el jinete que acudió a su lado-. Os agradezco vuestra ayuda, extranjero. No había esperado encontrar un amigo tan cerca de Quarzhasaat.

El joven lo observó con una expresión de simpatía y buena voluntad. Tenía unos rasgos asombrosamente agraciados, con unos ojos negros llenos de humor en su carne negra y reluciente. Sobre el cabello corto y ensortijado llevaba una gorra en forma de calavera decorada con plumas de pavo real, y la chaqueta y los calzones parecían hechos de terciopelo negro bordado con hilo de oro, sobre los que portaba una capa con capucha de color pálido, del modelo habitualmente usado por las gentes del desierto en estas regiones. Se acercó lentamente a lomos de la montura jorobada y de aspecto bovino que tenía cascos hendidos, una cabeza ancha y una joroba maciza sobre los hombros, como los de cierta especie de ganado similar que Elric había tenido oportunidad de observar en los pergaminos que representaban el Continente Meridional.

Del cinto del joven pendía un bastón ricamente tallado, con un mango curvado, que debía de tener la mitad de su propia altura, y de la otra cadera le colgaba una sencilla espada de empuñadura plana.

-¡Yo tampoco había esperado encontrarme por aquí con un emperador de Melniboné! -dijo el hombre con regocijo-. Yo os saludo, príncipe Elric. Me siento muy honrado de conoceros.

-¿No nos hemos visto antes? ¿Cómo conocéis mi nombre?

-Oh, esa clase de trucos no son nada para alguien de mi oficio, príncipe Elric. Me llamo Alnac Kreb y me dirijo al oasis conocido con el nombre de la Flor de Plata. ¿Regresamos a vuestro campamento, junto a vuestro caballo? Me alegra deciros que no ha sufrido daño alguno. Qué poderosos enemigos tenéis para haber enviado contra vos a un demonio tan nauseabundo. ¿Acaso habéis ofendido de alguna forma a los Aventureros Brujos de Quarzhasaat?

-Así lo parece. -Elric se situó al lado del recién llegado y ambos regresaron andando hacia el Camino Rojo-. Os estoy muy agradecido, maese Alnac Kreb. Sin vuestra ayuda sería ahora un cuerpo y un alma absorbidos en esa criatura, que me habría hecho regresar al infierno de donde surgió. Pero debo advertiros que existe el peligro de verme atacado de nuevo por quienes lo enviaron.

-No lo creo, príncipe Elric. Sin duda alguna estaban convencidos de su éxito y, lo que es más, no deseaban tener nada que ver con vos una vez que se dieron cuenta de que no erais un mortal corriente. Vi a un grupo de ellos, pertenecientes a tres sectas distintas de ese desagradable gremio, que cabalgaban rápidamente de regreso a Quarzhasaat hace apenas una hora. Al sentir curiosidad por saber de qué huían, vine hacia aquí. Así fue como os encontré. Y me alegro de haberos servido de pequeña ayuda.

-Yo también me dirijo al Oasis de la Flor de Plata, aunque no sé muy bien qué esperar allí. -A Elric le empezaba a gustar este hombre joven-. Me alegrará contar con vuestra compañía durante el resto del viaje.

-Me siento realmente muy honrado por vuestra generosa oferta.

Sonriente, Alnac Kreb desmontó de la extraña bestia y la ató cerca de donde se encontraba el caballo de Elric, que empezaba a recuperarse de su terror, aunque todavía no se había tranquilizado del todo.

-No quisiera fatigaros más por esta noche, señor -añadió Elric-, pero siento mucha curiosidad por saber cómo habéis adivinado mi nombre y mi raza. Habéis hablado de un truco propio de vuestra profesión. ¿Me permitís preguntaros cuál es esa profesión?

-Pero ¿cómo? -contestó Alnac Kreb, sacudiéndose el polvo de los pantalones de terciopelo-. Creía que ya lo habríais imaginado... Soy un ladrón de sueños.

# 4
# Un funeral en el Oasis

- El Oasis de la Flor de Plata es algo más que un simple claro en el desierto, como no tardaréis en descubrir -dijo Alnac Kreb humedeciéndose delicadamente su agraciado rostro con un pañuelo ribeteado de resplandeciente encaje-. Es un gran lugar de encuentro para todas las naciones nómadas, y allí se intercambian muchas riquezas. Se ve frecuentado por reyes y príncipes. En ese lugar se acuerdan y a menudo se celebran matrimonios y otras ceremonias, se toman grandes decisiones políticas, se confirman alianzas y se establecen otras nuevas, se intercambian noticias y se permutan toda clase de cosas. No todo es convencional, no todo es... material. Se trata de un lugar vital, a diferencia de Quarzhasaat, que los nómadas visitan de mala gana, sólo cuando así lo exige la necesidad... o la avidez.

-¿Por qué no hemos visto todavía a ninguno de esos nómadas, amigo Alnac? -preguntó Elric.

-Evitan Quarzhasaat. Para ellos, ese lugar y sus gentes es el equivalente del infierno. Algunos están incluso convencidos de que las almas de los condenados son enviadas a Quarzhasaat. La ciudad representa todo lo que ellos temen, y aquello que está en contra de lo que más valoran.

-Me sentiría inclinado a compartir la visión de esos nómadas -dijo Elric con una sonrisa-. De hecho, ya siento un cierto parentesco con ellos.

Todavía libre del elixir, su cuerpo volvía a desearlo. Normalmente, la energía que le había transmitido la espada habría sido suficiente para sostenerlo durante un período de tiempo considerable. Una prueba más de que el elixir, tal como le había explicado Manag Iss, se alimentaba de su propia fuerza vital, para darle sólo una fortaleza física temporal. Empezaba a sospechar que, además de alimentar a su propia vitalidad, también alimentaba al elixir. El destilado había terminado por representar casi a una criatura sensible, como la espada. Pero la Espada Negra nunca le había producido la misma impresión de sentirse invadido. No obstante, procuraba mantener su mente alejada de tales pensamientos en la medida de lo posible.

-Vuestra esperanza, príncipe Elric, es que os encuentren aceptable -dijo Alnac echándose a reír-. No obstante, un antiguo enemigo de los señores de Quarzhasaat debe tener ciertas credenciales a su favor. Tengo conocidos entre algunos de los clanes. Debéis permitirme que os presente cuando llegue el momento.

-De buena gana -asintió Elric-, aunque todavía tenéis que explicarme cómo me habéis conocido.

Alnac asintió, como si hubiera olvidado el tema.

-No es nada complicado y, sin embargo, notablemente complejo si no se comprende el funcionamiento fundamental del Multiverso. Como ya os dije antes, soy un ladrón de sueños. Sé más que la mayoría porque estoy familiarizado con los sueños de muchos. Digamos, simplemente, que tuve noticias de vos a través de un sueño y que, en ocasiones, es mi destino ser vuestro compañero, aunque no por mucho tiempo, supongo, en mi disfraz actual.

-¿En un sueño? Todavía tenéis que decirme qué hace exactamente un ladrón de sueños.

-¡Cómo! Pues robar sueños, naturalmente. Dos veces al año llevamos nuestro botín a un cierto mercado para comerciar con él, tal y como hacen los nómadas.

-¿Comerciáis con sueños? -preguntó Elric, incrédulo. Alnac disfrutó con su asombro.

-Hay comerciantes en el mercado que pagarían muy bien por ciertos sueños. Ellos, a su vez, los venden a los desgraciados que no pueden soñar, o que tienen sueños tan banales que desearían algo mejor.

-Habláis en parábolas, sin duda -dijo Elric sacudiendo la cabeza.

-No, príncipe Elric, digo exactamente la verdad. -Extrajo del cinto el báculo extrañamente curvado. Le recordó a Elric un cayado de pastor, aunque algo más corto-. No se adquiere esto sin haber estudiado antes las habilidades básicas del arte del ladrón de sueños. No soy el mejor de mi oficio, y probablemente tampoco llegaré a serlo nunca, pero en este ámbito, en este tiempo, ése es precisamente mi destino. Hay muy pocos en este ámbito, por razones que sin lugar a dudas llegaréis a conocer, y sólo los nómadas y las gentes de Elwehr reconocen nuestro oficio. No somos conocidos, a excepción de unos pocos sabios de los Reinos Jóvenes.

- ¿Por qué no os aventuráis allí?

-No se nos ha pedido que lo hagamos así. ¿Habéis oído hablar alguna vez de alguien que busque los servicios de un ladrón de sueños en los Reinos Jóvenes?

-No, ciertamente no. Pero ¿por qué iba a hacerlo?

-Quizá porque el Caos ejerce tanta influencia en el oeste y en el sur. Allí, hasta las pesadillas más terribles pueden convertirse fácilmente en realidad.

-¿Teméis el Caos?

-¿Qué ser racional no lo teme? Yo temo a los sueños de quienes lo sirven. - Alnac Kreb apartó la mirada hacia el desierto-. Elwehr y lo que vos llamáis el Este Innominado, tienen en conjunto habitantes menos complicados. La influencia de Melniboné nunca se ha dejado sentir allí con fuerza, como tampoco se ha sentido en el Desierto Susurrante, claro está.

-¿Quiere eso decir que es a mi pueblo a quien teméis?

-Temo a cualquier raza que se entregue al Caos, que establezca pactos con los más poderosos de los sobrenaturales, con el mismo duque del Caos, con los propios Gobernantes de la Espada. No considero que esos tratos sean completos o sanos. Yo me opongo al Caos.

-¿Servís a la Ley?

-Me sirvo a mí mismo. Supongo que sirvo al Equilibrio. Creo que se puede vivir y dejar vivir y celebrar la variedad del mundo.

-Esa filosofía es envidiable, maese Alnac. Yo mismo aspiro a ella, aunque supongo que no me creeréis.

-Ah, os equivocáis en eso, príncipe Elric. Os creo. Participo en muchos sueños y vos aparecéis en algunos de ellos. Y, en otros ámbitos, los sueños son realidad y viceversa. -El ladrón de sueños observó con simpatía al albino-. Debe de ser muy difícil para alguien que ha conocido milenios de poder intentar renunciar a ese poder.

-Me comprendéis muy bien, señor ladrón de sueños.

-Oh, mi comprensión es de la naturaleza más amplia en tales cuestiones -dijo Alnac Kreb con un gesto autodespreciativo.

-He dedicado mucho tiempo a buscar el significado de la justicia, a visitar territorios donde se dice que existe, a tratar de descubrir cuál es la mejor forma de alcanzarla, cómo se puede establecer para que todo el mundo se beneficie de ello. ¿Habéis oído hablar de Tanelorn, Alnac Kreb? Según se dice, allí reina la justicia. Dicen que los Señores Grises, aquellos que están encargados de mantener el equilibrio del mundo, ejercen allí su mayor influencia.

-Tanelorn existe -dijo con serenidad el ladrón de sueños-. Y tiene muchos nombres. Pero me temo que en algunos ámbitos no es más que una simple idea de perfección. Esas ideas son las que mantienen en nosotros la esperanza, las que alimentan nuestra urgencia de convertir los sueños en realidad. A veces, incluso tenemos éxito.

-¿Existe la justicia?

-Pues claro que existe. Pero no es una abstracción. Hay que trabajar para conseguirla. Creo, príncipe Elric, que la justicia es vuestro demonio, más que ningún otro Señor del Caos. Habéis elegido un camino cruel y que os hará desgraciado. -Sonrió delicadamente mientras miraba hacia adelante, hacia el largo sendero rojo que se extendía hasta perderse en el horizonte-. Más cruel, creo, que el Camino Rojo que conduce al Oasis de la Flor de Plata.

-No contribuís mucho a animarme, maese Alnac.

-Debéis saber que no existe justicia en el mundo por la que no haya que luchar duramente, ganar y mantener con mucho esfuerzo. Está dentro de nuestra naturaleza mortal desviar esa clase de cargas para convertirlas en responsabilidad de otros o, incluso, el buscar las fuerzas más poderosas, con la esperanza de que, al aliarse con el poder, lograremos sobrevivir mejor de algún modo. Frecuentemente, la experiencia les demuestra que tienen razón, al menos a corto plazo. Pero las pobres criaturas como vos continúan intentando renunciar al poder al mismo tiempo que adquieren más y más responsabilidad. Algunos dirían que es admirable hacer lo que hacéis, que eso permite formar carácter y fortaleza de propósito, que así se alcanza una forma más elevada de cordura...

-Sí. Y otros dirían que ésa es la forma más pura de la locura, totalmente opuesta a todos los impulsos naturales. No sé exactamente qué anhelo, señor ladrón de sueños, pero sí sé que espero un mundo en el que los fuertes no traten a los débiles como miserables insectos, donde las criaturas mortales puedan alcanzar su mayor realización posible, donde todo sea dignificado y saludable, y nunca seamos víctimas de unos pocos más fuertes que nosotros mismos...

-En ese caso, servís a los maestros equivocados en el Caos, príncipe. Porque la única justicia reconocida por los duques del Infierno es la justicia de su propia existencia incontestable. En ese aspecto son como criaturas recién nacidas. Se oponen a cada uno de vuestros ideales.

Elric se sintió inquieto ante estas palabras y habló con suavidad al responder.

-Pero ¿no puede uno utilizar esas fuerzas para derrotarlos, o al menos para desafiar su poder y restaurar el Equilibrio?

-Sólo el Equilibrio puede proporcionaros el poder que deseáis. Y se trata de un poder sutil y a veces excepcionalmente delicado.

-Temo que eso no sea suficientemente fuerte en mi mundo.

-Lo bastante fuerte cuando haya un número suficiente de seres que crean en ello. Entonces será más fuerte que el Caos y la Ley combinados.

-Bueno, trabajaré para que llegue ese día en el que el poder del Equilibrio ejerza esa influencia, maese Alnac Kreb, pero no estoy seguro de que pueda vivir para verlo.

-Si vivís -dijo Alnac con serenidad-. Sospecho que eso no llegará. Pero aún faltan muchos años para que seáis llamado a soplar el cuerno de Roland.

-¿Un cuerno? ¿De qué cuerno habláis?

Pero la pregunta de Elric fue casual. Estaba convencido de que el ladrón de sueños había hecho otra alusión alegórica.

-¡Mirad! -exclamó Alnac señalando hacia adelante-. ¿Lo veis en la distancia? Ahí están las primeras señales del Oasis de la Flor de Plata.

A su izquierda, el sol descendía, arrojando profundas sombras sobre las dunas y los altos bancos de arena del Camino Rojo, mientras el cielo se oscurecía hasta adquirir un profundo tono ámbar en el horizonte. Sin embargo, y ya casi en el límite de su propia visión, Elric distinguió otra forma, algo que no era ni sombra ni duna de arena, pero que bien podría haber sido un grupo de rocas.

-¿Qué es? ¿Qué reconocéis?

-Los nómadas lo llaman «kashbeh». En nuestro lenguaje común diríamos que es un castillo, quizá, o un pueblo fortificado. No tenemos una palabra exacta para describir algo así, pues no la necesitamos. Aquí, sin embargo, en pleno desierto, es una necesidad. El Kashbeh Moulor Ka Riiz fue construido mucho antes de la extinción del imperio quarzhasaatino, y ostenta el nombre de un rey sabio, fundador de la dinastía Aloum'rit, que todavía conserva el lugar en nombre de los clanes nómadas y que es respetada por todos los pueblos del desierto. Es un kashbeh de alojamiento para todo aquel que lo necesite. Todo aquel que busque protección puede encontrarla allí, y allí se le asegura un juicio justo.

-¿De modo que la justicia existe en el desierto, aunque no exista en ningún otro lugar?

-Tales lugares existen, como ya os he dicho, a través de los ámbitos del Multiverso. Son mantenidos por hombres y mujeres de los más puros principios humanos...

-Entonces, ¿este kashbeh no es Tanelorn, cuya leyenda me ha traído hasta el Desierto Susurrante?

-No, no es Tanelorn, pues Tanelorn es eterno. El Kashbeh Moulor Ka Riiz debe ser mantenido mediante una vigilancia constante. Es la antítesis de Quarzhasaat, y los señores de esa ciudad han llevado a cabo numerosos intentos por destruirlo.

Elric sintió los dolores punzantes de un anhelo acuciante y resistió el deseo de tomar uno de los frascos de plata que llevaba en las alforjas.

-¿Se le llama también la Fortaleza de la Perla?

Ante esta pregunta, Alnac Kreb se echó a reír de pronto.

-Oh, mi buen príncipe; desde luego, no tenéis más que una idea muy tenue del lugar y la cosa que buscáis. Permitidme deciros que la Fortaleza de la Perla puede existir quizá dentro del kashbeh, y que el kashbeh también podría tener su existencia dentro de la Fortaleza. Pero no son en modo alguno lo mismo.

- Os lo ruego, maese Alnac Kreb, no me confundáis más. Tengo la intención de saber algo de esto, primero porque desearía ampliar mis propios horizontes, y luego porque necesito comprar la vida de otro. Os estaría muy agradecido si pudierais iluminarme un poco. Lord Gho Fhaazi me creyó un ladrón de sueños, lo que significa que un ladrón de sueños debe saber algo sobre la Luna de Sangre, la Tienda de Bronce y el lugar donde se encuentra la Fortaleza de la Perla.

-Ah, bueno, algunos ladrones de sueños están mejor informados que otros. Y si se le ha pedido a un ladrón de sueños que lleve a cabo esta tarea, príncipe, como ya me habéis contado, si los Aventureros Brujos de Quarzhasaat no lo han logrado, entonces supongo que la Fortaleza de la Perla es algo más que simples piedras y mortero. Tiene que ver con los ámbitos con los que sólo está familiarizado un ladrón de sueños experimentado, pero probablemente mucho más sofisticado que yo mismo.

-Debéis saber, maese Alnac Kreb, que ya he viajado por ámbitos extraños en pos de mis diversos objetivos. No he dejado de acumular mis propias experiencias en estas cuestiones...

-Esos ámbitos les son negados a la mayoría.

Alnac parecía reacio a decir más, pero Elric le presionó.

-¿Dónde se encuentran esos ámbitos? -Miró fijamente hacia adelante, y forzó la vista para distinguir mejor el Kashbeh Moulor Ka Riiz, pero no lo consiguió porque el sol estaba ahora casi por debajo del horizonte-. ¿En el este? ¿Más allá de Elwher? ¿O en alguna otra parte del Multiverso?

-Se nos hace jurar que hablemos lo menos posible de lo que sabemos -dijo Alnac Kreb con expresión apenada-, excepto en las más cruciales y específicas de las circunstancias. Pero puedo informaros que esos ámbitos se hallan

a la vez más cerca y más distantes que Elwehr. Os prometo no confundiros más de lo que ya os he confundido. Y si puedo iluminaros y ayudaros en vuestra búsqueda, también lo haré así. -Emitió una risa para aligerar su propio estado de ánimo-. Será mejor que os preparéis para estar en compañía de otros, príncipe. Si no me equivoco, al anochecer tendremos mucha compañía.

La luna había salido antes de que se desvanecieran los últimos rayos del sol y su luz plateada tenía un cierto brillo rosado, como el de una perla rara. Llegaron a una altura del Camino Rojo y al mirar hacia abajo distinguieron miles de fuegos de campamento. Silueteadas contra ellos se veían otras tantas tiendas, instaladas sobre la arena hasta el punto de parecer insectos alados que se extendían para captar el último calor que les llegaba del cielo. Dentro de las tiendas ardían lámparas, mientras que hombres, mujeres y niños entraban y salían de ellas. Hasta donde ellos se encontraban llegó un delicioso olor de hierbas diversas, de especias, verduras y carnes, y el suave humo de las fogatas se elevaba y se ensortijaba en el cielo, por encima de las grandes rocas sobre las que se levantaba el Kashbeh Moulor Ka Riiz, una torre maciza alrededor de la cual se habían levantado una serie de edificaciones, algunas de ellas de arquitectura maravillosamente imaginativa, con todo el conjunto rodeado por una muralla almenada de proporciones irregulares pero igualmente monumentales, todo hecho con la misma roca roja de tal modo que parecía surgir de la propia tierra y arena que la rodeaba.

A intervalos alrededor de aquellas grandes almenas refulgían antorchas encendidas, lo que permitía distinguir a los hombres que, evidentemente, eran guardias que patrullaban por las murallas y los tejados, mientras que a través de unas altas puertas un movimiento continuo de gentes entraban y salían a través de un puente tallado en la roca viva.

Tal como le había advertido Alnac Kreb, aquello no era el sencillo lugar de descanso de caravanas primitivas que Elric había esperado encontrar en el Camino Rojo.

Nadie se opuso a ellos mientras descendieron hacia la gran extensión de agua alrededor de la cual se elevaba una abundante variedad de palmeras, cipreses, sauces, higueras y cactus, aunque fueron muchos los que los observaron con curiosidad. Y no todas las miradas curiosas parecieron amistosas.

Sus caballos eran de estructura muy similar al del propio Elric, mientras que otros nómadas montaban en las criaturas de aspecto bovino preferidas por Alnac. Los sonidos de los bramidos, gruñidos y chisporroteos surgían de cada rincón y Elric pudo observar que, más allá del campo de tiendas, se habían instalado corrales en los que se mantenían encerradas a las monturas, así como ovejas, cabras y otras criaturas.

Pero la vista que dominaba este extraordinario escenario era la de unas cien antorchas encendidas o más instaladas en semicírculo alrededor de la orilla del agua.

Cada antorcha era sostenida por una figura cubierta con una capa y una capucha, y cada una de ellas ardía con llama brillante y firme, lo que arrojaba la misma luz fuerte sobre un estrado de madera labrada situado en el mismo centro de la asamblea.

Elric y su compañero detuvieron sus monturas para observar, fascinados por esta visión, mientras grupos de otros nómadas caminaban lentamente hacia el borde del semicírculo para presenciar lo que sin lugar a dudas era una ceremonia ciertamente importante. Los testigos permanecían en actitudes de respeto, con sus diversas túnicas y vestimentas identificando el clan al que pertenecían. Los nómadas eran de una amplia variedad de colores, algunos tan negros como el propio Alnac Kreb, y otros de piel casi tan blanca como Elric, con todos los matices intermedios; los rasgos, sin embargo, eran muy similares, con rostros de fuertes huesos y profundas cuencas de los ojos. Tanto los hombres como las mujeres eran altos y se movían con una gracia considerable. Elric nunca había visto a tanta gente agraciada y quedó impresionado por su dignidad natural en la misma medida en que se había sentido disgustado por los extremos de arrogancia y degradación de los que había sido testigo en Quarzhasaat.

Entonces, una procesión se aproximó, bajando por la colina, y Elric vio a seis hombres que portaban sobre los hombros una gran caja abovedada. Avanzaron con lenta gravedad hasta que llegaron al estrado.

La luz blanca permitía observar cada uno de los detalles de la escena. Los hombres procedían de diferentes clanes, aunque todos ellos eran de la misma altura y de edad media. Empezó a sonar entonces un único tambor, con un retumbar nítido y claro en el aire de la noche. Luego, otro se le unió y después otro y otro, hasta que al menos veinte tambores sonaron al unísono, arrancando ecos a través de las aguas del oasis y de los tejados del Kashbeh Moulor Ka Riiz, resonando con lentitud, como obedeciendo a complicadas pautas rítmicas cuya sutilidad no dejó de maravillar a Elric.

-¿Es un funeral? -preguntó el albino a su nuevo amigo.

Alnac asintió.

-Pero no sé a quién entierran. -Señaló hacia una serie de túmulos simétricos que se elevaban en la distancia, más allá de los árboles-. Ésos son los cementerios nómadas.

Entonces, otro hombre más viejo, de barba y cejas grises por debajo de la capucha, se adelantó y empezó a leer de un pergamino que extrajo de una manga, mientras otros dos abrían la tapa del elaborado ataúd y, ante el asombro de Elric, escupían a su interior.

El propio Alnac pareció asombrarse. Se incorporó sobre las puntas de los pies y miró, pues la luz de las antorchas iluminaba con claridad el contenido del ataúd. Se volvió hacia Elric, todavía más extrañado.

-Está vacío, príncipe Elric, o el cadáver es invisible.

El ritmo de los tambores se incrementó en velocidad y complejidad. Unas voces empezaron a cantar, elevándose y descendiendo como olas en un océano. Elric jamás había escuchado antes una música igual. Descubrió que le producía oscuras emociones. Sintió rabia. Sintió pena. Se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar. Mientras tanto, la música continuaba y crecía en intensidad. Anhelaba unirse a ellos, pero no comprendía el lenguaje que utilizaban. Le parecía como si las palabras fueran mucho más antiguas que el lenguaje de Melniboné, que era el más antiguo de los Reinos Jóvenes.

Y entonces, de repente, los cánticos y el sonido de los tambores se detuvieron bruscamente.

Los seis hombres volvieron a tomar el ataúd del estrado y empezaron a alejarse con él a hombros, hacia los túmulos, seguidos por los que portaban las antorchas, mientras la luz arrancaba extrañas sombras de entre los árboles e iluminaba repentinas manchas de brillante blancura que Elric no pudo identificar.

Tan repentinamente como se habían interrumpido, los cánticos y los tambores resonaron de nuevo, pero esta vez mostraban una nota triunfante, de celebración. Lentamente, la multitud levantó las cabezas y de varios cientos de gargantas surgió un agudo ulular que, evidentemente, era una especie de respuesta tradicional.

Luego, los nómadas empezaron a regresar a sus tiendas. Alnac detuvo a uno de ellos, una mujer que llevaba una vestimenta ricamente decorada en verde y oro, y señaló hacia la procesión que se alejaba.

- ¿Por qué este funeral, hermana? No he visto ningún cadáver.

-El cadáver no está aquí -contestó la mujer sin dejar de sonreír ante su confusión-. Es una ceremonia de venganza, en la que han participado todos nuestros clanes a instigación de Raik Na Seem. El cadáver no está presente porque aquel a quien pertenece no sabe que está muerto, y quizá no lo sepa durante varios meses. Lo enterramos ahora porque no podemos llegar hasta él. No es uno de nosotros, ni del desierto. Sin embargo, está muerto, sólo que sin ser consciente de ese hecho. A pesar de todo, no hay equivocación posible. Solamente nos falta el cuerpo físico.

-¿Es un enemigo de vuestro pueblo, hermana?

-En efecto, es un enemigo. Ha enviado hombres para que robaran nuestro más preciado tesoro. Han fracasado, pero nos han causado un profundo daño en su fracaso. Os conozco, ¿verdad? Sois aquel que Raik Na Seem confiaba en que volvería. Envió a buscar a un ladrón de sueños. -Se volvió a mirar hacia el estrado donde, bajo la luz de una sola antorcha, permanecía de pie una enorme figura, inclinada como en actitud de oración-. Sois nuestro amigo, Alnac Kreb, el que nos ayudó antes.

-Sí, he tenido el privilegio de hacer a vuestro pueblo un pequeño servicio -admitió Alnac Kreb con su gracia habitual.

-Raik Na Seem os espera -dijo la mujer-. Id en paz, y que la paz sea con vuestra familia y vuestros amigos.

Extrañado, Alnac Kreb se volvió a mirar a Elric.

-No sé por qué razón habría enviado a buscarme Raik Na Seem, pero me siento obligado a descubrirlo. ¿Queréis quedaros aquí o preferís acompañarme, príncipe Elric?

-Siento una gran curiosidad por todo este asunto -dijo Elric -, y quisiera saber más, si ello fuera posible.

Avanzaron por entre los árboles hasta que llegaron a la orilla del gran oasis, donde esperaron respetuosamente, mientras el anciano permanecía en la misma actitud que había asumido desde que se llevaran el ataúd. Finalmente, se volvió y quedó claro que había llorado. Al verlos, se enderezó y al reconocer a Alnac Kreb sonrió y le dirigió un gesto de bienvenida.

- ¡Mi querido amigo!

-Que la paz sea con vos, Raik Na Seem. -Alnac se adelantó y abrazó al anciano, que era por lo menos una cabeza más alto que él mismo-. He traído conmigo a un amigo. Se llama Elric de Melniboné, del mismo pueblo que fue tan gran enemigo de los quarzhasaatinos.

-Ese nombre encuentra sustancia en mi corazón -dijo Raik Na Seem-. Que la paz sea con vos, Elric de Melniboné. Seáis bienvenido.

-Raik Na Seem es el Primer Anciano del Clan Baraudi -explicó Alnac-, y como un padre para mí.

-Me veo bendecido por un hijo bueno y valiente. -Raik Na Seem hizo un gesto hacia las tiendas-. Venid. Tomemos unos refrescos en mi tienda.

-Con mucho gusto -dijo Alnac-. Quisiera saber por qué enterráis un ataúd vacío, y quién es vuestro enemigo como para merecer una ceremonia tan elaborada.

-Oh, es el peor de los villanos, no os llaméis a engaño acerca de eso.

Un profundo suspiro se escapó del anciano al tiempo que les indicaba el camino a seguir entre las tiendas, hasta que llegaron a un gran pabellón y le siguieron al interior, con los pies pisando sobre alfombras ricamente

ornamentadas. En realidad, el pabellón estaba compuesto por una serie de compartimentos, cada uno de los cuales daba paso a otro, ocupados todos ellos por miembros de la familia de Raik Na Seem, que parecía lo bastante amplia como para constituir toda una tribu por sí sola. El olor de una comida deliciosa llegó hasta ellos mientras tomaban asiento sobre cojines y se les ofrecían cuencos de agua aromatizada con los que lavarse.

Finalmente, mientras comían, el anciano contó su historia y, al tiempo que ésta se desgranaba, Elric se dio cuenta de que el destino le había permitido llegar al Oasis de la Flor de Plata en un momento propicio, pues se percató poco a poco del significado de lo que se contaba. Según explicó Raik Na Seem, en el momento de la última Luna de Sangre, un grupo de hombres había llegado al Oasis de la Flor de Plata preguntando por el camino que conducía al Palacio de la Perla. El baraudim había reconocido el nombre, pues se encontraba en su literatura, pero ellos entendían que las referencias sólo eran metáforas poéticas, algo que debían discutir e interpretar los eruditos y otros poetas. Así se lo dijeron a los recién llegados, con la esperanza de que se marcharan, pues eran quarzhasaatinos, miembros de la Secta del Gorrión, de los Aventureros Brujos y, como tales, famosos por su tenebrosa brujería y por su crueldad. El baraudim, sin embargo, no deseaba que se produjera ninguna pelea con ningún quarzhasaatino, con quienes comerciaban. Los hombres de la Secta del Gorrión no se marcharon, y continuaron preguntando a todo aquel que pudieron acerca del lugar donde se encontraba el Palacio de la Perla, y así fue como llegaron a conocer a la hija de Raik Na Seem.

-¿Varadia? -preguntó Alnac Kreb alarmado-. Seguramente, no pensaron que ella pudiera saber algo de esa joya, ¿verdad?

-Oyeron decir que era una Joven Santa, la que nosotros creemos que llegará a convertirse en nuestro líder espiritual y aportará sabiduría y honor a nuestro clan. Como decimos que nuestra Joven Santa es la poseedora de todos nuestros conocimientos, ellos creyeron que ella debía de saber dónde se encontraba esa perla. Intentaron secuestrarla.

Alnac Kreb emitió un gruñido de repentina cólera.

-¿Qué hicieron, padre?

- La drogaron y luego se marcharon y se la llevaron con ellos. En cuanto nos dimos cuenta del crimen que habían cometido, los seguimos. Los alcanzamos antes de que hubieran podido recorrer la mitad de la distancia del Camino Rojo hasta Quarzhasaat y, en su terror, nos amenazaron con el poder de su amo, el hombre que les había encargado buscar la Perla y utilizar cualquier medio para llevársela.

-¿Era su nombre lord Gho Fhaazi? -preguntó Elric con suavidad.

-En efecto, príncipe, ése era su nombre. - Raik Na Seem lo miró con una nueva curiosidad-. ¿Le conocéis?

-Le conozco. Y le conozco por lo que es. ¿Es ése el hombre al que habéis enterrado?

-En efecto.

-¿Cuándo planeáis darle muerte?

-No hemos planeado nada. Se nos ha prometido. Los Aventureros Brujos intentaron utilizar sus artes contra nosotros, pero entre los nuestros también contamos con gente así y fueron fácilmente contrarrestados. No es un poder que nos guste utilizar, pero a veces es necesario. Se convocó a una cierta criatura para que acudiera desde el mundo de la nada. La criatura devoró a los hombres de la Secta del Gorrión y, antes de marcharse, nos hizo una profecía en la que nos garantizó que el amo de aquellos hombres moriría dentro del mismo año, antes de que se hubiera desvanecido la siguiente Luna de Sangre.

-Pero ¿y Varadia? -preguntó Alnac Kreb con tono urgente-. ¿Qué fue de vuestra hija, de vuestra Joven Santa?

-Había sido drogada, como os he dicho, pero vivió. La trajimos de regreso.

-¿Y se ha recuperado?

-Medio se despierta, quizá una vez al mes -contestó Raik Na Seem con un evidente esfuerzo por controlar su tristeza-. Pero el sueño no la abandona. Poco después de que la encontráramos abrió los ojos y nos dijo que la lleváramos a la Tienda de Bronce. Allí duerme, como ha dormido durante casi un año, y sabemos que sólo un ladrón de sueños puede salvarla. Ésa es la razón por la que comuniqué a todo viajero y caravana que encontraba que hicieran correr la noticia de que necesitábamos a un ladrón de sueños. Hemos sido afortunados, Alnac Kreb, de que un buen amigo oyera nuestra plegaria.

El ladrón de sueños sacudió su elegante cabeza.

-No ha sido vuestro mensaje el que me ha inducido a venir aquí, Raik Na Seem.

-A pesar de todo, estáis aquí -replicó el anciano filosóficamente-. Podéis ayudarnos.

Alnac Kreb pareció sentirse perturbado, pero se apresuró a ocultar sus emociones.

- Haré todo lo que pueda, os lo juro. Por la mañana visitaremos la Tienda de Bronce.

-Ahora está bien protegida, pues desde que llegaran aquellos malvados también han venido por aquí otros quarzhasaatinos, y nos hemos visto obligados a defender a nuestra Joven Santa contra ellos. Eso ha sido bastante sencillo para nosotros. Pero habéis hablado del enemigo al que acabamos de enterrar, príncipe Elric. ¿Qué sabéis de

él?

Elric guardó apenas unos segundos de silencio antes de hablar. Le contó a Raik Na Seem todo lo que había sucedido, cómo había sido engañado por lord Gho, qué le había encargado que encontrara, el chantaje que ejercía sobre él. Se negó a mentirle al anciano y el respeto que Raik Na Seem le demostró por ello fue aparentemente recíproco, pues aunque el rostro del Primer Anciano se oscureció por la cólera ante aquella historia, una vez que la hubo escuchado extendió una mano firme y apretó el brazo de Elric en un gesto de simpatía.

-La ironía, amigo mío, es que el Palacio de la Perla sólo existe en nuestra poesía y que nunca hemos oído hablar de la Fortaleza de la Perla.

-Debéis saber que jamás haría daño alguno a vuestra Joven Santa - le aseguró Elric -, y que si os puedo ayudar, a vos y a los vuestros, así lo haré. Mi búsqueda termina aquí mismo y ahora.

-Pero el veneno de lord Gho os matará, a menos que podáis encontrar el antídoto. Luego, también matará a vuestro amigo. No, no. Consideremos más positivamente estos problemas, príncipe Elric. Creo que son problemas comunes, pues todos somos víctimas de ese señor que pronto estará muerto. Debemos reflexionar acerca de cómo derrotar sus intrigas. Es posible que mi hija sepa, en efecto, algo sobre esa fabulosa Perla, pues ella es la depositaría de toda nuestra sabiduría, y ya ha aprendido mucho más de lo que mi pobre cabeza es capaz de contener...

-Su conocimiento y su inteligencia son tan sorprendentes como su belleza y afabilidad -dijo Alnac Kreb, todavía enfurecido por la historia de lo que el quarzhasaatino le había hecho a Varadia-. Si la hubierais conocido, Elric...

Se interrumpió al quebrársele la voz.

-Creo que todos nosotros necesitamos un descanso -dijo el Primer Anciano de los baraudim-. Seréis nuestros invitados y, por la mañana, os llevaré a la Tienda de Bronce, para contemplar allí a mi dormida hija y espero, quizá con la suma de toda vuestra sabiduría, que encontréis los medios para conseguir que su mente despierte y regrese a este ámbito.

Aquella noche, mientras dormía rodeado por el lujo que sólo la tienda de un nómada rico es capaz de proporcionar, Elric volvió a soñar con Cymoril, atrapada por un ensueño, drogada por su primo Yyrkoon quien, al parecer, dormía a su lado, hasta el punto de que ambos eran uno y el mismo ser, como él mismo siempre había sentido cada vez que yacían juntos. Pero ahora también vio a la figura dignificada de Raik Na Seem, que estaba sobre él, y supo que éste era su padre, y no el tiránico neurótico, la figura distante de su niñez, y comprendió entonces por qué se sentía tan obsesionado por cuestiones de moralidad y justicia, pues este Baraudi era su verdadero antepasado. Experimentó entonces una gran paz, al tiempo que una emoción nueva y perturbadora, y al despertar por la mañana se había reconciliado ya con el hecho de que anhelaba tomar el elixir que inmediatamente le aportaba vida y muerte a un tiempo. Extendió la mano hacia el frasco y tomó un pequeño sorbo antes de levantarse, lavarse y unirse a Alnac y a Raik Na Seem para el desayuno.

Una vez que hubieron terminado, el anciano ordenó que trajeran las ágiles y recias monturas por las que eran tan famosos los baraudim y los tres se alejaron del Oasis de la Flor de Plata, que se veía animado por toda clase de actividades, donde los juglares, comediantes y encantadores de serpientes desplegaban ya sus habilidades y los narradores de historias reunían a grupos de niños cuyos padres los enviaban allí, mientras ellos se ocupaban de sus asuntos.

Cabalgaron hacia las Columnas Accidentadas, que se veían débilmente a lo lejos, sobre el horizonte de la mañana. Estas montañas habían sido erosionadas por los vientos del Desierto Susurrante hasta que terminaron por parecerse, en efecto, a enormes columnas de piedra roja accidentada, como si tuvieran que soportar el techo del cielo. Al principio, Elric creyó observar las ruinas de alguna ciudad antigua. Pero Alnac Kreb le había dicho la verdad.

-En esas partes hay, en efecto, muchas ruinas; granjas, pequeños pueblos, ciudades enteras que el desierto deja a veces al descubierto, todas ellas cubiertas por las arenas convocadas por los estúpidos brujos de Quarzhasaat. Muchos fueron los que construyeron aquí, incluso después de que aparecieran las arenas, convencidos de que éstas desaparecerían al cabo de un tiempo. Pero me temo que eso no fueron más que sueños inútiles, como tantas otras cosas construidas por los hombres.

Raik Na Seem continuó guiándoles a través del desierto, sin necesidad de usar mapa ni compás. Aparentemente, conocía el camino por costumbre e instinto.

Se detuvieron una vez en un lugar donde un pequeño grupo de cactus había quedado cubierto por la arena. Raik Na Seem extrajo su cuchillo largo y cortó las plantas cerca de las raíces, las peló con rapidez, y entregó las partes pulposas y jugosas a sus amigos.

-Aquí hubo un río en otros tiempos -dijo-, y aún queda un recuerdo de él, mucho más abajo de la superficie. Los cactus lo recuerdan.

El sol había alcanzado su cenit. Elric empezó a sentir el calor que lo envolvía y lo agotaba y se vio obligado a tomar de nuevo un poco del elixir, simplemente para mantenerse al paso de los otros dos. No fue hasta muy

avanzado el atardecer, con las Columnas Accidentadas ya muy cerca de ellos, cuando Raik señaló algo que parpadeaba y brillaba bajo los últimos rayos del sol.

-Ahí está la Tienda de Bronce, a donde las gentes del desierto acuden cuando tienen que meditar.

-¿Es vuestro templo? -preguntó Elric.

-Es lo más cercano que tenemos a un templo. Y allí debatimos con nosotros mismos. También es lo más cercano que poseemos a las religiones del oeste. Y allí es donde mantenemos a nuestra Joven Santa, el símbolo de todos nuestros ideales, el vehículo de la sabiduría de nuestra raza.

Alnac lo miró sorprendido.

-¿La mantenéis siempre aquí?

Raik Na Seem sacudió la cabeza, casi regocijado.

-Sólo mientras duerme su sueño antinatural, amigo mío. Como sabéis, antes de que sucediera eso ella era una niña normal, una verdadera alegría para todos los que la conocían. Quizá con vuestra ayuda pueda volver a ser esa niña.

-No debéis esperar demasiado de mí, Raik Na Seem -dijo Alnac con el ceño fruncido-. En el mejor de los casos no soy más que un ladrón de sueños inexperto. Así os lo dirían aquellos con los que he aprendido mi arte.

-Pero sois nuestro ladrón de sueños -replicó Raik Na Seem con una triste sonrisa, colocando una mano sobre el hombro de Alnac Kreb-. Y nuestro buen amigo.

El sol se había puesto para cuando se aproximaron a la gran tienda, que se parecía a aquellas que Elric había visto en el Oasis de la Flor de Plata, pero que tenía varias veces su tamaño y mostraba unas paredes de puro bronce.

Ahora, la luna hizo su aparición en el cielo, casi directamente por encima de ellos. Parecía como si los últimos rayos del sol se extendieran hacia ella al tiempo que empezaban a hundirse por debajo del horizonte, tocándola con su color, pues ésta brillaba con una luminosidad que Elric nunca había observado en Melniboné ni en las tierras de los Reinos Jóvenes. Abrió la boca, sorprendido, al comprender toda la naturaleza específica de la profecía.

Una Luna de Sangre se había levantado sobre la Tienda de Bronce. Aquí encontraría el camino que le conduciría a la Fortaleza de la Perla.

Aunque eso significaba que ahora contaba con la posibilidad de salvar la propia vida, el príncipe de Melniboné descubrió que esta revelación no hacía sino perturbar su alma.

# 5
# El ruego de un ladrón de sueños

-Aquí está nuestro tesoro -dijo Raik Na Seem-. Aquí está lo que la ávida Quarzhasaat nos robaría si pudiera -añadió con un mezcla de pena y cólera en su voz.

En el mismo centro del frío interior de la Tienda de Bronce, en la que ardían diminutas lámparas sobre cientos de cojines y alfombras ocupadas por hombres y mujeres en actitudes de profunda contemplación, se elevaba un estrado y sobre éste había una cama labrada con intrincados dibujos de exquisita delicadeza, incrustados de madreperlas y turquesas pálidas, con lechosas filigranas de jade, de plata y de rubio oro. Sobre la cama, con las pequeñas manos entrelazadas sobre el pecho, que se elevaba y descendía con profunda regularidad, yacía una joven muchacha de unos trece años de edad. Poseía la fuerte belleza de su pueblo y el color de su cabello era el de la miel sobre su tez morena. Podría haber estado dormida de forma tan natural como cualquier niña de su edad, salvo por el único y asombroso hecho de que sus ojos, tan azules como el maravilloso Mar Vilmiriano, miraban fijamente hacia el techo de la Tienda de Bronce y no parpadeaban en ningún momento.

-Mi pueblo cree que los de Quarzhasaat la han destruido para siempre -dijo Elric-. ¡Desearía que lo hubiera hecho, o que Melniboné hubiera mostrado menos arrogancia y completado lo que iniciaron sus brujos!

Raras veces ponía de manifiesto una emoción tan feroz contra aquellos que habían sido derrotados por los de su raza, pero ahora sólo sabía maldecir a lord Gho, pues estaba seguro de que habían sido sus hombres quienes cometieron este acto tan terrible. Reconoció la naturaleza de la brujería, puesto que no era muy diferente a lo que él mismo había aprendido, aunque su primo Yyrkoon había mostrado mucho más interés por estas artes tan específicas y se preocupaba de practicarlas mucho más que Elric.

-Pero ¿quién puede salvarla ahora? -dijo Raik Na Seem con suavidad, quizá un tanto inquieto ante aquel exabrupto de Elric en este lugar de meditación.

El albino se recuperó e hizo un gesto de disculpa.

-¿No hay pociones capaces de hacerla despertar de este sueño? -preguntó.

-Hemos consultado a todos y todo -contestó Raik Na Seem negando con un gesto de la cabeza-. El hechizo fue pronunciado por el jefe de la Secta del Gorrión, que resultó muerto cuando nos cobramos una venganza prematura.

Como deferencia para con los que estaban en el interior de la Tienda de Bronce, Raik Na Seem los condujo de nuevo al desierto. Allí había hombres de guardia, cuyas lámparas y antorchas arrojaban grandes sombras sobre la arena, mientras que los rayos de la luna de color rubí lo impregnaban todo de carmesí, de modo que al salir fue casi como si se hubieran visto anegados en una marea de sangre. Elric recordó que, de joven, había mirado en las profundidades de su Actorios, imaginándose la gema como una puerta de entrada hacia otros territorios, cada una de cuyas facetas representaba un ámbito diferente, pues para entonces ya había leído mucho sobre el Multiverso y sobre cómo se creía que estaba constituido.

-Roba el sueño que la tiene prisionera, Alnac Kreb -dijo Raik Na Seem-, y sabes que todo lo que poseemos es tuyo.

El agraciado hombre negro sacudió la cabeza.

-Salvarla sería toda la recompensa que deseo, padre. Pero temo no poseer las habilidades... ¿No lo ha intentado nadie?

-Hemos sido engañados más de una vez. Los Aventureros Brujos de Quarzhasaat, ya fuera creyéndose en posesión de vuestro conocimiento, o bien convencidos de que podrían realizar lo que sólo un ladrón de sueños puede llevar a cabo, acudieron a nosotros fingiendo ser miembros de los de vuestra profesión. Los hemos visto a todos volverse locos ante nuestros propios ojos. Algunos de ellos murieron. A otros los dejamos regresar a Quarzhasaat, con la esperanza de que advertirían a los demás para que no desperdiciaran sus vidas y nuestro tiempo.

-Parecéis muy paciente, Raik Na Seem -dijo Elric.

Recordó lo que había oído contar y comprendió ahora con mayor claridad por qué lord Gho buscaba tan desesperadamente a un ladrón de sueños para realizar esta tarea. Las noticias llevadas a Quarzhasaat por los enloquecidos Aventureros Brujos habían sido falseadas. Lo poco que lord Gho había sabido por ellas se lo había

comunicado a Elric. Pero ahora, el albino comprendió que era aquella niña la que realmente poseía el secreto del camino a la Perla en el Corazón del Mundo. Sin lugar a dudas, estaba enterada de su localización, como receptora que era de toda la sabiduría de su pueblo. Quizá fuera un secreto que debía guardar para sí misma. Fuera cual fuese la razón, era evidente que esta muchacha, Varadla, debía despertar de su sueño hechicero antes de que pudiera lograrse algún progreso. Y Elric sabía que, aun cuando se despertara, no era propio de su naturaleza el interrogarla, el rogarle que le comunicara un secreto que no estaba en sus manos conocer. Su única esperanza consistía en que ella le ofreciera libremente ese conocimiento, pero él sabía que no podría preguntárselo, ocurriera lo que ocurriese.

Raik Na Seem pareció comprender un poco el dilema en que se encontraba el albino.

-Hijo mío, sois amigo de mi hijo -dijo, utilizando el lenguaje formal de su pueblo-. Sabemos que no sois nuestro enemigo y que no habéis venido aquí por voluntad propia, dispuesto a robarnos lo que es nuestro. También sabemos que no tenéis intención de quitarnos ningún tesoro del que seamos guardianes. Debéis saber, Elric de Melniboné, que si Alnac Kreb puede salvar a nuestra Joven Santa, haremos todo lo que podamos para poneros en el camino de la Fortaleza de la Perla. La única razón para ocultároslo sería que Varadia, una vez despierta, nos advirtiera en contra de ofreceros esa ayuda. Pero en tal caso, eso, al menos, os lo diríamos.

-No podría recibir una promesa más justa -dijo Elric con agradecimiento-. Mientras tanto, Raik Na Seem, os ruego que me permitáis ayudar a proteger a vuestra hija contra todos aquellos que desearían causarle daño, y vigilarla hasta que Alnac vuelva a traerla de regreso a vos.

Alnac se había apartado un poco de ellos y se hallaba profundamente sumido en sus pensamientos, al borde de la luz de una antorcha, con su blanca capa de noche arrojando un sombra sonrosada bajo los rayos de la Luna de Sangre. Se había sacado del cinto el báculo curvado y ahora lo sostenía con ambas manos, mirándolo y murmurándole, de un modo muy similar a como Elric podría hablar con su espada rúnica.

Finalmente, el ladrón de sueños se volvió hacia ellos, con una expresión grave en el rostro.

-Haré todo lo que pueda -dijo-. Convocaré todos los recursos de que dispongo y utilizaré todo aquello que me ha sido enseñado, pero os advierto que tengo debilidades de carácter que todavía no he logrado superar. Hay otras debilidades que puedo controlar si se trata de exorcizar las pesadillas de un viejo mercader, o el trance de amor de un muchacho. Pero lo que veo aquí puede derrotar al más hábil de los ladrones de sueños, al más experimentado de mis compañeros de profesión. Aquí no puede producirse un éxito parcial; o tengo éxito, o fracaso. Estoy dispuesto a intentarlo debido a las circunstancias, en consideración a nuestra vieja amistad, porque maldigo todo aquello que representan los Aventureros Brujos. Eso me induce a intentar realizar la tarea.

-Es todo lo que esperaba -dijo Raik Na Seem sombríamente, impresionado por el tono de voz de Alnac.

-Si tenéis éxito traeréis el alma de la niña de regreso al mundo al que pertenece -dijo Elric - . Pero ¿qué perderéis si fracasáis, maese ladrón de sueños?

-Supongo que no será nada de gran valor -contestó Alnac encogiéndose de hombros.

Elric miró intensamente a los ojos de su nuevo amigo, y se dio cuenta de que mentía. Pero también comprendió que no deseaba que se le interrogara más sobre el tema.

-Debo descansar - dijo Alnac -. Y comer.

Se envolvió entre los pliegues de su capa de noche, y sus ojos oscuros se volvieron a mirar a los de Elric como si deseara intensamente compartir con él un secreto que, en el fondo de su corazón, sabía que no debía compartir con nadie. Luego, de repente, se dio media vuelta y se echó a reír.

-Si Varadia despertara como resultado de mis esfuerzos, y si supiera el lugar donde se encuentra vuestra terrible Perla, entonces, príncipe Elric, yo mismo habría realizado la mayor parte de vuestro trabajo. En tal caso, esperaría una parte de vuestra recompensa.

-Mi recompensa, como sabéis, será matar a lord Gho -replicó Elric con serenidad.

-En efecto -asintió Alnac, dirigiéndose de nuevo hacia la Tienda de Bronce, que se desplazaba y se estremecía como una especie de artefacto medio materializado del Caos-. Eso es exactamente lo que confío en compartir con vos.

La Tienda de Bronce estaba compuesta por la gran cámara central donde habían estado y una serie de cámaras más pequeñas donde los viajeros podían descansar y recuperarse. Fue a una de éstas hacia donde se dirigieron los tres hombres para acostarse y, todavía despiertos, considerar el trabajo que había que empezar a realizar al día siguiente. No hablaron, pero transcurrieron varias horas antes de que ninguno de ellos pudiera conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, mientras Elric, Raik Na Seem y Alnac Kreb se aproximaban al lugar donde yacía la Joven Santa, quienes todavía permanecían en el interior de la Tienda de Bronce se retiraron respetuosamente. Alnac Kreb sostenía con suavidad el báculo curvado en la mano derecha, casi balanceándolo, en lugar de sosteniéndolo, al tiempo que observaba fijamente el rostro de la niña a la que amaba como si fuera su propia hija. Un prolongado suspiro escapó de él y Elric observó que el sueño de la noche no le había refrescado. Tenía aspecto agotado y como si se sintiera desgraciado. Se volvió sonriente hacia el albino.

-Antes, al veros tomar algo del contenido de ese frasco de plata, casi tuve la intención de pediros un poco...

-La droga es venenosa y adictiva -dijo Elric, asombrado-. Creía habéroslo explicado.

-Sí, lo hicisteis. -La expresión de Alnac Kreb volvió a revelar que poseía pensamientos que se sentía incapaz de compartir- . Simplemente pensé que, en estas circunstancias, serviría de bien poco temer su poder.

-Eso es porque no lo conocéis -replicó Elric con seguridad-. Creedme, Alnac, si hubiera alguna forma de poder ayudaros en esta tarea, así lo haría. Pero no creo que ofreceros algo de este veneno fuera un acto de amistad...

Alnac Kreb sonrió un poco.

-Desde luego, desde luego -asintió, al tiempo que deslizaba el báculo curvado *de* una mano a otra-. Pero dijisteis que me vigilaríais, ¿no es cierto?

-Así os lo prometí. Y en cuanto me pidáis que saque de la Tienda de Bronce el báculo de los sueños, así lo haré.

-Eso es todo lo que podéis hacer, y os lo agradezco -dijo el ladrón de sueños-. Ahora empezaré. Adiós por el momento, Elric. Creo que estamos destinados a encontrarnos de nuevo, pero quizá no en esta existencia.

Y, tras decir estas misteriosas palabras, Alnac Kreb se aproximó a la joven que dormía, colocó el báculo de los sueños sobre los ojos fijos de la niña, aplicó el oído contra su corazón, y su propia mirada se hizo distante y extraña, como si él mismo hubiera entrado en trance. Después se irguió, balanceándose, tomó a la joven en sus brazos y la depositó con suavidad sobre la alfombra. A continuación, se tendió a su lado, tomó en su mano la mano sin vida de ella, y sostuvo el báculo en la otra. Su respiración se hizo más lenta y profunda y Elric casi creyó percibir una débil canción que surgía de la garganta del ladrón de sueños.

Raik Na Seem se inclinó hacia adelante y observó fijamente el rostro de Alnac, pero éste no le vio. Con su otra mano, levantó el báculo de los sueños de modo que el mango pasó entre las manos unidas de ambos, como si con ello tratara de asegurarse de mantener unidos a los dos.

Ante su sorpresa, Elric se dio cuenta de que el báculo de los sueños empezaba a brillar débilmente y a palpitar un poco. La respiración de Alnac se hizo todavía más profunda, sus labios se abrieron, sus ojos abiertos miraban fijamente por encima de él, tal como hacía Varadia.

Elric creyó haber oído a la niña murmurar algo, y no fue ninguna ilusión observar que un temblor se transmitía entre Alnac y la Joven Santa, mientras que el báculo de los sueños palpitaba al unísono con la respiración de ambos y adquiría un brillo mayor.

Entonces, de repente, el báculo de los sueños se puso a girar y a retorcerse, a moverse con una asombrosa velocidad entre ambos, como si hubiera penetrado en sus mismas venas y estuviera siguiendo a la sangre. Elric tuvo la impresión de un manojo de arterias y nervios, todos ellos iluminados por la extraña luz procedente del báculo de los sueños. Luego, Alnac emitió un único grito y su respiración dejó de ser el movimiento regular que había sido hasta entonces. En lugar de eso se hizo superficial, casi inexistente, mientras que la niña continuaba respirando con el mismo ritmo lento, profundo y regular.

El báculo de los sueños había vuelto a Alnac. Parecía arder desde el interior de su propio cuerpo, casi como si se hubiera fusionado con su espina dorsal y su córtex cerebral. El extremo del mango parecía brillar desde el interior de su cerebro, inundando su carne con una indescriptible luminiscencia, lo que dejaba al descubierto cada hueso, cada órgano, cada vena.

En cuanto a la niña, no parecía experimentar cambio alguno, hasta que Elric se fijó en ella con mayor atención, y observó con horror que sus ojos habían perdido el azul vibrante que tenía antes para convertirse en un negro azabache. De mala gana, miró desde el rostro de Varadla hasta el de Alnac y vio lo que no hubiera deseado ver: ahora, los ojos del ladrón de sueños habían adquirido un brillante tono azulado. Era como si los dos hubieran intercambiado sus almas.

El albino, con toda la experiencia de brujería que poseía, nunca había sido testigo de nada similar, y le pareció muy inquietante. Poco a poco, empezaba a comprender la extraña naturaleza de la convocatoria del ladrón de sueños, por qué podía ser tan peligroso, por qué eran tan pocos los que podían practicar el oficio, y muchos menos todavía los que deseaban hacerlo.

Entonces, empezó a producirse otro cambio. El báculo curvado pareció agitarse de nuevo y empezó a absorber la misma sustancia del ladrón de sueños, a tomar en sí mismo la sangre y la vitalidad de la carne, los huesos y el cerebro.

Raik Na Seem gimió aterrorizado. Retrocedió unos pasos, incapaz de controlarse.

- ¡Ah, hijo mío! ¡Qué os he pedido que hagáis!

Poco después, lo único que quedaba del espléndido cuerpo de Alnac Kreb era poco más que una cáscara, como la piel desechada de una crisálida transmutada. Pero el báculo de los sueños se hallaba colocado allí donde Alnac lo había dejado, en su propia mano y en la de Varadla, aunque ahora parecía más largo y reluciente, con una brillantez imposible, con sus colores moviéndose constantemente a través del espectro en parte natural y en parte sobrenatural.

-Creo que pone demasiado en su intento por salvar a mi hija -dijo Raik Na Seem-. Quizá mucho más de lo que

haría cualquiera.

-Lo dará todo -afirmó Elric-. Creo que eso forma parte de su naturaleza. Ésa es la razón por la que le llamáis hijo y confiáis en él.

-En efecto -asintió Raik Na Seem-. Pero ahora temo perder a un hijo al mismo tiempo que a una hija.

El anciano suspiró, preocupado, preguntándose, quizá, si después de todo había sido prudente por su parte el rogarle ese servicio a Alnac Kreb.

Durante más de un día y de una noche, Elric permaneció sentado, en compañía de Raik Na Seem, y los hombres y mujeres de los baraudim, en el interior de la Tienda de Bronce, con los ojos fijos en el cuerpo extrañamente hechizado de Alnac, el ladrón de sueños, que ocasionalmente se agitaba y murmuraba pero que, por lo demás, parecía hallarse sin vida, como los de las cabras momificadas que a veces dejaban al descubierto las arenas del desierto. Hubo una ocasión en la que Elric creyó percibir que la Joven Santa emitía un sonido. En otra ocasión, Raik Na Seem se incorporó y posó una mano sobre la frente de su hija, para luego regresar a su puesto, en silencio, sacudiendo tristemente la cabeza.

-No es el momento para desesperarse, padre de mi amigo -le dijo Elric.

-Tenéis razón. -El Primer Anciano de los baraudim hizo un esfuerzo por controlarse y luego se volvió a sentar junto a Elric-. Aquí, en el desierto, damos mucho valor a las profecías. Por lo visto, nuestros anhelos por encontrar ayuda han matizado nuestra razón.

Por la mañana, salieron de la tienda. El humo de las fogatas todavía encendidas se desplazaba a través de un cielo coloreado de lila, se elevaba y era desplazado hacia el norte por una brisa suave. Ahora, el olor casi le pareció nauseabundo a Elric, pero la preocupación que sentía por su nuevo amigo le hizo olvidarse de su propia salud. Ocasionalmente, tomaba un poco del elixir de lord Gho, incapaz de hacer otra cosa que no fuera tratar de controlar sus anhelos, y cuando Raik Na Seem le ofreció agua de su propia cantimplora, Elric denegó con un gesto de la cabeza. En su interior todavía se agitaban numerosos conflictos. Sentía una fuerte camaradería con esta gente, le gustaba Raik Na Seem, a quien valoraba mucho. Se preocupaba por Alnac Kreb, quien le había ayudado a salvar su vida, en una acción tan evidentemente generosa como lo era el carácter general de aquel hombre. Elric se sentía agradecido por la confianza que el baraudim había depositado en él. Después de haber escuchado su historia habría tenido derecho a arrojarle por lo menos del Oasis de la Flor de Plata. Pero en lugar de eso le había llevado a la Tienda de Bronce cuando ardía la Luna de Sangre, permitiéndole seguir así las instrucciones de lord Gho, confiado en que no abusaría de su gesto. Ahora, estaba unido a ellos por una lealtad que jamás podría transgredir. Quizá ellos lo supieran. Quizá eran capaces de leer su carácter con la misma facilidad con que leían el de Alnac. Este sentido de su confianza le conmovía, pero eso no hacía sino dificultar la realización de su tarea, y estaba decidido a no traicionarla de ningún modo, ni siquiera inadvertidamente.

Raik Na Seem olfateó el aire y miró hacia el distante oasis.

Una columna de humo negro se elevaba en el cielo, haciéndose cada vez más y más alta, mezclándose con el humo más cercano. A Elric no le habría sorprendido nada que aquel humo adquiriera forma ante sus ojos, de tan familiarizado como se sentía con los acontecimientos ocurridos en los últimos días.

-Se ha producido otro ataque -dijo Raik Na Seem, aunque lo dijo sin ningún matiz de preocupación en su voz-. Confiemos en que sea el último. Están quemando cuerpos.

-¿Quién os ataca?

-Más hombres de las sectas de los Aventureros Brujos. Sospecho que sus decisiones tienen algo que ver con la política interna de la ciudad. Docenas de ellos luchan por obtener uno u otro favor..., quizá el puesto en el Consejo que vos mismo habéis mencionado. De vez en cuando, sus intrigas también nos afectan a nosotros. Estamos acostumbrados a esta situación. Pero supongo que la Perla en el Corazón del Mundo se ha convertido en el único premio capaz de pagar ese puesto, ¿verdad? Así pues, a medida que se difunde la noticia, cada vez aparecen más guerreros dispuestos a encontrarla. -Raik Na Seem hablaba con un feroz humor-. Confiemos en que terminen pronto por quedarse sin habitantes hasta que finalmente sólo queden los señores intrigantes, peleándose entre sí por un poder inexistente sobre un pueblo igualmente inexistente.

Elric observó a toda una tribu de nómadas que pasaban a caballo, a cierta distancia de la Tienda de Bronce como una forma de demostrar su respeto. Estas gentes de piel bronceada y blanca poseían ardientes ojos azules, tan brillantes como aquellos que, dentro de la tienda, miraban fijamente hacia la nada, y cuando se echaban las capuchas hacia atrás, mostraban cabellos asombrosamente rubios, como los de Varadia. Sus vestiduras, sin embargo, los distinguían de los baraudim. Predominaba un vivo tono lavanda, con ribetes dorados y verdeoscuros. Se dirigían hacia el Oasis de la Flor de Plata, y conducían rebaños de ovejas, montados sobre aquellas bestias jorobadas que parecían bovinos y que, según había declarado Alnac, se hallaban muy bien adaptadas al desierto.

-Son los Waued Nii -dijo Raik Na Seem-. Siempre son los últimos en llegar a cualquier asamblea. Proceden de los mismos límites del desierto y comercian con Elwehr, de donde traen el lapislázuli y el jade que tanto valoramos

nosotros. En el invierno, cuando las tormentas son demasiado intensas para ellos, cabalgan incluso a través de las llanuras y penetran en las ciudades.

Según tienen por costumbre fanfarronear, en un tiempo saquearon Phum, pero creemos que fue otro lugar más pequeño que ellos confundieron por Phum. Eso se convirtió en una broma que las gentes del desierto acostumbrábamos hacer a expensas de los Waued Nii.

-Yo tuve un amigo originario de Phum -dijo Elric-. Se llamaba Rackhir, y buscaba Tanelorn.

-Rackhir..., lo conozco. Un buen arquero. El año pasado viajó con nosotros durante unas pocas semanas.

Elric se sintió extrañamente encantado ante la noticia.

-¿Estaba bien?

-Mostraba un excelente estado de salud. -A Raik Na Seem le agradó disponer de un tema de conversación que apartara sus pensamientos del destino de su hija y de su hijo adoptivo-. Fue un huésped muy bien recibido y cazó para nosotros cuando nos acercamos a las Columnas Accidentadas, pues por allí hay caza que a nosotros nos falta la habilidad para encontrar. Habló de un buen amigo suyo. Un amigo que tenía muchos pensamientos que le inducían a meterse en muchos apuros. Sin lugar a dudas se refería a vos. Ahora lo recuerdo. Tuvo que haber estado bromeando. Dijo que erais un poco pálido. Se preguntaba qué habría sido de vos. Creo que se preocupaba por nosotros.

-Y a mí me preocupa él. Teníamos algo en común. El mismo lazo que siento por vuestro pueblo y por Alnac Kreb.

- Imagino que compartiríais peligros.

-Tuvimos muchas experiencias extrañas. Él, sin embargo, estaba cansado de buscar esa clase de cosas, y confiaba en poder retirarse, en encontrar la paz. ¿Sabéis hacia dónde se dirigió a partir de aquí?

-Sí, como bien decís andaba a la búsqueda de la legendaria Tanelorn. Una vez que hubo aprendido todo lo que pudo de nosotros, se despidió y cabalgó hacia el oeste. Le aconsejamos que no desperdiciara su tiempo en persecución de un mito, pero él estaba convencido de saber lo suficiente como para continuar su búsqueda. ¿No quisisteis viajar con vuestro amigo?

-Tengo otros deberes que me reclaman, aunque yo también he buscado Tanelorn.

Habría añadido más, pero se lo pensó mejor. Cualquier otra explicación habría hecho que acudieran a su mente recuerdos y problemas que no sentía deseos de contemplar por el momento. Su principal preocupación era Alnac Kreb y la joven.

-Ah, sí. Ahora lo recuerdo. Sois un rey en vuestro propio país, aunque de mala gana, por lo que tengo entendido. Los deberes son duros para un hombre joven. Se espera mucho de vos, y lleváis demasiada carga sobre vuestros hombros, el peso del pasado, los ideales y las lealtades de todo un pueblo. Es difícil gobernar bien, emitir buenos juicios, dispensar la justicia con ecuanimidad. Aquí, entre los baraudim, no tenemos reyes. Sólo somos un grupo de hombres y mujeres elegidos para hablar en nombre de todo el clan, y creo que es mucho mejor compartir esa clase de cargas. Si todos comparten la carga, si todos son responsables ante sí mismos, entonces ningún ser individual tendrá que soportar un peso que sea demasiado para él.

-La razón por la que viajo es para aprender más sobre esos medios de administrar justicia -dijo Elric -. Pero os diré una cosa, Raik Na Seem, mi pueblo es tan cruel como el de Quarzhasaat, y tiene más poder real. Tenemos una muy ligera noción de la justicia y las obligaciones de gobierno implican para nosotros poco más que inventar nuevos terrores mediante los que poder manipular y controlar a los demás. Creo que el poder es un hábito tan terrible como la poción que ahora me veo obligado a beber con objeto de sobrevivir. Se alimenta de sí misma. Es como una bestia hambrienta que devora a aquellos que la poseen y a aquellos que la odian, e incluso a quienes lo detentan.

- La bestia hambrienta no es poder por sí misma -dijo el anciano-. El poder no es bueno ni malo. Lo que lo hace ser bueno o malo es el uso que se haga de él. Sé que, en otros tiempos, Melniboné gobernó el mundo, o la parte del mismo que pudo descubrir y la parte que no pudo destruir.

-Parecéis saber de mi nación mucho más de lo que mi nación sabe sobre la vuestra -dijo el albino con una sonrisa.

-En nuestro pueblo se dice que todos llegamos al desierto porque huimos primero de Melniboné y luego de Quarzhasaat. Cada uno de esos dos imperios era tan cruel como el otro, cada cual tan corrupto, y a nosotros no nos importaba quién destruía a quién. Habíamos confiado en que ambos se exterminarían mutuamente, pero, desde luego, no ocurrió así. Ocurrió la segunda cosa mejor que podía suceder: Quarzhasaat casi se destruyó a sí misma y Melniboné se olvidó de ella..., ¡y de nosotros! Creo que poco después de su guerra, Melniboné se sintió aburrida con la expansión y se retiró para gobernar únicamente los Reinos Jóvenes. Ahora, tengo entendido que gobierna incluso menos.

-Sólo la Isla del Dragón. -Elric descubrió que sus pensamientos volvían a Cymoril y trató de no pensar en ella-.

Pero más de un asaltante intentó navegar contra ella y saquear sus riquezas. Descubrieron, sin embargo, que seguía siendo demasiado poderosa para ellos. Así que, en lugar de eso, tuvieron que conformarse con seguir comerciando con ella.

-El comercio siempre fue superior a la guerra -dijo Raik Na Seem.

De pronto, se volvió a mirar por encima del hombro, hacia el cuerpo marchito de Alnac. El dorado perfil del báculo de los sueños volvía a relucir y a palpitar, como lo había hecho de vez en cuando desde que Alnac se tumbara junto a la joven.

-Es un órgano muy extraño -comentó Raik Na Seem-. Casi como una segunda espina dorsal.

Se disponía a decir algo más cuando hubo un débil movimiento en los rasgos de Alnac y un gemido terrible y desolado escapó de aquellos labios sin sangre.

Ambos se volvieron y se arrodillaron a su lado. Los ojos de Alnac todavía mostraban un azul vivo, mientras que los de Varadla seguían negros.

-Se está muriendo -susurró el Primer Anciano-, ¿verdad, príncipe Elric? -Pero Elric no sabía más que el Baraudi-. ¿Qué podemos hacer por él?

Elric tocó la fría carcasa curtida. Levantó una muñeca casi sin peso y no pudo percibir el latido del pulso. Y fue en ese preciso momento, asombrosamente, cuando los ojos de Alnac se transformaron de azul en negro y miró a Elric con su antigua expresión de inteligencia.

-Ah, habéis venido a ayudarme. Ahora sé dónde está la Perla. Pero se halla demasiado bien protegida.

La voz era apenas un susurro procedente de la boca reseca. Elric tomó al ladrón de sueños en sus brazos.

-Os ayudaré, Alnac. Decidme cómo debo hacerlo.

-No podéis. Hay cavernas... Estos sueños están pudiendo conmigo. Me ahogan. Me absorben y me ahogan. Estoy condenado a unirme con aquellos que ya han sido condenados. Pobre compañía para alguien corno yo, príncipe Elric. Pobre compañía...

El báculo de los sueños palpitó y brilló con un tono tan blanco como los huesos blanqueados. Los ojos del ladrón de sueños volvieron a hacerse azules y luego, de nuevo, negros. Un poco de aire tenue se agitó en los restos correosos de su garganta. De repente, apareció una expresión de horror en su rostro.

- ¡Ah, no! ¡Debo encontrar la voluntad!

El báculo de los sueños se movió como una serpiente a través de su cuerpo, luego se deslizó en el de Varadia y después regresó al suyo.

-Oh, Elric -musitó la voz-. Ayudadme si podéis. Oh, estoy atrapado. Esto es lo peor que he conocido nunca.

A Elric le pareció que sus palabras surgían directamente desde la tumba, como si su amigo ya estuviera muerto.

-Elric, si hay alguna forma...

Entonces, el cuerpo se estremeció, pareció llenarse con una sola y enorme inspiración, mientras el báculo de los sueños parpadeaba y se agitaba de nuevo, y luego permaneció quieto, echado, como había estado desde el principio, con el báculo en las dos manos entrelazadas.

-Ah, amigo mío, he sido un estúpido al considerarme capaz de sobrevivir a esto... -La voz tenue se desvaneció todavía más-. De haber comprendido la naturaleza de la mente de esta niña... ¡Es tan fuerte! ¡Tan fuerte!

-¿De qué habla? -preguntó Raik Na Seem-. ¿De mi hija? ¿De aquello que se ha apoderado de ella? Mi hija es de las mujeres Sarangli. Su abuela hechizaba a tribus enteras para hacerles creer que habían muerto de enfermedad. Se lo dije a él. ¿Qué es lo que no comprende?

-Oh, Elric, ¡ella me ha destruido!

Se produjo un temblor de la frágil mano que se extendía hacia la del albino.

Luego, de repente, todo el color y la vida regresaron como una inundación al cuerpo de Alnac, que pareció expandirse hasta recuperar su tamaño y vitalidad normales. El báculo curvado volvió a transformarse en el artefacto que Elric había visto desde el principio en el cinto de Alnac.

El agraciado ladrón de sueños esbozó una mueca. Parecía sentirse sorprendido.

- ¡Vivo! ¡Elric, estoy vivo!

Agarró con firmeza el báculo e hizo ademán de levantarse. Entonces, tosió y algo nauseabundo brotó rezumante de sus labios, como un gusano gigantesco a medio digerir, como si regurgitara sus propios órganos putrefactos. Se limpió aquella materia viscosa. Por un momento, se sintió aturdido, y una expresión de terror apareció de nuevo en sus ojos.

-No. -Alnac pareció reconciliarse consigo mismo-. Fui demasiado orgulloso. Muero, desde luego. -Se dejó caer sobre la sábana, al tiempo que Elric intentaba sostenerlo. Pero el ladrón de sueños, con su vieja ironía, negó con un gesto *de* la cabeza-. Creo que ya es un poco demasiado tarde. Después de todo, no es mi destino ser vuestro compañero, señor campeón, en este plano.

Elric, para quien aquellas palabras no tenían sentido alguno, creía que Alnac estaba delirando, y trató de

tranquilizarlo.

Luego, el báculo cayó de la mano del ladrón de sueños y éste rodó sobre un costado antes de emitir un grito tembloroso, como un gemido, y un hedor que amenazó con expulsar a Elric y a Raik Na Seem de la Tienda de Bronce, de tan fuerte como era. Su cuerpo pareció pudrirse delante de sus propios ojos, incluso mientras el ladrón de sueños intentaba hablar de nuevo sin lograrlo.

Después de esto, Alnac Kreb murió.

Elric, que lloraba la pérdida de un hombre bueno y valiente, sintió entonces que aquello acababa de determinar su propia condena y la de Anigh. La muerte del ladrón de sueños sugería la existencia de fuerzas de las que el albino no entendía nada, a pesar de toda su sabiduría hechicera. No había traído consigo ningún grimorio que pudiera darle aunque sólo fuera una indicación de tal destino. Había visto cosas peores ocurridas a aquellos que se entremetían con la brujería, pero aquí se encontraba ante una clase de brujería que ni siquiera se sentía capaz de empezar a interpretar.

-Se ha marchado, pues -dijo Raik Na Seem.

-Sí. -La propia respiración de Elric se estremeció en su garganta-. Sí. Su valor era mucho mayor de lo que ninguno de los dos sospechábamos, incluido yo mismo.

El Primer Anciano caminó lentamente hacia donde se encontraba su hija, todavía dormida en su terrible trance. Observó fijamente sus ojos azules, como si confiara en ver los ojos negros en alguna parte de ella.

-¿Varadia?

La joven no respondió.

Solemnemente, Raik Na Seem tomó a la Joven Santa y la depositó de nuevo sobre el estrado, dejándola entre los cojines donde continuó durmiendo un sueño natural, como si él, su padre, acabara de acostarla para descansar por la noche.

Elric observó los restos del ladrón de sueños. Había comprendido, sin lugar a dudas, el precio del fracaso, y quizá fuera ése el secreto que antes se había negado a compartir.

-Todo ha terminado -dijo Raik Na Seem con suavidad-.

Ahora ya no se me ocurre nada más que hacer por ella. Él ha entregado demasiado. - Hacía esfuerzos por no perderse en pensamientos de automortificación y desesperación-. Tenemos que tratar de pensar en lo que debemos hacer. ¿Querréis ayudarme en esto, amigo de mi hijo?

-Si puedo.

Al incorporarse, Elric percibió un ruido tras él. Al principio, creyó que era alguna mujer Baraudi que llegaba para llorar la pérdida. Miró hacia atrás, a la luz que entraba en la tienda, y sólo distinguió un perfil.

Era una mujer joven, pero no pertenecía a los baraudim. Entró en la tienda lentamente y había lágrimas en sus ojos al mirar fijamente el cuerpo arruinado de Alnac Kreb.

-¿He llegado demasiado tarde? -preguntó.

Su voz musical mostraba la pena más intensa. Se llevó una mano a la cara.

-No debería haber intentado realizar una tarea como ésta. En el Oasis de la Flor de Plata me dijeron que habíais venido aquí. ¿Por qué no podríais haber esperado un poco más? Apenas un día más habría sido suficiente.

La mujer hizo un gran esfuerzo para controlar su dolor y Elric sintió un repentino y oscuro parentesco con ella.

Dio un nuevo paso hacia el cuerpo. Era dos o tres centímetros más baja que Elric, con un rostro en forma de corazón enmarcado por un cabello espeso y moreno. Delgada y bien proporcionada, llevaba un justillo acolchado y desabrochado que dejaba ver el forro de seda roja, y unos suaves pantalones de terciopelo, botas de montar hechas de fieltro recamado y sobre todo ello una capa de algodón casi transparente echada sobre los hombros. Al cinto ceñía una espada, y por el hombro izquierdo le asomaba un bastón curvado de oro y ébano, una versión mucho más elaborada del que ahora yacía sobre la alfombra, junto al cadáver de Alnac.

-Yo le enseñé todo lo que sabía sobre su arte -dijo ella-. Pero no era suficiente para esto. ¡Cómo se le ocurrió pensar que podría haberlo sido! Jamás habría podido conseguir una cosa así. No tenía el carácter necesario para ello.

Se volvió hacia otro lado, limpiándose el rostro. Al volver a mirar ya le habían desaparecido las lágrimas y miró directamente a Elric a los ojos.

-Soy Oone -dijo. Luego se inclinó brevemente ante Raik Na Seem-. Soy el ladrón de sueños que enviasteis a buscar.

# *Segunda parte*

*¿Existe una hija, nacida en sueños, cuya carne es de nieve y sus ojos de rubí, que mira fijamente ámbitos cuya sustancia parece tan fuerte como la agonía, mientras yace tumbada? ¿Existe una niña, nacida de los sueños, que lleva en sus venas sangre tan antigua como el Tiempo, destinada un día a fundirse con la mía, para dar una nueva reina a nuevas tierras?*

Crónica de la Espada Negra

# 1
# Cómo un ladrón puede instruir a un emperador

Oone se sacó un hueso de dátil de la boca y lo tiró a la arena del Oasis de la Flor de Plata. Extendió la mano hacia una de las flores de cactus que daban nombre al lugar, y acarició los pétalos con dedos largos y delicados. Canturreó algo como para sí misma que a Elric le pareció más un lamento.

Respetuoso, permaneció en silencio, sentado, con la espalda apoyada contra un tronco de palmera, contemplando el distante campamento y su continua actividad. Ella le había pedido que la acompañara, pero había hablado poco. Escuchó una llamada desde el kashbeh que se elevaba en lo alto, pero al mirar en esa dirección no vio nada. La brisa soplaba sobre el desierto y, en el horizonte, un polvo rojizo se precipitaba hacia las Columnas Accidentadas.

Era casi mediodía. Habían regresado al Oasis de la Flor de Plata aquella misma mañana, y los pocos restos que quedaban de Alnac Kreb iban a ser incinerados aquella noche con honor, según las costumbres de los baraudim.

Oone ya no llevaba el báculo a la espalda. Ahora sostenía el báculo de los sueños con ambas manos, dándole vueltas y más vueltas, mientras observaba con atención la luz sobre la superficie pulida, como si lo acabara de ver por primera vez. El otro báculo, el de Alnac, se lo había colgado del cinto.

-Habría visto un poco facilitada mi tarea si Alnac no hubiera actuado tan precipitadamente -dijo de repente-. No sabía que yo estaba en camino y trató de hacer lo que pudo para salvar a la niña, lo sé. Pero apenas unas pocas horas más y habría podido utilizar su ayuda, quizá con éxito. Desde luego, podría haberle salvado.

-No comprendo lo que le sucedió -dijo Elric.

-Ni siquiera yo misma entiendo bien la causa de su caída -dijo ella-, pero explicaré lo que pueda. Por esa razón os pedí que me acompañarais. No desearía que nadie nos oyera. Y debo pediros vuestra palabra de que seréis discreto.

-Siempre lo soy.

-Para siempre -exigió ella.

-¿Para siempre?

-Tenéis que prometerme no decir nunca a nadie lo que voy a deciros hoy, ni volver a contar ningún acontecimiento que sea el resultado de lo que os diga. Tenéis que aceptar comprometeros con un código propio de los ladrones de sueños, aunque no pertenezcáis a los de nuestra profesión.

- ¿Por qué razón? -preguntó Elric atónito.

-¿Queréis salvar a su Joven Santa? ¿Vengar a Alnac? ¿Liberaros vos mismo de la esclavitud de la droga? ¿Ajustar ciertas iniquidades en Quarzhasaat?

-Desde luego que sí.

-En tal caso, podemos llegar a un acuerdo, pues lo cierto es que, a menos que nos ayudemos el uno al otro, vos, la niña y quizá yo misma estaremos muertos antes de que se desvanezca la Luna de Sangre.

-¿Estáis segura? -preguntó Elric con un hosco regocijo-. ¿Quiere eso decir que sois también un oráculo?

-Todos los ladrones de sueños lo somos en cierta medida. -Ella se mostraba casi impaciente, como si hablara con un niño que comprendiera las cosas con lentitud. Se contuvo-. Os ruego que me disculpéis. He olvidado que nuestro arte es desconocido en los Reinos Jóvenes. De hecho, es bastante raro que viajemos a este plano.

-He conocido a muchos seres sobrenaturales en mi vida, milady, pero pocos que parezcan tan humanos como vos.

-¿Humanos? ¡Pues claro que soy humana! -exclamó con extrañeza. Luego, desapareció el ceño fruncido de su frente-. Ah, olvidaba que sois al mismo tiempo más sofisticado y menos erudito que los de mi profesión. -Le dirigió una sonrisa-. Todavía no me he recuperado del todo de la innecesaria disolución de Alnac.

-No tendría por qué haber muerto. -Elric habló con un tono de voz inexpresivo en el que no había ningún matiz interrogativo. Había conocido a Alnac el tiempo suficiente como para considerarlo su amigo. Comprendía algo la pérdida de Oone-. ¿Y no hay forma alguna de revivirle?

-Perdió toda su esencia -dijo Oone-. En lugar de robar un sueño, le robaron el suyo. -Hizo una breve pausa y luego habló con rapidez, como si temiera lamentar más tarde sus palabras-. ¿Me ayudaréis, príncipe Elric?

-Sí -respondió sin vacilar-. Si es para vengar a Alnac y para salvar a la niña.

-¿Aunque os arriesguéis a correr el destino de Alnac? ¿El destino que vos mismo habéis presenciado?

-Aun así. ¿Acaso puede ser peor eso que morir a causa del poder de lord Gho?

-Sí -se limitó a responder ella.

Elric se echó a reír ante su franqueza.

-Ah, está bien, da lo mismo. ¡Da lo mismo! ¿Cuál es vuestra propuesta?

Ella volvió a mover la mano hacia los pétalos plateados, al tiempo que equilibraba el báculo entre los dedos. Tenía el ceño fruncido, como si todavía no estuviera muy segura de tomar la decisión correcta.

-Creo que sois uno de los pocos mortales de esta tierra capaces de comprender la naturaleza de mi profesión, de saber lo que quiero decir cuando hablo de la naturaleza de los sueños, de la realidad, y de cómo se entrecruzan. También creo que poseéis hábitos mentales que os convierten si no en un perfecto aliado, sí en alguien de quien puedo depender hasta cierto punto. Nosotros, los ladrones de sueños, hemos convertido nuestra profesión en una ciencia que, lógicamente, no tolera ninguna ley consistente. Últimamente se nos ha permitido practicar nuestro arte gracias, en buena medida, a que somos capaces, hasta cierto punto, de imponer nuestra propia voluntad sobre el caos con el que nos encontramos. ¿Tiene eso algún sentido para vos, príncipe Elric?

-Creo que sí. En mi propio pueblo hay filósofos que afirman que buena parte de nuestra magia no es más que la imposición de una voluntad poderosa sobre la materia fundamental de la realidad, una habilidad, si queréis, para lograr que los sueños se conviertan en realidad. Algunos afirman incluso que todo nuestro mundo fue creado de ese modo.

Oone pareció complacida ante sus palabras.

-Bien. Sabía que teníais ciertas ideas que no me sería necesario explicaros.

-Pero ¿qué queréis que haga?

-Quiero que me ayudéis. Juntos podemos encontrar un camino para llegar a lo que los Aventureros Brujos llaman la Fortaleza de la Perla y, al hacerlo así, uno de los dos, o incluso ambos, podemos robar el sueño que ata a esa niña al sueño perpetuo, liberarla para que recupere la vigilia, y hacerla volver a su pueblo, a su capacidad de vidente y a su orgullo.

· ¿Queréis decir entonces que ambas cosas están unidas?

· Elric empezó a incorporarse, ignorando el anhelo sempiterno que sentía por la droga-. ¿La niña y la Perla?

-Creo que sí.

-¿Cuál es el eslabón que las une?

-No me cabe la menor duda de que al descubrir eso descubriremos también la forma de liberarla.

-Disculpadme, lady Oone -dijo Elric con amabilidad-, pero me da la impresión de que sois tan ignorante como yo.

-En cierto modo, eso es cierto. Pero antes de seguir debo pediros que juréis el Código del Ladrón de Sueños.

-Lo juro -dijo Elric, y extendió la mano en la que su Acto–rios brillaba para demostrar que lo juraba sobre uno de los artefactos más reverenciados por su pueblo-. Os lo juro por el Anillo de Reyes.

-En ese caso, os diré lo que sé y lo que deseo de vos -siguió diciendo Oone.

Pasó la mano libre por el brazo de Elric y lo condujo un poco más allá, hacia los bosquecillos de palmeras y cipreses. Al percibir la estremecida hambre que había en él, que anhelaba tomar la terrible droga de lord Gho, pareció mostrarle cierta simpatía.

-Un ladrón de sueños hace exactamente lo que eso indica -empezó a decir-. Robamos los sueños. Originalmente, nuestro gremio estuvo compuesto por verdaderos ladrones. Aprendimos el truco de penetrar en el mundo de los sueños de otras gentes y robar aquellos que nos parecían más exóticos y magníficos. Gradualmente, sin embargo, la gente empezó a llamarnos para que robáramos los sueños no deseados, o más bien los sueños que atrapaban y acosaban a los amigos o familiares. Así pues, nos dedicamos a robar esa clase de sueños. Frecuentemente, no eran nocivos para nadie, excepto para la persona a la que tenían bajo su poder...

-¿Estáis diciendo que un sueño tiene algo de realidad material? -le interrumpió Elric-. ¿Que puede ser atrapado, como un volumen de versos, o una bolsa de dinero, y quitárselo a hurtadillas a su propietario?

-Esencialmente, sí, así es. O más bien debería decir que los de nuestro gremio aprendieron el truco de hacer los sueños suficientemente reales como para manejarlos de ese modo. -Se echó a reír abiertamente ante la confusión de Elric y en ese momento desapareció de ella algo de su recelo-. Para ello se necesita un cierto talento y mucho entrenamiento.

-Pero ¿qué hacéis con esos sueños robados?

-Los vendemos, dos veces al año en el Mercado de los Sueños, ¿qué otra cosa podríamos hacer, príncipe Elric? Existe un magnífico comercio con casi toda clase de sueños, sin que importen lo extraños o terroríficos que sean.

Hay comerciantes que los compran para venderlos a clientes que los desean. Nosotros los destilamos, claro está, hasta convertirlos en una forma capaz de ser transportada, y luego los traducimos. Y como hacemos que los sueños cobren sustancia, también nos vemos amenazados por ellos. Esa sustancia puede destruirnos, como habéis visto por lo que le ha ocurrido a Alnac. Se necesita tener un cierto carácter, una cierta estructura mental, una cierta actitud de espíritu, todo ello combinado para protegerse una misma en el Ámbito de los Sueños. Pero como hemos codificado esos ámbitos, también los hemos convertido, hasta cierto punto, en susceptibles de ser manipulados.

-Si queréis que os siga, tenéis que explicarme más cosas al respecto -dijo Elric.

-Muy bien.

Ella se detuvo al borde del bosquecillo, donde la tierra se hacía más polvorienta y formaba un territorio entre el oasis y el desierto que era un poco ambas cosas sin llegar a ser ninguna de las dos. Estudió aquella tierra agrietada, como si las grietas fueran los perfiles de un mapa singularmente complicado, una geometría que sólo ella pudiera comprender.

-Hemos establecido reglas -siguió diciendo con una voz distante, casi como si hablara consigo misma-. Y hemos codificado lo que hemos descubierto a lo largo de muchos siglos. Y, sin embargo, todavía nos vemos sometidos a los riesgos más inimaginables...

-Esperad un momento. ¿Estáis sugiriendo que Alnac Kreb, gracias a alguna hechicería conocida sólo por los de vuestro gremio, penetró en el mundo de los sueños de la Joven Santa y allí sufrió aventuras como vos y yo podríamos sufrir en este mundo material?

-Lo habéis expresado muy bien -asintió volviéndose hacia él con una extraña sonrisa en los labios-. En efecto. Y la sustancia de Alnac se marchó a ese mundo y fue absorbida por él, fortaleciendo la sustancia de los sueños de ella...

-De los mismos sueños que él esperaba robar.

-Sólo esperaba robar uno. Aquel que aprisionaba a la niña en su sueño perpetuo.

-¿Y decís que después lo vendería en el Mercado de los Sueños?

-Quizá.

Por lo visto, no estaba muy dispuesta a hablar de ese aspecto de la cuestión.

-¿Dónde se celebra ese mercado?

-En un ámbito situado más allá de éste, en un lugar al que sólo pueden viajar aquellos que son de nuestra profesión, o que están por encima de nosotros.

-¿Me llevaréis allí? -preguntó Elric con curiosidad.

La mirada que ella le dirigió fue una mezcla de regocijo y de recelo.

-Posiblemente. Pero antes tenemos que alcanzar éxito. Tenemos que robar un sueño para poder comerciar con él allí. Sabed, Elric, que tengo deseos de informaros acerca de todo lo que deseéis saber, pero que hay muchas cosas difíciles de explicar para alguien que no haya estudiado en nuestro gremio. Se trata de cosas que sólo se pueden demostrar o experimentar. Yo no soy nativa de vuestro mundo, del mismo modo que la mayoría de los ladrones de sueños no pertenecen a esta esfera. Somos errantes, casi se podría decir que nómadas, entre muchos tiempos y lugares. Hemos aprendido que un sueño en un ámbito puede ser una realidad innegable en otro ámbito, mientras que aquello que es de lo más prosaico en ese ámbito puede ser materia de la más fantástica de las pesadillas en otra esfera.

-¿Es que la creación es tan maleable? -preguntó Elric sin poder evitar un estremecimiento.

-Así debe ser con aquello que creamos, para que no muera -contestó ella con un tono de irónica determinación.

-Supongo que la lucha entre la Ley y el Caos se asemeja a esa otra lucha que se libra dentro de nosotros mismos, entre la emoción desatada y la precaución excesiva -musitó Elric, consciente de que ella no deseaba seguir esta conversación en particular.

Con el pie, Oone siguió las grietas sobre la tierra roja.

-Para saber más tenéis que convertiros en aprendiz de ladrón de sueños...

- Con gusto lo haría - dijo Elric-. Ahora ya siento suficiente curiosidad. Habéis hablado de vuestras leyes. ¿Cuáles son?

-Algunas son instructivas, y otras descriptivas. Primero os diré que hemos determinado que cada Ámbito de los Sueños debe tener siete aspectos, a cada uno de los cuales hemos dado un nombre. Al nombrarlos y describirlos confiamos en configurar aquello que no tiene forma, y en controlar aquello que muy pocos pueden empezar a controlar. Gracias a tales imposiciones, hemos aprendido a sobrevivir en mundos allí donde otros serían destruidos en pocos minutos. Pero incluso cuando llevamos a cabo tales imposiciones, cuando logramos definir hasta nuestra propia voluntad, eso puede verse transmutado y quedar fuera de nuestro control. Si me acompañáis y me ayudáis en esta aventura, debéis saber que he determinado que tenemos que atravesar siete territorios. Al primero lo llamamos Sadanor, o el País de los Sueños en Común. El segundo es Marador, que llamamos el País de los Viejos Deseos, mientras que el tercero es Paranor, el País de las Creencias Perdidas. El cuarto es conocido por los ladrones de

sueños como Celador, que es el País del Amor Olvidado. El quinto es Imador, el País de la Nueva Ambición, y el sexto es Falador, el País de la Locura.

-Son nombres muy imaginativos, desde luego. Por lo visto, el gremio de ladrones de sueños siente cierta inclinación por la poesía. ¿Y el séptimo? ¿Cómo se llama?

Ella hizo una pausa antes de contestar. Sus maravillosos ojos se fijaron intensamente en los de Elric, como si quisiera explorar los recovecos de su cráneo.

-Ése no tiene nombre -contestó despacio-, salvo cualquier nombre que sus habitantes quieran darle. Pero es allí donde encontraréis, si es que podéis encontrarla en alguna parte, la Fortaleza de la Perla.

Elric se sintió atrapado por aquella suave pero decidida mirada que le penetraba.

-¿Y cómo podemos entrar en esos territorios?

El albino hizo un esfuerzo por plantear estas preguntas, a pesar de que todo su cuerpo ansiaba tomar ahora un trago del elixir de lord Gho. Ella percibió cierta tensión y la mano que tenía posada sobre su brazo se apretó ligeramente, como si tratara de tranquilizarlo y reconfortarlo.

-A través de la niña -contestó Oone.

Elric recordó la escena de la que había sido testigo en la Tienda de Bronce y se estremeció.

-¿Cómo puede lograrse una cosa así?

Oone frunció el ceño y aumentó la presión de su mano.

-Es nuestra puerta de entrada, y el báculo de los sueños es nuestra llave. No hay forma de que yo le pueda hacer daño a la niña, Elric. Una vez que hayamos llegado al séptimo aspecto, el País sin Nombre, quizá encontremos allí la llave que nos permita abrir su prisión particular.

-¿Queréis decir que ella es una médium? ¿Es eso lo que le ha ocurrido? ¿Conocían los Aventureros Brujos algo de su poder y al intentar utilizarlo la pusieron en este trance?

Antes de responder, ella vaciló de nuevo, pero finalmente asintió con un gesto.

-Algo bastante parecido, príncipe Elric. Está escrito en nuestras historias, de las que tenemos muchas, aunque la mayoría de ellas son inaccesibles en las bibliotecas de Tanelorn: «Lo que está dentro siempre tiene una forma fuera, y lo que está fuera siempre adquiere una forma dentro». O, dicho de otro modo, a veces decimos que aquello que es visible debe tener siempre un aspecto invisible, del mismo modo que todo lo invisible tiene que estar representado por lo visible.

A Elric eso le pareció demasiado críptico, aunque estaba familiarizado con tales expresiones misteriosas a partir de sus propios grimorios. No las despreciaba, pero sabía que con frecuencia exigían mucha reflexión y cierta experiencia antes de que pudieran tener sentido.

-Habláis de ámbitos sobrenaturales, milady. Los mundos habitados por los Señores del Caos y de la Ley, por los elementales, los inmortales y otros seres similares. Conozco algo de esos ámbitos y hasta he viajado un poco por ellos. Pero nunca he oído hablar de dejar atrás parte de la propia sustancia física y viajar por esos ámbitos por medio de una niña dormida.

Ella le miró durante un largo rato, como si pensara que se mostraba deliberadamente falto de ingenio. Luego, se encogió de hombros.

-Descubriréis que los ámbitos del ladrón de sueños son muy similares. Y haréis bien en memorizar y obedecer nuestro código.

-Formáis parte de una orden muy estricta, milady.

-Tenemos que hacerlo así para sobrevivir. Alnac poseía los instintos de un buen ladrón de sueños, pero no se había familiarizado por completo con la disciplina. Ésa fue una de las razones principales de su disolución. Vos, por otro lado, estáis familiarizado con las disciplinas necesarias, pues las adquiristeis mediante vuestro conocimiento de la brujería. Sin esas disciplinas, también vos habríais perecido.

-He rechazado bastante de eso, lady Oone.

-Sí, eso creo. Pero creo que no habéis perdido el hábito, o eso es al menos lo que espero. La primera ley que obedece el ladrón de sueños dice: «Las ofertas de guía deben ser siempre aceptadas, pero nunca hay que confiar en ellas». La segunda dice: «Llevad cuidado con lo familiar». Y la tercera nos dice: «Lo que es extraño debe ser recelosamente bien recibido». Hay otras muchas, pero son esas tres las que comprenden la mayoría de los aspectos fundamentales, gracias a los cuales sobreviven los ladrones de sueños.

Ella le sonrió, con una expresión extrañamente dulce y vulnerable y Elric se dio cuenta de que estaba muy cansada. Quizá su dolor la había dejado exhausta.

El melniboneano habló con suavidad, mirando atrás, hacia las grandes rocas rojas de la protección y el santuario del Oasis de la Flor de Plata. Ahora, las voces se habían apagado. Pequeños hilillos de humo ascendían hacia el vivo azul del cielo.

-¿Cuánto tiempo se necesita para instruir y entrenar a uno de vuestra profesión?

-Cinco años o más -contestó reconociendo la ironía en la voz de él-. Alnac había sido miembro pleno del gremio desde hacía quizá unos seis años.

-¿Y no logró sobrevivir en el ámbito donde se mantiene prisionero el espíritu de la Joven Santa?

-A pesar de sus habilidades, no era más que un mortal corriente, príncipe Elric.

-¿Y creéis que yo soy algo más que eso?

-Sois el último emperador de Melniboné -contestó ella echándose a reír-. Sois el más poderoso de vuestra raza, cuya familiaridad con la brujería ya es legendaria. Es cierto que habéis dejado esperando a vuestra prometida, y que habéis instalado a vuestro primo Yyrkoon en el Trono de Rubí, para que gobierne como regente hasta vuestro regreso, una decisión que sólo tomaría un idealista, pero, a pesar de todo ello, milord, no podéis fingir que sois un hombre ordinario en ningún sentido, y mucho menos ante mí.

A pesar de su fuerte anhelo por tomar el elixir, Elric no pudo evitar echarse a reír.

-Si soy un hombre de cualidades, milady, ¿cómo es que me encuentro en esta situación, que contemplo la posibilidad de la muerte a causa de los trucos arteros de un político provinciano de segundo rango?

-No os dije que os admirarais a vos mismo, milord. Pero sería estúpido negar lo que habéis sido y aquello en lo que os convertiréis.

-Prefiero considerar sólo esto último, milady.

- Considerad, si queréis, el destino de la hija de Raik Na Seem. Considerad el destino de su pueblo, privado de su historia y de su oráculo. Considerad vuestra propia situación, condenado a perecer por ninguna razón válida, en un país distante, sin haber realizado vuestro destino. -Elric aceptó esto con un gesto de asentimiento y ella continuó-: También es muy probable que, en vuestro mundo, no tengáis rival como brujo. Aunque es posible que vuestras habilidades específicas os sean de poco valor en la aventura que os propongo, vuestra experiencia, conocimientos y comprensión pueden significar la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Elric empezaba a sentirse impaciente ante la exigencia de su cuerpo por la droga, que le resultaba insoportable.

-Muy bien, lady Oone. Estaré de acuerdo con lo que vos misma decidáis.

Ella retrocedió un paso y lo miró fríamente.

-Será mejor que regreséis a vuestra tienda y encontréis el elixir -le dijo con suavidad.

Una desesperación familiar llenó la mente del albino.

-Así lo haré, milady. Así lo haré.

Se dio media vuelta y regresó con rapidez hacia las tiendas agrupadas de los baraudim.

Al pasar, apenas si habló con aquellos que lo saludaron. Raik Na Seem no había trasladado nada de la tienda que Elric había compartido con Alnac Kreb, y el albino se apresuró a sacar el frasco de sus alforjas, tomó un prolongado trago de su contenido y experimentó, al menos durante un breve período de tiempo, el alivio, la recuperación de la energía y la ilusión de salud que le proporcionó la droga de Quarzhasaat. Suspiró y se volvió hacia la entrada de la tienda en el preciso momento en que entraba en ella Raik Na Seem, que mostraba el ceño fruncido y una expresión de dolor en los ojos que trataba de ocultar.

-¿Habéis acordado ayudar a la ladrona de sueños, Elric? ¿Intentaréis conseguir lo que predijo la profecía? ¿Nos traeréis de regreso a nuestra Joven Santa? Ahora hay menos tiempo que nunca. La Luna de Sangre no habrá tardado en desaparecer.

Elric dejó caer el frasco sobre la alfombra que cubría el suelo. Se inclinó y levantó la Espada Negra, que se había desatado mientras caminaba con Oone. El arma se estremeció entre sus dedos y él sintió una vaga repugnancia.

-Haré lo que se me pida -le aseguró el albino.

-Bien. -El anciano tomó a Elric por los hombros-. Oone me ha dicho que sois un gran hombre a quien le espera un grandioso destino, y que este momento tiene una considerable importancia en vuestra vida. Nos sentimos honrados por el hecho de formar parte de ese destino, y agradecidos por vuestra preocupación...

Elric aceptó las palabras de Raik Na Seem y con su gracia habitual se inclinó ante él.

-Creo que la salud de vuestra Joven Santa es mucho más importante que cualquier destino mío. Haré todo lo que esté en mi mano para traerla de regreso a vos.

Oone había entrado en la tienda, tras el Primer Anciano de los baraudim. Le dirigió una sonrisa al albino.

-¿Estáis preparado ahora? -Elric asintió con un gesto y empezó a sujetarse la Espada Negra al cinto, pero Oone le detuvo con un gesto-. Encontraréis las armas que necesitéis allí donde viajemos.

- ¡Pero esta espada es algo más que un arma, lady Oone! -exclamó el albino con un aguijonazo de pánico.

Ella extendió ante él el báculo de los sueños.

-Esto es todo lo que necesitáis para vuestra aventura, mi señor emperador.

Tormentosa murmuró violentamente cuando Elric dejó caer la espada sobre los cojines de la tienda. Por un momento, casi pareció amenazarle.

-Yo dependo... - empezó a decir.

-No, no dependéis de nada -le interrumpió ella con un suave gesto negativo de su cabeza-. Creéis que esa espada forma parte de vuestra identidad, pero no es así. Es más bien vuestra némesis, la parte de vos mismo que representa vuestra debilidad, no vuestra fortaleza.

-No os comprendo, milady -dijo Elric con un suspiro-, pero si no deseáis que lleve la espada, la dejaré aquí.

De la hoja surgió otro sonido, como un gruñido peculiar, pero Elric prefirió ignorarlo. Dejó los dos frascos de elixir y la espada en la tienda y se dirigió hacia donde esperaban los caballos que los llevarían desde el Oasis de la Flor de Plata hasta la Tienda de Bronce.

Mientras cabalgaban a corta distancia por detrás de Raik Na Seem, Oone le dijo a Elric algo de lo que la Joven Santa significaba para los baraudim.

-Como quizá ya sepáis, a la niña se le ha confiado la historia y las aspiraciones de los baraudim, todo el conjunto de su sabiduría. Todo lo que consideran como cierto y con valor está contenido en ella, que es la representación viva del saber de su pueblo, la esencia de su historia, de unos tiempos anteriores incluso a aquellos en que se convirtieron en habitantes del desierto. Si la pierden, están convencidos de que deben reiniciar toda su historia de nuevo, volver a aprender lecciones duramente aprendidas, revivir experiencias, cometer los errores y experimentar los fracasos que tan dolorosamente informaron la comprensión de su pueblo durante muchos siglos. Ella es el Tiempo, si así lo queréis, su biblioteca, museo, religión y cultura personificadas en un solo ser humano. ¿Os imagináis, príncipe Elric, lo que puede significar su pérdida para ellos? Ella es como el alma misma de los baraudim. Y ese alma se encuentra aprisionada allí donde sólo quienes poseen una cierta habilidad pueden encontrarla, y mucho menos liberarla.

Elric se llevó la mano al báculo de los sueños que ahora había sustituido a su espada rúnica y que pendía de la cadera.

-Si sólo fuera una niña corriente que causara una gran pena en su familia debido a su estado, me sentiría inclinado a ayudar si pudiera - dijo-. Porque me gusta este pueblo y su líder.

-El destino de esa niña y el vuestro se han entrecruzado -dijo Oone-. Sean cuales fueren vuestros sentimientos, mi–lord, probablemente tenéis poca elección real en esta cuestión.

Pero él no quería saber nada de eso.

-Me parece que los ladrones de sueños se hallan demasiado familiarizados conmigo, mi familia, mi pueblo y mi destino. Eso hace que me sienta un tanto incómodo. Sin embargo, no puedo negar que sabéis mucho más que nadie, excepto quizá mi prometida, sobre mis propios conflictos internos. ¿Cómo es que poseéis ese poder de adivinación y profecía?

-Hay un territorio que han visitado todos los ladrones de sueños -contestó ella con naturalidad-. Se trata de un lugar en el que todos los sueños se entrecruzan, donde se encuentra todo aquello que tenemos en común. A ese lugar lo llamamos el Lugar de Nacimiento del Hueso, y allí fue donde la humanidad asumió la realidad por primera vez.

- ¡Eso es una leyenda! ¡Y muy primitiva, por cierto!

-Quizá lo sea para vos. Para nosotros es una verdad, como descubriréis algún día.

-Si Alnac era capaz de predecir el futuro, ¿por qué no esperó a que llegarais para ayudarle?

-Raras veces conocemos nuestros propios destinos. Sólo sabemos los movimientos generales de las mareas y de las figuras que destacan en la historia mundial. Es cierto que todos los ladrones de sueños conocen el futuro, pues se pasan la mitad de sus vidas fuera del Tiempo. Para nosotros no existe pasado ni futuro, sólo un presente siempre cambiante. Nos hemos liberado de esas cadenas particulares que atan a los demás con tanta fuerza.

-He leído algo sobre esa clase de ideas, pero tienen muy poco significado para mí.

-Porque os falta la experiencia para encontrarles sentido.

-Ya habéis hablado del País de los Sueños en Común. ¿Es eso lo mismo que el Lugar de Nacimiento del Hueso?

-Quizá. Nuestra gente no ha tomado todavía una decisión al respecto.

Temporalmente fortalecido por la droga, Elric empezó a disfrutar de la conversación, buena parte de la cual consideraba como simple abstracción agradable. Libre de su espada rúnica, experimentaba una ligereza de espíritu que no había sentido desde los primeros meses de su relación con Cymoril, en aquellos otros tiempos, relativamente libres de problemas, antes de que surgiera la creciente ambición de Yyrkoon y empezara a contaminar la vida en la corte melniboneana. Entonces, recordó algo procedente de las historias de su propio pueblo.

-He oído decir que el mundo no es más que lo que sus habitantes acuerdan que sea. Recuerdo haber leído algo en ese sentido en La Esfera Parloteante, que decía: «Pues ¿quién puede decir lo que es el mundo interior y el exterior? Lo que convertimos en realidad es algo que sólo nosotros decidimos, y quizá lo que definimos como sueños sólo sea una verdad aún mayor». ¿No es ésa una filosofía que se halla cerca de la vuestra, lady Oone?

-Sí, está bastante cerca -asintió ella-. Aunque la vuestra parece un tanto etérea.

Continuaron cabalgando, casi como dos niños que fueran de picnic, hasta que llegaron a la Tienda de Bronce cuando ya se ponía el sol, y fueron conducidos, una vez más, al interior del lugar donde hombres y mujeres permanecían sentados o tumbados alrededor de la gran cama situada sobre un estrado elevado en la que descansaba la pequeña niña que simbolizaba toda su existencia.

A Elric le pareció que los candelabros y lámparas que iluminaban el lugar despedían menos luz que la vez anterior, y que la niña tenía todavía un aspecto más pálido que antes, pero, al volverse hacia Raik Na Seem, hizo un esfuerzo para que en su rostro apareciera una expresión de confianza.

-Esta vez no fracasaremos -le dijo.

Oone pareció aprobar las palabras de Elric, y observó atentamente mientras, en cumplimiento de sus instrucciones, el cuerpo de Varadla era levantado de la cama y situado esta vez sobre un enorme cojín, que fue colocado a su vez entre otros dos cojines, también de gran tamaño. Le indicó al albino que se tumbara junto al costado más alejado de la niña, mientras ella hacía lo propio a la izquierda de ésta.

-Tomadla de la mano, mi señor emperador -dijo Oone con ironía-, y colocad el mango del báculo de los sueños sobre la vuestra y la de ella, como visteis hacer a Alnac.

Elric sintió cierta turbación al obedecerla, pero no sentía miedo alguno por sí mismo, sino sólo por la niña y por su pueblo, por Cymoril, que esperaba su regreso en Melniboné, por el muchacho que rezaba en Quarzhasaat por su regreso con la joya que su carcelero le había exigido. Su mano se cerró sobre la mano de la niña, ambas rodeando el báculo de los sueños, y experimentó una sensación de fusión que no dejó de ser agradable, pero que parecía quemar como una llama viva. Observó a Oone hacer lo mismo.

Inmediatamente, Elric percibió que un poder se apoderaba de él y, por un momento, fue como si su cuerpo se hiciera más y más ligero, hasta que amenazó con verse arrastrado incluso por la brisa más ligera. Su visión se hizo borrosa, aunque oscuramente todavía veía a Oone, que parecía estar concentrándose.

Miró el rostro de la Joven Santa y, por un breve instante, pensó que su piel se volvía todavía más blanca, que sus ojos brillaban casi tan carmesíes como los propios, y un extraño pensamiento aparecía y desaparecía en su mente: «Si tuviera una hija tendría su mismo aspecto».

Entonces, sintió casi como si sus huesos se fundieran, como si su carne se disolviera y toda su mente y su espíritu se disiparan. Se abandonó a esta sensación, tal como había decidido hacer, puesto que ahora se hallaba al servicio del propósito de Oone, y la carne se transformó entonces en algo similar al agua, con las venas y la sangre como hilillos coloreados de aire, con su esqueleto flotando como la plata fundida, mezclándose con el de la Joven Santa, convirtiéndose en el de ella, para fluir después más allá de ella misma, hacia cavernas y túneles, hacia lugares oscuros donde existían mundos enteros bajo las rocas huecas, donde unas voces lo llamaban, lo conocían y trataban de consolarle, de asustarle, de decirle verdades que él no deseaba aprender. Luego, el aire volvió a hacerse brillante y sintió a Oone a su lado, guiándole, con su mano sobre la suya, con su cuerpo convertido casi en su propio cuerpo, con su voz llena de confianza e incluso alegre, como la de alguien que se dirige al encuentro de un peligro con el que está familiarizado, un peligro que ella misma había superado muchas veces. Sin embargo, en su tono de voz había un matiz que le hizo creer que ella nunca se había enfrentado con un peligro tan grande como éste, y que había muchas posibilidades de que ninguno de los dos pudiera regresar a la Tienda de Bronce, o al Oasis de la Flor de Plata.

Y había música que él comprendió era la misma alma de esta niña convertida en sonido. Era una música dulce, triste, solitaria. Una música tan hermosa que habría podido ponerse a llorar si hubiera tenido en ese momento algo más que la más tenue de las sustancias.

Luego, vio cielo azul ante él, un desierto rojo que se extendía a lo lejos, hasta las montañas rojas y el horizonte, y experimentó la más extraña de las sensaciones, como si hubiera regresado a casa y a un territorio que, de algún modo, había perdido durante su niñez y luego olvidado.

# 2
# En marcha hacia el Borde del Corazón

Cuando Elric sintió que sus huesos volvían a formarse y que su carne reasumía su peso y configuración familiares, se dio cuenta de que el país en el que había penetrado apenas se diferenciaba del que acababa de abandonar. Un desierto rojo se extendía ante ellos, con unas montañas rojas situadas al fondo. De hecho, el paisaje le pareció tan similar, que miró hacia atrás esperando ver la Tienda de Bronce, pero inmediatamente detrás de él se abría un abismo tan grande que ya no se podía ver ningún otro lado. Experimentó un vértigo repentino y trató de recuperar su equilibrio, ante el ligero regocijo de Oone.

La ladrona de sueños iba vestida con el mismo terciopelo y seda funcional, y pareció un tanto divertida ante la reacción de Elric.

-En efecto, príncipe Elric. Ahora nos encontramos en el mismo borde del mundo. Aquí sólo contamos con ciertas alternativas y entre ellas no se incluye la retirada.

-No había considerado eso, milady.

Al mirar con mayor atención se dio cuenta de que las montañas eran considerablemente más altas y que todas ellas se inclinaban en la misma dirección, como si se hubieran visto dobladas por unos vientos gigantescos.

-Son como los dientes de un antiguo depredador -comentó Oone con el estremecimiento de quien hubiera podido contemplar una mandíbula así en el transcurso de su carrera-. Sin duda, la primera fase de nuestro viaje nos ha traído aquí. Éste es el país que nosotros, los ladrones de sueños, llamamos Sadanor. El País de los Sueños en Común.

-Sin embargo, no parecéis familiarizada con el paisaje.

-Los paisajes varían. Sólo reconocemos la *naturaleza* del país. Es posible que cambie en cuanto a sus detalles, pero a donde viajamos suele ser peligroso, no porque no estemos familiarizados con el terreno, sino precisamente por su familiaridad. Esa es la segunda regla de un ladrón de sueños.

-Llevad cuidado con lo familiar.

-Aprendéis con rapidez.

Por lo visto, se sintió indebidamente complacida con su respuesta, como si hubiera dudado de la propia descripción que había hecho de las cualidades de Elric, y se sintiera contenta de verlas confirmadas. Elric empezó a darse cuenta del grado de desesperación que implicaba esta aventura, y sintió que se apoderaba de él aquella misma salvaje despreocupación, aquella misma voluntad de entregarse a los hechos del momento, a cualquier experiencia que se le presentara, que le había inducido a apartarse de los otros señores de Melniboné, cuyas vidas se veían regidas por la tradición y el deseo de mantener su poder a cualquier precio.

Sonriente, con los ojos avivados por toda su antigua vitalidad, se inclinó con un gesto irónico.

-Entonces, indicad el camino, milady. Iniciemos nuestro viaje hacia esas montañas.

Oone, un tanto asombrada por su estado de ánimo, frunció el ceño, pero empezó a caminar sobre una arena tan ligera que se agitaba como el agua alrededor de sus pies. El albino la siguió.

-Debo admitir que este lugar empieza a inquietarme a medida que paso más tiempo en él -dijo después de que hubieron caminado durante por lo menos una hora, sin observar que nada se moviera en cuanto a la posición de la luz-. Creía que el sol estaba oculto, pero ahora veo que no hay sol alguno en el cielo.

-En el País de los Sueños en Común esas cosas que nos parecen tan normales aparecen y desaparecen -dijo Oone.

-Me sentiría mucho más seguro si llevara mi espada colgada del costado.

-Las espadas son fáciles de conseguir aquí -dijo ella.

-¿También las bebedoras de almas?

-Quizá. Pero ¿sentís la necesidad de disponer de esa forma de supervivencia? ¿Anheláis acaso la droga de lord Gho?

Elric tuvo que admitir, ante su propia sorpresa, que no había perdido un ápice de su energía. Quizá por primera vez en su vida adulta tenía la impresión de ser físicamente como las demás personas, capaz de sobrevivir sin necesidad de utilizar ninguna forma de artificio.

-Se me ocurre pensar que quizá fuera sensato por mi parte instalarme aquí.

-Ah, ahora empezáis a ser víctima de otra de las trampas de este ámbito -comentó ella con naturalidad-. Primero se experimenta recelo, y quizá temor. Luego aparece la relajación, la sensación de que siempre se ha pertenecido a este lugar, de que éste es vuestro hogar natural, o quizá vuestro hogar espiritual. Eso no son más que ilusiones comunes para el viajero, como estoy segura de que ya sabéis. Aquí, hay que resistirse a esas ilusiones, pues son algo más que puro sentimiento. Pueden tratarse de trampas puestas para atraeros y destruiros. Agradeced que disponéis de más energía aparente de la que normalmente tenéis, pero recordad otra de las reglas del ladrón de sueños: *«Hay que pagar por toda ganancia, ya sea antes o después de que acontezca».* Cada beneficio aparente bien puede tener su desventaja contraria.

En el fondo de sí mismo, Elric pensaba que bien valía la pena pagar el precio que correspondiera a tal sensación de bienestar como la que sentía.

Fue en ese preciso momento cuando vio la hoja.

Cayó, como impulsada por el viento, por encima de su cabeza. Era una hoja de roble, ancha y de color rojodorado, que descendía con suavidad, como una hoja otoñal, y que se posó sobre la arena, a sus pies. Sin encontrar al principio nada de extraordinario en ese hecho, se inclinó para recogerla.

Oone también la había visto e hizo un ademán como para prevenirle, pero luego cambió de opinión.

Elric colocó la hoja sobre la palma de la mano. No tenía nada de insólito, salvo por el hecho de que no existiera un solo árbol visible en ninguna dirección. Estaba a punto de pedirle a Oone que le explicara este fenómeno cuando se dio cuenta de que ella miraba fijamente más allá de él, por encima de su hombro.

-Os deseo buenas tardes -dijo una voz airosa-. Esto sí que es buena suerte, encontrarme con unos compañeros mortales en un desierto tan miserable. En vuestra opinión, ¿cuál habrá sido el truco de la Rueda que nos ha traído hasta aquí?

-Saludos -contestó Oone con una amplia sonrisa-. Vais muy mal vestido para este desierto, señor.

-No se me dijo ni cuál era mi destino, ni siquiera que tenía que partir...

Elric se volvió y, ante su sorpresa, vio a un hombre de pequeña estatura, cuyos rasgos agudos y alegres se veían ensombrecidos por un enorme turbante de seda amarilla. Su tocado, que era por lo menos tan amplio como sus hombros, aparecía decorado con un broche que contenía una gran gema verde, y del que surgían varias plumas de pavo real. Parecía llevar varias capas de ropa, todas ellas de vivos colores, de seda y lino, incluido un chaleco bordado y una larga chaqueta hermosamente cosida con fragmentos de tela azul, cada uno de cuyos matices se diferenciaba sutilmente del siguiente. Tenía las piernas cubiertas por unos holgados pantalones de seda roja, y los pies enfundados en zapatillas curvadas de cuero verde y amarillo. El hombre no iba armado, pero sostenía en las manos un asombrado gato negro y blanco sobre cuyo lomo se plegaban un par de sedosas alas negras.

El hombre se inclinó al ver a Elric.

-Saludos, señor. Imagino que sois la encarnación del Campeón de este plano. Yo soy... -Frunció el ceño, como si hubiera olvidado por un momento cuál era su nombre-. Soy algo cuyo nombre empieza por «J» y algo que empieza por «C». Lo recordaré en cualquier momento. O se me ocurrirá cualquier otro nombre o acontecimiento, estoy seguro. Soy vuestro..., ¿cómo llamarlo?, vuestro amanuense, ¿no es eso? -Levantó la vista hacia el cielo-. ¿Es éste uno de esos mundos sin sol? ¿Es que no vamos a tener noche aquí?

Elric miró a Oone, que no parecía mostrarse recelosa ante esta aparición.

-No he solicitado secretario alguno, señor -le dijo al hombre pequeño-. Tampoco esperaba que me asignaran uno. Mi compañera y yo nos encontramos en este mundo para llevar a cabo una búsqueda...

-Una búsqueda, naturalmente. Es vuestro papel, del mismo modo que el mío es el de acompañaros. Eso es una orden, señor. Mi nombre es... -Pero también en esta ocasión le eludió su nombre-. ¿Y el vuestro es?

-Soy Elric de Melniboné, y ella es Oone, Ladrona de Sueños.

-Entonces, supongo que éste es el país que los ladrones de sueños llaman Sadanor. Bien, en tal caso me llamo Jaspar Colinadous, y el nombre de mi gato es *Whiskers,* como siempre.

Entonces, el gato dio expresión a un sonido ligero e inteligente, ante lo que su propietario escuchó con atención y asintió con un gesto.

-Ahora reconozco este país -añadió-. Estaréis buscando la Puerta Marador, ¿verdad? Para dirigiros al País de los Viejos Deseos.

-¿También sois un ladrón de sueños, sir Jaspar? -preguntó Oone con cierta sorpresa.

-Tengo parientes que lo son.

-Pero ¿cómo habéis llegado hasta aquí? -preguntó Elric-. ¿A través de un médium? ¿Utilizasteis acaso a una niña mortal, como hicimos nosotros?

-Vuestras palabras son misteriosas para mí, señor. -Jaspar Colinadous se ajustó el turbante, y el pequeño gato se acurrucó cuidadosamente bajo una de sus voluminosas mangas de seda-. Viajo entre los mundos, aparentemente al azar, pero generalmente por orden de alguna fuerza que no comprendo, y con frecuencia me encuentro con que

tengo que guiar o acompañar a aventureros como vos. -Tras una breve pausa, se apresuró a añadir con sensibilidad-: Me temo que no siempre voy vestido adecuadamente para el ámbito o el momento de mi llegada. Creo que soñé ser el sultán de una ciudad fabulosa en la que poseía la más asombrosa variedad de tesoros. Allí donde me esperaban... -Se detuvo, se ruborizó y apartó la mirada de Oone - . Disculpadme. Se trataba de un sueño. Ahora, ya he despertado de él. Desgraciadamente, las ropas han venido conmigo desde ese sueño...

Elric pensó que las palabras de aquel hombre no tenían sentido alguno, pero Oone no tuvo dificultad para comprenderlas.

-¿Conocéis, pues, un camino que conduce a la Puerta Marador? -le preguntó.

-Desde luego, tengo que conocerlo si éste es el País de los Sueños en Común.

Cuidadosamente, se colocó el gato sobre el hombro y luego empezó a buscarse algo en el interior de las mangas, dentro de la camisa, en los bolsillos de sus diversas vestiduras, al tiempo que sacaba de ellos toda clase de rollos y pergaminos, pequeños libros, cajas, polveras, instrumentos de escritura, trozos de cuerda y carretes de hilo, hasta que una de las piezas enrolladas de piel de ternera le hizo lanzar un grito de alivio.

- ¡Ah! ¡Creo que aquí está! Es nuestro mapa. -Volvió a guardar todos los demás objetos exactamente en los lugares de donde los había extraído y desplegó el pergamino-. ¡En efecto, así es! Aquí se nos muestra el camino a seguir a través de esas montañas.

-Una oferta de guía... -empezó a decir Elric.

-Por lo que debemos llevar cuidado con lo familiar -dijo Oone con suavidad al tiempo que hacía un gesto de desprecio-. Como veis, aquí ya nos encontramos con un conflicto, pues lo que no es familiar para vos sí que lo es, y mucho, para mí. Eso forma parte de la naturaleza de este país. -Se volvió hacia Jaspar Colinadous y preguntó-: ¿Puedo ver vuestro mapa, señor?

Sin la menor vacilación, el hombre se lo tendió.

-Es un camino recto. Siempre es un camino recto, ¿verdad? Y sólo hay uno. Eso es lo mejor de estos ámbitos de los sueños, que se los puede interpretar y controlar con suma sencillez, a menos, claro está, que le traguen a uno por completo. Pero eso no va a suceder.

-Tenéis cierta ventaja sobre mí -dijo Elric-, puesto que yo no sé nada de este mundo, y tampoco sabía que hubiera otros como él.

- ¡Aja! En tal caso, os esperan muchas maravillas, señor. Muchas maravillas de las que todavía tenéis que ser testigo. Os hablaría de ellas, pero mi memoria no es lo que debiera ser. Frecuentemente, sólo guardo el más leve de los recuerdos. Pero hay una gran infinidad de mundos, algunos de los cuales todavía están por nacer, mientras que otros son tan viejos que ya se han hecho seniles; unos nacen de los sueños, y otros son destruidos por las pesadillas. -Jaspar Colinadous se detuvo con una expresión de disculpa en su rostro-. Pero me muestro demasiado entusiasmado. No tengo la intención de confundiros, señor. Sólo debéis saber que yo mismo me siento un tanto perplejo. Siempre me sucede así. ¿Tiene mi mapa sentido para vos, lady Ladrona de Sueños?

-Así es -asintió Oone con el ceño fruncido mientras observaba el pergamino-. Sólo existe un paso para atravesar esas montañas, llamado Mandíbulas del Tiburón. Si suponemos que las montañas se extienden hacia nuestro norte, tenemos que dirigirnos hacia el noreste y encontrar allí la Garganta del Tiburón, según se le nombra aquí. Os estamos muy agradecidos, maese Jaspar Colinadous.

Enrolló de nuevo el mapa y se lo entregó. El pergamino desapareció en una de las mangas y el gato descendió para acurrucarse de nuevo en el brazo doblado.

Por un momento, Elric tuvo la clara impresión de que este individuo tan agradable había sido convocado por Oone desde su propia imaginación, aunque era imposible creer que no existiera por derecho propio, de tan segura de sí misma como parecía su personalidad. De hecho, Elric tuvo la fugaz sensación de que él mismo era aquella fantasía.

-Observaréis que hay peligros en ese paso - dijo Jaspar Colinadous con naturalidad, como si los sintiera dentro de sí mismo-. Si queréis, una vez que nos acerquemos dejaré que *Whiskers* explore por nosotros.

-Os estaríamos muy agradecidos por ello, señor -admitió Oone.

Continuaron su viaje sobre el desnudo paisaje, mientras Jaspar Colinadous contaba historias de aventuras anteriores, la mayoría de las cuales apenas si lograba medio recordar, y hablaba de la gente a la que había conocido, cuyos nombres se le escapaban de la memoria, y de los grandes momentos que había vivido en las historias de mil mundos cuya importancia se le escapaba igualmente. Escucharle fue como volver a encontrarse en los viejos salones de Imrryr, en la Isla del Dragón, donde, antiguamente, una enorme serie de ventanales habían contado en imágenes las historias de los primeros melniboneanos, y de cómo habían llegado a su hogar actual. Ahora no quedaban más que simples y pequeños fragmentos de la historia, brillantes detalles cuyo contexto apenas era imaginable y cuya información completa se había perdido para siempre. Elric dejó de intentar seguir lo que Jaspar Colinadous contaba pero, tal como había aprendido a hacer con los fragmentos de cristal, disfrutó de ellos fijándose en su color y en su textura.

La consistencia de la luz había empezado a molestarle y finalmente interrumpió la palabrería del pequeño hombre y le preguntó si él no se sentía también incómodo por ello.

Jaspar Colinadous aprovechó esta oportunidad para detenerse, quitarse las zapatillas y sacudirse la arena que se había introducido en ellas, mientras Oone esperaba por delante de ellos, con gesto impaciente.

-No, señor. Los mundos sobrenaturales aparecen con frecuencia sin sol. Es posible que sean planos, semiesféricos, ovalados, circulares e incluso que tengan forma de cubos. Existen sólo como satélites de aquellos otros ámbitos que consideramos como «reales» y, en consecuencia, su ordenamiento no depende de ningún sol, luna o sistema planetario, sino de las exigencias, espirituales, imaginativas, filosóficas, etcétera, de mundos que, en efecto, necesitan de un sol que los caliente y de una luna que mueva sus mareas. Existe incluso la teoría de que nuestros mundos son los satélites y de que estos otros mundos sobrenaturales son los lugares de nacimiento de todas nuestras realidades.

Con las zapatillas finalmente libres de arena, Jaspar Colina–dous empezó a seguir a Oone, que ya se había distanciado un poco, negándose a esperarlos.

-Quizá sea éste el país regido por Arioch, mi patrono duque del Infierno -dijo Elric -. El país de donde surgió la Espada Negra.

-Oh, es muy posible que así sea, príncipe Elric, porque, mirad, hay una especie de criatura infernal que se cierne sobre vuestra amiga en este preciso instante, y no disponemos de ningún arma.

Un pájaro de tres cabezas tuvo que haber descendido desde una altura tan grande, que no lo habían visto aproximarse, pero ahora se abalanzaba a una terrible velocidad desde lo alto y Oone, alertada por el grito de advertencia de Elric, echó a correr, quizá con la esperanza de burlarlo en su descenso sobre ella. Era como un cuervo gigantesco, con dos de sus cabezas profundamente plegadas sobre su cuello, mientras que la otra se extendía hacia fuera, para ayudarse quizá en su descenso, con las alas extendidas tras él y las garras abiertas, preparadas para apoderarse de la mujer.

Elric también echó a correr hacia delante, gritándole al bicho. También confiaba en que su actividad perturbara a la criatura lo suficiente y le hiciera perder la ventaja de la sorpresa.

Con un terrible graznido que pareció llenar el cielo entero, el monstruo aminoró un poco su vertiginoso descenso para abalanzarse con mayor exactitud sobre la mujer.

Fue entonces cuando Jaspar Colinadous gritó desde atrás de donde se encontraba Elric:

-*Jack Tres Picos,* diablo de pájaro!

La bestia aleteó en el aire y todas sus cabezas se volvieron hacia la figura del turbante, que avanzaba con decisión hacia ella, sobre la arena, con el gato en posición de alerta sobre su brazo.

-¿Qué es esto, *Jack?* ¡Creía que se te había prohibido alimentarte de carne!

La voz de Jaspar Colinadous sonó desdeñosa y familiar. *Whiskers* gruñó y farfulló ininteligiblemente a la bestia, a pesar de que ésta era muchas veces más grande que el gato.

Con un graznido de desafío, el pájaro se posó aleteante sobre la arena y echó a correr a una velocidad considerable hacia Oone, que se había detenido para contemplar esta extraña escena. Ahora, dio media vuelta y echó a correr de nuevo, con el cuervo de tres cabezas siguiéndola.

-*¡Jack! –¡Jack!* Recuerda el castigo.

El grito que emitió el pájaro casi fue cómico. Elric empezó a tambalearse sobre la arena, confiando en encontrar algún medio para salvar a la ladrona de sueños.

Fue entonces cuando sintió que algo cortaba el aire por encima de su cabeza, y le abanicaba con una inesperada frialdad. Una figura oscura se abalanzó en persecución de la bestia a la que Jaspar Colinadous había *llamado Jack Tres Picos.*

Era el gato blanco y negro. El felino hizo volar su pequeño cuerpo contra el cuello central del pájaro, y clavó los cuatro conjuntos de garras sobre sus plumas. El gigantesco cuervo de tres cabezas lanzó un agudo grito, se volvió en redondo, y sus otras cabezas trataron de picotear al tenaz gato, sin lograr alcanzarlo.

Ante el asombro de Elric, el gato pareció hacerse más y más grande, como si se alimentara con la materia viva del cuervo, mientras éste se hacía más y más pequeño.

-*¡Jack Tres Picos!* ¡Malvado *Jack!* -La figura casi ridícula de Jaspar Colinadous se abalanzó entonces sobre la bestia, con un dedo de advertencia por delante hacia el que los picos chasquearon, pero sin atreverse a morderle-. Fuiste advertido. Y ahora tienes que perecer. ¿Cómo has llegado hasta aquí? Supongo que me seguiste cuando abandoné mi palacio. -Se rascó la parte alta de la frente, por debajo del turbante-. Aunque no recuerdo haber abandonado el palacio. Ah, bueno...

*Jack Tres Picos* volvió a graznar, y miró con ojos enloquecidos y asustados hacia donde se encontraba su presa original. Oone se acercaba hacia ellos.

-¿Esta criatura es vuestro animal de compañía, maese Jaspar?

-Desde luego que no, milady. Es mi enemigo. Sabía que era su última advertencia. Pero creo que no esperaba encontrarme aquí y estaba convencido de poder atacar a una presa viva con total impunidad. Pues no es así, ¿verdad, Jack?

El graznido de contestación fue casi patético. El pequeño gato blanco y negro se parecía ahora a un murciélago vampiro que estuviera alimentándose, mientras sorbía y sorbía la materia viva del monstruo.

Oone observó horrorizada mientras el cuervo se encogía gradualmente, hasta quedar convertido en una cosa extraña y embrujada. Finalmente, *Whiskers* se apartó, enorme y redondo, y empezó a limpiarse, al tiempo que ronroneaba con evidentes muestras de placer. Indudablemente complacido con su animal de compañía, Jaspar Colinadous extendió una mano para acariciarle la cabeza.

-Buen muchacho, *Whiskers.* Ahora, el *pobre Jack* ni siquiera haría una buena salsa para el pan de un anciano. -Se volvió hacia sus dos amigos y les sonrió con orgullo-. Este gato me ha salvado la vida en más de una ocasión.

-¿Cómo sabíais el nombre de ese monstruo? -preguntó Oone, cuyos encantadores rasgos aparecían arrebolados.

Respiraba agitadamente. A Elric le recordó repentinamente a Cymoril, aunque no logró identificar la similitud con exactitud.

-Pues porque *fue Jack* quien atemorizó el principado que visité antes que éste -contestó Jaspar Colinadous mostrando sus ricas vestiduras-. Y cómo fui favorecido por las gentes de aquel lugar. *Jack Tres Picos* siempre conoció el poder de *Whiskers,* y le tenía miedo. Cuando yo llegué no hacía otra cosa que aterrorizar a aquel pueblo. Yo mismo lo llamé *Jack, o* más bien fue *Whiskers* quien lo hizo, pero le dejamos vivir, pues era un carroñero útil y en esos territorios hacía un calor terrible en el verano. Cuando viajé a través de ese tejido particular del Multiverso, por lo visto me siguió, sin darse cuenta de que yo ya estaba aquí, con *Whiskers.* No hay ningún misterio en todo esto, lady Oone.

-Bueno -asintió ella con un profundo suspiro-. Os agradezco vuestra ayuda, señor.

-Y ahora -dijo él con una inclinación de cabeza-, ¿no será mejor que sigamos nuestro camino hacia la Puerta Marador? Hay nuevos peligros, aunque menos inesperados, que nos aguardan en la Garganta del Tiburón. El mapa los indica.

-Debería tener un arma en mi costado -dijo Elric como lamentándose-. Me sentiría mucho más seguro de mí mismo, tanto si se tratara de una ilusión como si no.

Pero avanzó junto a los otros cuando éstos reanudaron el camino hacia las montañas.

El gato se quedó atrás, dedicado a lamerse las patas y a limpiarse, como cualquier criatura doméstica corriente que acabara de matar y devorar a un ratón encontrado en la despensa.

Finalmente, el terreno empezó a elevarse cuando alcanzaron las colinas suaves situadas a los pies de la Mandíbula del Tiburón, y vieron por delante de donde se encontraban una gran y oscura fisura abierta en la montaña, la Garganta que les permitiría cruzarla para pasar al siguiente país de su viaje. Bajo el tremendo calor del desierto pelado, el paso ofrecía un aspecto frío y casi invitador, aunque, incluso desde la distancia, Elric pudo ver unas figuras que se movían en su interior. Unas sombras blancas que parpadeaban contra la negrura.

-¿Qué clase de gente vive aquí? -le preguntó a Oone, que no le había mostrado el mapa.

-Se trata, principalmente, de quienes o bien han perdido su camino, o han sido demasiado temerosos como para continuar el viaje hacia el interior. El otro nombre que se le da a este paso es el Valle de las Almas Tímidas. -Oone se encogió de hombros-. Pero sospecho que no son ellas las que representarán un peligro, al menos importante. Se aliarán con el poder que gobierne el paso, sea cual fuere.

- ¿Y el mapa no dice nada acerca de su naturaleza?

-Sólo que debemos llevar cuidado.

Se oyó entonces un ruido procedente de atrás, y Elric se volvió, a la espera de una amenaza, pero sólo se trataba de *Whiskers,* que parecía un poco más rollizo, un poco más aseado, pero que había recuperado su tamaño normal, y que había terminado por darles alcance.

Jaspar Colinadous se echó a reír y se inclinó para dejar que el gato subiera sobre su hombro.

-No tenemos ninguna necesidad de armas, ¿verdad? Y mucho menos con una bestia tan elegante para defendernos.

El gato le lamió la cara.

Elric observaba hacia la oscuridad del paso, en un intento por determinar qué se encontrarían allí. Por un momento, creyó distinguir a un jinete en la entrada, un hombre montado en un caballo gris plateado, que portaba una extraña armadura de diferentes tonalidades de blanco, gris y amarillo. El caballo del guerrero se encabritó cuando él le hizo dar media vuelta y cabalgó de regreso hacia la negrura del fondo, y Elric experimentó una sensación de presagio, a pesar de que nunca había visto antes aquella figura.

Oone y Jaspar Colinadous no se habían dado cuenta de la aparición y continuaron su camino, imperturbables, en dirección al paso.

Elric no dijo nada sobre el jinete, pero le preguntó a Oone cómo era posible que hubieran caminado durante horas y no sintieran hambre ni cansancio.

-Es una de las ventajas de este ámbito -le contestó ella-. Las desventajas, sin embargo, son considerables, puesto que se pierde con facilidad la noción del tiempo y se puede una olvidar de la dirección y de sus objetivos. Además, es bueno tener en cuenta que aunque no parece perderse energía física o experimentar hambre, se gastan otras formas de energía. Es posible que sean de naturaleza psíquica y espiritual, pero son tan valiosas, como estoy segura de que sabréis apreciar. Conservad esos recursos particulares, príncipe Elric, pues tendréis urgente necesidad de ellos, y muy pronto.

Elric se preguntó si ella también habría visto al pálido guerrero aunque, por alguna razón que no comprendió, se mostraba reacio a preguntárselo.

Las colinas se hicieron más y más encrespadas a su alrededor a medida que, lentamente, avanzaban hacia la Garganta del Tiburón. La luz ya había empezado a oscurecerse, bloqueada por las montañas, y Elric sintió un escalofrío que no era del todo el resultado de aquellas sombras.

Percibió un sonido de precipitación y Jaspar Colinadous echó a correr hacia lo alto de unas rocas para mirar desde ellas hacia abajo. Se volvió hacia ellos, un tanto desconcertado.

-Un profundo abismo. Un río. Tenemos que encontrar un puente para poder cruzar al otro lado.

Le murmuró algo a su gato alado que inmediatamente emprendió el vuelo sobre el abismo y no tardó en perderse entre las sombras que había más allá.

Al verse obligado a detenerse, Elric sintió un repentino pesimismo. Incapaz de calibrar sus necesidades físicas, inseguro en cuanto a los acontecimientos que pudieran tener lugar en el mundo del que habían venido, inquieto al saber que sólo disponían de poco tiempo y que lord Gho mantendría sin duda su palabra de torturar al joven Anigh hasta la muerte, empezaba a creer que podía hallarse enfrascado en una tarea estúpida, embarcado en una aventura que sólo podía terminar en un desastre para todos. Se preguntó por qué había confiado tan ciegamente en Oone. Quizá porque se había sentido tan desesperado, tan abrumado por la muerte de Alnac Kreb... Ella le tocó entonces en el hombro.

-Recordad lo que os dije. Aquí, vuestro agotamiento no es físico sino que se manifiesta en vuestros estados de ánimo. Debéis buscar apoyo espiritual tan asiduamente como buscaríais alimento y agua en circunstancias normales.

La miró a los ojos, y vio en ellos calor y amabilidad. Su desesperación empezó a disiparse de inmediato.

-Debo admitir que empezaba a tener serias dudas...

-Cuando os veáis abrumado por esa sensación, decídmelo - le aconsejó ella-. Estoy familiarizada con ella y quizá pueda ayudaros.

-Eso quiere decir que estoy por completo en vuestras manos, milady -dijo sin ironía.

-Creía que ya lo habíais comprendido así cuando estuvisteis de acuerdo en acompañarme -replicó ella con suavidad.

-En efecto.

Se volvió a tiempo para ver al pequeño gato que regresaba y aleteaba sobre el hombro de Jaspar Colinadous. El hombre del turbante escuchó con atención y expresión inteligente, y Elric estuvo seguro de que el gato hablaba. Finalmente, Jaspar Colinadous asintió con un gesto.

- Hay un buen puente a pocos cientos de metros de aquí. Da a un camino que se adentra directamente en el paso. *Whiskers* me dice que el puente se halla protegido por un solo guerrero montado. Supongo que cabe confiar en que nos deje cruzarlo.

Siguieron el curso del río, mientras el cielo, por encima de ellos, se hacía más y más oscuro y Elric deseaba que, junto con su ausencia de hambre y de cansancio, no sintiera el rápido descenso de la temperatura, que hacía estremecer su cuerpo. Sólo Jaspar Colinadous no se veía afectado por el frío.

Gradualmente, las toscas paredes de roca que descendían al borde del abismo, se curvaban hacia el interior, en dirección al paso, y pronto vieron el puente, por delante de ellos, un sendero estrecho, de piedra natural, que se extendía hacia el exterior salvando el río espumeante que corría por abajo. Escucharon los ecos que producía el agua al precipitarse profundamente por la garganta. Sin embargo, no vieron por ninguna parte el guarda del que había hablado el pequeño gato.

Elric avanzó con precaución, situado ahora delante, y experimentó de nuevo la necesidad de disponer de un arma para sentir mayor seguridad. Llegó junto al puente y puso un pie sobre él. Allá abajo, en la base de granito de las paredes una espuma gris saltaba y bailoteaba, y el río parecía expresarse con su propio canto particular, mitad triunfal, mitad desesperado, casi como si fuera una criatura viviente.

Elric se estremeció y avanzó otro paso. Seguía sin ver a la figura en la profunda oscuridad. Dio otro paso y se encontró sobre el agua, pero se negó a mirar hacia abajo, por si acaso el agua le llamara. Sabía qué fascinación

podían ejercer esa clase de torrentes y cómo uno podía verse arrastrado hacia ellos, como hipnotizado por la precipitación de sus aguas y el ruido que éstas producían.

-¿Veis algún guardia, príncipe Elric? -preguntó Jaspar Colinadous.

-Nada -contestó el albino, que avanzó otros dos pasos.

Ahora, Oone estaba situada directamente detrás, y se movía con las mismas precauciones que él mismo. Elric miró hacia el extremo más alejado del puente. Grandes bloques de rocas húmedas, cubiertas por líquenes y enredaderas de extraños colores, se elevaban y desaparecían en la oscuridad que había por encima. El sonido del río le hizo creer que escuchaba voces, pequeños murmullos, la refriega de extremidades amenazadoras, pero seguía sin ver nada.

Elric se encontraba a mitad de la distancia del puente cuando detectó la sugerencia de un caballo entre las sombras de la garganta, apenas el más leve indicio de la presencia de un jinete, que quizá llevara la armadura del color de su propia piel, tan blanca como el hueso.

-¿Quién es? -preguntó el albino en voz alta-. Venimos en son de paz. No tenemos la intención de causar daño a nadie.

Quizá fue de nuevo el sonido del agua lo que le hizo creer que había percibido un débil chasquido desagradable.

Luego, pareció como si el rugido del agua se hiciera más fuerte y se dio cuenta entonces de que se escuchaba el sonido de unos cascos sobre la roca. Como si se hubiera formado surgiendo de la nada, una figura apareció de repente en el extremo más alejado del puente, lanzada contra él, con una larga y pálida espada en posición de combate, dispuesta a golpearle.

No podía volverse hacia ninguna parte. La única forma de evitar al guerrero consistía en saltar desde el puente hacia la corriente de abajo. A Elric se le hizo borrosa la visión, al tiempo que se preparaba para saltar hacia delante, confiado en poder sujetar al caballo por las riendas y detener así al jinete en su ataque.

Volvió a oírse una agitación de alas y algo se fijó sobre el casco del atacante, golpeando contra el rostro que había dentro. Se trataba de *Whiskers,* que maullaba y bufaba como cualquier gato envuelto en una disputa por la posesión de un pescado.

El caballo se encabritó. El jinete lanzó un grito de rabia y dolor y soltó las bridas para intentar apartarse al pequeño gato de su casco. *Whiskers* se elevó entonces en el aire, fuera de su alcance. Elric observó fugazmente unos ojos brillantes y plateados, una piel que brillaba con las marcas de la lepra, y luego el caballo, descontrolado, resbaló sobre la húmeda roca y cayó de costado. Por un momento, intentó ponerse de nuevo en pie, mientras el jinete gritaba y rugía como un demente, con su larga y blanca espada todavía en la mano. Luego, los dos se precipitaron por encima del borde del puente y cayeron en una mezcla caótica de brazos y patas hacia el abismo rugiente, para ser tragados por las aguas distantes y tenebrosas.

Elric tenía la respiración agitada. Jaspar Colinadous lo tomó por el brazo y lo sostuvo, ayudándole a él y a Oone a cruzar hasta el otro extremo del puente rocoso, donde se sentaron en un banco de roca, apenas conscientes de lo que les había sucedido.

-Vuelvo a sentirme agradecido con *Whiskers* -dijo Elric con una mueca inquieta-. Tenéis un animal de compañía muy valioso, maese Colinadous.

-Más valioso de lo que os imagináis -asintió sensiblemente el pequeño hombre-. Ha jugado un papel crucial en la historia de más de un mundo. -Dio unas suaves palmaditas al gato, que regresó a sus brazos, ronroneante y complacido consigo mismo-. Me alegro de haberos sido de alguna utilidad.

-Nos hemos librado del guardián del puente -dijo Elric al tiempo que miraba hacia la lejana espuma del río-. ¿Vamos a tener que defendernos contra más ataques de este tipo, milady?

-Desde luego -asintió Oone con el ceño fruncido, como si se hallara perdida en un acertijo que sólo ella conociera.

Jaspar Colinadous apretó los labios.

-Aquí -dijo-. Mirad cómo se estrecha la garganta. Se convierte en un túnel.

Así era, en efecto. No podían ver cómo las rocas se inclinaban las unas sobre las otras de forma que el paso se transformaba en una cueva apenas lo bastante alta como para que Elric pudiera entrar sin tener que agachar la cabeza. Una serie de toscos escalones ascendían hacia ella y, de vez en cuando, aparecía un débil parpadeo de fuego amarillo desde el interior, como si el lugar estuviera iluminado por antorchas.

-Había esperado viajar con vos más lejos -dijo entonces Jaspar Colinadous con un suspiro-, pero ahora debo regresar. No puedo ir más allá de la Puerta Marador, que es lo que esto parece ser. Hacerlo así me destruiría. Ahora tengo que encontrar a otros compañeros en el País de los Sueños en Común. - Por su tono de voz, parecía lamentarlo de veras-. Adiós, príncipe El–ric, lady Oone. Os deseo éxito en vuestra aventura.

Y de repente, el pequeño hombre se volvió y se alejó con rapidez sobre el puente, sin mirar atrás. Los dejó casi tan repentinamente como había llegado y volvió a perderse en la oscuridad antes de que ninguno de los dos pudiera

decir nada, llevándose al gato consigo.

Oone pareció aceptarlo con naturalidad y al ver la mirada interrogativa de Elric, dijo:

-Esta clase de gentes llegan y se van. Otra de las reglas del ladrón de sueños dice: *«No dependas de nada que no sea tu propia alma».* ¿Comprendéis?

-Comprendo que ejercer la profesión de ladrón de sueños debe de ser algo muy solitario, milady.

Y, tras decir estas palabras, Elric empezó a ascender los grandes escalones, toscamente labrados, que conducían a la Puerta Marador.

# 3
# De la belleza encontrada en profundas cavernas

El túnel empezó a descender casi en cuanto penetraron en él. Mientras que al principio había sido frío, ahora el aire se hizo caliente y húmedo, hasta el punto de que, a veces, Elric tenía la impresión de avanzar a través del agua. Las pequeñas luces que ofrecían una débil iluminación no eran lámparas o antorchas, como había creído en un principio, sino que parecían delicados nodos de luminiscencia natural compuestos por una sustancia blanda y reluciente, de aspecto muy similar a la carne. Se dieron cuenta de que ellos mismos hablaban en susurros, como si no quisieran molestar a cualquier clase de habitantes que pudiera haber en este lugar. Y, sin embargo, Elric no sentía ningún miedo aquí dentro. El túnel tenía la atmósfera de un santuario y observó que también Oone había perdido algo de su cautela habitual, a pesar de que la experiencia le había enseñado a ser cauta con cualquier cosa y considerarla como una ilusión potencial–mente peligrosa.

No se produjo ninguna transición evidente entre Sadanor y Marador, salvo quizá un ligero cambio en el estado de ánimo. Luego, el túnel se abrió a un vasto vestíbulo natural de vivos y brillantes azules y verdes, amarillos dorados y rosados oscuros, todos ellos fluyendo los unos sobre los otros, como si fuera lava que acabara de enfriarse, más parecidos a plantas exóticas que a la roca que era en realidad. Los aromas, similares a los de las flores más encantadoras y fragantes, hicieron pensar a Elric que caminaba por un jardín, no muy diferente a los jardines que había conocido de niño, lugares de la mayor seguridad y tranquilidad; y, sin embargo, no cabía la menor duda de que el lugar era una caverna y de que habían tenido que viajar por debajo de la tierra para llegar a él.

Encantado al principio ante esta vista, Elric empezó a experimentar una cierta tristeza, pues hasta ahora no había recordado aquellos otros jardines de su infancia, la felicidad inocente que tan raramente experimenta un melniboneano, al margen de cuál sea su edad. Pensó en su madre, muerta durante el parto; en su padre, infinitamente triste, que se había negado a reconocer al hijo que, en su opinión, había sido el causante de la muerte de su esposa.

Elric observó un movimiento procedente de las profundidades de este vestíbulo natural, y volvió a temer el peligro, pero la gente que empezó a surgir no iba armada y sus rostros aparecían llenos de una melancolía contenida.

-Hemos llegado a Marador -le susurró Oone con seguridad.

-¿Estáis aquí para ayudarnos? -preguntó una mujer.

Llevaba ropajes sueltos compuestos por miríadas de colores brillantes, que reflejaban los colores de la roca sobre las paredes y el techo. Tenía un cabello largo de color dorado desvaído y sus ojos eran del color del viejo peltre. Extendió una mano para tocar a Elric, a modo de saludo, y su mano estaba fría cuando tocó la suya. Él mismo se sintió contagiado por aquella misma tranquilidad triste y le pareció que podía haber destinos mucho más tristes que permanecer aquí, recordando los deseos y placeres de su propio pasado, cuando la vida había sido mucho más sencilla y el mundo le había parecido un lugar fácil de conquistar y fácil de mejorar.

Por detrás de él, Oone dijo con un tono de voz que a él le pareció indebidamente duro:

-Somos viajeros en vuestro país, milady. No queremos haceros ningún daño, pero no podemos quedarnos.

-¿Viajeros? -preguntó un hombre-. ¿Qué buscáis?

-Buscamos la Fortaleza de la Perla -contestó Elric.

Oone se mostró claramente disgustada ante la franqueza de su respuesta.

-No tenemos el menor deseo de quedarnos en Marador. Sólo queremos saber el lugar donde se encuentra la siguiente puerta, la Puerta de Paranor.

El hombre sonrió burlonamente.

-Me temo que se ha perdido. Se ha perdido para todos nosotros. Sin embargo, no hay daño alguno en la pérdida. Aquí nos sentimos cómodos, ¿no lo notáis? -Los miró con una expresión soñadora y distante-. Es mejor no buscar aquello que nos puede desilusionar. Aquí preferimos recordar lo que más deseamos y cómo era el desearlo...

- ¿Mejor, incluso, que continuar buscándolo? -preguntó Elric sorprendido por su propio tono directo.

-¿Por qué continuar la búsqueda, señor, cuando la realidad sólo demuestra ser inadecuada al compararla con la esperanza?

-¿Lo pensáis así, señor?

Elric estaba dispuesto a considerar esa idea, pero la mano de Oone se apretó sobre su brazo.

-Recordad el nombre que los ladrones de sueños dieron a este país -le murmuró.

Elric reflexionó y se dio cuenta de que se trataba, realmente, del País de los Viejos Deseos. Todos sus propios añílelos olvidados regresaban ahora a él, produciéndole una sensación de sencillez y paz. Ahora recordaba cómo todas aquellas sensaciones habían sido sustituidas por la cólera al empezar a cobrar conciencia de que había muy pocas probabilidades de que sus sueños se convirtieran alguna vez en realidad. Se había encolerizado ante la injusticia del mundo. Había huido de sí mismo para refugiarse en estudios de brujería. Había decidido cambiar el equilibrio de las cosas e introducir una mayor libertad, una mayor justicia mediante el poder que tuviera en el mundo. Sin embargo, sus compañeros melniboneanos se habían negado a aceptar su lógica. Los primeros sueños habían empezado a desvanecerse y, con ellos, se desvaneció también la esperanza que al principio había animado a su corazón. Ahora, aquí estaba la esperanza que se le ofrecía de nuevo. Quizá hubiera ámbitos donde fuera cierto todo aquello que deseaba. Quizá Marador fuera ese mundo.

-Si regresara y encontrara a Cymoril y la trajera aquí, creo que podríamos vivir en armonía con esta gente -le dijo a Oone.

La ladrona de sueños le replicó casi despreciativamente.

-A esto se le llama el País de los Viejos Deseos, no el País de los Deseos Cumplidos. Hay una diferencia importante. Las emociones que sentís son fáciles de tener y conservar, mientras que la realidad permanece fuera de vuestro alcance, y continuáis anhelando lo inalcanzable. Cuando os empeñáis en descubrir realización, Elric de Melniboné, ganáis en altura en el mundo. Si le volvéis la espalda a esa determinación, a vuestra propia determinación para ayudar a construir un mundo en el que reine la justicia, perderéis mi respeto. Incluso perderéis respeto por vos mismo. Demostraréis ser un mentiroso, y yo misma habré demostrado ser una estúpida por haberme dejado convencer de que me ayudaríais a salvar a la Joven Santa.

Elric se sintió anonadado por aquella explosión, que parecía casi ofensiva en medio de un ambiente tan agradable en el que predominaba un ánimo sereno.

-Pero creo que es imposible construir un mundo así. ¿Acaso es mejor tener la perspectiva que el conocimiento del fracaso?

-Eso es lo que creen todos los que están en este ámbito. Permaneced aquí, si queréis, y creed lo que ellos creen para siempre. Pero estoy convencida de que una debe intentar alcanzar siempre la justicia, sin que importe lo pobre que sea la perspectiva del éxito.

Elric se sintió cansado y deseó sentarse y descansar. Bostezó y se desperezó.

-Estas gentes parecen tener un secreto que me gustaría conocer. Creo que hablaré un rato con ellos antes de continuar.

-Hacedlo así y Anigh morirá. La Joven Santa morirá. Y también morirá en vos todo aquello que tenga algún valor.

Oone no levantó la voz al decir esto. Habló con un tono casi natural. Pero en sus palabras había una urgencia que consiguió quebrar el estado de ánimo de Elric. No era ésta la primera vez que había considerado la idea de retirarse y refugiarse en sus sueños. De haberlo hecho así, su pueblo sería gobernado ahora por él mismo, e Yyrkoon estaría muerto o en el exilio.

El simple hecho de pensar en su primo y en sus ambiciones, en Cymoril, que esperaba su regreso para que pudieran casarse, le ayudó a recordar el propósito que le había guiado hasta aquí y, con un esfuerzo, se sacudió todo el estado de ánimo de reconciliación y de retirada. Se inclinó ante la gente de la caverna.

-Os agradezco vuestra generosidad, pero mi propio camino está adelante, a través de la Puerta de Paranor.

Oone respiró profundamente, quizá aliviada.

-Aquí, el tiempo no se mide de ninguna forma que nos sea familiar, príncipe Elric, pero podéis estar seguro de que transcurre con mucha mayor rapidez de la que me gustaría...

Con una sensación de profunda pena, Elric dejó atrás a toda aquella gente tan melancólica y siguió a Oone, que se introdujo en las cavernas relucientes.

-Estos países ostentan nombres muy adecuados -le dijo ella-. Llevad cuidado con lo familiar.

-¿No podríamos haber descansado allí? ¿Haber restaurado un poco nuestras energías? -preguntó Elric.

-Sí, pero al mismo tiempo habríamos muerto de dulce melancolía.

Él la miró, sorprendido, y se dio cuenta de que ella no se había visto afectada por la atmósfera.

-¿Fue eso lo que cayó sobre Alnac Kreb?

- ¡Desde luego que no! -exclamó, recuperándose en seguida-. Él era perfectamente capaz de resistir una trampa tan evidente.

Elric no se sintió avergonzado.

-Estuve a punto de fallar en mi primera prueba verdadera sobre mi determinación y disciplina.

-Nosotros, los ladrones de sueños, tenemos la ventaja de haber sido probados así en numerosas ocasiones -le dijo-. De ese modo resulta fácil afrontarlo, aunque el atractivo siga siendo fuerte.

-También para vos.

-¿Y por qué no? ¿Acaso creéis que yo no tengo deseos olvidados, nada en lo que no desearía soñar, ninguna niñez en la que no conociera momentos dulces?

-Disculpadme, milady.

-Hay una cierta atracción en ese aspecto del pasado -añadió ella con un encogimiento de hombros-. Supongo que eso sucede con el pasado, en general. Pero olvidamos los otros aspectos, aquellas cosas que nos indujeron a fantasear en primer lugar.

-¿Creéis, pues, en el futuro? -preguntó Elric, en un intento por bromear.

La roca, por debajo de sus pies, se hizo resbaladiza y se vieron obligados a avanzar con mayor precaución por la suave pendiente. Por delante de donde se encontraban, Elric creyó oír de nuevo el sonido del río, procedente quizá de algún lugar por donde se precipitara a nivel subterráneo.

-El futuro contiene tantas trampas como el pasado -replicó ella con una sonrisa-. Y yo creo en el presente, milord. En el eterno presente.

Y hubo en su voz un cierto matiz que a Elric le hizo pensar que no siempre había sostenido este punto de vista.

-Supongo que la especulación y la pena ofrecen muchas tentaciones -dijo Elric.

Y entonces se quedó con la boca abierta ante lo que vio.

Oro fundido caía en cascada por dos canales desgastados en la roca, que formaban un gigantesco edificio en forma de V. El metal fluía descontrolado y, al acercarse, se dieron cuenta de que no estaba caliente. Algún otro agente había causado el efecto, quizá algún elemento químico existente en la propia roca. Al llegar al suelo de la caverna, el oro se extendía para formar una charca que alimentaba a su vez un riachuelo que burbujeaba, brillante por el material precioso, descendía hacia otra corriente que, al principio, les pareció que contenía agua corriente. Pero cuando Elric miró con mayor atención se dio cuenta de que esa corriente se hallaba compuesta de plata, y que los dos elementos se fundían al encontrarse. Siguió el curso de la corriente con la mirada y vio que a cierta distancia se encontraba con otro río, éste de un brillante color escarlata, como si estuviera compuesto por rubíes líquidos. En todos sus viajes por los Reinos Jóvenes y los ámbitos de lo sobrenatural, Elric nunca había visto nada parecido. Hizo ademán de avanzar hacia el río, de inspeccionarlo más de cerca, pero ella le retuvo.

-Hemos llegado a la puerta siguiente -dijo-. Ignorad esa maravilla particular, milord. Mirad. -Señaló un punto situado entre las dos corrientes gemelas de oro, y él distinguió algo tenebroso que había al otro lado-. Ahí está Paranor. ¿Estáis preparado para entrar en ese país?

Al recordar el término con que lo designaban los ladrones de sueños, Elric se permitió una sonrisa irónica.

-Tan preparado como pueda estarlo alguna vez, milady.

Entonces, en el momento en que iniciaba el avance hacia la puerta, oyeron tras ellos el sonido de unos cascos lanzados al galope, que sonaban agudamente sobre la roca de la caverna. Arrancaban ecos del tenebroso techo, de las mil cámaras, y Elric apenas si tuvo tiempo para volverse cuando algo pesado le golpeó un hombro y se vio lanzado hacia un costado. Tuvo la impresión de un caballo mortalmente blanco, de un jinete que llevaba una armadura de marfil, de madreperla y de pálido cascarón de tortuga, y a continuación se perdió a través de la puerta de oro fundido y desapareció entre las sombras del otro lado. Pero Elric no tuvo la menor duda de que se trataba del guerrero que ya le había atacado sobre el puente. Tuvo la impresión de haber percibido aquel mismo chasquido burlón al tiempo que el sonido de los cascos se desvanecía, absorbido por lo que hubiera más allá de la puerta.

-Tenemos un enemigo -dijo Oone con una mueca en el rostro y los puños apretados contra sus costados, en un claro intento por controlarse-. Ya hemos sido identificados. La Fortaleza de la Perla no sólo se defiende, sino que ataca.

-¿Conocéis a esos jinetes? ¿Los habéis visto antes?

- Conozco a los de su clase -contestó ella sacudiendo la cabeza-. Eso es todo.

-¿Y no tenemos medio alguno de evitarlos?

-Muy pocos.

Ella volvía a fruncir el ceño, a reflexionar sobre algún problema que no estaba dispuesta a discutir. Luego, pareció desecharlo de su mente, tomó a Elric por el brazo y lo condujo bajo las cascadas gemelas de oro frío, para introducirse en otra caverna que esta vez se llenó repentinamente de un suave brillo verdoso, como si acabaran de entrar bajo un entoldado de hojas bajo la luz del sol otoñal. Elric recordó la antigua Melniboné en la cúspide de su poder, cuando su pueblo era lo bastante orgulloso como para darlo todo por sentado. Unos tiempos en que naciones enteras se habían visto remodeladas en relación con sus placeres pasajeros. Al salir a otra caverna, tan vasta que al principio no se dio cuenta de que todavía estaban bajo tierra, vio las espiras y minaretes de una ciudad, relucientes con aquel mismo verdor cálido, tan hermoso como el de su querida Imrryr, la Ciudad del Sueño, que él mismo

había explorado cuando era apenas un muchacho.

-Es como Imrryr y, sin embargo, no se parece en nada -dijo con cierta sorpresa.

-No -dijo ella-, es como Londres. Es como Tanelorn. Es como Ras−Paloom−Atai.

Y no dijo estas palabras con sarcasmo, sino que habló como si realmente estuviera convencida de que la ciudad se parecía a aquellas otras, de las que Elric sólo reconoció el nombre de una.

-Pero vos la habéis visto antes. ¿Cuál es su nombre?

-No tiene nombre -contestó ella-. Tiene todos los nombres. Se llama como vos mismo deseéis llamarla.

Y se dio media vuelta, como si se dispusiera a descansar, antes de conducirlo hacia el camino que pasaba por delante de la ciudad.

-¿No vamos a visitarla? Quizá hallemos a gente que pueda ayudarnos a encontrar nuestro camino.

-Y también algunos que intentarían impedírnoslo -replicó Oone con un gesto-. Ahora ya está claro, príncipe Elric, que se sospecha de la naturaleza de nuestra misión y que hay ciertas fuerzas que bien podrían tener la intención de detenernos a cualquier precio.

-¿Creéis que los Aventureros Brujos nos han seguido?

-O acaso nos han precedido. Y han dejado al menos a algunos de los suyos por aquí -dijo ella mirando con cautela hacia la ciudad.

-Parece un lugar tan pacífico -dijo Elric.

Cuanto más observaba la ciudad tanto más impresionado se sentía por su arquitectura, toda de la misma piedra verdosa pero con matices que variaban del amarillo al azul. Allí había vastas almenas y puentes curvados entre una torre y la otra; había espiras tan delicadas como telarañas, pero tan altas que casi desaparecían entre los techos de la caverna. Todo ello parecía reflejar una parte de él que no pudo percibir con claridad de forma inmediata. Anhelaba dirigirse hacia allí. Experimentó un resentimiento ante el hecho de dejarse guiar por Oone, aunque había jurado seguirla, y empezó a creer que ella misma se había perdido, que no estaba mejor preparada que él para descubrir su objetivo.

-Tenemos que continuar -dijo ella con un tono de voz más urgente.

-Sé que en esa ciudad encontraría algo que volvería a hacer grande a Imrryr. Y, en su grandeza, podría dirigirla para que dominara el mundo. Pero esta vez, en lugar de derramar crueldad y terror, derramaría belleza y buena voluntad.

-Mostráis una mayor tendencia de la que creía hacia la ilusión, príncipe Elric -dijo Oone.

Se volvió hacia ella, colérico.

-¿Qué hay de malo en esas ambiciones? - le espetó.

-Que son irrealistas. Tan irreales como esa ciudad.

-Pues a mí me parece que esa ciudad es muy sólida.

-¿Sólida? Sí, a su modo lo es. Una vez que crucéis sus puertas os envolverá tan intensamente como un amor perdido durante mucho tiempo. Vamos, señor, venid.

Ella también parecía dejarse llevar por un estado de ánimo malhumorado y echó a caminar por un camino de obsidiana que serpenteaba a lo largo de la colina que conducía a la ciudad.

Asombrado ante su repentino cambio de humor, Elric la siguió. Pero ahora su propia cólera se disipaba.

-Actuaré de acuerdo con vuestro mejor juicio, milady. Lo siento...

Pero ella no le escuchaba. Poco a poco, se fueron acercando a la ciudad hasta que pronto se encontraron bajo sus sombras y miraron a lo alto, hacia las murallas y torres de un tamaño tan tremendo que era casi imposible calcular su verdadera extensión.

-Hay una puerta -dijo ella-. ¡Allí! Cruzadla y os diré adiós. Intentaré salvar a la niña yo misma, mientras os entregáis en brazos de creencias perdidas y, de ese modo, perdéis las creencias que ahora tenéis.

Entonces, Elric observó con mayor atención las murallas, que eran como el jade, y vio figuras oscuras dentro de ellas, y se dio cuenta de que eran las figuras de hombres, mujeres y niños. Abrió la boca y avanzó un paso para mirarlas más de cerca, para observar los rostros vivos, unos ojos imperecederos, unos labios congelados en expresiones de terror, de angustia, de miseria. Eran como moscas atrapadas en ámbar.

-Eso es el pasado que no cambia, príncipe Elric -le dijo Oone-. Ése es el destino que espera a quienes reclaman sus creencias perdidas sin haber experimentado antes la búsqueda de otras nuevas. Esta ciudad tiene otro nombre. Los ladrones de sueños la llamamos la Ciudad de la Cobardía Inventiva. No comprenderíais las peculiaridades de una lógica que han traído a tantos hasta este paso, que obligaron a quienes les amaban a compartir su destino. ¿Preferís quedaros con ellos, príncipe Elric, y alimentar vuestras creencias perdidas?

El albino se dio media vuelta y se apartó con un estremecimiento.

-Pero si pudieron ver lo que les sucedió a viajeros anteriores, ¿por qué continuaron y entraron en la ciudad?

-Porque estaban ciegos ante lo evidente. Ése es el gran triunfo de una estúpida necesidad sobre la inteligencia y el espíritu humanos.

Juntos, regresaron al camino que discurría más abajo de la ciudad y Elric se sintió aliviado cuando las hermosas torres quedaron muy atrás y hubieron pasado a través de más grandiosas cavernas, cada una de ellas con su propia ciudad, aunque ninguna fuera tan magnífica como la primera. Con respecto a éstas no sintió ningún deseo de visitarlas, a pesar de que había detectado movimiento en alguna de ellas, y Oone le dijo que no tenía la impresión de que fueran tan peligrosas como la Ciudad de la Cobardía Inventiva.

-Habéis llamado a este mundo el Ámbito del Sueño -dijo Elric- y, desde luego, es un nombre muy apropiado, pues parece contener todo un catálogo de sueños y no pocas pesadillas. Es como si el lugar hubiera nacido a partir del cerebro de un poeta, de tan extrañas como son algunas de las vistas.

-Ya os lo dije -replicó ella, hablando con mayor calidez ahora que él había reconocido el peligro-, buena parte de lo que habéis sido testigo aquí constituye la materia semiformada de las realidades de otros mundos que, como el vuestro y el mío, todavía tenemos que experimentar. No sé hasta qué punto llegarán a existir en otra parte. Estos lugares se han visto configurados a lo largo de muchos siglos, por medio de una sucesión de ladrones de sueños, que imponen la forma sobre lo que, de otro modo, no tiene forma alguna.

Ahora, Elric empezaba a comprender mejor lo que Oone le había dicho.

-En lugar de hacer un mapa sobre lo que ya existe, imponéis vuestro propio mapa sobre ello.

-Hasta cierto punto. No nos inventamos nada. Simplemente, lo describimos de una forma particular. Gracias a ello, podemos crear caminos que atraviesan cada una de las miríadas de Ámbitos de Sueño, ya que sólo aquí los distintos ámbitos se ajustan los unos a los otros.

-En la realidad, ¿podría haber mil países diferentes en cada ámbito?

-Si preferís verlo así... O quizá un número infinito de países. O uno con un número infinito de aspectos. Se han creado caminos para que el viajero sin compás no se aleje mucho de su destino. -Se echó a reír casi alegremente-. Los nombres imaginativos que damos a estos lugares no surgen a partir de un impulso poético, ni son puro capricho, sino que responden a una cierta necesidad. Nuestra supervivencia depende de las descripciones exactas.

-Vuestras palabras tienen profundidad, milady, aunque debo añadir que mi propia supervivencia también tiende a depender de una buena hoja afilada.

-Mientras dependáis de vuestra hoja, príncipe Elric, os condenáis a un destino singular.

-¿Predecís acaso mi muerte?

Oone sacudió la cabeza y en sus hermosos labios se formó una expresión de la mayor simpatía y ternura.

-La muerte es inevitable para casi todos nosotros, tanto en una forma como en otra. Y estoy dispuesta a admitir que si el Caos conquista alguna vez el Caos, vos seréis el instrumento de esa notable conquista. Sería muy triste, príncipe Elric, que al tratar de controlar el Caos os destruyerais a vos mismo y todo aquello que amáis.

-Os prometo, lady Oone, hacer todo lo que esté en mi mano para evitar ese destino.

Y Elric observó pensativamente la mirada de los ojos de la ladrona de sueños, pero luego prefirió no especular más.

Atravesaron un bosque de estalagmitas y estalactitas, todas ellas de los mismos colores brillantes, verdes y azules oscuros, rojos vivos, todo ello acompañado por un sonido musical, como el del agua que cae desde el techo hasta el suelo. De vez en cuando, alguna gota caía sobre uno de ellos, pero la naturaleza de las cavernas era tal que pronto volvían a estar secos. Habían empezado a relajarse y caminaban tomados del brazo, casi alegremente. Fue entonces cuando vieron las figuras que revoloteaban rápidamente entre los colmillos de roca que se elevaban hacia lo alto.

-Espadachines -murmuró Elric, y añadió con ironía-: Es ahora cuando un arma sería de la mayor utilidad.

Su mente se hallaba medio enfrascada en la situación y medio dedicada a abrirse paso a través de los mundos de los elementales, a la búsqueda de alguna clase de hechizo, de alguna ayuda sobrenatural, pero se sentía desconcertado. Parecía como si los caminos mentales que estaba acostumbrado a seguir le estuvieran cerrados ahora.

Los guerreros iban encubiertos. Iban vestidos con capas pesadas y flotantes y tenían las cabezas protegidas por cascos de metal y cuero. Elric tuvo la impresión de unos ojos fríos y duros, con párpados tatuados, y se dio cuenta en seguida de que se trataba de miembros del gremio de los Aventureros Brujos de Quarzhasaat, dejados atrás cuando sus compañeros se habían retirado de los Ámbitos de Sueño. Sin lugar a dudas, se encontraban atrapados allí. Estaba claro, sin embargo, que no tenían la intención de parlamentar con Elric y Oone, sino que los envolvían, siguiendo una pauta de ataque bastante familiar.

A Elric le impresionó la extrañeza de estos hombres. Les faltaba una cierta fluidez de movimientos y, cuanto más se acercaban, más se daba cuenta de que casi era posible mirar más allá de sus ojos, hacia las cuencas de sus cráneos. No se trataba de mortales ordinarios. En cierta ocasión había visto a hombres similares a ellos en Imrryr, cuando había acompañado a su padre en una de aquellas raras ocasiones en que Sadric decidió que le acompañara en alguna expedición local, contra un antiguo lugar cuyas altas murallas habían aprisionado a algunos melniboneanos que habían perdido sus almas mientras buscaban la adquisición de un conocimiento de la brujería,

pero aquellos otros cuerpos todavía estaban con vida. Ellos también habían parecido poseer un odio frío y colérico contra cualquiera que no fuera como ellos mismos.

Oone gritó y se movió con rapidez; se dejó caer de rodillas al tiempo que una espada se lanzaba contra ella y chocaba con estruendo metálico contra una de las grandes columnas puntiagudas. Las estalagmitas estaban tan cerca unas de otras que a los espadachines les resultaba difícil atacar y lanzar sus mandobles y, por un momento, tanto el albino como la ladrona de sueños lograron agacharse y burlar las hojas, hasta que una de ellas golpeó a Elric en un brazo y éste vio, casi con sorpresa, que el hombre había hecho brotar la sangre.

El príncipe de Melniboné sabía que sólo era cuestión de tiempo que ambos resultaran muertos, y cayó hacia atrás, contra uno de los grandes dientes de roca. Sintió entonces que la estalagmita se movía por detrás de él. Algún truco de la caverna había debilitado la roca, que estaba suelta. Apoyó todo su peso contra ella. La roca empezó a balancearse. Rápidamente, situó su cuerpo delante de ella, sosteniéndola sobre su hombro para luego, con toda la energía de la que fue capaz, lanzarse contra su más cercano asaltante, llevando por delante la gran roca puntiaguda, a modo de lanza.

La punta de la roca se introdujo por completo en el pecho del hombre encubierto. El Asesino Brujo lanzó un grito de agonía, y una sangre extraña y antinatural empezó a brotar alrededor de la piedra, descendiendo y empapando los huesos del guerrero, casi reabsorbida por él. Elric saltó hacia delante y le arrancó el sable de las manos al mismo tiempo que otro de los asaltantes se abalanzaba sobre él desde atrás. Elric recuperó en un instante toda su astucia de combate, toda su habilidad para la guerra. Mucho antes de que tuviera a Tormentosa había aprendido el arte de la esgrima, del uso del puñal, el arco y la lanza, y ahora no necesitó la hoja encantada para librarse en un instante del segundo Asesino Brujo, y a continuación de un tercero. Le gritó a Oone que se armara y él mismo se desplazó con rapidez de una roca a otra, llevándose por delante a uno de los guerreros en cada ocasión. Los hombres se movieron con lentitud, desconcertados ahora, y ninguno de ellos se abalanzó contra él.

Oone no tardó en unírsele, demostrando que era una luchadora tan diestra como él. Elric admiró la delicadeza de su técnica, la seguridad con la que sus manos detenían las estocadas y lanzaban su ataque, lo que hacía con la mayor eficacia, amontonando los cadáveres, con toda la economía de movimientos de un felino en un nido de ratas.

Elric se tomó un respiro para sonreír con una mueca por encima del hombro.

-Para alguien que acaba de ensalzar las virtudes de las palabras sobre las espadas, demostráis ser muy diestra en el manejo de la hoja, milady.

-A menudo viene muy bien poseer la experiencia de ambas cosas para poder elegir -replicó ella al tiempo que despachaba a otro de los asaltantes-. Y debo admitir, príncipe Elric, que hay ocasiones en que una decente pieza de acero tiene ciertas ventajas sobre una frase bellamente expresada.

Lucharon juntos como dos viejos amigos en una situación apurada. Sus técnicas de combate eran complementarias, pero no muy diferentes. Ambos lucharon como suelen hacerlo los mejores soldados, sin crueldad ni placer en la matanza, pero con la intención de ganar con la mayor rapidez posible, al mismo tiempo que trataban de causar el menor dolor posible a sus oponentes.

Contrincantes que, por su parte, no parecían sufrir dolor alguno, aunque cada vez que uno de ellos moría emitía el mismo gemido inquietante de angustia y la sangre que brotaba de las heridas era una materia bien extraña.

Finalmente, el hombre y la mujer terminaron su tarea y se quedaron de pie, apoyados sobre las espadas que les habían arrebatado a sus enemigos, jadeantes y tratando de controlar las náuseas que tan a menudo se sienten después de una batalla.

Luego, mientras Elric los observaba, los cadáveres que les rodeaban se desvanecieron con rapidez y sólo dejaron tras ellos unas pocas espadas. La sangre también desapareció. No quedó virtualmente nada que permitiera afirmar que se había producido un combate en aquella gran caverna.

-¿Adonde se han ido?

Oone recogió una funda y envainó en ella su nuevo sable. A pesar de todas sus palabras anteriores, no tenía intención de continuar el camino sin llevar armas consigo. Se introdujo dos puñales en el cinto.

-¿Que adonde se han ido? Ah. -Vaciló antes de seguir-.

Hacia la misma charca de ectoplasma medio vivo de la que procedían. -Sacudió la cabeza-. Eran casi fantasmas, príncipe Elric, pero no del todo. Como ya os dije, representaban lo que los Aventureros Brujos dejaron tras de sí.

-¿Queréis decir que una parte de ellos regresaron a nuestro mundo, del mismo modo que regresó una parte de Alnac?

-Exactamente.

Respiró profundamente e hizo ademán de continuar.

-En tal caso, ¿por qué no encontramos a Alnac aquí? ¿Quizá todavía con vida?

-Porque no hemos venido a buscarle a él -contestó ella con su misma firmeza de siempre, lo que no hizo sino

inducir a Elric a seguir un paso más adelante el mismo tema.

-De todos modos, quizá no lo encontraríamos aquí, como hemos encontrado a los Aventureros Brujos, en el País de las Creencias Perdidas -dijo el albino con serenidad.

-Cierto -asintió ella.

Entonces, Elric la tomó en sus brazos por un momento y permanecieron así, abrazados, durante unos pocos segundos, hasta que estuvieron preparados para seguir en busca de la Puerta Celador.

Más tarde, mientras Elric ayudaba a su aliada a cruzar otro puente natural, por debajo del cual fluía un río de apagado material amarronado, Oone le dijo:

-Ésta no es una aventura ordinaria para mí, príncipe Elric. Ésa es la razón por la que necesitaba que me acompañarais.

Un tanto extrañado ante el hecho de que ella dijera algo que de todos modos ambos habían dado por sentado, Elric no dijo nada.

Cuando las mujeres de rostro en forma de hocico les atacaron con redes y picas, no tardaron mucho tiempo en abrirse paso y hacer retroceder a aquellas cobardes criaturas, que saltaban sobre sus patas traseras y tenían garras como los pájaros. Incluso bromearon al mismo tiempo que se libraban de grupos de bestias que trataban de morderles, parecidas a caballos del tamaño de perros y que hablaban unas pocas palabras en lenguaje humano, aunque sin ningún sentido ni significado.

Ahora, por fin, llegaban a los límites de Paranor, y vieron elevarse ante ellos dos enormes torres de roca tallada, dotadas con pequeños balcones, ventanas, terrazas y almenas, todas ellas recubiertas por hiedra vieja y zarzas enredadas de las que colgaban ligeros frutos de color amarillento.

-Es la Puerta Celador -dijo Oone. Parecía reacia a acercarse más a ella. Llevaba la mano posada sobre la empuñadura de la espada y rodeaba el brazo de Elric con su otra mano. Se detuvo y emitió un suspiro profundo y lento-. Es el país de los bosques.

-Dijisteis que se llamaba el País del Amor Olvidado -le recordó Elric.

-En efecto. Ése es el nombre que le dan los ladrones de sueños -asintió ella con una sonrisa algo sardónica.

Elric, que no estaba seguro de saber cuál era el estado de ánimo de Oone, y que no deseaba entremeterse, también retrocedió, la miró, se volvió a contemplar la puerta y la miró de nuevo a ella.

Oone levantó una mano hacia los rasgos blanquecinos de Elric. Su propia piel era dorada, todavía llena de una enorme vitalidad. Observó fijamente su rostro. Luego, con un suspiro, se dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta, tomándole de la mano y tirando de él.

Pasaron entre las torres y las narices de Elric se llenaron de inmediato con los ricos olores de las hojas y el césped. A su alrededor se levantaban grandes robles, olmos, abedules y toda otra clase de árboles, y aunque todos ellos formaban un entoldado natural, no crecían bajo la luz del cielo abierto, sino que eran alimentados por las rocas extrañamente relucientes de los techos de la caverna. Elric había creído imposible que los árboles pudieran crecer en ámbitos subterráneos, y se maravilló ante la salud e incluso el aspecto corriente que ofrecía todo lo que veía.

Fue entonces cuando observó con cierto asombro a una criatura que surgió de entre el bosque y que se situó firmemente en medio del camino que ellos tenían que seguir.

- ¡Alto! ¡Debo conocer vuestros propósitos!

Tenía el rostro cubierto por una piel amarronada y los dientes eran tan prominentes, las orejas tan largas y los ojos tan grandes, como los de un conejo, que parecía precisamente eso, un conejo de tamaño considerable, a pesar de ir sólidamente protegido por una abollada armadura de latón, con un casco también de latón sobre la cabeza, y unas armas, espada y lanza de aspecto acerado, pero que también estaban hechas de latón.

-Sólo tratamos de cruzar este país, sin hacerle daño a nadie y sin que nadie nos lo haga a nosotros -dijo Oone.

El guerrero–conejo sacudió la cabeza.

-Demasiado ambiguo -dijo, y, de repente, levantó la lanza y hundió profundamente la punta en el tronco de un roble. El árbol lanzó un grito-. Eso es lo mismo que éste me ha dicho. Y muchos más como éstos.

-¿Los árboles eran viajeros? -preguntó Elric.

-¿Cuál es vuestro nombre, señor?

-Soy Elric de Melniboné y, lo mismo que lady Oone, no tengo la intención de inquietaros. Nos dirigimos hacia Imador.

-No conozco a ningún «Elric» y a ninguna «Oone». Soy el conde de Magnes Doar y considero este territorio como propio, obtenido gracias a mi conquista. Por mi derecho antiguo. Tenéis que regresar a través de la puerta.

-No podemos -replicó Oone-. Retroceder significaría nuestra destrucción.

-Seguir adelante, señora, significaría lo mismo. ¿Qué? ¿Pretendéis acampar eternamente ante las puertas?

-No, señor -contestó ella y colocó la mano sobre la empuñadura de la espada-. Nos abriremos paso a través de

vuestro bosque si fuera necesario. Tenemos algo urgente que hacer y no aceptaremos ninguna retención.

El guerrero–conejo extrajo la lanza del tronco del árbol, que dejó de gritar, y luego la arrojó contra otro árbol. Éste, a su vez, emitió un gemido hasta que el propio conde de Magnes Doar sacudió la cabeza con irritación y extrajo su arma del tronco.

-Creo que entonces tendréis que luchar conmigo -dijo.

Fue entonces cuando escucharon un grito procedente del otro lado de la columna situada a la derecha, y algo blanco y encabritado apareció allí. Era otro de los jinetes pálidos, con armadura del color del hueso, de cascarón de tortuga y de madreperla, con sus horribles ojos sesgados por el odio, con los cascos del caballo golpeando una barrera que no había estado allí cuando Oone y Elric pasaron por el lugar.

La barrera se desmoronó y el caballo se lanzó a la carga.

El albino y la ladrona de sueños hicieron ademán de defenderse, pero fue el conde de Magnes Doar el que se les adelantó y arrojó la lanza contra el cuerpo del guerrero. El acero fue desviado por una armadura más fuerte de lo que parecía, y la espada se elevó en el aire y descendió, casi despreciativamente, atravesó el casco de latón y se introdujo en el cerebro del guerrero–conejo. Éste se tambaleó hacia atrás, llevándose las manos a la cabeza, después de haber soltado la espada y la lanza. Sus enormes ojos marrones parecieron hacerse todavía más grandes, y empezó a gemir. Se dio la vuelta lentamente y después cayó de rodillas.

Elric y Oone se situaron tras el tronco de uno de los robles, preparados para defenderse en cuanto el jinete atacara.

El caballo volvió a encabritarse, y bufó con la misma despiadada furia que parecía impulsar a su amo. En ese momento, Elric surgió de su escondite, agarró la lanza caída en el suelo y la levantó hacia el punto donde se unían la coraza y la gargantilla, introduciendo con un hábil movimiento la punta de la lanza en la garganta del guerrero.

Se oyó un sonido de gorgoteo, convertido después en un chasquido familiar. Luego, el jinete dio la vuelta a su caballo y se abalanzó de nuevo contra ellos, a lo largo del camino que atravesaba el bosque, con su cuerpo balanceándose y saltando en la agonía de la muerte, soportado todavía por el caballo.

Ambos lo vieron desaparecer. Elric temblaba.

-Si no lo hubiera visto morir ya una vez en el puente de Sadanor, juraría que se trataba del mismo hombre que me atacó allí. Tiene una extraña familiaridad para mí.

-No le visteis morir -dijo Oone-. Solamente le visteis caer al río.

-Bueno, pues ahora creo que está bien muerto, después de ese golpe. Casi le he seccionado la cabeza.

-Dudo mucho de que lo esté -dijo ella-. Estoy convencida de que se trata de nuestro enemigo más poderoso y de que no tendremos que volver a enfrentarnos con él seriamente hasta que estemos cerca de la Fortaleza de la Perla.

-¿Es él quien protege la fortaleza?

-Muchos lo hacen.

Ella se recuperó con rapidez e hincó una rodilla en tierra para inspeccionar al muerto conde de Magnes Doar. En la muerte se parecía más a un hombre, pues el pelo de su rostro y de sus manos ya se había transformado en grisáceo y su carne parecía estar a punto de desaparecer. El casco de latón también había adquirido una fea tonalidad plateada. Por un momento, Elric recordó la muerte de Alnac y apartó la mirada.

Oone también se incorporó rápidamente, y había lágrimas en sus ojos. No eran lágrimas por la muerte del conde de Magnes Doar. Elric la tomó en sus brazos. De repente, experimentó el anhelo por alguien al que apenas recordaba de sus antiguos sueños, los sueños de su juventud; alguien que quizá no había existido nunca.

Creyó percibir un ligero estremecimiento que recorría el cuerpo de Oone mientras él la abrazaba. Su memoria se extendió hacia el recuerdo de un pequeño bote, de una muchacha de cabellos rubios que dormía en el fondo de la embarcación, arrastrada hacia el mar abierto, mientras él hacía avanzar un esquife hacia ella, lleno de orgullo ante la perspectiva de rescatarla. Sin embargo, estaba seguro de no haber conocido nunca a una muchacha así, aunque Oone le recordaba ahora a esa muchacha, pero ya mayor.

Con un suspiro, Oone se apartó de su lado.

-Pensé que erais... Es como si os hubiera conocido desde siempre... -Se llevó las manos al rostro-. ¡Oh, este condenado país lleva un buen nombre, Elric!

El albino no pudo sino mostrarse de acuerdo con ella.

-Sin embargo, ¿qué peligros nos esperan? -preguntó.

-¿Quién sabe? -replicó ella sacudiendo la cabeza- ¿Muchos o pocos? ¿Ninguno? Los ladrones de sueños dicen que es precisamente en el País del Amor Olvidado donde se toman las decisiones más importantes. Decisiones que pueden tener las consecuencias más monumentales.

-¿De modo que no deberíamos hacer nada aquí? ¿No tenemos que tomar ninguna decisión?

Ella se pasó los dedos a través del cabello.

-Deberíamos ser conscientes, al menos, de que es posible que las consecuencias no se manifiesten durante algún

tiempo.

Dejaron al guerrero−conejo tras ellos y continuaron su descenso por el túnel de árboles. De vez en cuando, Elric creía distinguir rostros que le miraban por entre las sombras verdosas. En una ocasión estuvo seguro de haber visto la figura de su padre muerto, de Sadric, que lloraba la pérdida de la madre de Elric, la única criatura a la que había amado realmente. Aquella imagen fue tan fuerte, que Elric llamó en voz alta:

-¡Sadric! ¡Padre! ¿Es éste tu limbo?

Al oírle, Oone le gritó con tono de urgencia:

-¡No! No os dirijáis a él. No lo traigáis con vos. ¡No lo convirtáis en alguien real! Es una trampa, Elric. Otra trampa.

-¿Mi padre?

-¿Le amabais?

-Sí, aunque fue una clase de amor desgraciado.

-Recordad esto. No lo traigáis aquí. Sería obsceno recordarlo en esta galería de la ilusión.

Elric la comprendió y empleó todos sus hábitos de autodisciplina para desembarazarse de la sombra de su padre.

-Trataba de decirle, Oone, lo mucho que lamenté su pérdida y su propia pena. -Ahora lloraba. Su cuerpo se estremecía con una emoción de la que creía haberse librado desde hacía mucho tiempo-. Ah, Oone, habría preferido morir yo mismo con tal de devolverle a su esposa. ¿No hay ninguna forma de...?

-Esa clase de sacrificios no tienen ningún significado -dijo ella tomándolo con sus manos y sosteniéndolo cerca de sí misma-. Especialmente aquí. Recordad vuestra búsqueda. Ya hemos atravesado tres de los siete países que nos permitirán llegar a la Fortaleza de la Perla. Hemos recorrido casi la mitad del camino. Eso significa que ya hemos conseguido más que la mayoría. Controlaros, príncipe de Melniboné. Recordad quiénes y qué depende de vuestro éxito.

-Pero ¿y si tengo la oportunidad de enderezar algo que salió mal...?

- Eso sólo tiene que ver con vuestros propios sentimientos, no con lo que es o con lo que puede llegar a ser. ¿Queréis inventar sombras y hacerlas jugar en vuestros propios sueños? ¿Aportaría eso alguna felicidad a vuestra trágica madre y a vuestro padre?

Elric miró por encima del hombro, hacia el bosque. Ahora ya no se veía el menor rastro de su padre.

-Parecía tan real, hecho de una carne tan sólida.

-Debéis tener el convencimiento de que vos y yo somos la única carne sólida que existe en todo este país. E incluso nosotros... -Se detuvo de pronto. Se incorporó hacia su rostro y lo besó-. Descansaremos un poco, aunque sólo sea para restaurar vuestra fortaleza psíquica.

Y Oone arrastró a Elric hacia la suave alfombra de hojas que había al lado del camino. Y allí le besó y movió sus acariciantes manos sobre su cuerpo, hasta que se convirtió lentamente en todo aquello que él había perdido en su amor por las mujeres, y Elric se dio cuenta a su vez de que se convertía en todo aquello que ella se había negado a desear por un hombre. Y también se dio cuenta, sin culpabilidad ni pena, que su acto de amor no conocía pasado y que su único futuro se encontraba en alguna parte, más allá de sus propias vidas, más allá de cualquier ámbito que pudieran visitar jamás, y que ninguno de los dos sería nunca testigo de sus consecuencias.

Y a pesar de ese conocimiento se sintieron despreocupados y felices y se entregaron el uno al otro la fortaleza que necesitarían si es que confiaban en llevar a buen término la búsqueda que habían emprendido y llegar a la Fortaleza de la Perla.

# 4
# La intervención de una navegante

Sorprendidos por su propia falta de confusión, llenos de una aparente claridad, Elric cruzó, junto con Oone, la puerta de un plateado estremecido que daba acceso a Imador, denominado misteriosamente por los ladrones de sueños el País de la Nueva Ambición, y se encontró en lo alto de un majestuoso tramo de escalones que se curvaban hacia abajo, hasta llegar a una llanura que se extendía hacia un horizonte de un azul neblinoso y pálido que casi habría podido tomar, erróneamente, por el cielo. Por un momento, creyó que él y Oone estaban a solas sobre aquella magnífica escalera, pero entonces se dio cuenta de que estaba llena de gente. Algunos se hallaban enfrascados en acaloradas discusiones, otros se dedicaban al intercambio, algunos se abrazaban, mientras que otros se reunían alrededor de hombres santos, de oradores, sacerdotisas y cuentistas, ya fuera dedicados a escuchar ávidamente, o a discutir.

Los escalones que descendían hacia la llanura aparecían animados por toda clase de relaciones humanas. Elric vio a encantadores de serpientes, a timadores, juglares y acróbatas. Todos ellos llevaban los ropajes típicos de los territorios desérticos, enormes pantalones de seda de colores verde, azul, dorado, bermellón y ámbar, chaquetas de brocado o terciopelo, turbantes, caperuzas y gorras hechas a punto de la forma más intrincada, metales y plata pulidos, oro, joyas preciosas de todas clases, animales, corceles, cestas repletas de productos, con telas, artículos de cuero, cobre y latón.

- ¡Qué hermosos son todos! -exclamó.

Era cierto que, aunque de todas las formas y tamaños, la gente mostraba una belleza que no resultaba fácil definir. Sus pieles tenían un aspecto saludable, sus ojos eran vivos, sus movimientos majestuosos y ágiles. Se comportaban con gran confianza en sí mismos y buen humor, y aunque se dieron cuenta de la presencia de Elric y Oone, que bajaban los escalones, no hicieron esfuerzos por saludarles o preguntarles qué les llevaba por allí. Perros, gatos y monos se desplazaban entre la multitud y los niños participaban en los mismos juegos crípticos a los que juegan todos los niños. El aire era cálido y balsámico, lleno con los olores de la fruta, de las flores y de todas las demás mercancías puestas a la venta.

-Quisiera que todos los mundos fueran como éste -dijo Elric sonriéndole a una joven que le ofreció una tela bordada.

Oone le compró naranjas a un muchacho que corrió hacia ella. Le entregó una a Elric.

-Ciertamente, es un ámbito muy dulce. No había esperado que fuese tan agradable. -Pero, al morder la fruta, escupió el bocado sobre la mano-. ¡No tiene gusto alguno!

Elric probó su naranja y también descubrió que era insípida.

La desilusión que experimentó fue desproporcionada con respecto a lo sucedido. Arrojó la naranja lejos de sí. Cayó unos escalones más abajo y rodó hasta perderse de vista.

La llanura gris y verde no parecía estar habitada. Estaba cruzada por un camino, amplio y bien pavimentado, pero no se veía a un solo viajero, a pesar de la gran multitud de la escalera.

-Me pregunto por qué estará vacío ese camino -le dijo a Oone-. ¿Es que toda esta gente duerme en los escalones por la noche? ¿O desaparecen en otro ámbito una vez que han terminado sus asuntos aquí?

-Sin duda, no tardaremos en hallar la respuesta a esa pregunta, milord.

Pasó la mano por el brazo de Elric. Desde que hicieran el amor en el bosque, se había desarrollado entre ambos una sensación de camaradería y cariño mutuos. Él no experimentaba ninguna sensación de culpabilidad; sabía, en el fondo de su corazón, que no había traicionado a nadie y estaba claro que ella tampoco se sentía preocupada. De alguna forma extraña, se habían fortalecido el uno al otro, logrando con ello que su energía combinada fuera algo más que la suma de la misma. Era la clase de amistad que él no había conocido con anterioridad, y se sentía agradecido por ello. Creía haber aprendido mucho de Oone y que la ladrona de sueños le enseñaría muchas cosas más que luego le serían valiosas, cuando regresara a Melniboné, para reclamarle a Yyrkoon la devolución de su trono.

Mientras descendían los escalones, a Elric le pareció que las vestiduras se hacían más y más elaboradas, las joyas, los tocados y las armas eran más ricos y exóticos, al mismo tiempo que aumentaba la estatura de la gente y

se hacían más elegantes.

Impulsado por la curiosidad, se detuvo a escuchar a un cuentista que tenía embelesado a un grupo de oyentes, pero el hombre hablaba en un lenguaje con el que no estaba familiarizado, que no significaba nada para él. Volvieron a detenerse junto a una vendedora de cuentas y Elric le preguntó amablemente a la mujer si los que se encontraban sobre los escalones pertenecían todos a la misma nación.

La mujer le miró con el ceño fruncido, sacudió la cabeza, y le contestó en otro lenguaje. Parecía utilizar pocas palabras, que repetía muchos sonidos. Sólo cuando se detuvieron junto a un vendedor de sorbetes, un muchacho joven, pudieron hacer sus preguntas y ser entendidos.

El muchacho también frunció el ceño, como si tradujera las palabras en su cabeza.

-Sí, somos la gente de los escalones. Cada uno de nosotros tiene un lugar aquí, unos debajo de otros.

-Sois más ricos e importantes a medida que descendéis, ¿verdad? -preguntó Oone.

El joven pareció extrañarse ante la pregunta.

-Cada uno de nosotros tiene un lugar aquí -repitió.

Luego, como alarmado por las preguntas, echó a correr escalones arriba, para mezclarse con la multitud. En los escalones inferiores había menos gente y Elric comprobó que el número de los presentes disminuía a medida que los escalones se acercaban a la llanura.

-¿Es esto una ilusión? -le murmuró a Oone-. Tiene el aspecto de un sueño.

-Es nuestro sentido de lo que debería ser lo que resulta un intruso aquí -dijo ella-. Creo que eso matiza nuestra percepción del lugar.

-¿No es, entonces, una ilusión?

-No es lo que llamaríais una ilusión. -Hizo un esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas, pero finalmente sacudió la cabeza-. Cuanto más nos parezca una ilusión, más se convertirá en eso mismo. ¿Tiene eso algún sentido?

-Creo que sí.

Finalmente, se acercaron al fondo de la escalera. Se encontraban sobre los últimos escalones cuando miraron hacia delante y vieron a un jinete que cabalgaba hacia ellos, a través de la llanura, dejando tras de sí una enorme columna de polvo a medida que se acercaba.

La gente situada por detrás de ellos empezó a gritar. Elric se volvió y observó que todos ellos subían precipitadamente los escalones, y sintió el impulso de hacer lo mismo, pero Oone lo contuvo.

-Recordad que no podemos retroceder -le dijo-. Tenemos que enfrentarnos a este peligro como mejor podamos.

Gradualmente, la figura sobre el caballo se hizo nítida. Se trataba o bien del mismo guerrero con la armadura de madreperla y de cascarón de tortuga, o bien de otro idéntico a él. Llevaba una lanza blanca con una punta formada por un hueso afilado, y el arma apuntaba directamente contra el corazón de Elric.

El albino saltó hacia adelante en una maniobra destinada a confundir a su atacante. Se encontraba ya casi bajo los cascos del caballo cuando lanzó un golpe hacia arriba con la espada rápidamente desenvainada y desvió la lanza. La fuerza del golpe lo arrojó hacia un lado, mientras que Oone, que reaccionó con una coordinación casi telepática, como si ambos controlaran un solo cerebro, saltó hacia adelante y envió una estocada hacia el brazo izquierdo levantado del guerrero, que buscaba su corazón.

La estocada fue detenida por un movimiento repentino de la mano derecha del jinete, cubierta por un guantelete, que luego le lanzó una patada para librarse de ella. Ahora, por primera vez, Elric pudo observar su rostro con claridad. Era enjuto, sin sangre, con unos ojos como los de un pescado muerto desde hacía tiempo, y una línea burlona por boca, abierta ahora en una mueca de desprecio. Conmocionado, observó también algo de Alnac Kreb en él. La lanza se desplazó hacia el otro lado para golpear el hombro de Oone y derribarla al suelo.

Elric había vuelto a incorporarse antes de que la lanza pudiera dirigirse contra él. Dirigió la espada contra las cinchas del caballo, utilizando un viejo truco que había aprendido de los bandidos vilmirianos, pero su golpe se vio bloqueado por una pierna acorazada, y la lanza retrocedió para dirigirse de nuevo contra él, que se precipitó hacia un lado dándole así una oportunidad a Oone.

Aunque Elric y Oone luchaban como si fueran una sola entidad, su atacante era casi presciente, y parecía adivinar cada uno de sus movimientos.

Elric empezó a creer que el jinete era de origen completamente sobrenatural y, al tiempo que hacía una nueva finta, extendió la potencia de su mente hacia los ámbitos de los elementales, a la búsqueda de la ayuda que pudiera encontrar allí. Pero no había ninguna ayuda. Era como si cada uno de los ámbitos se hubiera quedado desierto, como si, de la noche a la mañana, todo el mundo de los elementales, los demonios y espíritus, hubiera sido desterrado al limbo. Esta vez, Arioch no le ayudaría. Aquí, su brujería era totalmente inútil.

Oone gritó agudamente y Elric vio que había sido arrojada contra el escalón más bajo. Trató de incorporarse, pero algo la tenía paralizada. Apenas podía mover las extremidades.

El jinete pálido volvió a chasquear la lengua y se dispuso a avanzar sobre ella para rematarla.

Elric lanzó su viejo rugido de combate y se abalanzó contra su oponente, tratando de distraerlo. El albino quedó horrorizado ante la posibilidad de que sufriera algún daño la mujer por la que sentía un profundo amor y camaradería, hasta el punto de estar dispuesto a morir por salvarla.

- ¡Arioch! ¡Arioch! ¡Sangre y almas!

Pero aquí no disponía de su espada rúnica para que le ayudara. No contaba nada más que con su propio ingenio y habilidad.

-Alnac Kreb. ¿Es esto lo que queda de vos?

El jinete se volvió, casi con impaciencia, y arrojó la lanza contra el hombre que corría. Ésa fue su respuesta.

Elric no había previsto era reacción. Trató de desplazar su cuerpo hacia un lado, pero el mango de la lanza le golpeó en el hombro y cayó pesadamente sobre el polvo, al tiempo que soltaba un sable con el que no estaba familiarizado. Empezó a arrastrarse hacia el arma al tiempo que veía cómo el jinete desenvainaba su propia y larga hoja y se disponía a abalanzarse sobre la impotente Oone. Elric se levantó sobre una rodilla y lanzó el puñal con una desesperada exactitud. La hoja se introdujo entre las planchas del espaldar del jinete y, de pronto, la espada que se elevaba ya en el aire descendió.

Elric alcanzó su propio sable, se levantó de un salto y vio horrorizado que el jinete hacía encabritar a su montura sobre Oone, con la espada nuevamente levantada, ignorando la herida recibida en el hombro.

-¿Alnac?

Una vez más, Elric intentó apelar a la parte de Alnac Kreb que todavía pudiera haber allí, pero en esta ocasión fue completamente ignorado. El mismo chasquido inhumano y horrible sonó en el aire; el caballo relinchó, con los cascos pateando sobre la mujer, que se esforzaba por subir sobre el escalón.

Apenas consciente de sus propios movimientos, Elric sujetó al jinete y se aupó hacia arriba, tirando hacia atrás de su espalda en un intento por derribarle de su montura. El jinete emitió un gruñido y se las arregló para volverse. Su espada sibilante fue detenida por la de Elric y el albino logró derribarle de la silla. Ambos cayeron sobre la arena, a poca distancia de donde estaba Oone. La mano de Elric que sostenía la espada quedó atrapada bajo la espalda acorazada del jinete, pero consiguió extraer el puñal con la mano izquierda y habría atravesado aquellos horribles ojos muertos de no haber sido porque los dedos del hombre se cerraron sobre su muñeca.

-¡Tendréis que matarme a mí antes de hacerle daño a ella!

La voz normalmente melódica de Elric se convirtió en un

barboteo lleno de odio. Pero el guerrero se limitó a echarse a reír, al tiempo que el fantasma de Alnac se desvanecía de sus ojos.

Lucharon así durante unos breves instantes, sin que ninguno de los dos lograra ninguna ventaja apreciable sobre el otro. Elric percibía su propia respiración agitada, los gruñidos del hombre cubierto por la armadura, los relinchos del caballo y la respiración agitada de Oone que trataba de ponerse en pie.

-¡Guerrero de la Perla!

Era la voz de otra. No la de Oone, sino la de otra mujer. Y parecía transmitir una considerable autoridad.

-¡Guerrero de la Perla! ¡No debéis ejercer más violencia sobre estos viajeros!

El guerrero gruñó, pero ignoró a la mujer. Sus dientes trataron de cerrarse sobre el cuello de Elric e intentó volver el puñal hacia el corazón del albino. Ahora, había gotas de saliva espumeante sobre sus labios, unas gotitas blancas que ribeteaban su boca.

-¡Guerrero de la Perla!

De repente, el guerrero empezó a hablar, susurrándole a Elric como si fuera un conspirador amigo.

-No la escuches. Puedo ayudarte. ¿Por qué no vienes con nosotros y aprendes a explorar la Gran Estepa, donde abunda toda clase de caza? Y hay melones que saben como las más delicadas cerezas. Puedo ofrecerte ricas vestiduras. No la escuches. No la escuches. Sí, soy Alnac, tu amigo. ¡Sí!

Elric se sintió repelido por aquel balbuceo de locura más de lo que se había sentido por el horrible aspecto de la criatura y por su violencia.

-Piensa en todo el poder que hay allí. Ellos te temen. También me temen a mí, Elric. Te conozco. No seamos rivales. Juntos podemos tener éxito. Yo no soy libre, pero tú podrías viajar por los dos. No soy libre, pero tú no tendrás que soportar responsabilidades. No soy libre, pero tengo a muchos esclavos a mi disposición, Elric. Son tuyos. Te ofrezco nuevas riquezas y nuevas filosofías, nuevas formas de realizar cada uno de tus deseos. Te temo, y tú me temes a mí. Así pues, uniremos nuestras fuerzas, uno para el otro. Es el único lazo que significa algo. Ellos sueñan contigo, todos ellos. Incluso yo mismo, que no sueño. Tú eres el único enemigo...

-¡Guerrero de la Perla!

Con un tintineo de huesos y marfil, de cascarón de tortuga y de madreperla, el guerrero de piel leprosa se desenredó y se soltó de Elric.

-Juntos podemos derrotarla -murmuró con un tono de urgencia-. No habrá fuerza que se nos resista. ¡Yo te

ofreceré mi ferocidad!

Sintiendo náuseas ante todo esto, Elric se incorporó lentamente y se volvió a mirar en la misma dirección que Oone, que ahora estaba sentada sobre el escalón, frotándose las extremidades, que parecían volver a la vida poco a poco.

Ante ellos se encontraba una mujer, más alta que Elric y que Oone. Iba encubierta y encapuchada. Sus ojos se movían con firmeza desde aquel al que había llamado Guerrero de la Perla hasta ellos. Levantó el gran báculo que sostenía en la mano derecha y golpeó el suelo con él.

-¡Guerrero de la Perla! ¡Debéis obedecerme! El Guerrero de la Perla estaba furioso.

-¡No deseo esto! -espetó frotándose el peto con ruido metálico-. Me enojáis, lady Sough.

-Ellos están bajo mi responsabilidad y mi protección. Marchaos, Guerrero de la Perla. Id a matar a otro sitio. Matad a los verdaderos enemigos de la Perla.

-¡No quiero que me deis órdenes! -Se mostraba mohíno, enojado como un niño-. Todos son enemigos de la Perla. Vos misma también lo sois, lady Sough.

- ¡Sois una criatura estúpida! ¡Marchaos de aquí!

Y levantó el báculo para señalar más allá de la escalera, allí donde podían verse rocas neblinosas que parecían elevarse eternamente.

-Me enojáis, lady Sough -dijo él-. Soy el Guerrero de la Perla. Poseo la fuerza de la Fortaleza. -Se volvió hacia Elric como si fuera un viejo camarada-. Alíate conmigo y la mataremos ahora. Luego, gobernaremos, tú con tu libertad, yo con mi esclavitud. Todo esto y otros muchos ámbitos, desconocidos para los ladrones de sueños. Aquí hay seguridad para siempre. Sé mío. Nos casaremos. Sí, sí, sí...

Elric se estremeció y le volvió la espalda al Guerrero de la Perla. Se inclinó sobre Oone para ayudarla a ponerse en pie.

Oone ya podía mover todas sus extremidades, aunque todavía estaba mareada. Miró atrás, hacia los escalones que desaparecían en lo alto. Ya no quedaba visible ninguna de las personas que habían ocupado antes la vasta escalera.

Preocupado, Elric miró a la recién llegada. Sus vestiduras eran de diferentes matices de azul, con hilo de plata recorriéndolas, entrelazado con dorado y verde oscuro. Se comportaba con extraordinaria gracia y dignidad y miraba fijamente a Oone y a Elric, con una cierta actitud regocijada. Mientras tanto, el Guerrero de la Perla terminó de ponerse en pie y permaneció a un lado, desafiante, mirando alternativamente a lady Sough y dirigiendo hacia Elric una horrible sonrisa conspiradora.

-¿Adonde se han marchado todas las gentes que estaban antes sobre los escalones? -le preguntó Elric a lady Sough.

-Simplemente, han regresado a su hogares, milord -contestó ella. Al dirigirse a él su voz sonó cálida y clara, a pesar de lo cual retuvo toda la autoridad con la que había ordenado al Guerrero de la Perla que detuviera su ataque-. Soy lady Sough, y os doy la bienvenida a este país.

-Os agradecemos vuestra intervención, milady -dijo Oone, hablando por primera vez, aunque con un cierto recelo-. ¿Gobernáis aquí?

-Soy, simplemente, una guía y navegante.

-Esa cosa enloquecida acepta vuestras órdenes -dijo Oone enderezándose, al tiempo que se frotaba los brazos y las piernas y miraba al Guerrero de la Perla que, de repente, la miró furtivamente cuando lady Sough dirigió su atención hacia él.

-Es un incompleto -dijo lady Sough con desprecio-. Guarda la Perla, pero tiene una inteligencia tan insustancial que es incapaz de comprender la naturaleza de su tarea, ni quién es amigo o enemigo. Sólo puede elegir las alternativas más limitadas, pobre ser corrompido. Los que le encargaron realizar esta tarea sólo poseían la más leve comprensión de lo que se exigía de un guerrero así.

· ¡Malo! ¡No lo haré! -empezó a exclamar el Guerrero de la Perla, al tiempo que emitía de nuevo su horrible chasquido-.¡Nunca! ¡Ése es el porqué! ¡Ése es el porqué!

· ¡Marchaos! -le gritó lady Sough, que hizo un nuevo gesto con el báculo, con los ojos relucientes por encima del velo que cubría su rostro-. No tenéis nada que hacer con éstos.

-Morir no es sensato, señora -dijo el Guerrero de la Perla al tiempo que levantaba un hombro en un gesto de arrogancia desafiante-. Llevad cuidado con vuestra propia corrupción. Todos podemos disolvernos si éstos alcanzan su propósito.

-¡Marchaos, estúpido bruto! - Le señaló el caballo-. Y dejad esa lanza aquí, ser grotesco, insensible y destructivo.

-¿Me equivoco o habla ella en jerga? -preguntó Elric. -Posiblemente -murmuró Oone-. Pero bien podría ser que él dijera más verdad que quienes parecen protegernos.

· ¡Podrá suceder cualquier cosa, y habrá que resistir a cualquier cosa! -dijo sombríamente el Guerrero de la Perla al tiempo que montaba. Se dirigió hacia donde había caído la lanza después de arrojársela a Elric - . ¡Ésa es la razón por la que somos!

· ¡Marchaos! ¡Marchaos!

Se inclinó desde la silla, dispuesto a coger la lanza.

-No -dijo ella con firmeza, como si se dirigiera a un niño estúpido-. Os he dicho que no debéis llevárosla. ¡Mirad lo que habéis hecho, Guerrero de la Perla! Se os prohíbe atacar de nuevo a esta gente.

-Así pues, no hay alianza. ¡Al menos por ahora! ¡Pero esta libertad no tardará en ser intercambiada y todos volveremos a reunimos! -Emitió otro de sus horribles chasquidos, hundió las espuelas en los flancos del caballo y emprendió el galope en la misma dirección por donde había venido-. ¡Habrá lazos! ¡Oh, sí!

-¿Tienen sus palabras algún sentido para vos, lady Sough? -preguntó Elric con amabilidad una vez que el guerrero hubo desaparecido.

-Algunas sí -contestó ella. Parecía como si sonriera por detrás del velo-. No tiene la culpa de que su cerebro esté mal−formado. Hay pocos guerreros en este mundo, como sabéis. Él es quizá el mejor de ellos.

-¿El mejor?

La pregunta sardónica de Oone quedó sin contestar. Lady Sough extendió una mano enguantada, cubierta de joyas de delicados colores y les hizo señas para que se acercaran.

-Aquí soy una navegante. Puedo llevaros hasta dulces islas donde dos amantes serían felices para siempre. Conozco un lugar que está oculto y es seguro. ¿Puedo llevaros hasta allí?

Elric miró a Oone, y se preguntó si acaso no se sentiría atraída por la oferta de lady Sough. Por un instante, olvidó el propósito que le había llevado hasta allí. Sería maravilloso pasar por un breve idilio en compañía de Oone.

-Esto es Imador, ¿verdad, lady Sough?

-Es el lugar que los ladrones de sueños llaman Imador, en efecto. Nosotros no lo llamamos por ese nombre -contestó ella con un tono de desaprobación.

-Os agradecemos vuestra ayuda en este asunto -dijo Elric al pensar que Oone se había mostrado un tanto brusca, tratando de disculpar la actitud de su compañera-. Soy Elric de Melniboné y ella es lady Oone, del gremio de ladrones de sueños. ¿Sabéis que buscamos la Fortaleza de la Perla?

-Sí, lo sé. Y este camino es recto para vos. Puede conduciros hacia la Fortaleza. Pero es posible que no os conduzca por la mejor ruta. Yo os guiaré por la ruta que prefiráis.

Su voz parecía sonar un tanto distante, como si estuviera medio dormida. Su tono había empezado a sonar como en sueños y Elric supuso que se sentía ofendida.

-Os debemos mucho, lady Sough, y vuestro consejo tiene un gran valor para nosotros. ¿Qué nos sugerís?

-Primero, que organicéis un ejército. Por vuestra propia seguridad. Hay defensas terribles en la Fortaleza de la Perla. Y antes de llegar allí también. Los dos sois valientes. Existen varios caminos para alcanzar el éxito. La muerte se encuentra al final de muchos otros caminos. Pero supongo que sois conscientes de ello.

-¿Dónde podríamos reclutar un ejército? -preguntó Elric sin hacer caso de la mirada de advertencia que le dirigió Oone.

Tenía la impresión de que ella se mostraba obstinada, demasiado desconfiada de esta mujer de actitud tan digna.

-Hay un océano no lejos de aquí. En él hay una isla. Las gentes de esa isla anhelan luchar. Seguirán a cualquiera que les prometa peligro. ¿Querréis venir allí? Es muy bueno. Hay calor y murallas seguras, jardines y abundancia de comida.

-Vuestras palabras parecen tener mucho sentido -dijo Elric-. Quizá valdría la pena detener nuestra búsqueda para reclutar a esos soldados. El Guerrero de la Perla me ha ofrecido una alianza. ¿Nos ayudará él? ¿Podemos confiar en él?

-¿Para lo que deseáis hacer? Sí, creo que sí. -Su frente se arrugó-. Sí, creo que sí -repitió.

-No, lady Sough -intervino Oone de repente, con una fuerza considerable-. Os estamos agradecidos por vuestra guía. ¿Querríais llevarnos a la Puerta Falador? ¿La conocéis?

-Conozco lo que vos llamáis la Puerta Falador, joven. Y sean cuales fueren vuestras preguntas y deseos, a mí me corresponde contestarlos y cumplirlos.

-¿Cuál es el nombre por el que llamáis a este país?

-Ninguno. -Pareció sentirse confusa ante la pregunta de Oone-. No existe tal nombre. Es el lugar. Es el aquí. Pero yo os puedo guiar a través de él.

-Os creo, milady. -El tono de voz de Oone se suavizó y tomó a Elric por el brazo-. Nuestro otro nombre para este territorio es el País de la Nueva Ambición. Pero las nuevas ambiciones pueden inducirnos a error. Las inventamos cuando las viejas ambiciones parecen difíciles de alcanzar, ¿verdad?

Elric pareció comprenderla y se sintió como un estúpido.

-¿Ofrecéis una diversión, lady Sough?

-No exactamente. -La mujer del velo sacudió la cabeza. El movimiento tenía su gracia y pareció sentirse un tanto herida por la franqueza de la pregunta-. A veces, un objetivo nuevo es preferible cuando no se puede recorrer un camino.

-Pero el camino se puede recorrer, lady Sough -replicó Oone-. Todavía se puede recorrer.

-Eso es cierto -asintió lady Sough inclinando ligeramente la cabeza-. Os ofrezco toda la verdad en esta cuestión. La verdad sobre cada uno de sus aspectos.

-Nos quedaremos con el aspecto del que estamos más seguros -siguió diciendo Oone con suavidad-, y os agradecemos mucho vuestra ayuda.

-Depende de vos el aceptarla, lady Oone. Venid.

La mujer se dio la vuelta y sus vestiduras se elevaron como agitadas por un vendaval. Los condujo lejos de los escalones, hacia un lugar donde el terreno se hundía, para dejar al descubierto, una vez que estuvieron más cerca, un río de aguas superficiales. Allí había amarrado un barco. La embarcación disponía de una proa curvada de madera adornada, no muy diferente al mango del báculo de los sueños de Oone, y sus costados aparecían cubiertos por una delgada capa de oro batido, bronce y plata. El latón relucía en las barandillas, en el único mástil, y una vela, azul con hilos de plata, como las ropas de lady Sough, aparecía recogida sobre la verga. No había ninguna tripulación a la vista.

-Aquí está el barco con el que encontraremos la puerta que buscáis. Tengo el propósito de protegeros, lady Oone, príncipe Elric. No tenéis nada que temer de mí.

-Milady, no tememos nada -dijo Oone con gran sinceridad.

Su tono de voz todavía era suave. Elric se quedó perplejo ante su actitud, pero aceptó que ella poseía una visión más clara de la situación en la que se hallaban.

-¿Qué significa esto? -murmuró Elric cuando lady Sough descendió hacia la embarcación.

-Creo que significa que estamos cerca de la Fortaleza de la Perla -contestó Oone-. Ella intenta ayudarnos, pero no está segura de saber la mejor forma de hacerlo.

-¿Confiáis en ella?

-Si confiamos en nosotros, creo que también podemos confiar en ella. Sólo tenemos que saber cuáles son las preguntas correctas que debemos plantearle.

- Confío en vos, Oone, si confiáis en ella -dijo Elric con una sonrisa.

Ante la llamada insistente de lady Sough, subieron a la embarcación, que se balanceaba ligeramente sobre las oscuras aguas de lo que a Elric le pareció un canal totalmente artificial, recto y profundo, que trazaba una amplia curva hasta desaparecer de la vista a una milla o dos de donde se encontraban. Miró hacia arriba, todavía inseguro de saber si contemplaba un cielo extraño o el techo de la más enorme caverna de todas. Pudo ver las estrellas lejos, en la distancia, y se preguntó de nuevo qué les habría ocurrido a los habitantes cuando huyeron tras el ataque del Guerrero de la Perla.

Lady Sough se hizo cargo de la gran caña del timón de la embarcación. Con un solo movimiento, la condujo hacia el centro de la vía de agua. Casi inmediatamente, el nivel del suelo se elevó, de modo que pudieron contemplar el desierto gris que se extendía a ambos lados, mientras que allá delante había follaje, verdor, la sugerencia de unas colinas. Había una cierta cualidad en la luz que a Elric le hizo pensar en una noche de septiembre. Casi podía oler las primeras rosas otoñales, los árboles en flor, los huertos de Imrryr. Sentado cerca de la proa de la embarcación, con Oone a su lado, reclinada sobre su hombro, lanzó un suspiro de placer y disfrutó de la quietud del momento.

-Si el resto de nuestra búsqueda se desarrolla de la misma forma, estaré encantado de acompañaros en cuantas aventuras queráis, lady Oone.

Ella también se sentía de buen humor.

-Sí, y entonces todo el mundo querrá ser ladrón de sueños.

La embarcación rodeó una curva del canal y entonces se sintieron alertados por la presencia de figuras que estaban de pie en ambas orillas. Estas gentes tristes y silenciosas, vestidas de blanco y amarillo, contemplaron la embarcación que seguía su curso con lágrimas en los ojos, como si asistieran a un funeral. Elric estaba seguro de que no lloraban por él mismo o por Oone. Les llamó a gritos, pero no parecieron oírle. Desaparecieron casi en seguida y ellos pasaron navegando ante terrazas que se elevaban con suavidad, llenas de viñas, higueras y almendros. El aire era dulce y llevaba consigo el olor de las cosechas maduras y en una ocasión vieron una pequeña criatura, como un zorro, que corrió a lo largo de la orilla durante un trecho antes de desviarse hacia unos matorrales. Algo más tarde, unos hombres desnudos, de piel morena, se arrastraron sobre manos y pies hasta que también ellos terminaron por aburrirse y desaparecieron entre la espesura. El canal empezó a torcerse más y más, y lady Sough se vio obligada a arrojar todo su peso sobre la caña del timón para conseguir que la embarcación

siguiera su curso.

-¿Por qué construirían un canal de este modo? -le preguntó Elric cuando se encontraron de nuevo ante una extensión recta de agua.

-Lo que estaba encima de nosotros está ahora delante, y lo que estaba debajo se encuentra ahora atrás -contestó ella-. Esa es la naturaleza de esto. Soy la navegante y lo sé. Pero allá delante, donde se hace más oscuro, el río no tiene recodos. Creo que esto se hizo para facilitar la comprensión.

Sus palabras fueron casi tan confusas como las del Guerrero de la Perla, y Elric trató de extraer algún sentido de ellas haciéndole más preguntas.

-¿Qué es lo que nos ayuda a comprender el río, lady Sough?

-La naturaleza de ellos..., la naturaleza de ella..., lo que encontraréis... ¡Ah, mirad!

El río se ensanchaba rápidamente, hasta convertirse en un lago. Ahora había algas que crecían en las orillas, garzas reales que volaban contra el suave cielo.

-Ya no queda mucho para llegar a la isla de la que os hablé -dijo lady Sough-. Temo por vos.

-No -dijo Oone con una decidida amabilidad - . Dirigid la embarcación a través del lago, hacia la Puerta Calador. Os lo agradezco.

-Ese agradecimiento es... -Lady Sough sacudió la cabeza-. No quisiera que murierais.

-No moriremos. Estamos aquí para salvarla.

-Ella tiene miedo.

-Lo sabemos.

-Aquellos otros dijeron que la salvarían, pero la hicieron... Lo dejaron todo oscuro y ella quedó atrapada.

-Lo sabemos -repitió Oone y colocó una mano reconfortante sobre el brazo de lady Sough mientras ésta conducía la embarcación hacia el lago abierto.

-¿Habláis de la Joven Santa y de los Aventureros Brujos? ¿Qué es lo que la retiene prisionera, lady Sough? ¿Cómo podemos liberarla? ¿Cómo podemos llevarla de regreso a su padre y a su pueblo?

-¡Oh, es una mentira! -casi gritó lady Sough señalando hacia donde llegaba un niño que nadaba directamente hacia ellos.

Pero la piel del niño era metálica, de brillante plata, y sus ojos plateados les rogaban ayuda. Luego, el niño sonrió con una mueca burlona, se elevó para sacar la cabeza fuera del agua y después se sumergió.

-Nos acercamos a la Puerta Falador -dijo Oone con expresión inexorable.

-Quienes la poseen también la guardan -dijo de repente lady Sough-. Pero ella no les pertenece.

-Lo sé -asintió Oone.

Mantenía la vista fija en lo que había delante de ellos. Había una neblina que se extendía sobre el lago. Era como la más tenue bruma que se forma sobre el agua en una mañana de otoño. Todo parecía envuelto en una atmósfera de tranquilidad de la que ella claramente desconfiaba. Elric se volvió a mirar a lady Sough, pero los ojos de la navegante eran inexpresivos y no le ofrecieron indicación alguna de los peligros a los que quizá tendrían que enfrentarse muy pronto.

La embarcación giró un poco y a través de la neblina se distinguió tierra. Elric vio árboles altos que se elevaban por encima de un desplome de rocas. Había columnas blancas de piedra caliza, que se estremecían débilmente bajo aquella luz tan encantadora. Vio montecillos cubiertos de césped y, por debajo de ellos, pequeñas cuevas. Se preguntó si, después de todo, lady Sough no les habría llevado a la isla que había mencionado y estaba a punto de preguntárselo cuando vio lo que parecía ser una puerta maciza de piedra labrada y un intrincado mosaico que daba la impresión de contar con una considerable edad.

-La Puerta Falador -dijo lady Sough, no sin un atisbo de agitación.

Entonces, la puerta se abrió y un viento horrible surgió de ella, azotando sus cabellos y ropas, agarrándose a sus pieles, aullando y gimiendo en sus oídos. La embarcación se agitó y Elric temió que pudiera zozobrar. Corrió hacia la popa para ayudar a lady Sough con la caña del timón. El viento le había arrancado el velo que le cubría el rostro. No era una mujer joven, pero tenía un parecido asombroso con la pequeña niña que habían dejado en la Tienda de Bronce, la Niña Santa de los baraudim. Y Elric, que se hizo cargo de la caña del timón mientras lady Sough se colocaba de nuevo el velo, recordó entonces que nunca se había mencionado la existencia de la madre de Varadla.

Oone arriaba la vela. La fuerza inicial del viento había menguado y les fue posible virar gradualmente hacia la entrada oscura, de un olor extraño que había quedado al descubierto al descubrirse la puerta de mosaico.

Tres caballos aparecieron allí. Los cascos pateaban el aire. Las colas se agitaban de un lado a otro. Luego, galoparon a través del agua, en dirección a la embarcación. Pasaron junto a ella y se desvanecieron en la niebla. Ninguna de aquellas bestias tenía cabeza.

Elric experimentó una sensación de terror. Pero se trataba de un terror con el que estaba familiarizado y en pocos segundos recuperó el control sobre sí mismo. Sabía que, fuera cual fuese su nombre, estaba a punto de

penetrar en un país donde gobernaba el Caos.

Fue sólo cuando la embarcación navegó por debajo de las rocas talladas y penetró en la gruta que había más allá cuando recordó que no disponía de sus hechizos y encantamientos habituales; no contaba con ninguno de sus aliados, ni con su patrono, el duque del Infierno, que aquí no le servirían de nada. Sólo contaba con la experiencia y el valor de sus sensibilidades corrientes. Y en ese preciso instante dudó de que eso fuera suficiente.

# 5
# La tristeza de una reina que no puede gobernar

De repente, la poderosa barrera de obsidiana empezó a fluir. Una masa de verdor vítreo cayó sobre el agua, que siseó y empezó a oler mal, al mismo tiempo que nubes de vapor se elevaban por encima de ellos. A medida que se disipó el vapor, quedó al descubierto otro río. Éste, que fluía a través de las estrechas paredes de un cañón, parecía ser de origen natural y Elric, mentalmente inclinado a encontrar interpretaciones, se preguntó si no sería el mismo río que ya habían cruzado antes, cuando luchó contra el Guerrero de la Perla sobre el puente.

La embarcación, que había parecido tan sólida, se hizo repentinamente frágil agitada por las aguas, que rugían precipitándose hacia abajo, hasta que Elric pensó que debían dirigirse hacia el mismo corazón del mundo.

De pie con lady Sough en la popa de la embarcación, Elric y Oone la ayudaron a sostener la caña del timón para mantener un curso casi firme. Luego, el río terminó casi sin advertencia previa, cayeron por una cascada y antes de que se dieran cuenta de lo que ocurría se encontraron en aguas tranquilas, con la embarcación flotando como un trozo de pan, y por encima de ellos observaron un cielo como el peltre, con cosas oscuras y correosas que volaban y se comunicaban con desolados gritos, por encima de palmeras cuyas hojas parecían como pieles de lagartos tendidos a la espera de un sol que nunca salía. El lugar estaba impregnado por un intenso olor a podredumbre, y el constante chapoteo y el rugido distante de las aguas llenaban un silencio sólo interrumpido por las criaturas voladoras por encima de las rocas y el follaje que les rodeaba.

Hacía calor y, sin embargo, Elric se estremeció. Oone se levantó el cuello del jubón, y hasta lady Sough se abrigó más con sus vestiduras.

-¿Estáis familiarizada con este país, lady Oone? -preguntó Elric-. Sé que habéis visitado antes este ámbito, pero parecéis tan sorprendida como yo mismo.

-Siempre hay nuevos aspectos. Eso forma parte de la naturaleza del ámbito. Quizá lady Sough pueda decirnos más.

Y se volvió cortésmente hacia la navegante. Lady Sough se había asegurado el velo con mayor firmeza. No parecía gustarle el hecho de que Elric le hubiera visto el rostro.

-Soy la reina de este país -dijo, sin demostrar orgullo ni emoción alguna.

-Entonces, ¿tenéis sirvientes que os ayuden?

-Es un reinado, pero no ejerzo poder alguno sobre él. Sólo me ocupo de la protección del territorio. Éste es el lugar que llamáis Falador.

-¿Y es un lugar de locura?

-Tiene muchas defensas.

-Mantienen lejos lo que desee mantenerse lejos -dijo Oone casi hablando consigo misma-. ¿Tenéis miedo de quienes protegen Falador, lady Sough?

-Ahora soy la reina Sough. - Irguió el cuerpo con dignidad, aunque Elric no supo si a modo de parodia o en serio-. Estoy protegida, pero vos no. Ni siquiera yo puedo protegeros aquí.

La embarcación continuó flotando lentamente a lo largo del curso de agua. El musgo de las rocas parecía desplazarse y moverse, como si tuviera vida propia y en el agua había figuras que inquietaron a Elric. Habría desenvainado su espada si eso no hubiera parecido descortés.

-¿Qué tenemos que temer aquí? -le preguntó a la reina.

Ahora flotaban por debajo de un gran saliente rocoso sobre el que se había situado un jinete. Era el Guerrero de la Perla, que los miraba con la misma mezcla de burla e indiferencia. Levantó un largo bastón al que había atado el agudo y retorcido cuerno de un animal. La reina Sough lo contuvo con un gesto de la mano.

- ¡El Guerrero de la Perla no debe hacer eso! ¡El Guerrero de la Perla no puede desafiarme, ni siquiera aquí!

El guerrero emitió su horrible chasquido, hizo dar la vuelta a su caballo, sobre la roca, y desapareció.

-¿Nos atacará? -le preguntó Oone a la reina.

La reina Sough se concentraba en la caña del timón y dirigía la embarcación sutilmente a lo largo de un curso de agua más pequeño, lejos del río principal. Quizá ya tenía el propósito de evitar cualquier conflicto.

-No le está permitido -contestó-. ¡Ah!

El agua se había vuelto de un rojo rubí y ahora había bancos de brillante musgo amarronado, que se elevaban suavemente hacia las paredes rocosas. Elric estaba convencido de haber visto rostros antiguos que le miraban fijamente, desde las orillas y desde los acantilados, pero no se sentía amenazado. El líquido rojo parecía vino y se sintieron envueltos por una embriagadora dulzura. ¿Conocía la reina Sough todos los secretos, todos los lugares tranquilos de este mundo y los guiaba a través de él para evitar sus peligros?

-Aquí, mi amigo Edif tiene influencia -les dijo-. Es un gobernante cuyo principal interés está en la poesía. ¿Estará ahora? No lo sé.

Ya se habían acostumbrado a aquella forma tan extraña de hablar y cada vez les resultaba más fácil comprenderla, aunque no tenían idea de quién pudiera ser Edif, y cruzaron a través de su territorio hasta llegar a un lugar donde el desierto apareció repentinamente a ambos lados, más allá de la hilera de palmeras, como si se dirigieran hacia un oasis. Sin embargo, ningún oasis se materializó.

El cielo pronto adquirió un color más vivo y las paredes rocosas se elevaron a su alrededor y por todas partes se extendía un hedor nauseabundo y opresivo que a Elric le recordó el de las antesalas de una corte decadente. Como un perfume que en otros tiempos había sido dulce pero que ahora se había echado a perder; como el de alimentos que antes habrían hecho la boca agua, pero que ahora ya estuvieran demasiado rancios; como flores que ya no eran vistosas, sino que sólo recordaban la muerte.

Las paredes situadas a ambos lados mostraban grandes cuevas, donde el agua arrancaba ecos y chapoteaba. La reina Sough se puso nerviosa al verlas, y procuró mantener la embarcación en el centro de la corriente. Elric vio unas sombras que se movían en las cuevas, por encima y por debajo del agua. Vio bocas rojas que se abrían y cerraban y ojos pálidos que miraban sin parpadear. Tenían el aspecto de criaturas nacidas del caos, y deseó intensamente tener a mano su espada rúnica, su patrono el duque del Infierno, su repertorio de hechizos y encantamientos.

El albino no se sorprendió cuando, finalmente, una voz habló desde el interior de una de las cavernas.

-Soy Balis Jamón, Señor de la Sangre, y deseo tener unos riñones.

· ¡Seguimos navegando! -exclamó la reina Sough por toda respuesta-. No soy alimento para vos, ni lo seré.

· ¡Sus riñones! ¡Los de ellos! - exigió la voz implacablemente-. No me he alimentado de verdaderos gusanos desde hace tiempo. ¡Unos riñones! ¡Unos riñones!

Elric desenvainó la espada y la daga. Oone hizo lo mismo.

-No tendréis los míos, señor -dijo el albino.

-Ni los míos -añadió Oone, que trató de buscar de dónde procedía la voz, pero no podían estar seguros de en qué cueva se ocultaba el que hablaba.

-Soy Balis Jamón, Señor de la Sangre. Pagaréis un peaje aquí, en mi territorio. ¡Dos riñones para mí!

-¡Os arrancaré los vuestros, si queréis! -exclamó Elric con voz desafiante.

-¿Queréis hacerlo ahora?

Se produjo un gran movimiento en la cueva más alejada, de donde la espuma entraba y salía. Luego, algo se incorporó y se introdujo vadeando en la corriente, con su cuerpo carnoso festoneado por plantas medio putrefactas y flores marchitas, con su hocico en forma de cuerno levantado para poder mirarles con sus diminutos ojos negros. Los colmillos que surgían del hocico aparecían rotos, amarillentos y negruzcos, y una lengua rojiza se los lamió y dejó caer al agua fragmentos de carne podrida. Mantuvo una gran zarpa contra su pecho, y al descender la zarpa dejó al descubierto un oscuro agujero allí donde debería haber estado el corazón.

-Soy Balis Jamón, Señor de la Sangre. ¡Mirad lo que debo llenar para vivir! Tened piedad, pequeñas criaturas. Un riñón o dos y os dejaré pasar. Yo no tengo nada, mientras que vosotros estáis completos. Tenéis que hacer justicia y compartir conmigo.

-Ésta es mi única justicia para vos, lord Balis -dijo Elric al tiempo que movía la espada que incluso a él le parecía débil.

· ¡Nunca estaréis completo, Balis Jamón! -gritó la reina Sough-. ¡No hasta que tengáis más piedad!

· ¡Soy justo! ¡Sólo un riñón bastará!

La zarpa empezó a adelantarse hacia Elric, que trató de detenerla, pero falló. Lanzó después una nueva estocada y la espada chocó contra el costado de la criatura, que apenas si mostró señal alguna del golpe. La zarpa agarró la espada. Elric la retiró. Ba–lis Jamón gruñó con una mezcla de frustración y autocompasión, y avanzó las dos zarpas hacia el albino.

· ¡Alto! ¡Aquí tenéis vuestro riñón! - Oone tendió hacia él algo que goteaba-. Aquí lo tenéis, Balis Jamón. Y ahora dejadnos pasar. Hemos cumplido.

· Habéis cumplido -asintió él, evidentemente tranquilizado y tomó con delicadeza lo que ella le tendía, para llevárselo hacia el hueco abierto en el pecho-. Bien. ¡Podéis pasar!

Y luego, pasivamente, vadeó de regreso hacia su cueva, con su honor y su hambre satisfechos.

Elric se quedó atónito aunque agradecido porque ella le hubiera salvado la vida.

-¿Qué habéis hecho, lady Oone?

-Era una judía grande -contestó ella con una sonrisa-. Algunas de las provisiones que todavía llevo en mi bolsa. Se parecía a un riñón, sobre todo después de haberla sumergido en el agua. Y dudo mucho que él sepa cuál es la diferencia. Parecía una criatura muy simple.

La reina Sough levantó la mirada al pasar ante las cuevas e introdujo la embarcación en un trecho de agua más amplio, donde los búfalos levantaron las cabezas desde donde estaban bebiendo y los miraron con recelosa curiosidad.

Elric siguió la mirada de la navegante, pero sólo vio el mismo cielo de color plomizo. Envainó la espada.

-Estas criaturas del Caos parecen bastante simples. En cierto sentido, menos inteligentes que otras con las que me he encontrado.

-En efecto -dijo Oone, que no parecía sorprendida-. Creo que eso es probable. Ella estaría...

La embarcación se vio repentinamente elevada y, por un segundo, Elric pensó que lord Balis había regresado para vengarse de ellos por haberle engañado. Pero se encontraban en la cresta de una ola enorme. El nivel del agua se elevó rápidamente entre los muros legamosos y luego, sobre los bordes de los acantilados, aparecieron unas figuras. Tenían toda clase de formas distorsionadas y de tamaños improbables, lo que a Elric le recordó un poco la población de mendigos de Nadsokor, pues éstos también iban vestidos con andrajos y mostraban señales de automutilación, así como de enfermedades, heridas y descuido. Eran muy sucios. Gemían. Miraban ávidamente hacia la embarcación y se relamían los labios.

Ahora, más que en ningún otro momento, Elric deseó tener consigo a *Tormentosa.* La espada rúnica y un poco de ayuda elemental habría sido suficiente para causar el terror entre aquella chusma. Pero sólo contaba con las hojas capturadas a los Aventureros Brujos. Tenía que confiar en ellas, en su alianza con Oone y en la complementariedad natural de sus habilidades en el combate. Se produjo una sacudida desde el fondo de la embarcación, y la ola se retiró tan repentinamente como se había levantado, pero ahora quedaron varados en lo alto del acantilado, rodeados por la horda de seres malformados, que jadeaban, gruñían y olfateaban a su presa.

Elric no perdió el tiempo con parlamentos, saltó de inmediato desde la popa y atacó a los dos primeros que trataron de acercarse. La hoja, todavía bastante afilada, les cortó las cabezas y él se quedó de pie sobre sus cuerpos, mirándoles con sorna, como el lobo que a veces era considerado.

-Os quiero a todos -dijo. Utilizó la fanfarronería de combate que había aprendido de los piratas de los Estrechos Vilmirianos. Avanzó de nuevo y lanzó una estocada que alcanzó en el pecho a otra de las criaturas del Caos-. ¡Tengo que mataros a todos y cada uno antes de quedar satisfecho!

Aquellos seres no habían esperado esto. Se agitaron. Se miraron los unos a los otros. Daban vueltas a las armas en sus manos, se ajustaban sus harapos y se tironeaban de los miembros. Entonces, Oone se situó junto a Elric.

-Yo también quiero mi justa parte de éstos -gritó-. Dejadme unos cuantos a mí, Elric.

A continuación, también ella se adelantó y atravesó a uno de aquellos seres con rostro de mono que llevaba un hacha cubierta de joyas, de bella factura, claramente robada a alguna víctima anterior. La reina Sough les llamó desde atrás.

-No os han atacado. Sólo os han amenazado. ¿Es esto verdaderamente lo que tenéis que hacer?

-Es nuestra única alternativa, reina Sough -gritó Elric por encima del hombro y atacó a otros dos seres semihumanos.

- ¡No! ¡No! Esto no es heroico. ¿Qué puede hacer el guardián si ya no es un héroe?

Ni siquiera Oone comprendió el sentido de aquellas palabras, y cuando Elric se volvió a mirarla con expresión interrogativa, ella sacudió la cabeza.

Ahora, la chusma recuperó un poco la confianza y estrechó el cerco. Los hocicos les olisqueaban. Las lenguas relamían la saliva que babeaba de los labios. Ojos ardientes y sucios, inyectados en sangre y pus, parpadeaban su odio.

Empezaron a acercarse más y Elric notó que su hoja encontraba resistencia, pues ya la había desportillado con las dos primeras criaturas. No obstante, el mandoble que le dio a uno en el cuello fue suficiente para separarle la cabeza, que miraba fijamente, agarrándosela con las manos. Oone colocó su espalda contra la de él y ambos se movieron de ese modo, protegidos por un lado por la embarcación, que los de la chusma no parecían tener ningún interés en tocar. La reina Sough, evidentemente angustiada, lloraba mientras lo observaba todo, pero estaba claro que no ejercía ninguna autoridad sobre las criaturas del Caos.

-¡No! ¡No! ¡Esto no la ayudará a dormir! ¡No! ¡No! Ella los necesita. ¡Lo sé!

Fue en ese momento cuando Elric oyó el sonido de cascos y vio, por encima de las cabezas de la chusma, la blanca armadura del Guerrero de la Perla.

¡Son sus criaturas! -exclamó con una repentina comprensión-. Éste es su propio ejército y se dispone a

vengarse en nosotros.

¡No! -gritó de nuevo la voz de la reina Sough, ahora distante, como si estuviera muy lejos-. ¡Esto no puede ser útil! Es vuestro ejército. Serán leales. Sí.

Al oírla, Elric experimentó una inesperada claridad. ¿Era esa la razón por la que no era realmente humana? ¿Eran todas estas criaturas simples formas de alguna clase que se disfrazaban como humanos? Eso explicaría su extraña perspectiva mental, su lógica tan peculiar, las extrañas frases que decía.

Pero no había tiempo para especulaciones, pues las criaturas se abalanzaban ahora sobre ellos, hasta el punto de que ya se les hacía difícil blandir las espadas para mantenerlos a raya. La sangre brotaba, pegajosa y fétida, salpicando las hojas y los brazos y haciéndoles sentir náuseas. Elric tuvo la impresión de verse abrumado por el hedor antes que derrotado por las armas.

Estaba claro que no podrían resistir a la multitud y Elric sintió amargura, al darse cuenta de que habían llegado tan cerca del objetivo de su búsqueda, sólo para ser detenidos por los más deformes de los habitantes del Caos.

Entonces, más cuerpos cayeron a sus pies, y se dio cuenta de que no los había matado él. Oone también estaba asombrada por el nuevo curso de los acontecimientos.

Levantaron las miradas. No comprendían lo que ocurría.

El Guerrero de la Perla cabalgaba entre la chusma, y se abría paso con su lanza artesanal, al tiempo que lanzaba estocadas con su espada, chasqueando la lengua y graznando a cada nueva vida que cobraba. Sus horribles ojos aparecían encendidos con alguna clase de regocijo, y hasta el caballo coceaba a la chusma con sus cascos, y les lanzaba mordiscos con los dientes.

-¡Esto es lo adecuado! -exclamó la reina Sough aplaudiendo-. Esto es lo cierto. ¡Con esto os aseguráis el honor!

Rechazados gradualmente por el Guerrero de la Perla, por Elric y Oone, que reanudaron su ataque, la chusma se deshizo.

Pronto echaron a correr hacia el borde del acantilado, desde donde prefirieron saltar al abismo antes que morir bajo la lanza de hueso y la espada de plata del Guerrero de la Perla.

Su matanza continuó mientras empujaba a los restantes hacia su condena. Se burló de ellos. Los tachó de cobardes y estúpidos.

-¡Feas cosas! ¡Feas! ¡Feas! ¡Largo de aquí! ¡Pereced! ¡Fuera! ¡Fuera! Desterrados ahora. Sí. ¡Desterrados a eso!

Elric y Oone se apoyaron contra la embarcación y trataron de recuperar el aliento.

-Os estoy agradecido, Guerrero de la Perla -dijo el albino cuando el jinete se aproximó-. Nos habéis salvado la vida.

-Sí -asintió gravemente el jinete, con unos ojos de expresión insólitamente reflexiva-. Así es. Ahora seremos iguales. Luego, conoceremos la verdad. Yo no soy libre, como vos. ¿Creéis en esto? -preguntó volviéndose a mirar a Oone.

-Lo creo, Guerrero de la Perla -asintió ella-. Yo también me alegro de que nos hayáis ayudado.

Oone volvió la mirada hacia donde la reina Sough asentía, con los brazos extendidos, como en alguna clase de ofrenda.

-Aquí no soy vuestro enemigo -dijo el Guerrero de la Perla, como si instruyera a un estúpido-. Si estuviera completo, los tres formaríamos una trinidad de grandeza. ¡Sí! ¡Tú lo sabes! No tengo el personal. Estas palabras son de ella. Así lo creo.

Y tras estas palabras particularmente misteriosas hizo dar media vuelta a su caballo y se alejó sobre las rocas húmedas.

-Demasiados defensores y quizá no suficientes protectores -dijo Oone, cuyas palabras parecieron casi tan misteriosas como las de los demás. Antes de que Elric pudiera interrogarla, ella dirigió su atención hacia la reina Sough-. ¿Milady? ¿Habéis convocado al Guerrero de la Perla en nuestra ayuda?

-Creo que fue ella quien lo convocó.

La reina Sough casi parecía sumida en un trance. Era extraño oírla hablar en tercera persona. Elric se preguntó si ésa era la forma habitual de hablar aquí y se le ocurrió pensar de nuevo que toda la gente de este ámbito no era humana, sino que sólo asumía una figura humana.

Habían quedado varados muy por encima del río. Elric se acercó al borde del abismo y miró hacia abajo. Sólo vio algunos cuerpos que habían caído sobre las rocas, mientras otros eran arrastrados corriente abajo. Se alegró de que la embarcación no tuviera que surcar aguas tan llenas de cadáveres.

-¿Cómo podemos continuar? -le preguntó a Oone.

Tuvo entonces una visión de sí mismo y de ella en la Tienda de Bronce, de la niña que yacía entre ambos. Todos se estaban muriendo. Experimentó un aguijonazo de necesidad, como si la droga le llamara, recordándole su adicción. Recordó a Anigh en Quarzhasaat, y a Cymoril, su prometida, que le esperaba en Im−rryr. ¿Había hecho

bien en dejar que Yyrkoon gobernara en su lugar? Ahora, cada una de sus decisiones parecía una estupidez. Su amor propio, que nunca había sido muy alto, parecía ser más bajo de lo que recordaba. Su falta de previsión, sus fracasos, sus estupideces, todo ello le recordaba no sólo que era físicamente deficiente, sino que también le faltaba sentido común ordinario.

-Está en la naturaleza del héroe -dijo la reina Sough en relación con nada. Luego, les miró con ojos maternales y amables-. ¡Estáis a salvo!

- Creo que hay una urgencia -dijo Oone-. La noto. ¿Y vos?

-Sí. ¿Hay algún peligro en el ámbito que abandonamos?

-Quizá. Reina Sough, ¿estamos muy lejos de la Puerta sin Nombre? ¿Cómo podemos continuar?

-Por medio de las mariposas nocturnas -contestó ella-. Las aguas siempre se elevan aquí y yo tengo mis mariposas nocturnas. Sólo tenemos que esperarlas. Ya vienen. -Hablaba con naturalidad-. Era esa chusma la que podría haber sido vuestra. No más. Pero no puedo anticipar nada. Cada nueva trampa es misteriosa para mí tanto como para vos. Puedo navegar, como vos navegáis. Esto es junto, ¿sabéis?

Contra el horizonte había luces con los colores del arco iris que parpadeaban y se estremecían, como la aurora. La reina Sough suspiró al verlos. Estaba contenta.

-Bien. Bien. ¡No es tarde! Sólo el otro.

Ahora, los colores llenaron el cielo. Al acercarse, Elric se dio cuenta de que pertenecían a alas enormes y tenues, que soportaban cuerpos delgados, como mariposas de enorme tamaño. Sin vacilar, las bestias iniciaron el descenso hasta que los tres, así como la embarcación, se vieron envueltos por las suaves alas.

- ¡Subid al barco! - gritó la reina Sough-. Rápido. Volamos.

Se apresuraron a obedecer y la embarcación se elevó en seguida en el aire, aparentemente transportada sobre los lomos de las grandes mariposas, que volaron junto al cañón un momento antes de hundirse en el abismo.

-Observé, pero no había nada -les dijo la reina Sough a modo de explicación-. Ahora, lo reanudaremos.

Con una suavidad asombrosa, las criaturas depositaron la embarcación sobre el río y volvieron a remontar el vuelo entre las paredes del cañón, llenando todo el tenebroso espacio con su brillante luz multicolor, antes de desvanecerse. Elric se pasó una mano por la frente.

-Esto es, verdaderamente, el País de la Locura -dijo-. Y creo que soy yo el que está loco, lady Oone.

-Perdéis confianza en vos mismo, príncipe Elric -replicó ella con firmeza-. Ésa es la trampa particular de este país. Se llega a creer que es uno mismo, y no lo que le rodea, lo que tiene tan poca lógica. Ya hemos impuesto nuestra cordura sobre Falador. No desesperéis. No puede faltar mucho para llegar a la última puerta.

-¿Y qué hay allí? -preguntó con sorna-. ¿La razón sublime?

Tuvo la misma y extraña sensación de agotamiento. Físicamente, todavía era capaz de continuar, pero sentía agotados su mente y su espíritu.

-No puedo ni siquiera empezar a anticipar lo que encontraremos en el País sin Nombre -dijo ella-. Los ladrones de sueños tenemos muy poco poder sobre lo que ocurre más allá de la séptima puerta.

-Ya he observado la influencia que tenéis aquí -dijo sonriente, sin ánimo de ofenderla.

Desde allá delante llegó hasta ellos un aullido, tan doloroso que hasta la reina Sough se cubrió las orejas. Era como el aullar de un perro monstruoso, que arrancaba ecos en el abismo y amenazaba con sacudir las rocas y desprenderlas de los muros. Cuando el río les llevó al otro lado de un recodo vieron a la bestia, erguida. Era una gran bestia velluda con forma de lobo que levantó la cabeza para aullar de nuevo. El agua se precipitaba alrededor de sus enormes patas, producía espuma contra su cuerpo. Al dirigir la mirada hacia ellos, la bestia se desvaneció por completo. Ahora sólo escucharon el eco de su aullido. La velocidad del agua aumentó. La reina Sough había apartado las manos de la caña del timón para taparse las orejas. La embarcación se agitó en el agua y golpeó contra una roca. Ella no hizo el menor intento por dirigirla. Elric sujetó la caña pero a pesar de aplicar toda su fuerza sobre ella, no pudo hacer nada por controlar la embarcación. Finalmente, desistió y la soltó.

El río se precipitaba hacia abajo. Penetró por una garganta tan profunda que pronto apenas si hubo luz alguna sobre ellos. Vieron rostros que les sonreían burlonamente. Sintieron manos que se extendían hacia ellos para tocarlos. Elric estaba convencido de que todas las criaturas muertas se habían reunido aquí para acosarle. En la oscura roca vio muchas veces su propio rostro, y los de Cymoril e Yyrkoon. Observó cómo combatía en viejas batallas. Emociones antiguas y angustiosas volvieron a él. Sintió la pérdida de todo lo que había amado, la desesperación de la muerte y el abandono, y pronto su propia voz se unió al balbuceo general y también él aulló tan fuerte como lo había hecho antes el lobo, hasta que Oone lo sacudió, le gritó y le hizo regresar de la locura que amenazaba con envolverle.

-¡Elric! ¡La última puerta! ¡Ya casi hemos llegado! Resistid, príncipe de Melniboné. Hasta ahora habéis sido valeroso y lleno de recursos. Esto os exigirá aún más, y debéis estar preparado.

Elric empezó a reír. Se rió de su propio destino, del destino de la Joven Santa, del de Anigh y el de Oone. Rió al pensar en Cymoril, que le esperaba en la Isla del Dragón, sin saber siquiera si vivía o había muerto, si era libre o

esclavo.

Cuando Oone le volvió a gritar, se rió de ella.

-¡Elric! ¡Nos traicionáis a todos!

Detuvo un momento su risa, para decir casi triunfalmente: -En efecto, milady, así es. Os traiciono a todos. ¿No lo habéis oído? ¡Mi destino es traicionar!

-¡Pues a mí no vais a traicionarme! -le espetó ella y le dio un bofetón, le golpeó con los puños y le propinó patadas-. ¡No me vais a traicionar a mí ni a la Joven Santa!

Él experimentó un dolor intenso, no a causa de los golpes, sino de su propia mente. Gritó y luego empezó a sollozar.

-Ah, Oone. ¿Qué me ocurre?

-Esto es Falador -se limitó a decir ella-. ¿Os habéis recuperado, príncipe Elric?

Los rostros todavía le farfullaban desde la roca. El aire todavía estaba lleno con todo aquello que más temía, con todo lo que más le disgustaba de sí mismo. Temblaba, y no podía mirarla a los ojos. Se dio cuenta de que estaba llorando.

-Soy Elric, el último del linaje real de Melniboné -dijo-. He contemplado horrores, y he cortejado a los duques del Infierno. ¿Por qué voy a tener miedo ahora?

Ella no replicó. Tampoco él lo esperaba.

La embarcación saltó, se hundió, se elevó y se hundió de nuevo. De repente, él se sintió tranquilo. Tomó la mano de Oone, con un gesto de sencillo afecto.

-Creo que vuelvo a ser yo mismo -dijo.

-Ahí está la puerta -dijo la reina Sough desde detrás. -Había vuelto a tomar la caña del timón con una mano, y con la otra señalaba hacia adelante-. Allí está lo que llamáis el País sin Nombre -añadió con sencillez, sin emplear las frases crípticas que había utilizado desde que la encontraron-. Allí encontraréis la Fortaleza de la Perla. Ella no podrá daros la bienvenida.

-¿Quién? -preguntó Elric. Las aguas, ahora tranquilas, se deslizaban hacia una gran arcada de alabastro, con los bordes cubiertos por suaves hojas y arbustos-. ¿La Joven Santa?

-Ella puede ser salvada -dijo la reina Sough-. Creo que sólo por los dos. La he ayudado a permanecer aquí, a la espera del rescate. Pero me temo que eso es todo lo que puedo hacer.

-Nosotros nos ocuparemos de eso -dijo Elric.

La embarcación quedó atrapada por nuevas corrientes y se desplazó con mayor lentitud, como si se mostrara reacia a penetrar por la última puerta del Ámbito del Sueño.

-Ya no puedo ayudaros -dijo la reina Sough-. Quizá haya conspirado. Llegaron esos hombres, y luego llegaron más. Después, sólo fue posible la retirada. Desearía conocer las palabras. Las comprenderíais si las supiera. ¡Ah, es tan duro estar aquí!

Elric miró sus ojos angustiados y se dio cuenta de que era más una prisionera de este mundo que ellos. Le pareció que ansiaba escapar y que sólo había permanecido allí por amor a la Joven Santa, por sus sentimientos de protección. Sin embargo, debía de estar allí desde mucho antes de que llegara Varadia.

La embarcación pasó por debajo del arco de alabastro. El aire tenía un agradable sabor de salitre, como si se acercaran al océano. Elric decidió hacer la pregunta que tenía en la mente.

-Reina Sough - dijo-. ¿Sois la madre de Varadia?

El dolor de sus ojos se hizo más intenso y la mujer se volvió. Su voz fue un sollozo angustiado que impresionó a Elric.

-¡Oh! ¿Quién lo sabe? -sollozó-. ¿Quién lo sabe?

# *Tercera parte*

*¿Existe un valeroso señor, nacido por el destino, capaz de llevar viejas armas, de ganar nuevos estados, y desgarrar las murallas que santifica el Tiempo, de arrasar antiguos templos como mentiras santificadas, de quebrar su orgullo, perder su amor, destruir su raza, su historia, su musa, y, tras renunciara la paz en favor del esfuerzo, dejar sólo un cadáver que hasta las moscas rechazan?*

Crónica de la Espada Negra

# 1
# En la Corte de la Perla

Una vez más, Elric experimentó aquel extraño atisbo de reconocimiento ante el paisaje, aunque no recordaba haber visto nada similar. Una neblina azul pálida se elevaba alrededor de los cipreses, las palmeras, los naranjos y los álamos cuyas sombras de verdor eran igualmente pálidas; ocasionalmente, unos prados ondulantes revelaban el blanco redondeado de los cantos rodados y en la distancia se divisaban montañas de picos nevados. Era como si un artista hubiese pintado la escena con las capas más delicadas y los trazos más exquisitos. Era una visión del paraíso, completamente inesperada después de la locura de Falador.

La reina Sough había permanecido silenciosa desde que contestara la pregunta de Elric, y una atmósfera peculiar se había desarrollado entre los tres. Sin embargo, aquel desasosiego no afectó el placer de Elric ante el mundo en el que acababan de entrar. Los cielos (si es que de cielos se trataba), estaban cubiertos de nubes perladas, salpicados de rosa y del más tenue amarillo, y un pequeño humo blanco se elevaba desde una casa de tejado plano situada a cierta distancia. La embarcación había terminado por vararse en una charca de agua quieta y centelleante, y la reina Sough les hizo gestos para que desembarcaran.

-¿Vendréis con nosotros a la Fortaleza? -preguntó Oone.

-Ella no lo sabe. No sé si está permitido -contestó la reina con los ojos bajos por encima del velo.

-Entonces, nos despediremos ahora. -Elric se inclinó y besó la suave mano de la mujer-. Os agradezco vuestra ayuda, y confío en que me disculpéis por la crudeza de mi actitud.

-Perdonado, sí.

Elric levantó la mirada y creyó ver sonreír a la reina Sough.

-También os doy las gracias -dijo Oone casi con intimidad, como si compartiera un secreto-. ¿Sabéis cómo encontraremos la Fortaleza de la Perla?

-Allí lo sabrán. -La reina señaló hacia la distante casita-. Adiós, como decís. Sólo vos podéis salvarla.

-También os agradezco vuestra confianza -dijo Elric. Saltó airosamente sobre el césped, seguido por Oone, y empezaron a cruzar los campos hacia la pequeña casa-. Esto es un gran alivio, milady, después del País de la Locura.

-Así es -contestó con cautela, llevándose la mano a la empuñadura de su espada-. Pero recordad, príncipe Elric, que la locura adopta muchas formas en todos los mundos.

No dejó que la cautela de su compañera le echara a perder su alegría. Estaba decidido a recuperarse, alcanzar la cúspide de su energía y prepararse para lo que pudiera esperarles.

Oone fue la primera en llegar a la puerta de la casa blanca. Fuera había dos gallinas picoteando en la gravilla, un viejo perro, atado a un barril, que les miró por encima de un hocico gris y les mostró los dientes; un par de gatos se limpiaban el corto pelaje plateado en el tejado, sobre el dintel. Oone llamó y la puerta se abrió casi inmediatamente. Un hombre joven, alto y agraciado, estaba allí, con la cabeza cubierta por una vieja capa encapuchada, y el cuerpo con una ligera túnica marrón de mangas anchas. Pareció complacido de ver visitantes.

-Os saludo -dijo-. Soy Chamog Borm, actualmente en el exilio. ¿Habéis venido con buenas noticias de la corte?

-Temo no tener noticias que daros -dijo Oone-. Somos viajeros y buscamos la Fortaleza de la Perla. ¿Está cerca de aquí?

-En el corazón y el centro de esas montañas -contestó el joven señalando hacia los picos-. ¿Queréis tomar algún refresco?

El nombre del joven y su extraordinario aspecto hicieron que Elric se estrujara el cerebro, en un intento por recordar por qué todo esto le era tan familiar. Sabía que ese nombre lo había escuchado recientemente.

Dentro de la casa fría, Chamog Borm preparó una bebida de hierbas. Parecía sentirse orgulloso de sus habilidades domésticas y estaba claro que no era un sencillo campesino. En un rincón de la estancia se veía una rica armadura de acero engastado con plata y oro, un casco decorado con una alta punta de lanza, y ésta decorada a su vez con serpientes y halcones ornamentales enzarzados en conflicto. Había lanzas, una espada larga y curvada, dagas, armas y arreos de todo tipo.

-¿Sois guerrero de profesión? -preguntó Elric tomando un sorbo del caliente líquido-. Vuestra armadura es muy

elegante.

-Antes fui un héroe -contestó Chamog Borm con tristeza-, hasta que fui despedido de la Corte de la Perla.

-¿Despedido? - Oone lo miró reflexiva-. ¿Bajo qué acusación?

-Fui acusado de cobardía -contestó Chamog Borm con la mirada baja-. Pero creo que no fui culpable, que me vi sometido a un encantamiento.

Elric recordó entonces dónde había escuchado el nombre. Al llegar a Quarzhasaat, acuciado por la fiebre, había deambulado por los mercados y escuchado a los cuentistas. Tres de las historias que escuchó se referían a Chamog Borm, héroe de leyenda, el último caballero valeroso del imperio. Su nombre era venerado en todas partes, incluso en los campamentos de los nómadas. Y, sin embargo, Elric estaba seguro de que Chamog Borm había existido por lo menos mil años antes, si es que había existido alguna vez.

-¿De qué acción fuisteis acusado? -le preguntó.

-No conseguí salvar la Perla, que ahora se encuentra bajo un encantamiento, aprisionándonos a todos en un sufrimiento perpetuo.

-¿Cuál fue ese encantamiento? -preguntó Oone.

-Se hizo imposible para nuestro monarca y muchos de sus seguidores el abandonar la Fortaleza. Yo tenía que liberarlos. En lugar de eso, traje un peor encantamiento sobre nosotros. Y mi castigo es el contrario al de ellos, que no pueden salir. Yo, en cambio, no puedo regresar.

Mientras hablaba, se puso cada vez más melancólico. Elric, todavía asombrado por esta conversación con un héroe que debería haber muerto hacía siglos, apenas pudo decir nada, pero Oone pareció comprenderlo todo e hizo un gesto de simpatía.

-¿Se puede encontrar la Perla allí? -preguntó Elric, consciente del trato hecho con lord Gho, de la inminente tortura y muerte de Anigh, de las predicciones de Oone.

-Desde luego -afirmó Chamog Borm, sorprendido-. Algunos creen que gobierna toda la Corte, e incluso el mundo.

-¿Ha sido siempre así? -preguntó Oone con suavidad.

-Ya os he dicho que no -contestó mirándolos como a unos estúpidos.

Luego bajó la mirada, perdido en su deshonor y humillación.

-Confiamos en liberarla -dijo Oone-. ¿Querréis venir con nosotros y ayudarnos?

-No puedo ayudaros. Ella ya no confía en mí. Estoy desterrado. Pero puedo dejaros mi armadura y mis armas de modo que al menos una parte de mí pueda luchar por ella.

-Gracias -dijo Oone-. Sois muy generoso.

Chamog Borm se animó mientras les ayudaba a elegir entre sus pertenencias. Elric descubrió que el peto y el espaldar le encajaban a la perfección, así como el casco. Encontraron un equipo similar para Oone, y las correas se apretaron para ajustarse a su cuerpo, algo más pequeño. Parecían casi idénticos con su nueva armadura, y Elric quedó nuevamente impresionado al percibir una profunda sensación de satisfacción que apenas si pudo comprender, pero que le agradó. La armadura no sólo le daba una mayor sensación de seguridad, sino un sentido de profundo reconocimiento de su propia fuerza interior, una fuerza que sabía tendría que utilizar al máximo en el encuentro que se avecinaba. Oone le había advertido de la existencia de sutiles peligros en la Fortaleza de la Perla.

Chamog Borm siguió ofreciéndoles regalos, en forma de dos caballos grises que sacó del establo, situado tras la casa.

-Son «Taron» y «Tadia». Hermano y hermana. Son gemelos y nunca se han separado. Una vez los monté en batalla. En cierta ocasión tomé las armas contra el Imperio Brillante. Ahora, el último emperador de Melniboné cabalgará en mi lugar para cumplir mi destino y poner fin al asedio de la Fortaleza de la Perla.

-¿Me conocéis?

Elric miró intensamente al joven, buscando engaño o ironía, pero no vio nada de eso en sus ojos de mirada firme.

-Un héroe conoce a otro, príncipe Elric -contestó Chamog Borm que tendió la mano para tomar el brazo de Elric, con el gesto de amistad característico de los pueblos del desierto-. Que ganéis todo aquello que deseéis, y que lo hagáis con honor. Y también vos, lady Oone. Vuestro valor es el mayor de todos.

El exiliado se quedó observándoles desde el tejado de la casita, hasta que desaparecieron de la vista. Ahora, las grandes montañas estaban cerca, casi envolviéndoles, y observaron un camino ancho y blanco que se extendía a través de ellas. La luz era la de un atardecer de finales del verano, aunque Elric todavía no estaba seguro de saber si lo que había por encima de ellos era cielo o el techo distante de una grandiosa caverna, pues no había el menor rastro de sol. ¿Era el Ámbito del Sueño una serie ilimitada de tales cavernas, o acaso los ladrones de sueños habían cartografiado todo el mundo? ¿Podían cruzar las montañas, el territorio sin nombre que hubiera más allá e iniciar de nuevo el viaje a través de las siete puertas, para llegar de nuevo al País de los Sueños en Común? ¿Y

encontrarían a Jaspar Colinadous esperándoles allí donde le habían dejado?

Al llegar al camino, vieron que éste era de puro mármol, pero los cascos de los caballos estaban tan bien herrados que no resbalaron. El ruido de su galope resonó a través del amplio paso, y rebaños de gacelas y ovejas silvestres miraron pasar desde los altos pastos a dos jinetes plateados sobre caballos igualmente plateados, dispuestos a entablar combate con las fuerzas que se habían hecho con el poder en la Fortaleza de la Perla.

-Habéis comprendido a esta gente mejor que yo -le dijo a Oone cuando el camino empezó a serpentear hacia el centro de las montañas y la luz se hizo más fría y el cielo más brillante de un gris duro-. ¿Sabéis lo que podemos esperar en la Fortaleza de la Perla?

-Es como entender un código sin saber con qué se relacionan las palabras -dijo con expresión de pena-. La fuerza es tan poderosa como para desterrar a un héroe como Chamog Borm.

-Sólo conozco la leyenda a partir de lo poco que oí en un mercado de esclavos de Quarzhasaat.

-Fue convocado por la Joven Santa en cuanto se dio cuenta de que se hallaba sometida a un ataque. Eso es, en cualquier caos, lo que creo. Ella no esperaba que le fallara. Pero lo cierto es que, de algún modo, empeoró las cosas. Ella se sintió traicionada y lo desterró hasta los límites del País sin Nombre, para saludar y asistir quizá a otros que pudieran acudir en su ayuda. Ésa es, sin duda, la razón por la que nos ha entregado sus arreos de armas, para que podamos ser tan héroes como él.

-Y, sin embargo, conocemos menos este mundo. ¿Cómo podremos tener éxito allí donde él fracasó?

-Quizá gracias a nuestra ignorancia -contestó ella-. Quizá no. No sé contestaros a eso, Elric. -Se inclinó en la silla para besar la parte de su mejilla dejada al descubierto por el casco-. Sólo sabed que yo no la traicionaré, si eso os ayuda. Pero debo traicionar a uno de los dos, y supongo que será a vos.

-¿Será ése el resultado? -preguntó Elric, atónito.

-No lo sé -contestó ella encogiéndose de hombros-. Mirad, creo que hemos llegado a la Fortaleza de la Perla.

Era como un palacio tallado en el más delicado marfil. Blanco contra el cielo plateado, se elevaba por encima de las nieves de la montaña, con gran cantidad de delicadas espiras y torres almenadas, de cúpulas y misteriosas estructuras que casi parecían haberse detenido allí a medio vuelo. Había puentes y escalinatas, muros curvados y galerías, balcones y terrazas ajardinadas cuyos colores mostraban un espectro de tonos pastel, una miríada de diferentes plantas, flores, arbustos y árboles. En todos sus viajes, Elric sólo había visto un lugar igual a la Fortaleza de la Perla y era su propia ciudad Imrryr. Pero la Ciudad del Sueño era exótica, rica y terrenal en comparación, como una fantasía romántica comparada con la complicada austeridad de este palacio.

Al aproximarse, Elric se dio cuenta de que la Fortaleza no era de puro blanco, sino que contenía tonalidades de azul, plata, gris y rosa, y a veces un poco de amarillo o verde, y tuvo la impresión de que todo aquello había sido tallado en una sola y gigantesca perla. Pronto llegaron a la única puerta de entrada a la Fortaleza, una gran abertura circular protegida por rejas puntiagudas que surgían de arriba y de abajo, así como de los costados, para encontrarse en el centro. La Fortaleza era vasta, pero esta puerta la empequeñecía.

A Elric no se le ocurrió otra cosa que gritar:

- ¡Abrid en nombre de la Joven Santa! ¡Venimos para entablar combate con quienes la tienen prisionera aquí!

Sus palabras arrancaron ecos de las torres y de los accidentados picos de las montañas, y parecieron perderse en las alturas del techo de la caverna. En las sombras situadas al otro lado de la puerta, vio que se movía algo escarlata, pero luego se desvaneció. Percibió el aroma de un delicioso perfume, mezclado con ese mismo olor a océano que había notado cuando llegaron por primera vez al País sin Nombre.

Entonces, las puertas se abrieron, tan rápidamente que casi parecieron fundirse en el aire, y un jinete salió a recibirlos, con un chasquido demasiado familiar para ellos.

-Creo que esto es lo que debería ser -dijo el Guerrero de la Perla.

-Uniros de nuevo a nosotros, Guerrero de la Perla -dijo Oone con toda la autoridad que pudo - . ¡Es lo que ella desea!

-No. Lo que ella quiere es no ser traicionada. Debéis disolveros. ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora!

Echó la cabeza hacia atrás al pronunciar estas últimas palabras, como un perro que se hubiera vuelto rabioso.

Elric desenvainó la espada de su funda. Brilló con la misma luz plateada que despedía la hoja del Guerrero de la Perla. Oone lo imitó de más mala gana.

-Pasaremos ahora, Guerrero de la Perla.

-¡Nadie pasará por aquí! Deseo vuestra libertad.

-¡Ella la tendrá! -dijo Oone-. No es vuestra, al menos hasta que ella misma os la conceda.

-Ella dice que es mía. Yo seré eso. ¡Yo seré eso!

Elric no pudo seguir esta extraña conversación y prefirió no perder el tiempo. Obligó a su caballo a avanzar, con la espada destellando en su mano. El arma era tan equilibrada, tan familiar para su mano que por un momento

sintió como si fuera la contrapartida natural de su espada rúnica. ¿Era una espada forjada por la Ley para servir a sus propósitos, del mismo modo que *Tormentosa* había sido forjada por el Caos?

El Guerrero de la Perla lanzó una carcajada y abrió sus terribles ojos, en los que había muerte. La muerte del mundo. Hizo descender la misma lanza artesanal con la que ya les había atacado y Elric observó que estaba manchada de sangre seca. El guerrero no retrocedió y la lanza amenazó los ojos de Elric, de modo que éste tuvo que hacerse a un lado para evitar la punta; luego, golpeó hacia arriba y encontró ante su golpe una resistencia mayor de la que había sentido nunca. El Guerrero de la Perla parecía haber ganado en fortaleza desde su último encuentro.

-¡ Alma ordinaria!

Los labios se torcieron al exclamar este insulto que sin duda era lo más nauseabundo que podía concebir. Empezó a chasquear de nuevo la lengua, esta vez porque Oone se lanzaba contra él, con la espada extendida ante ella, una lanza en la otra mano, y las riendas bien sujetas entre los dientes. La espada se adelantó, y la lanza retrocedió al tiempo que ella se preparaba para asestar el golpe. Luego, espada y lanza golpearon al Guerrero de la Perla en el mismo momento, de modo que el peto crujió como la cáscara de un crustáceo y fue partido por la espada.

Elric se maravilló ante esta estrategia, que no había visto utilizar hasta entonces. La fortaleza y coordinación de Oone eran casi increíbles. Era un hecho de armas del que los guerreros hablarían durante mil años, que muchos tratarían de imitar y morirían en el intento.

La lanza había cumplido su cometido al abrir la armadura del Guerrero de la Perla, y la espada había completado la acción. Pero el Guerrero de la Perla no había muerto.

Gimió y se rió agudamente. Se debatió y levantó la espada como para protegerse del golpe que ya había recibido. Su gran caballo se encabritó, con las ventanas de la nariz resplandecientes de furia. Oone apartó su montura. La espada había dejado su punta en el cuerpo del Guerrero de la Perla. Ahora, ella trataba de sacar una segunda lanza, de buscar su daga.

Elric se lanzó de nuevo hacia delante, con la lanza apuntada hacia la armadura agrietada, con la esperanza de imitar el ejemplo de Oone, pero la hoja golpeó el marfil y fue rechazada. Elric perdió el equilibrio lo suficiente como para que el Guerrero de la Perla cobrara ventaja. La espada golpeó el acero de la armadura de Elric con un ruido que produjo una cacofonía en su casco y arrancó chispas, como un fuego. Cayó sobre el cuello del caballo, apenas capaz de detener el golpe siguiente. Luego, el Guerrero de la Perla gritó, sus ojos se abrieron mucho más, la boca se le llenó de rojo y un hálito nauseabundo surgió de ella, mientras la sangre brotaba de debajo de la gorguera, entre el casco y el peto. Cayó hacia Elric y el albino se dio cuenta de que el mango de una lanza surgía de su pecho, exactamente en el lugar donde Oone había roto la armadura de la criatura.

-¡Esto no quedará así! -gritó el Guerrero de la Perla en una clara amenaza-. ¡No puedo hacer eso!

Después, cayó desordenadamente del caballo y rebotó sobre las piedras del patio como un montón de huesos viejos. Desde detrás de una fuente ornamental que representaba una higuera llena de frutos, empezó a surgir agua que llenó los alrededores y fluyó hasta tocar el cuerpo del Guerrero de la Perla. El caballo sin jinete empezó a relinchar y a dar vueltas, a encabritarse y lanzar espuma, para luego galopar a través de la puerta y perderse por el camino de mármol.

Admirado por la maniobra de Oone, Elric le dio la vuelta al pesado cadáver para asegurarse de que no quedaba vida en el Guerrero de la Perla y para inspeccionar la destrozada armadura.

-Nunca lo había visto hacer antes -dijo-, y eso que he luchado junto y contra guerreros famosos.

-Una ladrona de sueños debe saber muchas cosas -dijo admitiendo su alabanza-. Aprendí esas tácticas de mi madre, que fue mucho mejor guerrera de lo que yo seré jamás.

-¿Vuestra madre era ladrona de sueños?

-No -contestó Oone con aire ausente, dedicada a inspeccionar su espada estropeada, hasta que finalmente decidió coger la del Guerrero de la Perla-. Era una reina.

Comprobó el peso de la hoja de la criatura muerta y trató de colocarla en la funda, dándose cuenta de que era demasiado ancha. Sin preocuparse, se la introdujo en el cinto, se desató la correa de la funda y la arrojó al suelo. Ahora, el agua de la fuente estaba alrededor de sus tobillos e inquietaba a los caballos.

Condujeron a los caballos por debajo de un arco en forma de corazón y penetraron en otro patio, donde también había unas fuentes, aunque no brotaba agua de ellas. Parecían talladas en marfil, como tantas otras cosas de la Fortaleza, y representaban estilizadas garzas reales, cuyos picos se encontraban en un punto, por encima de sus cabezas. Elric recordó vagamente la arquitectura de Quarzhasaat, aunque ésta no mostraba la decadencia de aquélla, ni el aspecto de antigüedad senil que caracterizaba lo peor de la ciudad. ¿Había sido construida la Fortaleza por los antepasados de los actuales señores de Quarzhasaat, el Consejo de los Seis y el Otro? ¿Algún gran rey había

huido de la ciudad milenios antes y viajado hasta el Ámbito del Sueño? ¿Fue así como llegó hasta Quarzhasaat la leyenda de la Perla?

Penetraron en un patio tras otro, cada uno con su propia y extraordinaria belleza, hasta que Elric empezó a preguntarse si este camino les llevaba simplemente al otro lado de la Fortaleza.

-Para ser un edificio tan grande no parece muy habitado -le comentó a Oone.

-Creo que pronto encontraremos a sus habitantes -murmuró Oone.

Ascendieron por un camino vertical que rodeaba una enorme cúpula central. Aunque el palacio daba una impresión de austeridad, su arquitectura no le pareció fría a Elric, y había en él algo casi orgánico, como si se hubiera formado a partir de la carne para quedar luego petrificado.

Llevando todavía a los caballos, con el sonido de sus pasos amortiguado por lujosas alfombras, atravesaron grandes vestíbulos y pasillos de cuyas paredes colgaban enormes tapices, y que estaban decoradas con mosaicos, aunque no vieron imágenes de cosas vivas, sino sólo dibujos geométricos.

-Creo que nos acercamos al corazón de la Fortaleza -le dijo Oone en un susurro, como si temiera ser oída, a pesar de que no habían visto a nadie.

Miró más allá de unas altas columnas, a través de una serie de estancias aparentemente iluminadas por la luz solar. Elric siguió la dirección de su mirada y tuvo la impresión de ver una tela azul agitándose y desapareciendo al otro lado de una puerta.

-¿Qué ha sido eso?

-Da igual -dijo Oone como para sí misma-. Da igual.

No obstante, había vuelto a desenvainar la espada y le hizo señas a Elric para que hiciera lo mismo. Entraron en otro patio que parecía estar abierto al mismo cielo gris que habían visto en las montañas. Alrededor de ellos se elevaba una galería tras otra, con muchos pisos, hasta el techo. Elric creyó ver rostros que lo miraban desde lo alto y entonces algo líquido le cayó en el rostro y casi inhaló la materia roja y pegajosa que cubrió su cuerpo. Desde cada parte de la galería les arrojaban más, y el patio ya se hallaba cubierto hasta las rodillas por lo que a Elric le pareció sangre humana. Escuchó unos murmullos procedentes de lo alto, una risa suave, un grito.

- ¡Ya basta! -gritó, chapoteando hacia un lado de la estancia-. Hemos venido a parlamentar. ¡Sólo queremos a la Joven Santa! ¡Devolvednos su espíritu y nos marcharemos!

Fue contestado por otra ducha de sangre y él hizo avanzar su caballo hacia la puerta siguiente. Había una gran portilla que trató de levantar. Intentó hacerla saltar de sus goznes. Miró a Oone, que se le unió, limpiándose el líquido rojo que la cubría. Ella extendió sus largos dedos y encontró alguna clase de botón. La portilla enrejada se abrió lentamente, casi de mala gana, pero se abrió. Ella le miró con expresión burlona.

-Como casi todos los hombres, os convertís en un bruto cuando sentís pánico, milord.

-No tenía idea de que pudiera encontrar tal medio de abrir la puerta, milady -replicó medio herido por la broma.

-Pensad en estas cosas en el futuro y tendréis mejores posibilidades de sobrevivir en esta Fortaleza.

-¿Por qué no quieren parlamentar con nosotros?

-Probablemente no creen que estemos dispuestos a cerrar

un trato. En realidad, sólo puedo suponer cuál es su lógica. Cada aventura de un ladrón de sueños es diferente a la otra, príncipe Elric. Venid.

Le condujo y pasaron junto a una serie de estanques llenos de agua caliente, de la que surgía un poco de vapor. No había nadie. Luego, Elric creyó distinguir criaturas en el agua, quizá peces. Se inclinó para mirar, pero Oone lo apartó.

-Vuestra curiosidad podría causar nuestra destrucción.

Algo se agitó y burbujeó en el estanque y luego desapareció. Inmediatamente, las estancias empezaron a sacudirse y del agua brotó espuma. Unas grietas aparecieron en los suelos de mármol.

Los caballos relincharon temerosos de perder pie. El propio Elric casi cayó en una de las grietas que se había abierto ante él. Era como si un terremoto sacudiera de pronto las montañas. Pero cuando se precipitaron hacia la siguiente galería, que daba a un tranquilo prado, desapareció toda señal del terremoto.

Un hombre se les aproximó, por su porte se parecía a la reina Sough, aunque era más corto de estatura y más viejo. La barba blanca le colgaba sobre un jubón de tela de oro y en la mano sostenía una bandeja en la que había dos bolsas de cuero.

-¿Aceptaréis la autoridad de la Fortaleza de la Perla? -preguntó-. Soy el senescal de este lugar.

-¿A quién servís? -preguntó Elric con brusquedad.

Todavía llevaba la espada empuñada y no hizo el menor esfuerzo por disimular su disposición a utilizarla. El senescal lo miró desconcertado.

-Sirvo a la Perla, claro. ¡Ésta es la Fortaleza de la Perla!

-¿Quién gobierna aquí, anciano? -le preguntó Oone.

-La Perla. Ya os lo he dicho.

-¿Y nadie gobierna a la Perla? -preguntó Elric desconcertado.

-Ya no, señor. Ahora, ¿queréis tomar este oro y marcharos? No tenemos deseos de gastar mas energías con vos. Flaquean, pero no están agotados. Creo que os disolveréis pronto.

-Hemos derrotado a todos vuestros defensores -dijo Oone-. ¿Por qué íbamos a querer oro?

-No desearéis la Perla, ¿verdad?

Antes de que Elric pudiera contestar, Oone le hizo guardar silencio con un gesto de advertencia.

-Sólo hemos venido para liberar a la Joven Santa.

-Todos han pretendido lo mismo -replicó el senescal con una sonrisa-, pero lo que desean es la Perla. No os creo, milady.

-¿Cómo podemos demostrar nuestras palabras?

-No podéis. Ya sabemos la verdad.

-No estamos interesados en negociar con vos, señor senescal. Si servís a la Perla, ¿a quién sirve ésta?

-Creo que a la niña.

Frunció el ceño. La pregunta le había confundido, aunque a Elric le pareció muy simple. Su admiración por la habilidad de la ladrona de sueños aumentó aún más.

-¿Lo veis? Os podemos ayudar en esto -dijo Oone - . El espíritu de la niña está prisionero. Y mientras sea así, estaréis cautivos.

-Tomad esto y dejadnos -dijo el anciano ofreciéndoles de nuevo las bolsas de oro.

-Creo que no lo haremos -dijo Oone con firmeza. Hizo avanzar a su caballo y pasó junto al anciano-. Vamos, Elric.

-¿No deberíamos interrogarle más? -preguntó el albino, vacilante.

-No puede contestarnos más.

El senescal echó a correr tras ella, balanceando las pesadas bolsas, mientras la bandeja caía al suelo con estrépito.

· ¡Ella no está! ¡Hará daño! Esto no debe ser. ¡Habrá dolor! ¡Dolor!

· Oone, deberíamos escucharle -dijo Elric que sentía simpatía por el anciano.

-Vamos -dijo ella sin detenerse-. Debéis venir.

Había aprendido a confiar en su buen juicio, así que también pasó junto al anciano que golpeó su cuerpo con las bolsas de oro y gimió, con lágrimas que rodaron por sus mejillas y cayeron sobre la barba. Se necesitaba de un valor diferente para realizar aquella acción.

Delante de ellos había otra gran puerta curvada, toda ella de celosía y mosaico muy elaborado, con una cenefa de jade, esmalte azul y plata. Su camino quedó bloqueado por dos grandes puertas de madera oscura, con goznes y tachonados de latón.

Oone no se arredró. Se inclinó suavemente hacia las puertas y colocó las yemas de los dedos contra ellas. Poco a poco, las puertas empezaron a abrirse, como había sucedido con las otras. Oyeron un débil sonido procedente del interior, casi un gemido. Las puertas se abrieron más y más hasta que se retiraron por completo sobre sus goznes.

Por un momento, Elric se sintió abrumado ante lo que vio.

Un resplandor gris dorado llenaba la gran cámara que quedó al descubierto ante ellos. El resplandor procedía de una columna de la altura de un hombre alto, rematada por un globo. En el centro del globo brillaba una perla de tamaño enorme, casi tan grande como el puño de Elric. Un corto tramo de escalones conducía a lo alto de la columna desde todos los lados, y alrededor de los escalones vio lo que al principio le parecieron filas de estatuas. Luego, se dio cuenta de que eran hombres, mujeres y niños, que llevaban toda clase de vestiduras, aunque la mayoría de ellas mostraban los estilos en boga en Quarzhasaat y en los clanes del desierto. El anciano corrió hacia ellos desde atrás, tambaleante.

-¡No hagáis daño a esto!

-Nos defendemos, señor senescal -le dijo Oone sin volverse a mirarlo-. Eso es todo lo que necesitáis saber de nosotros.

Entraron en la cámara lentamente, conduciendo todavía a los caballos, con las espadas plateadas en las manos, con la luz de la Perla tocando sus armaduras y cascos de plata haciéndolos brillar con una suave luminosidad.

-Esto no hay que destruirlo. No hay que derrotarlo. No hay que despojarlo.

Elric se estremeció al oír la voz. Miró hacia las distantes paredes de la estancia y allí estaba el Guerrero de la Perla, con su armadura agrietada y cubierta de sangre pegajosa, con el rostro convertido en un terrible moratón, con unos ojos que parecían desvanecerse y encenderse alternativamente. Y, a veces, eran los ojos de Alnac. Las

siguientes palabras del guerrero fueron casi patéticas.

-No puedo luchar contra vos. No más.

-No hemos venido para causar daño -insistió Oone-. Estamos aquí para liberaros.

Se produjo un movimiento entre las figuras quietas. Apareció una mujer de túnica azul, cubierta por un velo. Los ojos de la reina Sough mostraban una sugerencia de lágrimas.

-¿Habéis venido con esto? -preguntó indicando las espadas, los caballos, las armaduras-. Nuestros enemigos no están aquí.

-Estarán pronto -dijo Oone-. Muy pronto, milady.

Todavía atónito, Elric miró tras él, como si pudiera ver a sus enemigos. Hizo un movimiento hacia la Perla en el Corazón del Mundo, simplemente para admirar una maravilla. Inmediatamente, todas las figuras cobraron vida y le bloquearon el paso.

-¡La robaréis! -exclamó el anciano, todavía más desdichado que antes, más impotente.

-No -dijo Oone-, no es ése nuestro propósito. Tenéis que comprenderlo. - Luego, habló con rapidez-. Raik Na Seem nos ha enviado para buscarla.

-Está a salvo. Decidle que está a salvo.

-No, no lo está. Pronto se disolverá. -Oone volvió la mirada hacia la multitud susurrante-. Está separada, como lo estamos nosotros. Esta Perla es la causa.

-Esto es un truco -dijo la reina Sough.

-Un truco -repitió el herido Guerrero de la Perla de cuya garganta surgió un débil chasquido.

-Un truco -dijo el senescal tendiéndoles las bolsas de oro.

-No hemos venido a robar nada. Hemos venido a defender. ¡Mirad! -exclamó Oone, que hizo un movimiento circular con la espada para mostrarles lo que, evidentemente, no habían visto.

Surgiendo a través de las paredes de la cámara, sosteniendo en las manos toda clase de armas imaginables, aparecieron los guerreros encapuchados y tatuados de Quarzhasaat. Los Aventureros Brujos.

-No podemos luchar contra ellos -le dijo Elric serenamente a su amiga-. Son demasiados.

Y se preparó para morir.

# 2
# Destrucción en la Fortaleza

Oone montó de inmediato en su caballo plateado y levantó la espada, al tiempo que gritaba:

- ¡Elric, haced lo mismo que yo!

Y lanzó el caballo a medio galope, de modo que sus cascos repiquetearon como una tormenta en la cámara.

Preparado para morir con valor, incluso en un momento de aparente triunfo, Elric montó en la silla, tomó la espada en la mano que sostenía las riendas, hizo oscilar la espada y se lanzó a la carga contra los invasores.

Sólo al verse rodeado de hachas, mazas, lanzas y espadas levantadas para atacarle, se dio cuenta de que la acción de Oone no había sido dictada por la desesperación. Aquellas medio sombras se movían con lentitud, la mirada de sus ojos era borrosa, se tambaleaban, y sus golpes eran débiles.

Ahora, la matanza le causó náuseas. Siguió el ejemplo de Oone y propinó mandobles y lanzazos de un lado a otro, casi mecánicamente. Las cabezas se separaron de los cuerpos como frutas maduras, las extremidades quedaron cortadas como hojas con un bastón, los torsos se hundieron bajo las embestidas de la espada o de la *lanza.* La sangre viscosa, que ya era la sangre de los muertos, se pegaba a las armas y a la armadura, y los gritos de dolor resonaron patéticos en los oídos de Elric. Si no hubiera jurado seguir a Oone, habría retrocedido para dejar que ella sola continuara el trabajo. Corrían poco peligro, mientras que los hombres encapuchados seguían surgiendo por las paredes, para encontrarse con el afilado acero y la astuta inteligencia.

Detrás de ellos, alrededor de la columna de la Perla, los cortesanos observaban el combate. Sin duda, no sabían a qué mediocre amenaza se enfrentaban los dos guerreros de armaduras plateadas.

Finalmente, todo terminó. Los cuerpos decapitados y sin extremidades quedaron amontonados por toda la cámara. Elric y Oone salieron de entre los cadáveres, con gestos ceñudos, sintiéndose desgraciados y con náuseas ante sus propias acciones.

-Ya está hecho -dijo Oone-. Los Aventureros Brujos han sido masacrados.

- ¡Sois verdaderos héroes! -exclamó la reina Sough que bajó la escalera hacia ellos, con los ojos brillantes por la admiración y los brazos extendidos.

-Somos lo que somos -dijo Oone-. Luchadores mortales que hemos destruido la amenaza que se cernía sobre la Fortaleza de la Perla.

Sus palabras habían adquirido un tono ritual y Elric, que seguía confiando en ella, se sintió contento de escucharla.

-Sois los hijos de Chamog Borm, hermano y hermana de la Luna del Hueso, hijos del Agua y de las Brisas Frías, padres de los Árboles...

El senescal había dejado caer las bolsas de oro y su cuerpo se sacudía a causa de los sollozos. Lloraba de alivio y de alegría. Elric se dio cuenta entonces de lo mucho que se parecía a Raik Na Seem.

Oone, que desmontó del caballo, fue abrazada por la reina Sough. Mientras tanto, un chasquido y un movimiento de arrastre anunció la proximidad del Guerrero de la Perla.

-Esto ya no es para mí -dijo. Los ojos muertos de Alnac no expresaban más que resignación-. Esto es para la disolución...

Y tras decir estas palabras cayó hacia delante, sobre el suelo de mármol, con la armadura destrozada, las extremidades extendidas, y ya no quedó carne alguna en él, sino sólo hueso, de modo que lo poco que quedó del Guerrero de la Perla se parecía más a los restos incomestibles de un cangrejo, a la cena de un gigante del mar.

La reina Sough se adelantó hacia Elric con los brazos extendidos y ahora parecía mucho más pequeña que cuando la vio por primera vez. La cabeza le llegaba apenas a la barbilla inclinada. Su abrazo fue cálido y se dio cuenta de que ella también lloraba. Luego, el velo le cayó del rostro y vio que había perdido años, que era apenas poco más que una niña.

Tras la reina Sough, lady Oone le sonreía al tiempo que una comprensión atónita le llenaba el cerebro. Suavemente, tocó el rostro de la niña, los pliegues familiares de su cabello, y entonces contuvo repentinamente la respiración.

Era Varadia. Era la Joven Santa de los baraudim. Era la niña cuyo espíritu habían prometido liberar. Oone se les acercó y colocó una mano protectora sobre el hombro de Varadia.

-Ahora sabéis que somos realmente vuestros amigos:

Varadia asintió y miró a los cortesanos que les rodeaban y que habían asumido sus anteriores poses petrificadas.

-El Guerrero de la Perla fue el mejor que hubo -dijo-. No pude haber convocado a nadie mejor. Chamog Borm me falló. Los Aventureros Brujos fueron demasiado fuertes para él. Ahora ya puedo liberarlo de su exilio.

-Combinamos su fortaleza con la nuestra -dijo Oone-. La vuestra y la nuestra. Así fue como vencimos.

-Nosotros tres no somos sombras -dijo Varadia con una sonrisa, como si aquello fuera una revelación-. Así es como hemos alcanzado el éxito.

-Sí, así ha sido - asintió Oone -. Y ahora debemos considerar cómo llevaros de regreso a la Tienda de Bronce, a vuestro pueblo. Sois la portadora de todo su orgullo e historia.

-Lo sabía. Tenía que proteger eso. Creí haber fracasado.

-No habéis fracasado -le aseguró Oone.

-¿Los Aventureros Brujos no volverán a atacar?

-Nunca -contestó Oone-. Ni aquí ni en ninguna otra parte. Elric y yo nos aseguraremos de ello.

Y entonces, admirado, Elric se dio cuenta de que había sido la propia Oone quien había convocado a los Aventureros Brujos por última vez, para poder demostrar su derrota.

Oone lo miró y le advirtió con la expresión de sus ojos que no dijera demasiado. Pero ahora se daba cuenta de que todo aquello contra lo que habían luchado, excepto quizá un poco del Guerrero de la Perla y de los Aventureros Brujos no había sido más que los sueños de una niña. Chamog Borm, el héroe de leyenda, no pudo salvarla porque ella sabía que no era real. De modo similar, el Guerrero de la Perla, invención de ella misma, tampoco pudo salvarla. Pero él y Oone eran reales. ¡Tanto como la propia niña! En su profundo sueño, en el que se había disfrazado de reina, a la búsqueda del poder, pero sin lograr encontrarlo, tal y como había descrito, había terminado por conocer la verdad. Incapaz de escapar de su sueño, había reconocido, sin embargo, la diferencia entre sus propias invenciones y aquello que no había inventado: ella misma, Oone y Elric. Pero, para ello, Oone tuvo que demostrarle que podía derrotar a lo que quedaba de la amenaza original y, al demostrar la derrota, liberó a la niña.

Y, sin embargo, los tres se encontraban todavía inmersos en el sueño. La gran Perla latía tan poderosamente como antes, la Fortaleza, con todos sus laberintos, pasajes entrecruzados y cámaras seguía siendo su prisión.

-Lo comprendisteis -le dijo Elric a Oone-. Sabíais de qué hablaban. El lenguaje era el de una niña, un lenguaje que buscaba poder y fallaba. La comprensión que tiene una niña sobre el poder.

Pero una vez más, con una mirada, Oone le advirtió que guardara silencio.

-Varadia sabe ahora que el poder nunca se descubre en la retirada. Lo único que cabe esperar con la retirada es dejar que un poder destruya a otro, o bien ocultarlo como se protege una contra una tormenta que no puede controlar, hasta que ha amainado su fuerza. No se puede ganar nada, salvo a una misma. Y, en último término, siempre tenemos que enfrentarnos con el mal que nos destruiría.

Era casi como si ella misma estuviera en trance, y Elric supuso que no hacía sino repetir lecciones aprendidas en el transcurso del aprendizaje de su oficio.

-No habéis venido para robar la Perla, sino para salvarme de su prisión -dijo Varadia mientras Oone la tomaba de las manos y se las apretaba cálidamente - . ¿Os envió mi padre para ayudarme?

-Pidió nuestra ayuda y se la ofrecimos de buena gana -contestó Elric.

Finalmente, envainó la espada plateada. Se sentía ligeramente estúpido embutido en la armadura de un héroe de cuento de hadas. Oone se dio cuenta de su inquietud.

-Devolveremos todo esto a Chamog Borm, milord. ¿Se le permite regresar a la Fortaleza, lady Varadia?

- ¡Desde luego que sí! -asintió la niña con una sonrisa.

Dio una palmada y a través de la puerta de entrada a la Corte de la Perla caminó orgullosamente Chamog Borm, que todavía llevaba las vestiduras de su exilio, para arrodillarse a los pies de su señora.

-Mi reina -dijo con una fuerte emoción en su tildada voz.

-Os devuelvo vuestra armadura y vuestras armas, así como vuestros caballos gemelos *Tadia* y *Taron* y todo vuestro honor, Chamog Borm -dijo Varadla con un cálido orgullo.

Elric y Oone no tardaron en desprenderse de las armaduras y quedaron de nuevo en sus ropajes ordinarios. Chamog Borm se puso el peto y el espaldar de plata surcada de oro, el casco de reluciente plata; enfundó las espadas y las lanzas en las fundas de la cadera y del caballo. Ató la otra armadura a lomos de su *Tadia.* Finalmente, estuvo preparado. Volvió a arrodillarse ante su reina.

-Milady, ¿qué tarea queréis que realice para vos?

-Tenéis libertad para viajar a donde queráis, gran Chamog Borm -contestó Varadia con voz intensa-. Sólo debéis saber que tenéis que seguir luchando contra el mal allí donde lo encontréis y que no debéis permitir nunca

que los Aventureros Brujos vuelvan a atacar la Fortaleza de la Perla.

-Os juro que así lo haré.

Luego, tras una inclinación ante Oone y Elric, el héroe legendario cabalgó lentamente y se alejó de la Corte, con la cabeza bien alta, lleno de orgullo y de nobles propósitos.

Varadia estaba contenta.

-Le he vuelto a convertir en lo que era antes de que lo convocara. Ahora sé que las leyendas no tienen poder alguno por sí mismas, que el poder procede del uso que hacen los vivos de la leyenda. Las leyendas sólo representan un ideal.

-Sois una niña muy sabia -dijo Oone admirada.

-¿Acaso no debería serlo, milady? Soy la Joven Santa de los baraudim -dijo Varadia con bastante buen humor y cierta ironía- . ¿Acaso no soy el oráculo de la Tienda de Bronce? -Bajó la mirada, quizá con una repentina melancolía-. Sólo seré una niña durante un poco más de tiempo. Creo que echaré de menos mi palacio y todos estos reinos...

-Aquí siempre se pierde algo. -Oone puso una mano sobre el hombro de la niña-. Pero también se gana mucho.

Varadia se volvió a mirar la Perla. Al seguir su mirada, Elric se dio cuenta de que toda la Corte se había desvanecido, del mismo modo que había sucedido con la multitud de la gran escalinata cuando fueron atacados por el Guerrero de la Perla, justo antes de que conocieran a reina Sough. Ahora comprendía que, disfrazada de aquel modo, ella misma les había guiado lo mejor que pudo para que la rescataran. Se había extendido hacia ellos. Les había mostrado el camino en la medida en que pudo, con su ingenio y su valor, logrando así su propia salvación.

Varadia ascendió los escalones, con las manos extendidas hacia la Perla.

-Ésta es la causa de nuestra desgracia -dijo-. ¿Qué podemos hacer con ella?

-Destruirla, quizá -dijo Elric.

Pero Oone negó con un gesto de la cabeza.

-Mientras siga siendo un tesoro oculto, los ladrones lo buscarán constantemente. Ésa es la verdadera causa de que Varadia haya quedado aprisionada en el Ámbito del Sueño. Eso es lo que hizo que los Aventureros Brujos acudieran a ella. Por eso la drogaron y trataron de secuestrarla. El mal no procede de la Perla, sino del mal que han causado los hombres por ella.

- ¿Qué haréis entonces? -preguntó Elric-. ¿Venderla en el mercado de los sueños cuando acudáis la próxima vez?

-Quizá sea eso lo que deba hacer. Pero no sería el mejor medio de lograr la seguridad de Varadia en el futuro. ¿Lo comprendéis?

-Mientras la Perla siga siendo una leyenda, siempre habrá quienes tratarán de seguir la leyenda, ¿no es eso?

-Exactamente, príncipe Elric. Así pues, creo que debemos destruirla. Pero no aquí.

A Elric no le importaba. Se hallaba tan absorbido en el sueño, en la revelación de los niveles de realidad existentes en el Ámbito del Sueño, que se había olvidado de su búsqueda original, de la amenaza que pendía sobre su vida y la de Anigh, en Quarzhasaat. Fue la propia Oone quien se lo recordó.

-Recordad que hay en Quarzhasaat quienes no sólo son vuestros enemigos, Elric de Melniboné, sino también los enemigos de esta niña, los enemigos de los baraudim. Todavía tenéis una tarea más que realizar en cuanto regresemos a la Tienda de Bronce.

-En tal caso, debéis aconsejarme, lady Oone -dijo Elric con sencillez-. Pues aquí soy un novicio.

-No puedo aconsejaros con mucha claridad -dijo ella apartando la mirada, casi con timidez, o quizá con dolor-. Pero sí puedo tomar una decisión aquí. Tenemos que exigir la Perla.

-Tal y como yo lo entiendo, la Perla no existía antes de que los señores de Quarzhasaat la concibieran, antes de que alguien descubriera la leyenda, antes de que llegaran los Aventureros Brujos.

-Pero ahora existe -dijo Oone-. Lady Varadia, ¿podríais darme la Perla a mí?

-Con gusto -contestó la Joven Santa.

Subió los escalones que quedaban para llegar a lo alto, tomó el globo del plinto donde se hallaba y lo arrojó al suelo, de modo que fragmentos de cristal lechoso se desparramaron por todas partes, mezclándose con los huesos y la armadura del Guerrero de la Perla. Luego, tomó la Perla en una mano como una niña corriente tomaría una pelota perdida. Se la arrojó de una palma a otra, encantada, sin experimentar más temor.

-Es muy hermosa. No me extraña que la buscaran.

-La hicieron y luego la utilizaron para atraparos. - Oone se adelantó y recogió la Perla cuando Varadia se la arrojó-. Qué pena que quienes pudieron concebir tanta belleza estuvieran dispuestos a cometer tantas maldades por poseerla...

Se detuvo, frunció el ceño y miró a su alrededor, repentinamente preocupada.

La luz se desvanecía en la Corte de la Perla.

Desde todas partes a su alrededor surgió un ruido atronador, un gemido angustioso; un gran quejido ansioso, un grito torturado como si, de repente, todas las almas atormentadas del Multiverso se hubieran puesto a gritar.

El estruendo parecía desgarrar sus cerebros, atronaba en sus oídos. Se miraron los unos a los otros, aterrorizados, viendo cómo el suelo de la Corte se elevaba y se ondulaba, cómo las paredes de marfil, con todos sus maravillosos mosaicos y tallas, empezaban a desmoronarse ante sus propios ojos, como si fuera el tejido de una tumba repentinamente expuesto a la luz del día.

Y entonces, por encima de todos los demás ruidos, escucharon la risa.

Era una risa dulce. La risa despreocupada de una niña.

Era la risa de un espíritu liberado. La risa de Varadia.

-Se disuelve por fin. ¡Todo se disuelve! ¡Oh, amigos míos, ya no soy una esclava!

A través de todos los cascotes que caían, a través de la descomposición y la disolución que se desmoronaba sobre ellos, a través de la destruida carcasa de la Fortaleza de la Perla, Oone se acercó a ellos. Actuó presurosa, pero también con cautela. Tomó una de las manos de Varadia.

-¡Todavía no! ¡Es demasiado pronto! ¡Podríamos disolvernos todos en esto!

Hizo que Elric tomara a la niña de la otra mano y la condujeron entre los dos a través del escenario que se hundía, de la oscuridad que gritaba, fuera de la cámara. Bajaron por los pasillos que se desmoronaban, dejaron atrás los patios cuyas fuentes derramaban ahora detritus y donde hasta los muros parecían construidos de carne putrefacta que empezaba a corromperse y convertirse en nada a medida que ellos pasaban. Luego, Oone les hizo echar a correr, hasta que la puerta final se encontró delante de ellos.

Llegaron a la salida y al camino de mármol. Había un puente por delante de ellos. Oone casi arrastró a los otros dos hacia el puente, los hizo correr todo lo que pudieron mientras que la Fortaleza de la Perla se desmoronaba y desaparecía en la nada, al tiempo que rugía como una enorme bestia moribunda.

El puente parecía infinito. Elric no podía ver su otro extremo. Pero, al final, Oone se detuvo en su carrera y les dejó que caminaran, pues habían llegado ante una puerta.

Era una puerta tallada en piedra arenisca roja. Aparecía decorada con baldosas geométricas e imágenes de gacelas, leopardos y camellos salvajes. Tenía un aspecto casi prosaico después de tantas puertas monumentales como habían visto, pero Elric experimentó una cierta agitación al cruzarla.

-Tengo miedo, Oone -dijo.

-Creo que teméis a la mortalidad -dijo ella, apretándole la mano-. Tenéis mucho valor, príncipe Elric. Utilizadlo ahora, os lo ruego.

Hizo esfuerzos por reprimir sus terrores. Sujetó la mano de la niña con firmeza, tranquilizándola.

-Vamos a casa, ¿verdad? -preguntó la Joven Santa-. ¿Qué es lo que no queréis encontrar allí, príncipe Elric?

Él le sonrió, agradecido por la pregunta.

-Nada importante, lady Varadia. Quizá nada más que yo mismo.

Y los tres juntos cruzaron el umbral de la puerta.

# 3
# Fiestas en el Oasis de la Flor de Plata

Al despertarse junto a la niña todavía dormida, Elric se sorprendió al sentirse tan refrescado. El báculo de los sueños, que les había ayudado a adquirir sustancia en el Ámbito del Sueño, todavía estaba en sus manos, que rodeaban su mango. Al mirar hacia la niña, vio que Oone empezaba a moverse.

-¿Habéis fracasado, entonces?

Era la voz de Raik Na Seem, llena de una resignada tristeza.

- ¿Qué? -Oone miró a Varadla.

Mientras la contemplaban su piel empezó a brillar con su aspecto saludable ordinario y sus ojos se abrieron para ver el rostro ansioso de su padre, que la miraba fijamente. Le sonrió. Fue la sonrisa fácil y nada afectada con la que Oone y Elric ya se habían familiarizado.

El Primer Anciano del clan Baraudim empezó a llorar. Lloró como había hecho el senescal de la Corte de la Perla. Lloró de alivio y de alegría. Tomó a su hija en los brazos y no pudo hablar de la alegría que experimentaba en su corazón. Lo único que pudo hacer fue tender una mano hacia sus amigos, el hombre y la mujer que habían penetrado en el Ámbito del Sueño para liberar el espíritu de su hija, a donde había huido para escapar de los malvados mercenarios de lord Gho.

Ellos le estrecharon la mano y abandonaron la Tienda de Bronce. Caminaron juntos por el desierto y de pronto se detuvieron y se miraron directamente a los ojos.

-Ahora, tenemos un sueño en común -dijo Elric con un tono de voz lleno de afecto-. Creo que el recuerdo será bueno, lady Oone.

Ella se adelantó para tomarle el rostro en sus manos.

-Sois sabio, príncipe Elric, y valeroso, pero os falta una cierta experiencia. Espero que tengáis éxito para encontrarla.

-Ésa es la razón por la que deambulo por este mundo, y por la que he dejado a mi primo Yyrkoon como regente en el Trono de Rubí. Soy consciente de poseer más de una deficiencia.

-Me alegra que hayamos soñado juntos -dijo ella.

-Creo que habéis perdido a vuestro verdadero amor -le dijo Elric - . Me complace haberos ayudado a suavizar el dolor de esa separación.

Ella le miró atónita por un momento. Luego desaparecieron las arrugas de su frente.

-¿Habláis de Alnac Kreb? Me gustaba, milord, pero era para mí más un hermano que un amante.

-Disculpad mi presunción, lady Oone -dijo Elric desconcertado.

Ella levantó la mirada hacia el cielo. La Luna de Sangre no había desaparecido todavía. Arrojaba sus rayos rojos sobre la arena, sobre el bronce reluciente de la tienda donde Raik Na Seem daba la bienvenida a su hija recuperada.

-No amo fácilmente de la forma a la que os referís -dijo con un tono de voz muy significativo. Luego suspiró-. ¿Tenéis todavía la intención de regresar a Melniboné, junto a vuestra prometida?

-Debo hacerlo -asintió él-. La amo. Y mi deber está en Imrryr.

-¡Dulce deber!

Su tono de voz fue sarcástico y dio uno o dos pasos para alejarse de él, con la cabeza inclinada y la mano en el cinto. Dio una patada contra la arena del color de la sangre.

Elric se había disciplinado contra el dolor de su corazón durante demasiado tiempo. Ahora, no pudo hacer otra cosa sino permanecer allí de pie, a la espera de que ella regresara a su lado. Cuando lo hizo, Oone sonreía.

-Bien, príncipe Elric, ¿queréis uniros a los ladrones de sueños y ganaros la vida de ese modo durante un tiempo?

-Es una profesión que exige demasiado de mí, milady-contestó Elric negando con la cabeza-. Pero os agradezco todo lo que esta aventura me ha enseñado, tanto sobre mí mismo como sobre el mundo de los sueños. Todavía no comprendo más que un poco de lo sucedido. Aún no estoy seguro de saber a dónde hemos viajado o qué hemos encontrado. No sé hasta qué punto lo que había en el Ámbito del Sueño fue creación de lady Varadia, o hasta qué punto fue vuestra. ¡Es como si hubiera asistido a un combate entre inventores! ¿He contribuido yo en algo? No lo sé.

-Oh, sin vos, Elric, creo que habría fracasado, podéis creerme. ¡Habéis visto tanto de otros mundos! Y habéis

leído mucho más. No sirve de nada analizar demasiado las criaturas y los lugares que encontramos en el Ámbito del Sueño, pero podéis estar seguro de que habéis hecho una contribución. Más, quizá, de lo que sabréis jamás.

- ¿Puede hacerse la realidad a partir del tejido de esos sueños? -se preguntó él.

-Hubo una vez un aventurero de los Reinos Jóvenes llamado conde Aubec -dijo ella-. Sabía muy bien lo poderosa que puede ser la mente humana como creadora de realidades. Algunos dicen que él y los de su clase contribuyeron a hacer el mundo de los Reinos Jóvenes.

-He oído hablar de esa leyenda -asintió Elric-. Pero creo que es tan sustancial como la historia de Chamog Borm, milady.

-Podéis pensar lo que queráis.

Ella se dio la vuelta para contemplar la Tienda de Bronce, de la que salían el anciano y su hija. Desde alguna parte, dentro de la tienda, empezaron a sonar unos tambores. Hasta ellos llegó un cántico maravilloso, como una docena de melodías engarzadas, entrelazadas. Lentamente, toda la gente que había permanecido en la Tienda de Bronce para vigilar el cuerpo de la Joven Santa empezó a rodear a Raik Na Seem y a Varadia. Sus cánticos eran de una intensa alegría. Sus voces llenaron el desierto con la vida más alegre y sus ecos resonaron hasta en las distantes montañas.

Oone enlazó su brazo con el de Elric, en un gesto de camaradería, de reconciliación.

-Vamos -le dijo -. Unámonos a la fiesta.

Apenas habían caminado unos pocos más cuando fueron levantados en hombros por la multitud, y pronto se vieron transportados, sin dejar de reír, contagiados de la alegría general, a través del desierto, hacia el Oasis de la Flor de Plata.

Las fiestas empezaron inmediatamente, como si los baraudim y todos los demás clanes del desierto se hubieran preparado para este momento. Toda clase de deliciosos alimentos quedó rápidamente dispuesta, hasta que el aire se enriqueció con una enorme variedad de aromas que hacían la boca agua, y parecía como si se hubieran abierto todos los grandes almacenes de especias del mundo para liberar su contenido. Las fogatas de cocina ardían por todas partes, al igual que grandes hogueras, lámparas y candiles, y desde el Kashbeh Moulor Ka Riiz, que dominaba el gran oasis, salieron los guardianes Aloum'rit, con todo el esplendor de sus antiguas armaduras, sus cascos y petos rojodorados, sus armas de bronce, latón y acero. Llevaban grandes barbas biseladas y enormes turbantes enrollados alrededor de las puntas de los cascos. Portaban jubones de elaborado brocado, con dibujos casi tan intrincados como los de sus camisas. Eran hombres orgullosos, llenos de buen humor, que cabalgaban al lado de sus esposas, también armadas con arcos y delgadas lanzas. Todos ellos se mezclaron pronto con la multitud que había erigido una gran plataforma y colocado sobre ella un sillón tallado en el que se sentaba la sonriente Varadia, para que todos pudieran ver a la Joven Santa de los baraudim, devuelta a su clan, trayendo consigo su historia, su orgullo y su futuro.

Raik Na Seem no dejaba de llorar. Cada vez que veía a Oone y a Elric los tomaba y los atraía hacia sus brazos, les daba las gracias y les decía, lo mejor que podía, lo que significaba para él tener tales amigos, tales salvadores y héroes.

-Vuestros nombres serán recordados por los baraudim para siempre. Y sea cual fuere el favor que pidáis os será concedido, siempre y cuando sea honorable, como sabemos que será. Si os encontráis en peligro a muchos miles de millas de distancia sólo tenéis que enviar un mensaje a los baraudim y todos acudiremos en vuestra ayuda. Mientras tanto, debéis saber que habéis liberado a una niña de buen corazón de una oscura cautividad.

-Y ésa es nuestra mejor recompensa -dijo Oone sonriente.

-Nuestra riqueza es vuestra -replicó el anciano.

-No tenemos necesidad de riquezas -le dijo Oone - . Creo que hemos descubierto mejores recursos.

Elric estuvo de acuerdo con ella.

-Además, hay un hombre en Quarzhasaat que me ha prometido medio imperio si sólo le hago un pequeño servicio.

Oone comprendió a qué se refería Elric y se echó a reír. Raik Na Seem se mostró un tanto desconcertado.

-¿Vais a ir a Quarzhasaat? ¿Todavía tenéis asuntos que resolver allí?

-En−efecto -asintió Elric-. Hay un muchacho que espera ansiosamente mi regreso.

-Pero tendréis tiempo de celebrarlo con nosotros, de hablar con nosotros, de asistir a un festín conmigo y con Varadla, ¿verdad? ¡Apenas habéis intercambiado una palabra con la niña!

-Creo que ya la conocemos bastante bien -dijo Elric-. Lo suficiente como para tenerla en muy alta consideración. Ella es, desde luego, el mayor tesoro de los baraudim, milord.

-¿Pudisteis hablar con ella en ese sombrío ámbito en que la retenían prisionera?

Por un momento, Elric pensó en informar de todo al Primer Anciano, pero Oone se apresuró a impedirlo, de tan familiarizada como estaba con aquellas cuestiones.

-Algo, milord. Nos quedamos muy impresionados por su inteligencia y su valor.

Raik Na Seem frunció el ceño al ocurrírsele otra idea.

-Hijo mío -le dijo a Elric-, ¿pudisteis manteneros en ese ámbito sin sufrir dolor?

-Sin dolor, en efecto -contestó Elric. Y entonces se dio cuenta de lo que había dicho. Por primera vez comprendió qué bien había surgido de su aventura-. Así ha sido. Hay beneficios que asisten a un ladrón de sueños. Grandes beneficios que no había apreciado hasta ahora.

Elric se unió con gusto al festín, atesorando aquellas horas pasadas con Oone, con los baraudim y con todos los demás clanes nómadas. Se sentía de nuevo como si acabara de llegar a su hogar, de tan bien como le había recibido la gente, y deseaba poder pasar allí el resto de su vida, aprender su visión de las cosas, su filosofía y disfrutar con sus pasatiempos.

Más tarde, tumbado bajo una gran palmera, haciendo rodar una de las flores plateadas entre los dedos, volvió la mirada hacia Oone, sentada a su lado.

-De todas las tentaciones a las que he tenido que enfrentarme en el Ámbito del Sueño -le dijo-, ésta es quizá la mayor. Esto es una sencilla realidad y me siento reacio a abandonarla. Y a vos también.

-Creo que ya no tenemos ningún otro destino juntos -dijo ella con un suspiro-. Al menos en esta vida, o en este mundo quizá. Antes tenéis que convertiros en leyenda, y luego ya no quedará nadie que os recuerde.

-¿Todos mis amigos morirán? ¿Me quedaré solo?

-Así lo creo. Mientras sirváis al Caos.

-Yo me sirvo a mí mismo y a mi pueblo

-Si de verdad creéis eso, Elric, tenéis que hacer más para conseguirlo. Habéis creado una pequeña realidad y quizá podáis crear un poco más. Pero el Caos no puede ser amigo sin traicionaros. Al final, sólo podemos mirarnos en nosotros mismos. Ninguna causa, ninguna fuerza o desafío podrá sustituir jamás esa verdad...

-Es precisamente para ser yo mismo por lo que viajo como lo hago, lady Oone -le recordó.

Tendió la mirada hacia el desierto, sobre las tranquilas aguas del oasis. Respiró el aire frío y perfumado del desierto.

-¿Y os marcharéis pronto? -preguntó ella.

-Mañana. Tengo que hacerlo. Pero tengo curiosidad por saber qué realidad he creado.

-Oh, creo que uno o dos sueños se han convertido en realidad - replicó Oone misteriosamente, besándole en la mejilla-. Y otro se convertirá en realidad muy pronto.

Él no quiso seguir con el tema, pues ella sacó la gran perla de la bolsa que llevaba colgada del cinto y se la tendió.

-¡Existe! ¡No era la quimera que creíamos que era! ¡Todavía la tenéis!

-Es para vos -dijo ella-. Utilizadla como queráis. Pero eso rué lo que os trajo aquí, al Oasis de la Flor de Plata. Eso es lo que os trajo a mí. Creo que no la venderé en el mercado de los sueños. Me gustaría que la conservarais vos. Creo que es vuestra por derecho, Elric. Sea como fuere, la Joven Santa me la entregó a mí y yo os la entrego a vos. Por ella murió Alnac Kreb y todos aquellos asesinos.

-Creía haberos oído decir que la Perla no existía antes de que los Aventureros Brujos se pusieran a buscarla.

-Eso es cierto. Pero ahora existe. Aquí está. La Perla en el Corazón del Mundo. La Gran Perla de la leyenda. ¿No encontráis forma de utilizarla?

-Tenéis que explicarme... -empezó a decir, pero ella le interrumpió en seguida.

-No me preguntéis cómo es que los sueños adquieren sustancia, príncipe Elric. Es una pregunta que ha ocupado a los filósofos de todos los tiempos y lugares. Vuelvo a preguntaros, ¿no encontráis forma de utilizarla?

Él vaciló antes de contestar. Luego, extendió la mano para recibir el encantador objeto. Lo sostuvo entre las dos palmas, haciéndolo rodar de una a otra, maravillado ante su riqueza y su pálida belleza.

-En efecto -asintió-. Creo que sé cómo utilizarla.

Una vez que Elric se hubo guardado la joya, Oone dijo: -Creo que esa perla es algo malvado. -Yo también lo creo, pero a veces se puede usar el mal contra el mal.

-No puedo aceptar ese argumento -dijo ella, preocupada.

-Lo sé. Ya lo habéis dicho así. -Y fue entonces él quien se inclinó sobre ella y la besó tiernamente en los labios-. El destino es cruel, Oone. Sería mejor que nos ofreciera a todos un camino inalterado. Pero, en lugar de hacerlo así, sus fuerzas nos obligan a elegir, sin saber nunca si esa elección es la mejor.

-Somos mortales -dijo ella con un encogimiento de hombros-. Ésa es nuestra condena particular. -Le acarició la frente-. Tenéis una mente preocupada, milord. Creo que voy a robaros unos pocos de los sueños pequeños que os incomodan.

-¿Podéis robar el dolor, Oone, y convertirlo en algo que podáis vender en vuestro mercado?

-Oh, con frecuencia sí -contestó ella.

Tomó la cabeza de Elric en su regazo y empezó a darle un suave masaje en las sienes, mirándole con ternura.

-No puedo traicionar a Cymoril -dijo él medio en sueños-.No puedo...

-Sólo os pido que os quedéis dormido un rato -dijo ella-. Algún día tendréis mucho que lamentar y conoceréis lo que es el verdadero remordimiento. Hasta entonces, puedo quitaros algo de lo que no es importante.

-¿Que no es importante? -preguntó con voz apagada a medida que se quedaba dormido gracias al masaje.

-Al menos para vos, milord, aunque no para mí.

Y la ladrona de sueños se puso a cantar como si durmiera a un niño. La canción versaba sobre un niño enfermo y un padre dolorido. Luego cantó sobre la felicidad que se encuentra en las cosas sencillas.

Elric se quedó dormido. Y, mientras dormía, la ladrona de sueños llevó a cabo su magia y le robó algunas de las pocas cosas medio olvidadas que habían inquietado sus noches en el pasado, y que podrían inquietar las del futuro.

Cuando Elric despertó a la mañana siguiente sintió el corazón ligero y la conciencia fácil, y sólo guardaba los más débiles recuerdos de sus aventuras en el Ámbito del Sueño, un permanente afecto por Oone y una determinación de llegar a Quarzhasaat cuanto antes para llevarle a lord Gho lo que éste más deseaba en el mundo.

Sus despedidas de las gentes de los baraudim fueron sinceras y la tristeza por la partida fue recíproca. Le rogaron que regresara para unirse a ellos en sus viajes, para cazar con ellos como había hecho en otros tiempos Rackhir, su amigo.

- Intentaré regresar algún día-dijo él-. Pero antes tengo más de un juramento que cumplir.

Un muchacho nervioso le trajo su gran hoja negra de combate. Al ceñirse a *Tormentosa* al cinto, la espada pareció gemir con una considerable satisfacción por volver a reunirse con él.

Fue Varadla, que tomó sus manos y se las besó, quien le ofreció la bendición de su clan. Fue Raik Na Seem quien le dijo que ahora era el hermano de Varadla, su propio hijo. Luego, Oone, la ladrona de sueños, se adelantó. Había decidido permanecer como huésped durante un tiempo entre los baraudim.

-Adiós, Elric. Espero que volvamos a encontrarnos... en mejores circunstancias.

-¿En mejores circunstancias? -preguntó él, regocijado.

-Para mí, en cualquier caso -dijo ella dando una palmada desdeñosa en la empuñadura de su espada rúnica-. Y os deseo lo mejor en vuestros intentos por llegar a ser el amo de esta cosa.

-Creo que ya lo soy ahora -dijo él.

-Os acompañaré un trecho a lo largo del Camino Rojo -dijo ella encogiéndose de hombros.

-Recibiré con agrado vuestra compañía, milady.

Uno junto al otro, como habían estado en el Ámbito del Sueño, Elric y Oone cabalgaron juntos. Y aunque él no recordaba ahora lo que había sentido antes, Elric percibía una cierta resonancia de reconocimiento, como si hubiera encontrado satisfacción para su alma, de modo que fue con tristeza como finalmente se despidió de ella para seguir a solas hacia Quarzhasaat.

-Adiós, buena amiga. Siempre recordaré cómo derrotasteis al Guerrero de la Perla en la Fortaleza de la Perla. Ése es un recuerdo que no creo se desvanezca nunca.

-Me siento halagada -dijo ella con un matiz de melancólica ironía en su voz - . Adiós, príncipe Elric. Confío en que encontraréis todo lo que necesitáis, y que conoceréis la paz cuando regreséis a Melniboné.

-Ésa es mi más firme intención, milady.

La saludó con un gesto de la mano, sin desear prolongar por más tiempo la tristeza y luego espoleó a su caballo.

Con ojos que se negaban a llorar, ella le observó alejarse a lo largo del Camino Rojo, en dirección a Quarzhasaat.

# 4
# Ciertas cuestiones resueltas en Quarzhasaat

Cuando Elric de Melniboné entró en Quarzhasaat, montaba lánguidamente en la silla, apenas capaz de controlar a su caballo, y la gente que se reunió a su alrededor le preguntó si estaba enfermo, mientras que algunos temieron que trajera la peste a su hermosa ciudad y lo habrían arrojado inmediatamente de allí.

El albino levantó la cabeza apenas lo suficiente para murmurar el nombre de su patrono, lord Gho Fhaazi, y para decir que sólo le faltaba tomar un cierto elixir que el noble poseía.

-Debo tomar el elixir -les dijo-, o estaré muerto antes de haber cumplido mi tarea...

Las viejas torres y minaretes de Quarzhasaat tenían un aspecto encantador bajo los desvanecientes rayos de un enorme sol rojo, y la ciudad aparecía envuelta en una atmósfera de paz que llega cuando se han terminado los asuntos del día, antes de entregarse a sus placeres.

Un rico comerciante en agua, ávido por encontrar el favor de alguien que quizá fuera pronto elegido para el Consejo, condujo personalmente el caballo de Elric a lo largo de las elegantes calles e impresionantes avenidas hasta que llegaron ante el gran palacio, todo dorados y verdes desvaídos, de lord Gho Fhaazi.

El comerciante fue recompensado con la promesa de un sirviente de mencionar su nombre al noble y Elric, que ahora murmuraba y se quejaba en voz baja, que gemía a veces y se pasaba la lengua por los ansiosos labios, fue conducido a través de los encantadores jardines que rodeaban el palacio principal.

El propio lord Gho acudió a recibir al albino. Se echó a reír al ver el pobre estado en que se encontraba el albino.

-¡Saludos, saludos, Elric de Nadsokor! ¡Saludos, ladrón payaso de rostro blanco! ¡Ah, hoy no os mostráis tan orgulloso! Fuisteis demasiado pródigo con el elixir que os entregué y ahora regresáis para mendigarme más..., en peores condiciones que cuando llegasteis aquí por primera vez.

-El muchacho... -susurró Elric, mientras un sirviente le ayudaba a descender del caballo. Sus brazos le colgaron limpiamente cuando le transportaron apoyado en sus hombros-. ¿Vive todavía?

-¡Con mejor salud que vos mismo, señor! -Los ojos verde–pálidos de lord Gho Fhaazi mostraban una exquisita malicia-.Perfectamente a salvo y seguro. Fuisteis de lo más inexorable acerca de eso, antes de partir. Y yo soy un hombre de palabra.-El político se acarició los bucles de la barba y chasqueó la lengua- . Y vos, ¿habéis mantenido también vuestra palabra?

-Al pie de la letra -murmuró el albino. Los ojos rojos rodaban en el fondo de su cabeza y por un instante pareció como si fuera a morir. Luego, dirigió una mirada dolorosa hacia lord Gho-. ¿Me daréis el antídoto y todo lo que me prometisteis? ¿El agua? ¿Las riquezas? ¿El muchacho?

-Sin duda, sin duda. Pero tenéis una pobre posición para negociar ahora, Ladrón. ¿Qué me decís de la Perla? ¿La habéis encontrado? ¿O habéis venido para informar de vuestro fracaso?

-La encontré. Pero la tengo oculta -dijo Elric-. El elixir me ha...

-Sí, sí. Sé muy bien lo que hace el elixir. Debéis tener una constitución bastante fuerte para poder hablar incluso ahora.

El quarzhasaatino supervisó a los hombres y mujeres que transportaron a Elric al frío interior del palacio y lo depositaron sobre grandes cojines borlados de terciopelo escarlata y azul, le dieron a beber agua y alimentos para comer.

-El anhelo se hace peor, ¿verdad? -Lord Gho parecía considerablemente complacido con el sufrimiento de Elric - . El elixir tiene que haberse alimentado de vos, del mismo modo que vos os habéis alimentado de él. Pero sois astuto, ¿eh, señor Ladrón? ¿Decís que habéis ocultado la Perla? ¿Acaso no confiáis en mí? Soy un noble de la ciudad más grande del mundo.

Elric se arrellanó sobre los cojines, polvoriento por la larga cabalgada y se limpió las manos lentamente en un paño.

-El antídoto, milord...

-Sabéis que no os daré el antídoto hasta no tener la Perla en mis manos... -Lord Gho observó con expresión

condescendiente a su víctima-. Si queréis que os diga la verdad, Ladrón, no había esperado que fuerais tan coherente como parecéis. ¿Os gustaría tomar otro trago de mi elixir?

-Traedlo si queréis.

Elric aparentaba indiferencia, pero lord Gho comprendió lo desesperado que debería de sentirse. Se volvió para dar instrucciones a sus esclavos.

-Pero traed al muchacho -dijo entonces Elric-. Traedlo para que pueda comprobar que no ha sufrido daño alguno, y para escuchar de sus propios labios lo que ha acontecido mientras he estado ausente.

-Es una pequeña exigencia. Muy bien. -Lord Gho hizo señas a un esclavo-. Traed al muchacho Anigh.

El noble se dirigió hacia un gran sillón, colocado sobre un pequeño estrado, entre cortinajes de brocado, y se dejó caer en él mientras esperaban.

-Apenas había esperado que pudierais sobrevivir al viaje, señor Ladrón, y mucho menos tener éxito y encontrar la Perla. Nuestros Aventureros Brujos son los más valientes y hábiles guerreros, entrenados en toda clase de hechicerías y encantamientos. Y, sin embargo, los que yo envié y todos sus hermanos fracasaron. Ah, hoy es un día feliz para mí. Os haré revivir, os lo prometo, para que podáis contarme todo lo que ocurrió. ¿Qué pasó con los baraudim? ¿Matasteis a muchos? Tenéis que contármelo todo para que cuando presente la Perla para obtener mi puesto pueda contar a mi vez la historia que la acompaña. Eso aumentará su valor, ¿comprendéis? Estoy seguro de que, una vez que haya sido elegido, se me pedirá que cuente esa historia muchas veces. El Consejo sentirá tanta envidia... -Se pasó la lengua por los labios pintados-. ¿Tuvisteis que matar a aquella niña? ¿Qué fue, por ejemplo, lo primero que visteis al llegar al Oasis de la Flor de Plata?

-Un funeral, por lo que recuerdo -contestó Elric, algo más animado-. Sí, eso fue.

Dos guardias trajeron a un muchacho que se retorcía y que no pareció alegrarse al ver a Elric tendido sobre los cojines.

- ¡Oh, maestro! Estáis en peor estado que antes.

Dejó de revolverse y trató de ocultar su desilusión. No había señal alguna de tortura en él. Al parecer, no le habían hecho ningún daño.

-¿Estáis bien, Anigh?

-Sí. Mi principal problema ha sido dejar transcurrir el tiempo. Ocasionalmente, su señoría acudía para decirme lo que haría si fracasabais en traer la Perla, pero ya he leído esas cosas en las paredes de las estacadas lunáticas y no son nada nuevo para mí.

-Lleva cuidado, muchacho -le advirtió lord Gho.

-Tenéis que haber regresado con la Perla -dijo Anigh mirando a su alrededor-. Es así, ¿verdad, mi señor? En caso contrario no estaríais aquí. -Pareció sentirse algo más aliviado-. ¿Podemos marcharnos ahora?

-¡Todavía no! -gruñó lord Gho.

-El antídoto -dijo Elric -. ¿Lo tenéis aquí?

-Sois demasiado impaciente, señor Ladrón. Y vuestra astucia es igual a la mía. -Lord Gho se echó a reír y levantó hacia él un dedo de advertencia-. Debe tener alguna prueba de que poseéis la Perla. ¿Querréis darme vuestra espada como seguridad, quizá? Al fin y al cabo, estáis demasiado débil para empuñarla. Ahora ya no os sirve de nada.

Extendió una mano ávida hacia la cadera del albino y Elric hizo un débil movimiento para alejarse de él.

-Vamos, vamos señor Ladrón. No tengáis miedo alguno de mí. Somos socios en esto. ¿Dónde está la Perla? El Consejo se reúne esta misma noche en la Gran Casa de Reuniones. Si pudiera llevarles la Perla entonces... ¡Oh, esta noche seré poderoso!

-El gusano se siente muy orgulloso de ser el rey del estiércol -dijo Elric.

· ¡No le enojéis, maestro! -gritó Anigh alarmado-. ¡Todavía os falta saber dónde guarda el antídoto!

· ¡Antes debo tener la Perla! -Lord Gho adoptó una actitud de petulancia en su impaciencia-. ¿Dónde la habéis ocultado, Ladrón? ¿En el desierto? ¿En alguna parte de la ciudad?

Lentamente, Elric incorporó su cuerpo sobre los cojines.

-La Perla era un sueño -dijo-. Se necesitaron vuestros asesinos para hacerla real.

Lord Gho Fhaazi frunció el ceño, se rascó la blanquecina frente y demostró todavía mayor nerviosismo. Miró con cautela a Elric.

-Si queréis tener más elixir, será mejor que no me insultéis, Ladrón. Y que no juguéis conmigo. El muchacho podría morir en un instante, y vos con él, y yo no estaría peor de lo que estoy ahora.

-Pero creo que podríais estar mucho mejor, milord. Con el premio de un puesto en el Consejo. - Elric pareció reunir su fortaleza, se incorporó sobre el lujoso terciopelo, y le hizo señas al muchacho para que se acercara. Los guardias miraron interrogativamente a su amo, pero éste se encogió de hombros. Anigh avanzó hacia el albino, con el ceño fruncido por la curiosidad-. Creo que sois ávido, milord. Seréis el dueño de todo vuestro mundo. ¡Qué

monumento tan patético al orgullo arruinado de vuestra raza!

Lord Gho le miró fijamente.

- Ladrón, si os hubierais recuperado, si hubierais tomado el antídoto que os liberará de la droga que yo mismo os di, seríais más amable conmigo...

-Ah, sí -asintió Elric pensativo y se metió la mano en el jubón, del que sacó una bolsa de cuero-. El elixir que iba a convertirme en vuestro esclavo.

Sonrió, y abrió la bolsa.

Sobre la palma extendida de su mano rodó la joya por la que lord Gho le había ofrecido la mitad de su fortuna, por la que había enviado a cientos de hombres a su muerte, por la que había estado dispuesto a secuestrar, matar a una niña y retener a un muchacho.

El quarzhasaatino empezó a temblar. Sus ojos pintados se abrieron como bolas. Abrió la boca y se inclinó, casi mareado.

-Es cierto -dijo-. Habéis encontrado la Perla en el Corazón del Mundo...

-Un simple regalo de una amiga -dijo Elric. Con la Perla todavía en la mano abierta se puso en pie y pasó la otra mano protectoramente sobre los hombros del muchacho-. Al conseguirla, descubrí que mi cuerpo perdió su ansia por el elixir y, en consecuencia, no necesita de vuestro antídoto, lord Gho.

Lord Gho apenas le escuchaba. Tenía los ojos fijos en la gran Perla.

-Es monstruosamente grande... Incluso más grande de lo que había oído contar... Es real. Yo mismo veo que es real. El color... Ah...

Y extendió la mano hacia ella.

Elric retiró la mano. Lord Gho frunció el ceño y miró al albino con ojos ardientes por la codicia.

-¿Murió ella? ¿Estaba en su cuerpo, como dijeron algunos?

Anigh se estremeció junto a Elric. A pesar de estar llena de aversión, la voz de éste sonó con suavidad:

-Nadie murió a mis manos que no estuviera muerto ya.

Como lo estáis vos mismo, milord. Porque fue vuestro funeral el que vi al llegar al Oasis de la Flor de Plata. Ahora soy el agente de la profecía Baraudi. Estoy aquí para vengar todo el dolor que les habéis causado, a ellos y a la Joven Santa.

-¿Qué? ¡Todos los demás también enviaron a sus soldados! Todo el Consejo y la mitad de los candidatos tenían sectas de Aventureros Brujos dedicadas a buscar la Perla. Todos. La mayoría de los guerreros fracasaron, resultaron muertos, o fueron ejecutados por su fracaso. ¿Y vos decís que no habéis matado a nadie? Bien, en ese caso no tenéis las manos manchadas de sangre. Tanto mejor así. Os daré todo aquello que os prometí, señor Ladrón...

Temblando de avidez, lord Gho extendió su rolliza mano para tomar la Perla.

Elric sonrió y, ante el asombro de Anigh, dejó que el noble levantara la Perla de la palma de su mano. Respirando pesadamente, lord Gho se puso a acariciar la joya.

-Oh, es encantadora. Oh, es tan buena...

Elric volvió a hablar entonces, con el mismo tono mesurado que había empleado antes.

-¿Y nuestra recompensa, lord Gho?

-¿Qué? -preguntó y levantó la mirada con expresión ausente-. Ah, sí, claro. Vuestras vidas. Por lo que decís ya no necesitáis el antídoto. Excelente. En tal caso podéis marcharos.

-Creo que también ofrecisteis una gran fortuna, toda clase de riquezas, una gran posición entre los señores de Quarzhasaat.

-Tonterías -dijo lord Gho despreciativo-. El antídoto habría sido suficiente. No sois el tipo de persona capaz de disfrutar de esas cosas. Se necesita alcurnia para usarlas sabiamente y con la discreción apropiada. No, no. Dejaré marchar, tanto a vos como al muchacho...

-¿No queréis cumplir vuestro trato original, milord?

-Hubo conversaciones, pero nada de tratos. El único acuerdo se refería a la libertad del muchacho y a proporcionaros el antídoto para el elixir. Estáis equivocado.

-¿No recordáis nada de vuestras promesas...?

-¿Promesas? Desde luego que no.

La barba de bucles y el cabello se sacudieron.

-¿Y tampoco recordáis las mías?

-No, no. Me irritáis. -Seguía sin apartar la mirada de la Perla. La acariciaba como se acaricia a un niño muy querido-. Marchaos, señor, mientras todavía me siento complacido con vos.

-Tengo muchos juramentos que cumplir -dijo Elric-, y yo no rompo mi palabra.

Lord Gho levantó la mirada y su expresión se endureció.

-Muy bien. Ya estoy cansado de esto. Esta noche seré un miembro de los Seis y el Otro. Al amenazarme, amenazáis al Consejo mismo. En consecuencia, sois enemigos de Quarzhasaat. Sois traidores al imperio y hay que disponer de vosotros en consonancia. ¡Guardias!

-Ah, sois un verdadero estúpido -dijo Elric.

Entonces, Anigh gritó, pues, a diferencia de lord Gho, no había olvidado el poder de la Espada Negra.

- ¡Haced lo que os dice, lord Gho! -gritó Anigh, temiendo tanto por sí mismo como por el noble-, ¡Os lo ruego, gran señor! ¡Haced lo que dice!

-No es así corno hay que dirigirse a un miembro del Consejo. -El tono de voz de lord Gho era el de un individuo razonable y asombrado-. Guardias, hacedlos salir de aquí en seguida. Que los estrangulen o les corten el cuello. No me importa...

Los guardias no sabían nada de la espada rúnica. Sólo vieron a un hombre delgado que casi podría haber sido un leproso y a un muchacho indefenso. Sonrieron ceñudamente, como si acabaran de escuchar una broma de su amo. Desenvainaron las espadas y avanzaron casi con naturalidad.

Elric se apretó a Anigh por detrás de sí. Su mano descendió hacia la empuñadura de Tormentosa.

-Sois muy imprudentes al hacer esto -les dijo a los guardias-. No siento ningún deseo particular de mataros.

Por detrás de los guardias, una de las sirvientas abrió la puerta y se deslizó hacia el pasillo. Elric la vio marchar.

-Será mejor que hagáis lo mismo que ella -dijo-. Creo que tiene alguna idea de lo que os ocurrirá si continuáis amenazándonos...

Ahora, los guardias se echaron a reír abiertamente.

-Se ha vuelto loco -dijo uno de ellos-. ¡Lord Gho está bien harto de él!

Se precipitaron contra él y la espada rúnica aulló en el aire frío de la lujosa cámara, aulló como un lobo hambriento libre de su jaula, que sólo anhelara matar para alimentarse.

Elric sintió el poder que le recorría todo el cuerpo cuando la hoja golpeó al primer guardia, dividiéndolo desde la coronilla hasta el esternón. El otro intentó cambiar la dirección de su ataque, tropezó y cayó hacia delante y quedó empalado en la punta de la hoja, con unos ojos horrorizados al sentir que su alma se le escapaba hacia la espada rúnica.

Lord Gho se encogió en el gran sillón, demasiado atemorizado para moverse. En una mano aferraba la gran Perla, mientras que extendía la palma de la otra, como si confiara evitar con ella el golpe de Elric.

Pero el albino, fortalecido ahora por la energía que había tomado prestada, envainó la hoja negra, y con cinco rápidos pasos cruzó la estancia, subió al estrado y observó fijamente el rostro de lord Gho, contorsionado en una expresión de terror.

-Tomad la Perla de nuevo. A cambio de mi vida... -susurró el quarzhasaatino-. Por mi vida, Ladrón...

Elric aceptó la joya que se le ofrecía, pero no se movió. Se metió la mano en la bolsa que llevaba colgada del cinto y extrajo de ella uno de los frascos de elixir que lord Gho le había dado.

-¿Os importaría tomar algo que os ayude a tragarla?

Lord Gho temblaba. Por debajo de la sustancia color tiza de su piel, su rostro se había puesto todavía más pálido.

-No os comprendo.

-Quiero que os comáis la Perla, milord. Si podéis tragárosla y vivís para contarlo, bien, estará claro que la profecía de vuestra muerte fue prematura.

-¿Tragarla? Es demasiado grande. Apenas si podría metérmela en la boca.

Lord Gho emitió una risita, confiando en que el albino sólo estuviera bromeando.

-No, milord. Creo que podéis. Y creo que también os la podéis tragar. Al fin y al cabo, ¿de qué otro modo habría podido llegar al interior del cuerpo de una niña?

-Pero si era... Ellos dijeron que sólo era... un sueño.

-En efecto. Quizá podáis tragaros un sueño. Quizá podáis entrar en el Ámbito del Sueño y escapar así a vuestro destino. Debéis intentarlo, milord, si no queréis que mi espada rúnica os absorba el alma. ¿Qué preferís?

-Oh, Elric, ahorradme esto. No es justo. Hicimos un trato.

-Abrid la boca, lord Gho. ¿Quién sabe si la Perla se reducirá de tamaño, o si vuestra garganta se contraerá como una serpiente? Una serpiente podría tragarse la Perla con facilidad, milord. Y vos, sin duda, sois superior a una serpiente, ¿verdad?

Desde la ventana donde se había situado Anigh para vigilar con expresión concentrada, incapaz de contemplar una venganza que consideraba justa pero de mal gusto, advirtió:

-La sirvienta, lord Elric. Ha alarmado a la ciudad.

Por un segundo, una esperanza desesperada se reflejó en los ojos verdes de lord Gho, pero se desvaneció en seguida cuando Elric colocó el frasco sobre el brazo del gran sillón y desenvainó la mitad de la espada rúnica de su

funda.

-Vuestra alma me ayudará a combatir contra esos nuevos soldados, lord Gho.

Lentamente, sin dejar de lloriquear y gemir, el gran lord de Quarzhasaat empezó a abrir la boca.

-Aquí tenéis la Perla de nuevo, milord. Metérosla en la boca. Haced todo lo que podáis, milord. De ese modo, aún tenéis una esperanza de sobrevivir.

La mano de lord Gho se estremeció, pero finalmente empezó a introducirse a la fuerza la encantadora joya entre los labios enrojecidos. Elric tomó el frasco de elixir y vertió algo del líquido en las distorsionadas mejillas del noble.

-Y ahora tragad, lord Gho. Tragaros la Perla por la que estabais dispuesto a matar a una niña. Y luego os diré quién soy...

Pocos minutos más tarde, las puertas crujieron hacia adentro y Elric reconoció el rostro tatuado de Manag Iss, jefe de la Secta Amarilla y caballero de lady Iss. Manag Iss miró primero a Elric y luego los rasgos distorsionados de lord Gho. El noble no había logrado tragarse la Perla. Manag Iss se estremeció.

-Elric, he oído decir que habíais vuelto. Dijeron que estabais a punto de morir. Está claro que eso no fue más que un truco para engañar a lord Gho.

-En efecto -asintió Elric-. Aún tenía que liberar a este muchacho.

Manag Iss hizo un gesto con la espada desenvainada.

-¿Habéis encontrado la Perla?

· La encontré.

· Milady Iss me envía para ofreceros lo que deseéis por ella.-Decidle que estaré en la Casa de la Reunión del Consejo

dentro de media hora -dijo Elric con una sonrisa-. Llevaré la Perla conmigo.

-Pero los otros también estarán allí. Ella desea llegar antes a un acuerdo, en privado.

-¿No os parece que sería más prudente subastar algo tan valioso? -preguntó Elric.

Manag Iss envainó la espada y sonrió ligeramente.

-Sois astuto. No creo que ellos sepan cuánto. Ni quién sois. Todavía debo hablarles acerca de esa especulación en particular.

-Oh, podéis decirles que así se lo acabo de comunicar a lord Gho. Que soy el emperador heredero de Melniboné -replicó Elric con naturalidad-. Pues ésa es la verdad de la cuestión. Creo que mi imperio ha sobrevivido con más éxito que el vuestro.

-Eso podría encenderlos. Estoy dispuesto a ser vuestro amigo, melniboneano.

-Gracias, Manag Iss, pero no necesito a ningún amigo en Quarzhasaat. Haced lo que os he dicho, por favor.

Manag Iss observó a los guardias masacrados, el cuerpo sin vida de lord Gho, que había adquirido un extraño color, y al nervioso muchacho y saludó a Elric.

-En la Casa de Reunión dentro de media hora, emperador de Melniboné.

Se volvió sobre sus talones y abandonó la cámara.

Después de darle ciertas instrucciones específicas a Anigh referentes a un viaje y a los productos de Kwan, Elric salió al patio. El sol se había puesto y había marcas ardientes por toda Quarzhasaat, como si la ciudad esperara un ataque.

El palacio de lord Gho había quedado desierto de sirvientes. Elric se dirigió a los establos y encontró su caballo y su silla. Preparó al caballo de los baraudim, colocó cuidadosamente un pesado fardo sobre el pomo y después montó. Recorrió las calles, siguiendo la dirección de la Casa de Reunión, que Anigh le había indicado.

La ciudad permanecía envuelta en un silencio antinatural. Sin lugar a dudas, se habían dado órdenes de imponer un toque de queda, pues no se veía ni siquiera un guardia en las calles.

Elric cabalgó con naturalidad por la avenida del Éxito Militar, para seguir después por el bulevar del Antiguo Logro y otra media docena de calles de nombres igualmente pomposos, hasta que vio delante de él el largo edificio bajo que, en su simplicidad, sólo podía ser la sede del poder de los quarzhasaatinos.

El albino se detuvo entonces. En su costado, la espada rúnica canturreó un poco en voz baja, como si exigiera un mayor derramamiento de sangre.

-Tienes que ser paciente -le dijo Elric-. Es posible que no haya necesidad de combatir.

Creyó ver unas sombras que se movían entre los árboles y arbustos que rodeaban la Casa de Reunión, pero no les prestó la menor atención. No le importaba lo que pudieran haber tramado contra él o quién le espiaba. Tenía una misión que cumplir.

Finalmente, llegó ante las puertas del edificio y no le sorprendió encontrarlas completamente abiertas. Desmontó, se echó el fardo sobre el hombro y entró pesadamente en una gran estancia sencilla, sin decoración ni

ostentaciones, en la que había situados siete sillones de respaldo alto y una mesa de roble pulimentada. En un extremo de la mesa, de pie en semicírculo, había seis figuras vestidas con túnicas que llevaban velos que les tapaban la cara, de una forma no muy distinta a como hacían ciertas sectas de los Aventureros Brujos. La séptima figura llevaba una alta capucha cónica que le cubría por completo el rostro. Fue esta última figura la que habló. A Elric no le sorprendió oír la voz de una mujer.

-Soy el Otro -dijo la mujer-. Creo que nos habéis traído un tesoro que aumentará la gloria de Quarzhasaat.

-Si creéis que este tesoro aumentará vuestra gloria, entonces mi viaje no ha sido en vano -dijo Elric. Dejó caer el fardo al suelo-. ¿Os dijo Manag Iss lo que le pedí que os dijera?

Uno de los Consejeros se agitó y exclamó, casi como si fuera un juramento:

-¿Que sois de la progenie de la hundida Melniboné? ¡Sí!

-Melniboné no se ha hundido, como tampoco se ha apartado de todas las realidades del mundo como habéis hecho aquí. - Elric se mostraba despreciativo-. Hace tiempo desafiasteis nuestro poder y os derrotasteis a vosotros mismos con vuestra estupidez. Ahora, mediante vuestra avidez, me habéis traído de regreso a Quarzhasaat, cuando habría preferido pasar por vuestra ciudad sin que nadie se diera cuenta.

-¿Nos acusáis? -preguntó colérica una mujer cubierta por un velo-. ¿Vos, que nos habéis causado tantos problemas? ¿Vos, que sois de la sangre de esa degenerada raza inhumana que se aparea con las bestias para sus placeres y que produce... -señaló a Elric -, seres como vos?

Elric no se inmutó.

-¿Os dijo Manag Iss que tuvierais cuidado conmigo? -preguntó con serenidad.

-Nos dijo que tenéis la Perla y que poseéis una espada hechicera. Pero también nos dijo que estáis solo. -El Otro se aclaró la garganta-. Dijo que habéis traído la Perla en el Corazón del Mundo.

-La he traído, en efecto, así como aquello que la contiene -dijo Elric. Se inclinó sobre el fardo, desató el cordón de terciopelo que lo sujetaba y dejó al descubierto el cadáver de lord

Gho Fhaazi, con el rostro todavía contorsionado y el gran bulto de su garganta tan aparente que daba la impresión de tratarse de una nuez de Adán tremendamente aumentada de tamaño-. Aquí tenéis al primero que me encargó encontrar la Perla.

-Hemos oído decir que lo habéis asesinado -dijo el Otro con un tono de desaprobación-. Pero eso sería una acción bastante normal para un melniboneano.

Elric no hizo el menor caso de estas palabras.

-La Perla está en la tráquea de lord Gho Fhaazi. ¿Queréis que le corte el pescuezo para sacarla, señores nobles? -Vio que uno de ellos se estremecía y sonrió-. Encargáis a los asesinos que maten, que torturen, secuestren y lleven a cabo toda otra clase de maldades en vuestro nombre, ¿y no queréis ver cómo se derrama un poco de sangre? Le ofrecí a lord Gho una alternativa. Él prefirió ésta. Habló tanto, comió y bebió tan copiosamente que incluso me hizo pensar que lograría que la Perla llegara a su estómago. Pero se atoró un poco y me temo que eso fue el final para él.

- ¡Sois un bribón cruel! -exclamó uno de los hombres, que se acercó para mirar al que habría sido su colega-. Sí, en efecto, es Gho. Yo diría que su color ha mejorado.

Pero esa broma no encontró aprobación en su líder.

-¿Tenemos que pujar entonces por un cadáver?

-Así es, a menos que queráis cortarle el pescuezo para liberar la Perla.

-Manag Iss -dijo una de las mujeres cubiertas por un velo, que levantó la cabeza-. ¿Queréis adelantaros?

El Aventurero Brujo salió desde detrás de una puerta situada al fondo de la estancia. Miró a Elric casi como si le pidiera disculpas. Se llevó la mano al puñal.

-No permitiremos que un melniboneano derrame más sangre de un quarzhasaatino -dijo el Otro-. Manag Iss, liberad la Perla.

El jefe de la Secta Amarilla respiró profundamente y se acercó al cadáver. Rápidamente, hizo lo que se le había ordenado que hiciera. Al levantar la Perla en el Corazón del Mundo la sangre le chorreó por el brazo.

El Consejo quedó impresionado. Algunos de sus miembros se quedaron con la boca abierta y murmuraron entre ellos. Elric pensó que debían de haber sospechado que mentía, puesto que las mentiras y las intrigas eran como una segunda naturaleza para ellos.

-Sostenedla bien alta, Manag Iss -le pidió el albino - . Esto es lo que todos deseabais tan ávidamente como para estar dispuestos a pagar por ello con lo poco que os quedara de vuestro honor.

-¡Llevad cuidado, señor! -gritó el Otro-. Ahora somos pacientes con vos. Decid cuál es vuestro precio y marchaos.

Elric se echó a reír. No fue una risa agradable, sino la risa propia de una melniboneano. En ese momento era el más puro habitante de la Isla del Dragón.

-Muy bien -asintió-. Deseo esta ciudad. No sus ciudadanos, ni sus tesoros, ni sus animales. Ni siquiera su agua. Os dejaré marchar con todo lo que podáis llevar. Sólo deseo la ciudad. Como veis, es mía por derecho hereditario.

-¿Qué? Eso es una tontería. ¿Cómo podríamos estar de acuerdo?

-Tenéis que estarlo -añadió Elric-, si no queréis luchar conmigo.

-¿Luchar con vos? Pero si sólo sois uno.

-No vale la pena hablar de ello -dijo otro Consejero-. Se ha vuelto loco. Debe ser masacrado como un perro rabioso. Manag Iss, llamad a vuestros hermanos y a sus hombres.

-No creo que sea aconsejable, prima -dijo Manag Iss, que sin duda alguna se dirigía a lady Iss-. Creo que sería más prudente parlamentar.

-¿Qué? ¿Os habéis vuelto un cobarde? ¿Acaso este bribón ha traído consigo un ejército?

-Milady -empezó a decir Manag Iss frotándose la nariz.

-¡Llamad a vuestros hermanos, Manag Iss!

El capitán de la Secta Amarilla se rascó un brazo cubierto de seda y frunció el ceño.

-Príncipe Elric, por lo que veo nos obligáis a aceptar un desafío. Pero nosotros no os hemos amenazado. El Consejo ha acudido aquí honestamente para pujar por la Perla...

-Manag Iss, no hacéis sino repetir sus mentiras -le interrumpió Elric-, y eso no es una actitud honorable. Si no tenían la intención de causarme daño alguno, ¿cómo es que vos mismo y vuestros hermanos estabais tan cerca? He visto a casi doscientos guerreros por los alrededores.

-Eso sólo ha sido una medida de precaución -dijo el Otro. Se volvió hacia los demás Consejeros y añadió-: Os dije que me parecía una estupidez convocar a tantos y tan pronto.

-Todo lo que habéis hecho hasta ahora, nobles señores, ha sido una estupidez -dijo Elric con voz serena-. Habéis sido crueles, ávidos, indiferentes con las vidas y voluntades de los demás. Habéis sido ciegos, insensatos, provincianos y poco imaginativos. A mí me parece que un gobierno tan descuidado con tantas cosas excepto su propia gratificación debería ser, cuando menos, sustituido. Una vez que todos hayáis abandonado la ciudad consideraré elegir un gobernador que sabrá servir mucho mejor a Quarzhasaat. Luego, quizá más tarde, os permitiré regresar a la ciudad...

-¡Oh, matadle de una vez! -gritó el Otro-. No perdamos más tiempo con esto. Una vez hayamos terminado, ya decidiremos entre nosotros quién se queda con la Perla.

Elric suspiró, casi con pena, y añadió:

-Es mejor parlamentar conmigo ahora, milady, antes de que yo mismo pierda la paciencia. Porque, una vez que desenvaine mi espada, dejaré de ser un hombre racional y piadoso.

- ¡Matadle! -insistió ella-. ¡Y acabemos con esto! Manag Iss tenía el rostro de un hombre condenado a algo más que la muerte.

-Milady...

Ella se adelantó, balanceando su sombrero cónico y desenvainó la espada de su funda. Levantó la hoja, dispuesta a decapitar al albino.

Éste reaccionó con rapidez. Su brazo se lanzó hacia adelante como una serpiente al ataque. La sujetó por la muñeca.

- ¡No, milady! Os juro que os doy una advertencia justa... Tormentosa murmuró en su costado y se agitó.

Ella dejó caer la espada y se dio media vuelta, frotándose la muñeca dolorida.

Entonces, Manag Iss se agachó para recoger la espada caída, fingió envainarla en su funda pero, antes de hacerlo, con un sutil movimiento, intentó levantar el arma y golpear a Elric en la horcajadura. Una expresión de resignación cruzó por sus aterrorizados rasgos cuando el albino, anticipándose a su ataque, se echó hacia un lado y, en ese mismo movimiento, desenvainó la Espada Negra, que empezó a emitir su extraño canturreo demoníaco y que brilló con una terrible radiación negra.

Manag Iss abrió la boca en el instante en que la hoja le partía el corazón. La mano que todavía sostenía la Perla pareció extenderse fláccidamente, como si se la ofreciera de nuevo a Elric. Luego, la joya cayó rodando de entre sus dedos y rebotó repetidamente sobre el piso. Tres Consejeros se abalanzaron al unísonó hacia ella, vieron los ojos moribundos de Manag Iss y retrocedieron.

-¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora! -gritó el Otro.

Tal como Elric había esperado, desde todos los rincones de la Casa de Reunión surgieron miembros de las diversas sectas de los Aventureros Brujos, con sus armas preparadas.

El albino empezó a mostrar su horrible mueca de combate, sus ojos rojos relampaguearon y su rostro fue como la calavera de la Muerte, mientras que su espada se convertía en la vengadora de su propio pueblo, en la vengadora de los baraudim y de todos aquellos que habían sufrido bajo la injusticia de Quarzhasaat durante milenios.

Y ofrecía las almas que se cobraba a su patrono, el duque del Infierno, el poderoso duque Arioch, que ya había engordado con tantas vidas como Elric y su hoja negra le habían dedicado.

-¡Arioch! ¡Arioch! ¡Sangre y almas para mi señor Arioch! Entonces, empezó la verdadera matanza.

Fue una matanza como para dejar pálidos tal clase de acontecimientos y hacerlos insignificantes en comparación. Fue una matanza que jamás se olvidaría en los anales de los pueblos del desierto, que se enterarían de lo sucedido de boca de quienes huyeron aquella misma noche de Quarzhasaat, prefiriendo arrojarse al desierto sin agua antes que enfrentarse al demonio blanco y rugiente, montado en un caballo Baraudi, que galopaba arriba y abajo por las encantadoras calles de la ciudad, enseñándoles a todos el precio de la complacencia y de la crueldad más insensata.

-¡Arioch! ¡Arioch! ¡Sangre y almas!

Los que huyeron hablarían de una criatura de rostro blanco surgida del mismo Infierno, cuya espada despedía un brillo antinatural, cuyos ojos enrojecidos relampagueaban con una odiosa cólera, que parecía poseído, él mismo, por alguna fuerza sobrenatural que ni siquiera podía controlar, como tampoco sus víctimas. Mató sin piedad, sin distinciones, sin crueldad. Mató como mata un lobo enloquecido. Y, mientras mataba, lanzaba grandes risotadas.

Aquellas risotadas nunca abandonarían Quarzhasaat por completo. Quedarían como suspendidas en el viento procedente del Desierto Susurrante, en la música de las fuentes, en el tintineo de los martillos de los orfebres y metalúrgicos que confeccionaban sus productos. Y también quedaría en la ciudad el olor a sangre, junto con el recuerdo de la matanza, de aquella terrible pérdida de vidas que dejó a la ciudad sin Consejo y sin ejército a un tiempo.

Pero Quarzhasaat ya no volvería a fomentar nunca más la leyenda de su propio poder. Nunca más volvería a tratar a los nómadas del desierto como poco menos que bestias. Jamás volvería a conocer el orgullo autodestructivo con el que están tan familiarizados todos los grandes imperios en decadencia.

Y cuando la matanza hubo terminado, Elric de Melniboné, abatido en su silla, envainó una Tormentosa plenamente saciada y jadeó con el poder demoníaco que todavía latía en él. Se sacó la Perla de la bolsa del cinturón y la sostuvo en alto hacia el sol que salía.

-Ahora creo que han pagado un precio justo.

Arrojó la joya hacia un arroyo, donde un perro lamía la sangre cuajada.

Por encima, los buitres, atraídos desde muchas millas a la redonda por la perspectiva de tan memorable festín, empezaban a descender como una nube oscura sobre las hermosas torres y jardines de Quarzhasaat.

En el rostro de Elric no había el menor rastro de orgullo por lo que había hecho mientras espoleaba a su caballo hacia el oeste y el lugar junto al camino donde le había dicho a Anigh que le esperara con suficientes hierbas Kwani, agua, caballos de repuesto y alimentos suficientes para cruzar el Desierto Susurrante y buscar de nuevo la política y las brujerías de los Reinos Jóvenes, con los que estaba más familiarizado.

No miró atrás, hacia la ciudad que había sido finalmente conquistada, en nombre de sus antepasados.

# 5
# Un epilogo en la Luna de Sangre menguante

Las fiestas en el Oasis de la Flor de Plata continuaron hasta bastante después de que llegaran las noticias acerca de la terrible venganza de Elric sobre aquellos que habían causado daño a la Joven Santa de los baraudim. Las noticias fueron traídas por quarzhasaatinos que huyeron de la ciudad, en una acción que no tenía precedentes en su larga historia.

Oone, la ladrona de sueños, que había permanecido en el Oasis de la Flor de Plata más tiempo del necesario y que todavía se mostraba reacia a marcharse y seguir con sus propios asuntos, se enteró sin alegría alguna de la venganza de Elric. La noticia la entristeció, pues había confiado en que ocurriera algo bien diferente.

-Él sirve al Caos del mismo modo que yo sirvo a la Ley -se dijo a sí misma-. ¿Y quién soy yo para juzgar quién de los dos está más esclavizado?

Suspiró y se entregó de nuevo a las fiestas, con una fuerza algo menos que espontánea.

Los baraudim y los otros clanes nómadas no se dieron cuenta, pues su propio placer se veía intensificado. Se habían librado de una tiranía, de la única cosa que habían temido en aquellos territorios del desierto.

-El cactus desgarra nuestra carne para que sepamos dónde está el agua -dijo Raik Na Seem-. Nuestros problemas eran grandes, pero gracias a vos, Oone, y a Elric de Melniboné, nuestros problemas se han transformado en triunfos. Algunos de nosotros pronto visitaremos Quarzhasaat y estableceremos los términos bajo los que deseamos comerciar en el futuro. Creo que ahora habrá una bienvenida igualdad en las transacciones. -Se sentía muy regocijado-. Pero esperaremos a que los muertos hayan sido decentemente devorados.

Varadia tomó a Oone de la mano y ambas se dirigieron juntas hacia el estanque del gran oasis. La Luna de Sangre estaba en cuarto menguante y los pétalos de plata de las flores todavía relucían brillantes. La Luna de Sangre se desvanecería pronto y las flores perderían sus pétalos, y entonces habría llegado el momento de que el pueblo del desierto siguiera sus diferentes caminos.

-Amabais a ese hombre de rostro blanco, ¿verdad? -le preguntó Varadia a su amiga.

-Apenas si le conocía, niña.

-Hace no mucho os conocí muy bien a los dos -dijo Varadia con una sonrisa-. Estoy creciendo con rapidez, ¿verdad? Eso me lo dijisteis vos misma.

Oone no tuvo más remedio que mostrarse de acuerdo.

-Pero no había la menor esperanza en ello, Varadia. Tenemos destinos muy diferentes. Y apenas siento simpatía por las elecciones que él toma.

-Se ve impulsado a ellas. Tiene poco que decir en cuanto a su capacidad para tomar decisiones propias.

Se apartó un mechón de cabello, del color de la miel, de sus rasgos morenos.

· Quizá -admitió Oone-. Sin embargo, algunos de nosotros podemos rechazar el destino que los señores de la Ley y del Caos han establecido para nosotros y, a pesar de ello, podemos sobrevivir y crear algo que a los dioses les está prohibido tocar.

· Lo que creamos sigue siendo un misterio -dijo Varadia con una expresión de simpatía-. Todavía me resulta difícil comprender cómo hice la Perla, cómo pude crear precisamente aquello que mis enemigos buscaban para escapar de ellos. ¡Y entonces se convirtió en algo real!

-Sé que estas cosas ocurren -dijo Oone-. Es una de esas creaciones que busca un ladrón de sueños y con las que se gana la vida. -Se echó a reír-. Esa Perla me permitiría ganarme un buen salario durante mucho tiempo si la vendiera en el mercado.

-¿Cómo se forma la realidad a partir de los sueños, Oone?

Antes de contestar, Oone contempló el agua que reflejaba el disco menguante, débilmente rosado de la luna.

-Una ostra, amenazada por una intrusión exterior, trata de aislar esa amenaza formando a su alrededor aquello que finalmente se transforma en una perla. A veces, así es como ocurren las cosas. En otras ocasiones, la voluntad de la humanidad es tan fuerte, el deseo por algo es tan intenso, que hacen surgir a la existencia aquello mismo que hasta entonces se había considerado como imposible. No es nada insólito que un sueño se convierta en realidad, Varadia. Ese conocimiento es una de las razones por las que conservo mi respeto por la humanidad, a pesar de

todas las crueldades e injusticias de las que soy testigo durante mis viajes.

-Creo que comprendo -dijo la Joven Santa.

-Oh, llegaréis a comprender muy bien todo esto con el tiempo -le aseguró Oone-. Porque sois uno de esos seres capaces de llevar a cabo tales creaciones.

Pocos días más tarde, Oone estaba preparada para partir del Oasis de la Flor de Plata, hacia Elwher y el Este Innominado. Varadia habló con ella por última vez.

-Sé que tenéis otro secreto -le dijo a la ladrona de sueños- . ¿No queréis compartirlo conmigo?

Oone la miró asombrada. Su consideración por la sensible inteligencia de la niña aumentó considerablemente.

-¿Quieres hablar más sobre la naturaleza de los sueños y la realidad?

-Creo que estáis embarazada, Oone -dijo Varadia directamente-. ¿Verdad que es así?

Oone cruzó los brazos y se apoyó contra el caballo. Sacudió la cabeza con una franca expresión de buen humor.

-Es cierto que toda la sabiduría de vuestro pueblo se ha acumulado en vos, jovencita.

- ¿Es el niño de alguien a quien habéis amado y que se ha perdido para vos?

-En efecto -asintió Oone-. Creo que es una hija. Quizá incluso un hermano y una hermana, si es que he interpretado correctamente los augurios. En los sueños se pueden concebir algo más que perlas, Varadia.

-¿Y se enterará alguna vez el padre de que ha tenido descendencia? -preguntó con suavidad la Joven Santa.

Oone trató de hablar pero no pudo hacerlo. Apartó rápidamente la mirada, hacia la distante Quarzhasaat. Luego, tras unos momentos, logró reunir las fuerzas necesarias para contestar.

-Nunca -dijo.

# índice


primera parte

1. Un señor condenado y moribundo 11
2. La Perla en el Corazón del Mundo 28
3. En el Camino Rojo 43
4. Un funeral en el Oasis 66
5. El ruego de un ladrón de sueños 83

segunda parte

1. Cómo un ladrón puede instruir a un emperador 101
2. En marcha hacia el Borde del Corazón 116
3. De la belleza encontrada en profundas cavernas 132
4. La intervención de una navegante 151
5. La tristeza de una reina que no puede gobernar 166

tercera parte

1. En la Corte de la Perla 181
2. Destrucción en la Fortaleza 195
3. Fiestas en el Oasis de la Flor de Plata 203
4. Ciertas cuestiones resueltas en Quarzhasaat 211
5. Un epílogo en la Luna de Sangre menguante 227

1.

NOTA ACERCA DEL AUTOR

**Michael Moorcock** (1939), el más polifacético de los escritores ingleses contemporáneos, ha alcanzado la celebridad literaria por dos caminos diferentes, en ambos con carácter revolucionario. Dirigió la revista *New Worlds* desde el número 142 (mayo / junio 1964) hasta el 201 (marzo 1971), gestando desde sus páginas el movimiento literario que se conoció como *New Wave,* el más influyente que puede recordar la ciencia ficción moderna. Como autor, con una obra prolífica en los campos de la ciencia ficción y la fantasía, ha llegado a convertirse en una de las firmas más populares del mundo por su creación del *Multiverso,* escenario en el que transcurren numerosos ciclos de novelas entre las que existen constantes referencias cruzadas que les confieren una complejidad global extraordinaria.

Dentro de la bibliografía del autor, se indica la ordenación (u orden de lectura recomendado) del ciclo del Multiverso que está siendo empleada en la nueva edición en curso de las novelas del mismo.

**CICLO DEL MULTIVERSO:**

**1. Von Bek**

1981-*The War Hound and the World's Pain (El perro de la guerra y el dolor del mundo,* Ed. Miraguano, col. Futuro polis núm. 3, Madrid, 1987)
1986-*The City in the Autumn Stars*
1965-*The Pleasure Garden of Felipe Sagittarius*

**2. El Campeón Eterno**

1970-*The Eternal Champion (El campeón eterno,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 4, Barcelona, 1985)
*-Phoenix in Obsidian* («Fénix de obsidiana», en *Crónicas del Campeón Eterno,* Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1991)
1987-*The Dragon in the Sword* («El dragón en la espada», en *Crónicas del Campeón Eterno)*

**3. Dorian Hawkmoon**

1967-*The Jewel in the Skull* («La joya en la frente», en *El bastón Rúnico,* Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1989)
1968-*The Mad God's Amulet* («El amuleto del Dios Loco», en *El Bastón Rúnico)*
*-The Sword of the Dawn* («La Espada del Amanecer», en *El Bastón Rúnico)*
1969-*The Runestaff («E* Bastón Rúnico», *en El Bastón Rúnico)*

**4. Corum**

1971-*The Knight of the Swords (El caballero de las espadas,* Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 8, Madrid, 1988)
*-The Queen of the Swords {La reina de las espadas,* Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 9, Madrid, 1988)
*-The King of the Swords {El rey de las espadas,* Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 10, Madrid, 1988)

**5. Sailing to Utopia**

1969-*The Ice−Shooner (La nave de los hielos,* Ed. Acervo, col. C/F núm. 29, Barcelona, 1979)
*-The Black Corridor,* con Hilary Bailey
1975-*The Distant Suns,* con Jim Cawthron
1962-*Flux,* con Barrington Bayley

**6. The Nomad of Time**

1971-*The War Lord of the Air*
1974-*The Land Leviathan*
1979-*The Steel Tsar*

**7. Dancers at the End of Time**

1972-*An Alien Heat*
1974-*The Hollow Lands*
*1976 -The End of All Songs*

**8. Elric de Melniboné**

1972-*Elric of Melniboné (Elric de Melniboné,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 11, Barcelona, 1986)
1976-*The Sailor on the Seas of Fate (Marinero de los mares del destino,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 19, Barcelona, 1988)
1989-*The Fortress of the Pearl (La Fortaleza de la Perla,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 35, Barcelona, 1993)
1977-*The Weird of the White Wolf (El misterio del lobo blanco,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 24, Barcelona, 1989)

**9. The New Nature of the Catastrophe**[1]

**10. The Prince of the Silver Hand**

1973-*The Bull and the Spear*
*-The Oak and the Ram*
1974-*The Sword and the Stallion*

**11. Legends from the End of Time**

1976-*Legends from the End of Time*
1977-*The Transformation of Miss Mavis Ming*
1965-*The Winds of Limbo*

**12. Stormbringer**

1970-*The Vanishing Tower (La torre evanescente,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 27, Barcelona, 1990)
1991-*The Revenge of the Rose (La venganza de la Rosa,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 36, en preparación)
1977-*The Bane of the Black Sword (La maldición de la Espada Negra,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 30, Barcelona, 1991)
1965-*Stormbringer (Portadora de tormentas,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 31, Barcelona, 1991)

**13– Earl Aubec**[2]

**14. Count Brass**

1973-*Count Brass* («Conde Brass», en *Crónicas del castillo de Brass,* Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1993)
*-The Champion of Garathorm* («El campeón de Garathorm», en *Crónicas del castillo de Brass)*
1975-*The Quest for Tanelorn* («La búsqueda de Tanelorn», en *Crónicas del castillo de Brass)*

**A warrior of Mars**[3]

1965-*The City of the Beast*
*-The Lord of the Spiders*
*-The Masters of the Pit*

**CIENCIA FICCIÓN:**

1962-*The Sundered Worlds*
1966-*The Shores of Death*
1965-*The Winds of Limbo*
1971-*The Rituals of lnfinity*

**THRILLERS:**

1970-*The Chinese Agent*
1980-*The Russian Intelligence*

**KARL GLOGAUER:**

1969-*Behold the Man (He aquí el hombre,* Ed. Destino, col. Cronos núm. 10, Barcelona, 1990)
1972-*Breakfast in the Ruins*

**JERRY CORNELIUS:**

1968-*The Final Programe (El programa final,* Ed. Minotauro, Barcelona, 1979)
1971-*A Cure for Cancer*
1972-*The English Assassin: A Romance in Entropy*
1977-*The Condition of Muzak*
1981-*The Entropy Tango*

1976-*The Lives and Times of Jerry Cornelius*
-*The Adventures of Una Persson and Catherine Cornelius in the Twentieth Century*

**Relacionados:**

1971-*The Nature of the Catastrophe,* con otros autores, recopilación del autor en colaboración con Langdon Jones *{La naturaleza de la catástrofe,* Francisco Arellano Editor, Madrid, 1978)
1980-*The Great Rock and Roll Swindle* (El gran timo del Rock and Roll,* Ed.Júcar, Madrid, 1982)

**COLONEL PYAT:**

1981-*Byzantium Endures*
1984-*The Laughter of Carthage*
1992-*Jerusalem Commands*
1993-*The Vengeance of Rome*

**OTRAS NOVELAS:**

1967-*The Wrecks of Time* 1969 – *The Time Dweller*
-*The Time of Hawklords,* con Michael Butterworth *(El tiempo de los Señores Halcones,* Producciones Editoriales, col. Star Books, Barcelona, 1976)
1978-*Gloriana or The Unfulfill'd Queen*
1979-*The Real Life Mr. Newman*
-*The Golden Barge: A Pable*
1982-T*he Brothel in Rosenstrasse*
1988-*Mother London*

**PUBLICADAS BAJO SEUDÓNIMO:**

1962-*Caribbean Crisis,* con Jim Cawthorn y, conjuntamente, como Desmond Reíd. 1966 – *The Deep Fix,* como James Colvin
-*The LSD Dossier,* reescritura de un original de Roger Harris (serie Nick Allard/1)
-*Somewhere in the Night,* como Bill Barclay (Nick Allard/2)
-*Printers Devil, Etc.* (Nick Allard/3)

**RELATOS:**

1976-*Moorcock's Book of Martyrs (El libro de los mártires,* Producciones Editoriales, col. Star Books, Barcelona, 1976)
1977-*Sojan,* juvenil
1980-*My Experiences in the Third World War*
1984-*The Opium General*
1985-*Elric at the End of Time*
1989-*Casablanca & Other Stories*

**ENSAYO:**

1978-*EpicPooh*
1983-*The Retreat from Liberty*
1986-*Letters from Hollywood*
1987-*Wizardry and Wild Romance*
1992-*Death is No Obstacle,* con Colín Greenland

**ANTOLOGÍAS:**

1965-*The Best of New Worlds*
1967-*Best SF Stories from New Worlds*
1968-*The Traps o/Time*
*-The Best SF Stories from New Worlds 2*
*-The Best SF Stories from New Worlds 3*
1969-*The Best SF Stories from New Worlds 4*
*-The Best SF Stories from New Worlds 5*
*-The Inner Landscape* (no acreditada)
1970-*The Best SF Stories from New Worlds 6*
1971-*The Best SF Stories from New Worlds 7*
*-New Worlds Quaterly 1*
*-New Worlds Quaterly 2*
*-New Worlds Quaterly 3*
*1972 -New Worlds Quaterly 4*
*1973 -New Worlds Quaterly 5*
*-New Worlds Quaterly 6* (como volumen 5 en la edición americana)
1974-*The Best SF Stories from New Worlds 8*
1975-*Before Armageddon*
1977-*England Invaded!*
1982-*New Worlds: An Anthology*

**PREMIOS:**

1967-Nébula por «Behold the Man» (incluido en *El libro de los mártires)*
1970-Guardian Fiction por *The Chinese Agent*
1972-British Fantasy de novela (August Derleth) por *El caballero de las espadas*
1973-British Fantasy por *El rey de las espadas*
1975-British Fantasy por *The Sword and the Stallion*
1976-British Fantasy por *The Hollow Lands*
1977- British Fantasy y Guardian Fiction por *The Condition of Muzak*
1978-World Fantasy y John W. Campbell Memorial por *Gloriana*

1. Desconocemos su contenido definitivo.
2. No estamos seguros de qué obras se incluirán bajo este título, aunque podrían ser *The Wrecks of Time, The Time Dweller* y *The Golden Barge.*
3. Indicada como perteneciente al ciclo, pero no posicionada en su «cronología».
4. Revisada como «Gold Diggers of 1977», en *Casablanca & Other Staries.*